

Uc

VIDA DE NUESTRO  
SEÑOR JESUCRISTO

TOM. II. VOL. I



# VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EXPOSICION HISTORICA, CRÍTICA Y APOLOGÉTICA

ESCRITA POR

L. - CL. FILLION

SACERDOTE DE SAN SULPICIO

CONSULTOR DE LA COMISIÓN BÍBLICA PONTIFICIA

ANTIGUO PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA

Y TRADUCIDA DE LA NOVENA EDICIÓN POR EL

R. P. Victoriano M.<sup>a</sup> de Larráinzar, O. M. C.

==

Exerceatur servus tuus in vita tua, quia ibi  
est salus mea et sanctitas vera.

*De Imil. Christi, Lib. III, Cap. 56, 3.*

TOMO II. VOL. I

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

MADRID

EDITORIAL VOLUNTAD, ALCALA, 28

1925

Copyright 1925 by  
Editorial Voluntad

Printed in Spain

Talleres VOLUNTAD - Serrano, 48, MADRID —E. 7.



NIHIL OBSTAT

*Fr. Eusebius M.<sup>a</sup> ab Echalar, O. M. C.*

CENSOR DEPUTATUS

IMPRIMATUR

*Fr. Joachim M.<sup>a</sup> a Bercaen, M. Prov.*

*Pampilonae, die 29 de octobris 1924.*

NIHIL OBSTAT

*Victorianus Serrano*

CENS. DEPUT.

IMPRIMATUR

*Antonius Garcia, Vic. Gen.*

*Matriti, die 24 augusti 1924*

## LIBRO SEGUNDO

### VIDA OCULTA

#### CAPÍTULO PRIMERO

Hasta los treinta años.

##### I.—EL TEATRO DE LA VIDA OCULTA DEL SALVADOR

Hagamos primeramente una observación que tiene su importancia. Por tres veces hemos asistido ya a manifestaciones milagrosas que acompañaron a varios incidentes de la santa infancia. La cuna de Jesús fué cantada por los ángeles y visitada por los pastores; en su presentación en el Templo el Mesías fué reconocido y saludado por el anciano Simeón y Ana la profetisa; por fin, hemos visto a los Magos acudir desde el Oriente para adorarle. Todo esto había sido providencialmente dispuesto. Pero sería equivocación el suponer que estas manifestaciones fuesen los primeros rayos de una aurora que inaugurase en la vida de Jesús un período de ininterrumpidos resplandores. No, estos rayos, por brillantes que fuesen, no debían ser sino transitorios, y pronto fueron reemplazados, aun en Jerusalén y en Belén, por oscura noche. Convenía que la infancia de Cristo tuviese testigos; pero no entraba en las trazas de Dios que Jesús se revelase de seguida a todos por una continuada serie de milagros. Durante largos años aún llevará una existencia enteramente oculta, cuyos misterios vamos a estudiar ahora. Tan grande silencio va a reinar en torno suyo, que los habitantes de Nazaret, entre quienes crecerá y llegará a la edad madura, no verán en él más que un obrero carpintero.



Si indagamos, siempre con el respeto debido a los designios de Dios, las razones de este silencio y oscuridad, hallaremos dos principales: exterior la una, y más íntima la otra. Nos engañaríamos, en primer lugar, exagerando el brillo y resonancia de las manifestaciones extraordinarias que acabamos de recordar. El canto de los ángeles fué escuchado únicamente por los pastores; y aquellos a quienes ellos participaron la buena nueva del nacimiento del Mesías pertenecían a un círculo humilde, como el suyo, que debía de ser muy reducido. En cuanto a los Magos, ya hemos dicho antes que nada absolutamente dice el Evangelio que nos induzca a imaginar la ostentación de una rica y numerosa caravana a través de las calles de Jerusalén y de Belén, y que su narración deja la impresión de que los piadosos visitantes sólo permanecieron brevísimo tiempo en la ciudad de David. A círculo también reducido, tranquilo por su misma naturaleza, quedaron limitadas las palabras proféticas de Simeón y Ana referentes al Salvador. No se extendió, pues, muy lejos la emoción que produjeron. El dolor causado por el degüello de los niños Inocentes, la pronta desaparición de la Sagrada Familia, las contrapuestas agitaciones a que dieron ocasión la muerte de Herodes y la bárbara venganza de Arquelao (1), sofocaron presto el rumor, por lo demás muy atenuado, que durante algunos días se produjera en Judea en torno al Mesías recién nacido. Todo amenguó y se calmó bien pronto (2).

Un momento de reflexión será suficiente para descubrir cuáles fueron las altísimas razones por las cuales plugo a la Providencia extender un velo sobre los luminosos incidentes que nos han contado San Mateo y San Lucas. “No estaba en sus designios que se hiciese de manera violenta la manifestación del Mesías ni que se impusiese por la fuerza a los espíritus. Esta obra debía ser recibida con entero albedrío; habrá luz bastante para que las almas de buena voluntad puedan ser iluminadas, mas no excesiva, para que los malos no queden deslumbrados y como violentados en su fe... Sin embargo, prodúcese la primera conmoción, despiértase la atención de

(1) T. I, páginas 136-137.

(2) Cf. Cremer, *Das Wesen des Christentums*, pág. 150; Th. Zahn, *Das Evangelium des Lucas ausgelegt*, pág. 170.

muchos, y cuando, unos treinta años después, comiencen Juan Bautista y Jesús su ministerio, hallarán bien dispuestos gran número de corazones” (3).

Pero pasemos a Nazaret e intentemos describir lo que era esta humilde aldea, escogida por Dios para morada del Mesías durante los largos años de su preparación al oficio de Redentor. Figurémonos una meseta elevada, que es la provincia de Galilea (4). Antes de terminar repentinamente en la llanura de Esdrelón las montañas que la recubren con variadas ondulaciones — últimas aristas del Líbano en dirección al Sur — se apartan y de nuevo se agrupan en círculo, para formar una especie de concha, un valle estrecho, pero gracioso, al que parecen proteger celosamente. En este valle, que algunos viajeros han comparado gráficamente con un abrigado nido, es donde está construída o más bien donde se oculta Nazaret. Belén se levanta con orgullo sobre sus dos colinas; Nazaret, por el contrario, parece querer ocultarse tras de su corona de montañas. Así es que apenas se la ve hasta el momento de entrar en ella. La ciudad, sin embargo, no está enteramente en el fondo del valle, aunque lo alcancen sus últimas casas. Se extiende en forma de anfiteatro por las laderas de la altura principal, llamada *Neby Sain* (5), hasta el punto en que ésta comienza a elevarse rápidamente sobre el valle, alcanzando una altura de 485 metros.

De esta manera se mostraba Nazaret a los antiguos peregrinos. “Está construída—escribía Focas en el siglo XII (6)—entre colinas de diferentes alturas, en el seno del valle que ellas for-

(3) M. Lepin, *Jésus Méssie et Fils de Dieu, d'après les Synoptiques*, 1904, páginas 56-57. Eran necesarias estas reflexiones para responder a la objeción de ciertos neocríticos. “¿Puede creerse posible, pregunta M. Warschauer, *Jesus, Seven Questions*, pág. 78, que aquel cuyos primeros días fueron celebrados con tantas señales milagrosas llegase en la oscuridad a la edad adulta? ¿No se le habría señalado con el dedo durante toda su infancia y juventud como el niño prodigioso sobre cuya cuna se había parado la estrella?” Cf. Loisy, *Evangelies synoptiques*, t. I, página 350; J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 226; Schmidt, *Studien und Kritiken*, 1889, pág. 459, etc.

(4) Véase A. Legendre, *Carte de la Palestine ancienne et moderne, à l'échelle de 1/400.000, pour servir à l'histoire de la Bible*, París, Librería Letouzey.

(5) O Neby Said, o también Neby Ismail.

(6) Citado por Reland, *Palaestina ex monumentis veteribus illustrata*, 1714, pág. 907.



man." Este vallecito se extiende de S. SO. a N. NE.; en veinte minutos puede recorrerse en la dirección de su longitud, y en menos de diez en la de su anchura. Tiene una elevación de 273 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y de más de 100 sobre la llanura de Esdrelón. Es fértil y está por lo común bien cultivado. Sus campos y huertos gozaban ya de gran reputación a fines del siglo VI, y San Antonino mártir los menciona en su Itinerario, comparando su frescura con la del Edén (7).

Vista a distancia la ciudad, en paraje tan placentero, ofrece un aspecto encantador, que ya debía de poseer en tiempo de Jesús. Las casas están dispuestas en gradas irregulares. Hay sin duda, y había entonces mucho más que ahora, casuchas pobres, de aspecto miserable; pero la mayor parte de las viviendas están bastante bien edificadas. Sus muros están generalmente contruídos de mampostería y sólidamente cimentados sobre la roca, que a veces es preciso buscar en varios metros de hondura, como si en la ciudad de Jesús se hubiese querido realizar la hermosa comparación con que se termina el Sermón de la Montaña (8). Hacen necesaria esta precaución los impetuosos torrentes que, precipitándose de las colinas en la estación de las lluvias, vienen a golpear los edificios con un furor terrible. Como actualmente no hay en la proximidad de Nazaret madera para la armazón, se hacen abovedadas la mayor parte de las habitaciones. Los techos, por lo común, son planos, como en la mayor parte de Palestina. Triste es decir que el edificio más alto de Nazaret, a cuyo lado hace poco gallarda figura del campanario de la basílica de la Anunciación, es el esbelto alminar de la mezquita musulmana.

El interior de la población está lejos de responder a las esperanzas que desde fuera se habían concebido. Como la mayor parte de las ciudades orientales, Nazaret reserva en este punto al peregrino una verdadera decepción. Las calles son estrechas, tortuosas, trazadas sin ningún orden, escarpadas y resbaladizas, sucias casi todas.

La población de Nazaret nunca ha sido ni podrá ser numerosa. Sin embargo, ha aumentado rápidamente desde hace al-

(7) *Paradiso similem (regionem)*.

(8) Matth., VII, 24-25; Luc., VI, 47-48.

gunos años. Actualmente parece ser de unos 10.000 habitantes, de los que un tercio son mahometanos; otro, cismáticos griegos, y otro, por último, católicos de diferentes denominaciones (9). Mientras abundan los judíos en las regiones cercanas, no se encuentra ni uno en Nazaret. Y con todo, en los primeros siglos de la Era Cristiana, según cuenta San Epifanio (10), la ciudad de Jesús no estaba habitada más que por israelitas, que no permitían a los cristianos fijar allí su residencia.

La mayoría de sus habitantes se dedican pacíficamente a los trabajos del campo, igual que sus antepasados al principio de nuestra Era. Algunos se dedican también con provecho a la horticultura. Los árboles frutales — granados, higueras, naranjos, vides — producen allí ricas cosechas, a la vez que adornan con su verdor la ciudad y sus contornos. El clima es muy sano y la temperatura generalmente suave, aunque se dejan sentir las heladas del invierno. Adrede nos hemos extendido en la descripción de *En-Natsîra* contemporánea, pues la Nazaret del Salvador, a la que dan los evangelistas el nombre de "ciudad" (11), apenas debía de diferenciarse de ella salvo en ser más reducida y menos poblada.

Al Sur se encuentra el monasterio de los franciscanos, de grandes muros sombríos que rodean la preciosa y rica basílica de la Anunciación con su cripta bendita, testigo del gran misterio de la Encarnación del Verbo, y en el extremo opuesto, al Noroeste, la antigua fuente de la ciudad en todas las épocas de su historia, y a la que, por tanto, acostumbraba a ir María diariamente para proveerse del agua necesaria para la Sagrada Familia. ¡Qué vida y qué movimiento, mañana y tarde, en torno a esta *Ain Mariam* (12) mientras las nazarenas, frecuentemente acompañadas de sus pequeñuelos, aguardan su turno comunicándose unas a otras las noticias más recientes! Allí se puede comprobar la observación que ya hizo San Antonino mártir (13), repetida después por muchos viajeros: que las mu-

(9) Hay en Nazaret unos 250 protestantes.

(10) *Haer.*, I.

(11) *Πόλις* Matth., II, 23; Luc., IV, 29.

(12) "Fuente de María."

(13) *Itinerarium*, 5.



jeros de Nazaret aventajan en belleza y gracia a todas las demás de Palestina (14).

Ahora, para tener una idea de conjunto de la ciudad y de sus alrededores, subamos por sus calles más pendientes a la colina sobre que descansa. En un cuarto de hora se llega a lo alto del *Neby-Sain*, y allí, ¡qué grata sorpresa nos aguarda! ¡Qué magnífico panorama se presenta a nuestra vista! Es seguramente uno de los más hermosos y más emocionantes de que pueda gozarse en toda Palestina (15). A nuestros pies se extiende graciosamente la ciudad de Jesús. Con sus casas de blancura deslumbradora, con su suelo gredoso, con sus árboles verdequeantes, que la adornan en el interior y forman como un ceñidor en torno de ella, bien puede compararse, según la metáfora de San Jerónimo (16), con una gentil rosa blanca, que abre delicadamente su corola. Por eso los árabes la llaman a veces *Medina Abiat*, "Ciudad Blanca".

Y si dirigimos hacia más lejos nuestra vista, ¡qué espléndido horizonte se nos ofrece en todas direcciones! Por todos lados vastas extensiones, terrestres, aéreas, marítimas, nos atraen a porfía; por todos lados valles, montañas, ciudades o aldeas, el mar y su inmensidad. Al Este, los montes de Galaad y de Moab, que dominan el lago de Tiberíades — por desgracia, invisible desde aquí — y el lecho del Jordán; después, más cerca, el Tabor, con su cima de forma de cúpula, solitaria y verdeante. Al Sur, la inmensa llanura de Jezrael con sus ondulaciones y sus aldeas (entre otras, las célebres de Naim, Endor, Legio y Jezrael), limitada de Este a Oeste por el pequeño Hermón, por las montañas de Gelboe, por las de Samaria, un poco más lejanas, y por la larga y azulada cadena del Carmelo, que penetra en el mar. Al Oeste, las aguas del Mediterráneo, que se distinguen claramente, con la franja de arena amarillenta que las sirve como de fleco. Por fin, al Norte, en primer término, la llanura de Butaûf, con las ciudades de Séforis y

(14) San Antonino señala cándidamente este hecho como privilegio singular concedido por la Santísima Virgen a sus compatriotas.

(15) El que escribe estas líneas pasó poco ha tres horas deliciosas, sumido en la oración y meditación, en este célebre lugar. En ningún otro sitio quizás se forma una idea tan exacta del teatro principal de la predicación de Nuestro Señor en Galilea.

(16) *Epist. XLVI, ad Marcell.*

de Caná; más lejos, las montañas de la alta Galilea, con Safed, la ciudad que no puede ocultarse (17); más lejos aún, cerrando el horizonte, la cumbre del Gran Hermón, cuyas nieves se mezclan con el azul del cielo (18). ¡Qué espectáculo! ¡Cuántas veces Nuestro Señor, durante su adolescencia y juventud, no oraría sobre este altar sublime y dirigiría sus miradas hacia el mar y hacia nuestra Europa, pensando en los millares de corazones que un día habían de adorarle y bendecirle!

Esta humilde aldea, entregada a la vida del campo, situada fuera de las grandes vías de comunicación, sin historia, de quien ni poeta ni historiador alguno de Israel había hablado nunca antes de la aparición del Salvador (19), es la que Dios quiso elegir para que en ella transcurriese la vida oculta de Jesús. Maravillosamente se prestaba para este fin providencial. Todo respira allí paz y sosiego. El retiro: he ahí su carácter, su sello. ¿Quién hubiera sospechado, antes de sonar la hora de la manifestación del Mesías, que allí viviese, en tan humilde abrigo? Pero la conveniencia de Nazaret para el largo período de la vida oculta aparece aún más claramente si se la considera desde el punto de vista político. En aquel estrecho rincón escapó la Sagrada Familia a la terrible tormenta que agitó a la Judea durante el tiránico gobierno de Arquelao, y más aún después que le depusieron los romanos, cuando Cirino, próconsul de Siria, hizo allí su segundo censo (20), esta vez para imponer tributos en nombre de Roma, pues la provincia estaba ya ahora bajo su directa autoridad. Irritó esto a los judíos extraordinariamente, pues harto veían que una medida de esta índole era la señal de su definitiva sujeción a los conquistado-

(17) Matth., V, 14.

(18) Para seguir esta descripción, véase Legendre, *Carte de Palestine*; L. Cl. Fillion y H. Nicole, *Atlas géographique de la Bible*, láms. X y XI.

(19) No se la menciona, en efecto, ni en los libros del Antiguo Testamento ni en los escritos de Flavio Josefo. Véase sobre este punto, además de los Diccionarios de la Biblia, L. Cl. Fillion, *Essais d'exégèse*, páginas 205-237; A. Stanley, *Sinai and Palestine*, nueva edición (1868), páginas 365-368; V. Guérin, *Description de la Palestine: la Galilée*, t. I, páginas 83-102; Chauvet e Isambert, *Syrie, Palestine*, 1887, páginas 438-442; Th. Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, páginas 320-323; *La Palestine*, por varios profesores de N.-D.-de-France en Jerusalem, 2.<sup>a</sup> edic., páginas 440-459.

(20) Véanse las páginas 277-278 y el apéndice XV del t. I.



res paganos, a quienes detestaban y maldecían. Aunque el Sumo Sacerdote consiguió mantener en la masa de la población cierta paz aparente, sublevóse el partido fanáticamente teocrático acaudillado por Judas de Giscala. El procurador Coponio sofocó sin gran trabajo aquel comienzo de revuelta; pero, sin embargo, los rebeldes permanecieron agrupados bajo el nombre de Zelotes, prestos a mantener en cualquier coyuntura los sagrados derechos de su nación (21). Desde entonces quedó encendido el rescoldo bajo la ceniza, hasta que, en el año 70 de nuestra Era, estalló la violentísima insurrección, que terminó con la ruina del Estado judío. La Galilea, donde vivía la Sagrada Familia cuando en Judea se promovieron los primeros disturbios, quedó exenta del censo de Cirino, pues estaba sometida a la jurisdicción de Herodes Antipas, y gozó de tranquilidad durante todo el tiempo de la vida oculta del Salvador.

## II. — JESÚS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

Hasta el momento de establecerse la Sagrada Familia en Nazaret, los evangelistas San Mateo y San Lucas nos han ofrecido noticias suficientemente completas acerca de la infancia del Salvador; desde ahora hasta el comienzo de su vida pública, van a encerrarse en riguroso silencio: razón demás para que acojamos con viva gratitud dos compendiosas e instructivas indicaciones que nos ofrece San Lucas, una acerca de la infancia propiamente dicha, y otra sobre la adolescencia de Jesús; y, entre estas dos indicaciones, un significativo episodio que nos permite entrever por un instante, no sin piadosa emoción, el alma del divino Niño.

Recordemos que de todos los evangelistas San Lucas es el que mejor nos da a conocer la naturaleza humana del Verbo encarnado. Lo que nos enseña acerca del crecimiento de Jesús entra, pues, de lleno en su plan. Así, antes de apuntar los progresos intelectuales y morales del Niño-Dios indica las diferentes fases de su desarrollo físico, mostrándonoslo sucesiva-

(21) Cf. Josefo, *Ant.*, XVIII, II, 1; E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes*, t. I, páginas 485-487.

mente en estado embrionario en el seno materno (22), luego como infante (23) y después como niño (24).

La primera de esas indicaciones a que antes aludíamos es ya significativa: “El Niño crecía, y se fortalecía, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era en él” (25). Señala tres hechos distintos. En primer término, Jesús “crecía”, y se desarrollaba. Desenvolvíase regularmente su cuerpo, semejante en esto, según el vaticinio de Isaías (26), a un renuevo, cuyo tallo poco a poco se alarga y crece. “Se fortalecía”; sano vigor corría a través de sus miembros, como se difunde la savia por las ramas de una planta robusta. El rasgo siguiente, “lleno de sabiduría”, concierne al espíritu. A medida que Jesús se desarrollaba físicamente aumentaba también su sabiduría, conforme a la regla de que después trataremos (27). La palabra “sabiduría” se debe tomar en su acepción hebraica, como sinónima de inteligencia. Por fin, “la gracia de Dios era con él” (28). Este tercer dato se refiere al alma del Niño, en la que la gracia, la complacencia y el favor del cielo moraban de continuo para protegerla y dirigirla.

Esta sencilla observación del evangelista es tan profunda, que nunca alcanzaremos a penetrar su sentido. Pero eso es todo lo que el Espíritu Santo ha querido descubrirnos acerca de la infancia de Jesús, desde el regreso de Egipto hasta que llegó a los doce años. Poca cosa en apariencia. Y sin embargo, ¡qué riqueza de ideas en tan escasas palabras y qué retrato tan delicado nos trazan del Salvador en sus primeros años! Era un niño ideal. Cuantas perfecciones convenían a su edad, brillaban apaciblemente en El y se manifestaban en sus palabras y en su conducta. De paso, admiremos las humillaciones voluntarias del Hijo de Dios, que, al hacerse hombre, se dignó someterse,

(22) Luc., I, 42; βρέφος ἐν τῇ κοιλίᾳ. Vulg., *fructus ventris*.

(23) Luc., II, 17, 27, 40; τὸ παιδίον Cf. Matth., II, 13-14, 20-21. La Vulgata no señala este matiz.

(24) Luc., II, 43; παῖς. Vulg., *puer*.

(25) Luc., II, 40, Cf. I, 8, donde se dice que el precursor, niño aún, “crecía y se fortalecía en espíritu”.

(26) Isaías, LIII, 2: “Y sube como renuevo delante de Dios, como delicada rama que sale de tierra sedienta.”

(27) En griego, el empleo del participio de presente, πληρούμενον, “siendo lleno” de sabiduría, indica un hecho reiterado, continuo.

(28) Así lo dice el griego, ἐν αὐτῷ en acusativo de movimiento, en vez de *in illo*, “en él”, de la Vulgata.



aun en lo tocante a la inteligencia, y la gracia, a todas las condiciones exteriores de su desarrollo humano.

Exteriormente, pues, Jesús creció y se desarrolló según las condiciones ordinarias de la vida. Su crecimiento corporal se verificó sin entorpecimientos, sin enfermedades, sin dolencias. Es grato imaginárselo en su edad primera como gracioso Niño, tal como los más hábiles artistas se han complacido en representarlo (29). Luego diremos algo de la discusión que se suscitó en tiempos antiguos sobre la belleza o fealdad física de Nuestro Señor; pero cualesquiera que sus rasgos fuesen, es increíble que desde su infancia no se manifestase en su rostro la nobleza de su alma.

A la par con el crecimiento físico iban el intelectual y el moral; pero sin nada de deslumbrador, de extraordinario, de milagroso. Año por año iba Jesús revelando las cualidades de espíritu y de corazón que convenían a su edad y situación, pero sin sobrepasar en lo externo las leyes del común desarrollo humano. La expresión empleada en este lugar por San Lucas, y la que más adelante estudiaremos, nada más dicen, en efecto, y nada más expresan que un crecimiento natural y regular, aunque para nosotros sea tanto más admirable cuanto que era el crecimiento de un Dios hecho hombre. Pero no olvidemos que si el Verbo encarnado extremó su condescendencia hasta revestirse de las debilidades e imperfecciones de la infancia, debemos muy mucho guardarnos de atribuirle los defectos morales de ésta. San Pablo pudo escribir (30): "Cuando yo era niño hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño." Pero sería inexacto aplicar por entero estas palabras al Niño Jesús, cuyos pensamientos y aficiones, igual que su lenguaje, sólo en lo exterior eran infantiles.

Así, pues, durante sus primeros años, no fué Jesús aquel niño prodigio que a troche moche describen los Evangelios apócrifos (31). Esto hubiera sido contrario al plan de la Provi-

(29) Más de una vez nos ha sucedido, en horas de descanso, recorrer las galerías del Louvre, para ver una vez más, con apacible deleite, tantos cuadros célebres. Siempre hemos comprobado, y no sin emoción, la semejanza de fisonomía que los grandes maestros han establecido por lo común entre el divino Niño y su madre.

(30) I Cor., XIII, 11.

(31) Varias veces hemos tenido ocasión de señalar su teatral ostentación con milagros inútiles y fábulas chocantes, que tan falsa idea dan

dencia: plan según el cual debía Jesús permanecer humilde y oculto, desconocido de los hombres, hasta su aparición solemne en la escena de la historia. Además, el imaginar a Jesucristo haciendo continuos milagros durante el tiempo de su infancia está en contradicción evidente con la historia evangélica, que por un lado (32) afirma que en Caná realizó su primer milagro al principio de su vida pública, y por otro (33) nos muestra a sus compatriotas de Nazaret en extremo sorprendidos cuando le vieron salir repentinamente de su oscuridad, hablar como profeta y efectuar acciones maravillosas.

Un solo hecho notable, referido por San Lucas con expresiva sencillez (34), acaeció durante el largo período del retiro de Jesús en Nazaret, y él nos permite columbrar los progresos que de día en día se efectuaban en la inteligencia y en el alma del divino Niño: escena delicadísima que, "a manera de claro rayo luminoso, desvanece por un instante las tinieblas de que está rodeada la adolescencia de Jesús" (35).

Ya hemos mencionado las tres peregrinaciones que cada año debían hacer los judíos a Jerusalén y al Templo, con ocasión de las solemnes fiestas de Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos (36). La vida entera del pueblo teocrático se concentraba entonces, en un movimiento intensísimo, en torno del santuario único, que era considerado como palacio del Dios de Israel. En el transcurso de los tiempos habíase tornado menos rígido el precepto, no sólo para aquellos miembros de la nación que en crecido número vivían en el Extranjero, sino también para

del Niño Jesús. Verdad es que ni una sola vez han intentado levantar el velo que envuelve los diez y ocho años que transcurrieron entre el episodio del templo, Luc., II, 41-50, y el comienzo de la vida pública. El evangelio árabe de la Infancia (c. LIV) llega a decir expresamente que, desde el año duodécimo de su vida, comenzó a ocultar sus milagros, sus secretos y sus misterios, hasta que cumplió los treinta años. En cambio, se ocupan mucho del período anterior a este incidente para señalar de uno u otro modo el crecimiento del Niño Jesús. Le siguen casi año por año, desde los cuatro a los ocho y hasta los doce, presentándonos no al bendito Niño de Nazaret que creció apaciblemente en sabiduría y en gracia, sino casi a un hombre maduro, que no tiene de la infancia sino la malicia y los defectos. Véanse las páginas 31-32 del t. I.

(32) Joan, II, 11.

(33) Marc., I, 27; II, 12; VI, 2-6.

(34) Luc., II, 41-51.

(35) B. Weis, *Leben Jesu*, t. I, pág. 266. Acerca de la interpretación que de ella dan los neocríticos véase el apéndice I.

(36) Cr. Ex., XXIII, 14-17; XXXIV, 23; Deut., XVI, 16.



los que residían en los distritos palestinos más lejanos. Solían éstos contentarse con una sola peregrinación, y la de la Pascua, cuya solemnidad recordaba gracias y glorias de orden superior, ejercía especial atractivo sobre los más. Millares y millares de fieles acudían de todas partes a Jerusalén. Sólo a los hombres obligaba el precepto, y ninguna mención hacía de las mujeres; pero éstas, por espíritu de piedad, hacían gustosas alguna de dichas peregrinaciones, como en otro tiempo Ana, madre de Samuel (37), como María en la presente circunstancia, como las santas mujeres de Galilea mencionadas en diversos pasajes del Evangelio (38).

“Los padres de Jesús—dice San Lucas (39)—iban todos los años a Jerusalén el día solemne de Pascua, y cuando El tuvo doce años subieron a Jerusalén, según la costumbre de la fiesta”, llevándolo consigo. ¿Quiere esto decir que nunca había participado el divino Niño en las anteriores peregrinaciones de María y José, y que entonces los acompañaba por vez primera? No están concordes los comentadores acerca de este punto; mas parécenos difícil de admitir que los padres de Jesús se hubiesen avenido a separarse de El dejándole en Nazaret cuando emprendían sus piadosos viajes. El Talmud (40) habla de niños de tres años, a quienes sus padres llevaban al Templo sobre sus hombros, y de niños de cinco años, a quienes era preciso coger de la mano para ayudarles a subir las gradas del Santuario. Si en este lugar se expresa la edad de Jesús, no es solamente para fijar la fecha exacta del episodio, sino principalmente por la importancia que a esta edad se concedía entre los judíos. Al fin de los doce años y principio de los trece era cuando todo joven israelita comenzaba a ser, según las reglas establecidas por los rabinos, *bar-mitsvah*, “hijo del precepto”, o *ben-hatthôrah*, “hijo de la ley”, es decir, sujeto a todas las prescripciones de la ley mosaica, aun las más pesadas, como el ayuno y las peregrinaciones al Templo (41). Y ex-

(37) I. Reg., I, 7.

(38) Matt., XXVII, 55; Marc., XV, 4; Luc., XX, 55.

(39) Luc., II, 41-42.

(40) Chagiga, I, 1.

(41) Véase Lightfoot, *Horae hebraicae et talmudicae in evangelia*, página 739; A. Wünsche, *Neue Beiträge zur Erläuterung der Evangelien aus Talmud und Midrasch*, páginas 418-419.

plicase que así fuese, pues un oriental, a los doce años, ha dejado de ser niño para convertirse en adolescente, y con frecuencia en joven robusto a quien no espanta la fatiga.

El evangelista omite los pormenores del viaje y de la fiesta; pero nos es hacedero el completar su narración. Las solemnidades pascuales se celebraban a mediados del mes de Nisán, por el cual comenzaba el año religioso de los hebreos (42); y como de Nazaret a Jerusalén había por lo menos tres días de camino, era necesario emprender el viaje hacia el día 10. Raras veces lo hacían los peregrinos aisladamente. Uníanse los habitantes de cada localidad, cuando no los de varias aldeas, para formar una caravana, que caminaba piadosa y alegremente, orando y cantando salmos (43). Ya citamos (44) íntegro el Ps. CXXI, *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi...*, que tan vivamente expresa los sentimientos de un peregrino israelita al dirigirse a la ciudad santa, cuyas maravillas de todo género pondera con orgullo. A través de su descripción podemos leer en los corazones de aquellas muchedumbres judías que en tal sazón rebosaban por todos los caminos. Un mes antes de la fiesta, se tenía cuidado de poner éstos en buen estado y de reparar los puentes. En los alrededores de Jerusalén se jalbegaban las piedras de los sepulcros (o también se los cercaba), para hacerlos más visibles y evitar que los peregrinos, tocándolos por inadvertencia, quedasen legalmente impuros.

En la ciudad santa, se preparaban las viviendas y se acumulaban provisiones para recibir dignamente a los hermanos que llegasen de los distintos puntos de Palestina y del Imperio romano. ¿Pero dónde aposentar a tantos forasteros, cuyo número fué a veces de varios millones en la fiesta de la Pascua? (45).

(42) Comenzaba con la luna nueva de nuestro mes de marzo y terminaba con la nueva de abril.

(43) Muy especialmente los salmos llamados “graduales”, o mejor, de las “subidas”. Eran los salmos CXIX-CXXXIII (hebr. CXX-CXXXIV), que, por su tono animado y por su carácter más nacional, se prestaban muy bien para este uso.

(44) Página 121 del tomo I.

(45) Cf. Josefo, *Bell. jud.*, II, xiv, 3, y V, ix, 3. En el primero de estos pasajes menciona el historiador judío expresamente 3.000.000 de peregrinos. En el segundo, dice que el número de corderos inmolados para el solemne banquete del 14 de Nisán fué de 256.000, y como de ordinario se contaban diez peregrinos por cada cordero pascual, tendríamos la suma de 2.565.000. Cf. Filón, *De Monarchia*, II, 1.



Ante todo, en las casas de la ciudad, que hospitalmente abrían sus puertas; después en las de las aldeas más próximas; y como unas y otras resultaban incapaces para tanta muchedumbre, levantábanse tiendas sobre las azoteas, en las afueras y en pleno campo. Al fin para ninguno faltaba provisional albergue (46).

Inaugurábase la fiesta el día 14 de Nisán, al caer la tarde, con el solemne banquete en que se comía el cordero pascual (47). El 15 era por excelencia el gran día de la Pascua; se celebraba como un sábado de rito superior (48) y se ofrecían a Dios sacrificios de índole especial. El 16 tenía lugar una regocijada ceremonia, llamada del *Omer* (49), que atraía gran número de espectadores. Consistía en la consagración al Señor de las primicias de las mieses (50). En la tarde del 15, puesto ya el sol, tres hombres, provistos cada uno de su hoz y de su cesta, iban a cortar en un campo previamente señalado, por lo común, en el valle del Cedrón, así como una gavilla de cebada, que en seguida llevaban al Templo. Al día siguiente por la mañana se desgranaban las espigas; los granos, después de ligeramente tostados, eran molidos con grandísimo esmero, y con una parte de la harina mezclada con aceite se hacía una masa, de la que se quemaba un puñado en el altar de los holocaustos.

Los cinco días que pasaban entre el 17 y el 21 de Nisán se consideraban como de media fiesta. El 22, último de la octava, se guardaba el descanso como el 15, pero se celebraba con menor solemnidad. Los peregrinos no estaban obligados a permanecer en Jerusalén durante toda la octava; se les permitía irse desde la mañana del día 17, y muchos, en efecto, usaban de esta facultad. Tomada al pie de la letra la breve

(46) Acerca de los ritos de la Pascua en tiempo de Nuestro Señor véase el tratado *Pesachim* del Talmud, y Edersheim, *The Temple, its ministry and services*, páginas 177-225. Sobre la manera como la celebran hoy los judíos véase A. Coypel, *Le judaïsme, esquisse de mœurs juives*, páginas 231-245.

(47) Describiremos circunstanciadamente este festín y sus ritos cuando refiramos los acontecimientos de la tarde del Jueves Santo y la institución de la Eucaristía.

(48) Ex., XII, 16; Lev., XXIII, 7, etc.

(49) Palabra hebrea que significa "gavilla".

(50) Lev., XII, 10-14.

nota cronológica de San Lucas relativa a José y María: "Acabados que fueron los días (de la fiesta) se tornaron" (51), parece insinuar que la Sagrada Familia no pensó en la vuelta sino después del 22 de Nisán, lo que, por otra parte, es más conforme con sus piadosas costumbres. Debió de ser, pues, en la mañana del 23, cuando, al ponerse en movimiento para regresar a Galilea la caravana de que formaba parte la Sagrada Familia, consiguió Jesús ocultarse y quedarse en Jerusalén sin que lo advirtiesen su madre y su padre adoptivo. Por su parte, fué éste un acto deliberado, premeditado, cuya elevada explicación pronto nos dará El mismo. De momento, ni María ni José notaron su ausencia, o por lo menos no sintieron zozobra alguna. En todo caso, su amorosa solicitud, de la que tan claras pruebas nos dan los relatos de la santa infancia, no faltó un solo instante. Un niño cuya conducta nunca había sido para sus padres ocasión de la más leve inquietud, no tenía necesidad de ser continuamente vigilado; antes al contrario, merecía entera confianza. Por lo demás, preciso es haber asistido a la partida de una caravana oriental, cuando es numerosa, para imaginarse la confusión que entonces suele reinar. Múltiples grupos se forman y se deshacen; hombres, mujeres, niños y animales de carga se revuelven en confusa mezclanza; óyense gritos ensordecedores de gentes que se llaman y se buscan mutuamente; todo es ir y venir entre bullicio y agitación. Por fin, comienza la partida. Muchos ancianos y mujeres montan sobre sus asnos; los hombres y los jóvenes caminan a pie. Cien incidentes retardan o aceleran la marcha. Los niños que al principio estaban al lado de su padre o de su madre se unen de seguida a un grupo de amigos o vecinos (52).

Sólo por la tarde, cuando los viajeros hicieron alto para pasar la noche, y los miembros de cada familia se reunieron en un campamento común, pudieron comprobar con certeza

(51) Luc., II, 43.

(52) Lo que actualmente sucede cada año en Jerusalén, cuando los griegos ortodoxos y los rusos que vienen en peregrinación para las fiestas de Navidad van por millares al Jordán para tomar en él su tradicional baño, nos permite darnos cuenta de cómo se desarrollarían los sucesos en el momento de la partida de la gran caravana a la que iban unidos los peregrinos de Nazaret.



María y José la desaparición del Niño Jesús (53). Después de haberle buscado en vano (54) de grupo en grupo, entre parientes y conocidos, se decidieron a volver a Jerusalén. Pero no debieron de emprender aquel triste viaje sino al día siguiente por la mañana; de otro modo habrían corrido el riesgo de cruzarse, sin verle, con aquel a quien buscaban. A lo largo del camino hicieron ansiosas pesquisas, mirando por todas partes, informándose de cuantos pasaban, y las prosiguieron después en la ciudad. ¡Horas dolorosas, durante las cuales hirió cruelmente el corazón de María la espada que Simeón la había predicho!

Por fin, al tercer día, a contar del en que se pusieron en camino para volver a Jerusalén (55), José y María hallaron a Jesús en el Templo, es decir, en alguna de las varias construcciones que rodeaban al santuario y servían para diversos usos; por ejemplo: para los cursos académicos de los rabinos. Allí, según expresión de San Lucas, el Niño-Dios estaba "sentado en medio de los doctores"; pero no a manera de maestro, en sitial elevado, según errónea interpretación que los pintores han contribuido a divulgar, sino al modo de los discípulos, en el suelo, conforme a la costumbre oriental (56), en el espacio que dejaban libre los venerables rabinos, colocados en semicírculo (57). En esta actitud escuchaba Jesús

(53) Desearíamos conocer en qué paraje preciso tuvo lugar esta primera estación de la caravana; pero ello no es posible, ya que ignoramos si los peregrinos galileos tomaron, para volver a sus casas, el camino directo que atravesaba la Samaria, o si torcieron hacia la Perea, para evitar los disgustos que podían ocasionarles los samaritanos. El trayecto que el evangelista designa con la locución *ἡμέρας δύο* (Vulgata, *iter diei*), "el camino de un día", corresponde ordinariamente en Oriente a seis o siete horas de marcha.

(54) El empleo del verbo compuesto *ἀνεζήτησαν* y del imperfecto indica reiteradas indagaciones, acompañadas naturalmente de dolorosa angustia.

(55) La fórmula *μετὰ ἡμέρας τρεῖς* (Vulg., *post triduum*), corresponde a nuestra locución "al tercer día". Según el cálculo más natural y probable, el primer día fué el de la vuelta a la ciudad santa; el segundo, el que consagraron a hacer pesquisas en todas direcciones; en el decurso del tercero fué cuando hallaron al Niño Jesús.

(56) Act., XXII, 3. Véase Lightfoot, *Horae hebr. et talm. in evangelia*, in Luc., II, 46; Th. Robinson, *The Evangelists and the Mishna*, página 206, etc.

(57) Se ha intentado formar la lista de los doctores judíos más famosos de aquella época, que pudieron ser testigos de la escena que con tan expresivos términos refiere San Lucas; pero sólo se ha llegado a vagas conjeturas, que no tienen sino un interés muy secundario, de sola erudición.

atentamente las graves palabras que los doctores cambiaban entre sí y con los asistentes, y después les proponía cuestiones con acento rebosante de graciosa modestia (58): lo cual no disonaba ciertamente de las costumbres de entonces, a juzgar por varios pasajes del Talmud, en que se nos presenta a los rabinos discutiendo con sus discípulos, preguntándoles y excitándolos a proponer objeciones y contrapreguntas, a las que ellos respondían. Fácilmente nos podemos figurar cómo se mezcló Jesús en la discusión. Interrogado tal vez por algún doctor, satisfizo a éste plenamente su respuesta. Entablóse entonces vivo diálogo entre los dos; otros doctores tomaron parte en él, y la ciencia de Jesús se manifestó cada vez con mayor brillo en aquel torneo intelectual, cuyo objeto era, sin duda, la explicación de pasajes difíciles de los libros santos. Después de haber respondido, llególe a su vez el turno de preguntar, asombrando a los asistentes, así por el aplomo y agudeza de sus preguntas como por la habilidad de sus réplicas. Quisiera nuestra piedad conocer cuando menos el tema general de esta especie de argumentación, en la que tan lucido papel hizo Jesús; pero no plugo al Espíritu Santo satisfacerla en este particular, y no caeremos en la indiscreción de aventurar hipótesis que a nada conducirían (59). Baste dejar consignado que a todos los testigos de la escena causaron admiración (60) la inteligencia de aquel niño y las palabras que la manifestaban con tanta claridad.

Grande fué la extrañeza de sus padres cuando le vieron en medio de aquella grave asamblea (61) y desempeñando tal papel, pues conocían su reserva y silencio habituales y el cui-

(58) Y no ciertamente con la osadía y altivez que neciamente le atribuyen el Evangelio (apócrifo) de Tomás, c. XIX, y el evangelio árabe de la Infancia, c. L-LII, ni con la fastidiosa y pueril vanidad del historiador Josefo, que cuenta, *Vita*, 2, que a la edad de catorce años era objeto de la admiración general por el desarrollo y vivacidad de su inteligencia, hasta el punto de que los mismos Sumos Sacerdotes y los Doctores de la Ley iban a interrogarle acerca de la significación de textos bíblicos.

(59) También aquí los escritos apócrifos procedieron sin sombra de escrúpulo. El evangelio de Tomás, *loc. cit.*, sabe que el Niño Jesús se puso a decir a los rabinos el número de las esferas y cuerpos celestes, su naturaleza y operaciones, y que les explicó la física, la metafísica, la hiperfísica y la hipofísica y muchas cosas más.

(60) *Ἐξίσταντο* dice el texto griego: quedaron fuera de sí.

(61) *Ἐξπλάγησαν*: otra expresión enérgica.



dado con que hasta entonces había ocultado su naturaleza superior. Como nunca se había manifestado de aquella manera, no estaban preparados para espectáculo como el que de improviso se ofreció a su vista. Una dulce queja se escapó del corazón de María; pero apenas se la puede calificar de reproche, pues la Madre de Jesús se contentó con dejar que hablasen los hechos mismos: "Hijo, ¿por qué has procedido así con nosotros? Mira que tu padre y yo, afligidos, te andábamos buscando."

A esta doble pregunta respondió Jesús con otras dos: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?" Con estas palabras de insondable profundidad expone respetuosamente a su Madre la razón misteriosa de su conducta durante los tres días que habían transcurrido: "¿No sabíais?" ¿No conocíais mejor que nadie en el mundo quién soy yo y cuál el oficio que como Mesías y como Hijo de Dios debo cumplir? También El manifiesta extrañeza. Sorpréndele que en cosa tan cara a su corazón, aquellos mismos que le están unidos con más estrechos lazos, Madre y padre adoptivo, parezcan no pensar como El. Cuál fuese su deber máximo, superior a todos los otros, en lo concerniente a su conducta personal, lo resume en esta majestuosa proposición: *in his quae Patris mei sunt oportet me esse* (62). Las palabras "mi Padre" son evidentemente las que contienen aquí la idea principal; importa, pues, determinar bien su significación. Según la interpretación constante de exégetas y teólogos católicos, compartida también por muchos protestantes, Jesús atribuye aquí a Dios el título de Padre en sentido literal y estricto, en sentido único. El hecho es innegable (63),

(62) Las palabras griegas ἐν τοῖς τοῦ πατρὸς μου, que la Vulgata tradujo a la letra por *in his quae Patris mei sunt*, gramatical y lógicamente pueden tener dos sentidos distintos: "Las cosas, los asuntos de mi Padre", y también: "La casa de mi Padre." La segunda interpretación, que es la del siríaco y de la mayor parte de los antiguos comentadores griegos, parece que restringe demasiado el pensamiento; cuanto más que Jesús iba a dejar inmediatamente el Templo. La primera traducción, que es la que adoptaron los Padres e intérpretes occidentales, es más natural y encierra un sentido más profundo. En favor de una y otra se alegan ejemplos sacados de los escritores sagrados y profanos, que pueden verse en los grandes comentarios.

(63) Más adelante responderemos a la negación que los neocríticos oponen a esta afirmación.

y no se alcanza por qué no habría de darse a este título, ya desde este lugar, el valor que tan a menudo tiene en el decurso de la historia evangélica. Desde estas primeras palabras que de El conocemos, se proclama Jesús Hijo de Dios, como tantas otras veces lo hará más tarde (64). Acababa María de mencionar al padre adoptivo de Jesús: "Tu padre y yo te buscábamos." El Niño-Dios repite este nombre de padre, pero en un sentido infinitamente más elevado, el único que correspondía a la realidad de los hechos, según nos lo han enseñado San Mateo y San Lucas en el curso de la narración. Con estas sublimes palabras indica Jesús claramente el motivo por el que se había quedado en Jerusalén: habíale retenido allí las cosas de su Padre. María y José tenían sobre El derechos muy legítimos; pero muy sobre ellos estaban los de su Padre, y éstos le trazaban su deber supremo, que a veces exigía de El cierta independencia aun respecto de aquellos que más caros le eran después de su Padre celestial.

Cuando María y José oyeron esta respuesta vino a colmo su asombro. El escritor sagrado añade que "no la comprendieron". Y, con todo eso, volvemos a repetirlo, conocían perfectamente el origen y naturaleza divina de Jesús, como también su vocación mesiánica. Pero no les había sido revelado el plan divino de la redención más que en su conjunto. Los detalles concretos de este plan, tal como se fueron realizando en la vida de Jesucristo, permanecían para ellos en el misterio, hasta que poco a poco brilló más clara luz en sus espíritus. De aquí el que no alcanzasen inmediatamente *toda* la extensión, *toda* la profundidad de las palabras que Jesús les dirigió cuando le hallaron en medio de los doctores. Nueva prueba de que en su desarrollo exterior no había nada de maravilloso, de milagrosamente extraordinario. Nunca había pronunciado palabras tan significativas. ¡Con qué piadoso respeto se las recoge de su boca, y qué alegría se siente al hallarlas tan dignas de aquel de quien más tarde se dirá (65): "Nunca hombre habló como este hombre." Desde lo alto de ellas podemos asomarnos a las profundidades de su alma. En ellas se contiene, como se

(64) San Juan cita otros varios dichos del Salvador que tienen estrecha afinidad con éste. Cf. Joan., VIII, 29; IV, 4; XIV, 34.

(65) Joan., VII, 46.



ha reconocido muchas veces, el programa íntegro de su futuro ministerio, de su oficio de Mesías. Tienen carácter marcadamente profético. Sin este cuadro delicado apenas hubiéramos podido sospechar la trayectoria que siguió el desenvolvimiento religioso del Salvador, y los atractivos intelectuales y morales con que edificaba y colmaba de dicha a los que vivían en torno suyo.

San Lucas termina esta narración con dos reflexiones dignas de notar. He aquí la primera: “Y descendió con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto” (66). Ella resume en términos bien expresivos toda la vida oculta del Verbo encarnado, durante los diez y ocho años que aún había de prolongarse. ¿No se diría que al escribir el evangelista esas palabras quiso significar que no había habido ni el más ligero atisbo de insubordinación en el acto que acababa de contar? Su segunda reflexión nos hace penetrar de nuevo en la santa alma de María, para recordarnos que “guardaba todas estas cosas en su corazón”, es decir, que hacía de ellas materia de meditación continua, en la cual su pensamiento y su cariño hallaban alimento de incomparable dulzura.

(66) Luc., II, 51. La fórmula *ἦν ὑποτασσόμενος* (Vulg., *erat subditus*) expresa con energía una obediencia absoluta, una sumisión constante y sin reserva.

## CAPÍTULO II

### Desarrollo intelectual y moral de Jesús.

Inmediatamente después de la conmovedora anécdota del Templo, inserta San Lucas una segunda indicación, a la que ya más arriba aludimos, relativa al crecimiento del Salvador: “Jesús — dice (1) — crecía en sabiduría, y en estatura (2), y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.” Refe- ríase el primer texto al desarrollo del Hijo de María antes de la edad de doce años; describese en éste su crecimiento en todos los aspectos desde los doce años hasta los treinta. Si- guiendo el mismo orden que allí, señala el evangelista con tres rasgos distintos la formación intelectual de Jesús, su creci- miento físico y el maravilloso progreso que se obraba en su alma. De este crecimiento general, se afirma que no solamente se efectuaba “delante de los hombres”, que de él eran, día por día, venturosos testigos, sino también, y sobre todo, “delante de Dios”, que escudriña los corazones y es único juez absoluto de la realidad de nuestros progresos morales.

Pero ¿de qué manera y en qué condiciones se realizó esta evolución? Quisiéramos levantar el velo que oculta este pro- fundo misterio, descubrir el proceso íntimo de la formación de su carácter, cómo se instruyó su espíritu y se cultivó su cora- zón, cómo llegó a la excelencia superior de su edad madura y a los sublimes principios de su Evangelio. Pero en esto del

(1) Luc., II, 52.

(2) La palabra griega *ἡλικία* es ambigua e indica unas veces la esta- tura y otras la edad. En Luc., XIX, 3, se trata ciertamente de la esta- tura; en Joan., IX, 21, 23, y Hebr., XI, 11, se trata de la edad; en los textos Matth., VI, 27, y Luc., XII, 25, es dudoso el sentido. En el caso presente, todos los Padres latinos adoptaron la segunda acepción, si- guiendo a la versión Itala y a la Vulgata. Pero es probable que el evan- gelista hace alusión antes bien a la estatura, pues el hecho de adelantar en edad no indica forzosamente un progreso.



desarrollo humano de Nuestro Señor sucede lo mismo que en lo tocante a su infancia, adolescencia y juventud: está envuelto entre nieblas, que los más grandes pensadores cristianos no han conseguido desvanecer por entero. Aunque San Lucas señala por dos veces este crecimiento y nos descubre en el alma del Salvador y en sus operaciones teándricas insondables horizontes, no determina la manera. El mismo San Pablo, si bien esboza en sus epístolas una opulenta cristología, guarda completo silencio en cuanto al problema del desarrollo de Jesús (3). ¡Oh si nos fuese dado preguntar acerca de este punto a los ángeles, y mejor aún a María y a José; sobre todo a María después de la resurrección de su divino Hijo! Porque nuestro espíritu, corto y limitado, tiene harto trabajo en representarse el crecimiento intelectual y moral de un Hombre-Dios. "Somos tardos en emprender que esta alma pasó por las mismas fases que la nuestra en el desarrollo de su inteligencia y de sus sentimientos; que le llegó el conocimiento como nos llega a nosotros mismos, por intermedio de libros y de enseñanza humana, o por la influencia de las circunstancias ambientes, creciendo más y más, a medida que corrían los años... Interpretamos con dificultad las palabras que nos dicen que este crecimiento intelectual (y moral) era tan rico como el del cuerpo; que Jesús crecía así en sabiduría como en estatura; desde el principio, y aun desde su infancia, nos lo representamos como quien enseña y no como quien aprende... Nos es difícil, a pesar de las terminantes declaraciones de los relatos evangélicos, figurárnoslo adquiriendo cualquier conocimiento de aquellos que le rodeaban" (4).

Es que Jesús — conviene insistir en ello — no tenía solamente la naturaleza humana, sino también la divina en toda su plenitud, y esto cabalmente es lo que origina el problema y lo

(3) El texto Col., II, 3. "En el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia", nos enseña por lo menos: 1.º, que Nuestro Señor, como Verbo divino e Hijo del Padre, posee sabiduría y ciencia infinitas; 2.º, que, en cuanto hombre, por virtud de la unión hipostática, posee aquella plenitud relativa de sabiduría y ciencia que es compatible con la naturaleza humana.

(4) E. H. Plumptre, *Christ and Christendom*, pág. 85. En el apéndice II insertamos una importante declaración de la Congregación del Santo Oficio, que da reglas a los teólogos católicos para juzgar acerca de la extensión de la ciencia del Hombre-Dios.

hace tan delicado y difícil. Y así, el teólogo católico que trate de resolverlo en cuanto lo permita la debilidad de la inteligencia humana, jamás debe olvidar que Nuestro Señor fué en todas las épocas de su vida tan verdadero Dios como verdadero hombre, y tan verdadero hombre como verdadero Dios. Ni por un solo instante su naturaleza divina quedó oscurecida o eclipsada por su divinidad. ¡Admirable "misterio de piedad" (5), que contemplamos tímidamente con ternura y con asombro! No perderemos, pues, de vista en las siguientes explicaciones el grave peligro que hay en disociar estas dos naturalezas (6).

Ante todo, conviene inquirir cómo ha sido resuelta en el gremio de la Iglesia católica, durante el curso de los siglos, la cuestión del crecimiento intelectual y moral del Salvador. Naturalmente, los Padres fueron quienes primero la trataron (7). Mas no confiemos que nos ofrezcan desde el principio una doctrina acabada sobre punto tan dificultoso, respecto del cual no se había suscitado aún ninguna controversia. No siempre escrupulizan en pesar sus palabras, como se ha tenido que hacer más tarde; a veces vacilan, y a veces andan a tientas. No se había sentido aún la necesidad de distinguir explícitamente entre la ciencia divina de Jesús y su ciencia humana: distinción esencial para la solución de nuestro problema. De ahí que los Padres apostólicos trataran de esta materia con cierta vaguedad. Jesús, escribe San Justino (8), "crecía al modo de los otros hombres". Y San Ireneo (9): "Vino a salvar a todos los hombres...; por eso pasó por todas las edades, habiéndose hecho niño con los niños para santificar a los niños..., siendo para ellos modelo de piedad, de justicia y de sumisión; (habiéndose hecho) joven entre los jóvenes para ser también su modelo." Orígenes es ya más explícito: "No hacía más que cuarenta días que Jesús había nacido, no había venido aún a

(5) I Tim., III, 16.

(6) Por no haber tenido cuenta con la naturaleza divina de Jesús, han caído los racionalistas en gravísimos errores respecto a su desarrollo interior. Véase el apéndice III.

(7) Véase sobre este punto Petavio, *De Incarnatione Verbi*, lib. XI, capítulo II.

(8) *Dial. cum Tryph.*, 88.

(9) *Haer.*, II, XXII, 4.



Nazaret, cuando ya estaba en posesión de toda la sabiduría" (10). Solamente aquella su *exinanitio* de que habla San Pablo impedía al Verbo manifestar al mundo la plenitud de su sabiduría (11). Y, con todo, añade, tuvo que aprender a hablar el lenguaje humano, pues antes de encarnarse nunca había dejado oír una palabra semejante a las nuestras (12). He aquí ya claramente formulada la distinción entre la ciencia divina e infinita y la ciencia adquirida de Cristo.

Más adelante las aserciones de los Padres se multiplican y se precisan más aún. Había estallado el arrianismo con toda su violencia, y para hacerle frente era necesario demostrar que Cristo era hombre verdadero al mismo tiempo que verdadero Dios. Sus progresos intelectuales y morales, mencionados por San Lucas, son con gusto alegados por algunos Padres en prueba de la perfección de su humanidad. En este sentido se expresa en particular San Atanasio. "La humanidad sola —dice (13)— crecía en sabiduría..., haciéndose y mostrándose a todos como instrumento de la sabiduría de que se habría de servir la divinidad para obrar y resplandecer." Según San Cirilo de Alejandría (14), San Ambrosio (15) y San Fulgencio (16), el progreso que apunta San Lucas no debe entenderse de la sabiduría divina de Cristo, sino de su sabiduría humana. El mismo San Cirilo añade (17) que Jesús iba mostrando, según su edad, diferentes perfecciones para conformarse de esta manera a las ordinarias leyes de la humanidad. Análogos dichos se encuentran en los escritos de San Basilio, de San Gregorio de Nacianzo, de San Juan Crisóstomo, de San Hilario de Poitiers, de San Agustín, de San Juan Damasceno, etcétera. San Cirilo de Alejandría escribe a este propósito (18) que "el crecimiento de Jesús no debe entenderse como si su humanidad no fuese perfecta desde el principio y pudiese acre-

centarse, sino en cuanto que se manifestaba progresivamente." San Atanasio escribe también (19) que el progreso de Jesús en sabiduría consistía en una manifestación cada vez más completa de su divinidad. En este mismo sentido dijo San Agustín: "La ignorancia (del hombre en la cuna) no alcanzó a este Niño, en quien el Verbo se había hecho carne para habitar entre nosotros; y yo no admitiré que Cristo Niño haya pasado por esta flaqueza del espíritu que en los otros niños vemos" (20).

Si del período de los Padres pasamos al de la Teología escolástica, vemos esclarecerse cada vez más la doctrina relativa al progreso intelectual y moral de Jesucristo, y establecerse sobre bases ya definitivas (21). Siguiendo a Pedro Lombardo y Santo Tomás de Aquino, los grandes teólogos han asentado este principio indiscutible: Por virtud de la unión hipostática, la humanidad de Nuestro Señor debía estar enriquecida de todas las perfecciones compatibles con la naturaleza humana. Además han distinguido en Jesucristo dos ciencias distintas, que corresponden a sus dos naturalezas: la ciencia divina o increada, común a las tres personas de la Santísima Trinidad, y la ciencia humana o creada. Esta última se subdivide como en tres ramas, conforme a las tres fuentes de donde procede. Una es la ciencia de la visión de Dios, otra la ciencia infusa y otra la ciencia adquirida, llamada también experimental. Entiéndese por ciencia de visión o ciencia beatífica el conocimiento de que el alma de Cristo, a la manera de los ángeles y de los bienaventurados del cielo, gozaba en la contemplación intuitiva de la divina esencia; por ciencia infusa, las luces que de continuo le transmitía Dios directamente (22); por ciencia adquirida, las nociones que le procuraban el ejercicio de los sentidos, la experiencia, el razonamiento, etc.

(19) *Orat. VII contra Arian.*, 51.

(20) *De peccatorum meritis et remissione.*

(21) El desarrollo de esta cuestión, desde el punto de vista estrictamente teológico, presenta grandísimo interés, y nos permitiría contemplar más hondamente el alma de Nuestro Señor; pero esto no cae dentro de nuestro plan, ya que nuestro estudio es, ante todo, de índole histórica y exegética. Más adelante citaremos los principales teólogos que se pueden consultar acerca de este abundoso tema.

(22) Sobre la diferencia que existe entre la *scientia beata* y la *scientia infusa* véase Franzelin, *Tractatus de Verbo Incarnato*, pág. 420.

(10) *Hom. XVIII, in Luc.*

(11) *Hom., I, 7, in Jerem.*

(12) *Hom., I, 8, in Jerem.*

(13) *Orat. VII contra Arian.*, X, 53.

(14) *Quod unus sit Christus.*

(15) *De Incarnat.*, VII, 72-73.

(16) *Ad Trasimundum*, I, 8.

(17) *Contr. Nestor.*, III, 4.

(18) *Thesaur.*, assert., IX, 7.



Las dos primeras de estas ciencias eran sobrenaturales; la tercera, simplemente natural. Ahora bien: la ciencia beatífica y la ciencia infusa de Nuestro Señor Jesucristo, como fueron perfectas desde el primer instante de su concepción, no podían recibir aumento; pero sí emitían rayos cada vez más brillantes, “como decimos, cuando sube el sol hacia el mediodía, que aumenta en claridad, no porque ésta crezca, sino sólo por razón de su efecto, porque poco a poco va enviándonos más luz” (23). Por el contrario, su ciencia experimental aumentaba continuamente cada vez que Jesucristo se ponía en contacto con el mundo creado. Mas no se crea que esta ciencia enseñase a Jesús cosas nuevas; lo que hacía era mostrarle a nueva luz hechos o ideas que El ya conocía en virtud de su ciencia infusa. De esta manera, según la Epístola a los Hebreos, V, 8, “siendo Hijo de Dios, por lo que padeció aprendió la obediencia”. Conocía ya Jesús la obediencia teóricamente; por los sufrimientos que soportó por obedecer a su Padre, conoció esta virtud de modo concreto y práctico. Esta ciencia experimental la adquirió poco a poco, gradualmente. Progresaba, por tanto, realmente en ella, pues viendo, oyendo y experimentando cosas nuevas sentía nuevas sensaciones y adquiría nuevas ideas, de donde sacaba nuevas conclusiones. En este sentido crecía verdaderamente en sabiduría. “Hubiera podido Jesús adquirir una ciencia humana perfecta, sin ninguna experiencia exterior, por el influjo de su naturaleza divina; pero como estaba en el plan de Dios que el Salvador fuese hombre perfecto, convenía que al crecimiento físico, que se efectuaba en perfecta armonía con la naturaleza humana, correspondiese un progreso intelectual” (24).

Creemos que estas distinciones aclaran, en cuanto es posible, el delicado punto de que estamos tratando. Tienen además el mérito de concertar los pareceres de los Padres, pues nos explican cómo unos han podido admitir un progreso propia-

(23) “Quemadmodum sol, ab ortu in meridiem progrediens, claritate quoque dicitur proficere; non quod illa in se creseat, sed in effectum tantum, quia maiorem lucem apud nos paulatim diffundit.” Esta expresiva comparación es de Cornelio Jansenio, *Comment in Luc.*, II, 52.

(24) P. Schanz, *Commentar über das Evangelium des heil. Lukas*, página 184.

mente dicho en la sabiduría del Salvador mientras que otros sólo aceptaban un crecimiento intelectual aparente (25).

En cuanto al crecimiento moral de Jesús, nos hallamos con la misma dificultad que al tratar de su crecimiento intelectual, y análoga es la solución. Distingamos también aquí, siguiendo a los teólogos, entre los hábitos y actos sobrenaturales, entre los principios y los efectos. Las obras de gracia o los actos de virtud aumentaban y se multiplicaban sin cesar; pero los hábitos infusos, las disposiciones virtuosas, la gracia santificante, todo lo que en su alma exigía su cualidad de hombre-Dios, no podía aumentar. El Salvador poseyó siempre estos dones en manera perfectísima. Tal es la doctrina de Santo Tomás (26): “En Cristo no podía haber aumento de gracia, como tampoco en los bienaventurados..., sino en cuanto a los efectos, es decir, en cuanto que cada vez hacía obras más virtuosas.” Respecto a la naturaleza divina del Salvador, cosa clara es que no había posibilidad de aumentar en gracia, es decir, en el favor (χάρις) de su Padre. No así en cuanto a su naturaleza humana. Pero entiéndase que este progreso en la gracia no supone que antes hubiese en Jesús la más leve imperfección. Progresaba ante los hombres por comparación con lo que de El habían comprobado en su estado anterior; mas tal estado era ya perfecto en su género, aunque correspondiese a una edad menos adelantada (27).

En resumen, las palabras de San Lucas, con las salvedades indicadas, deben entenderse de un crecimiento real: Jesús crecía verdaderamente en su triple aspecto físico, intelectual y moral. Si debemos creer en la encarnación del Verbo, y por consiguiente en su humanidad, no debemos retroceder tampoco ante

(25) Esta segunda opinión es también la de Bossuet, *Elévations sur les mystères*, XX día (edic. de Versailles, t. VIII, páginas 467-468).

(26) *Summa theol.*, pars. III, q. VII, a. 12. Véase también Franzelin, *De Verbo Incarnato*, pág. 409.

(27) Teólogos que pueden consultarse: Santo Tomás, *Summa*, p. III<sup>a</sup>, q. IX-XII; Suárez, *Comment. ac disputatio in tertiam partem D. Thomae*, ed. Vives, 1860, t. XVIII, páginas 1-90; De Lugo, *De mysterio Incarnat.*, XIX-XXI; Lieber, *Ueber das Wachstum Christi*, 1860; Franzelin, *De Verbo Incarnato*, 1874, thesis XLI-XLIII; Jungmann, *Tract. de Verbo Incarnato*, 2.<sup>a</sup> ed., n. 241-250; J. Pra, *L'hypothèse du développement progressif dans le Christ.*, en los *Etudes religieuses*, año XXX, serie 6.<sup>a</sup>, (1878), t. II, páginas 205-207; A. Tanquerey, *Synopsis theologiae specialis*, 3.<sup>a</sup> ed., t. I, páginas 486-493.



la idea de su formación progresiva. No retrocedió San Lucas ni han retrocedido los teólogos católicos; lo que éstos han hecho ha sido precisar e interpretar de modo científico el lenguaje del evangelista, señalando las restricciones que la naturaleza divina del Salvador exige. Como se ve, nos inclinamos a admitir un progreso real, aunque en los límites arriba indicados, y hacemos nuestra esta observación del P. Didón (28): "La unión personal de la naturaleza humana y de la divina... daba (a Jesús) la intuición de la verdad infinita, la posesión del amor infinito, el goce ininterrumpido de la belleza infinita (29); pero no impedía el desarrollo del conocimiento experimental en su razón (30), el ejercicio progresivo de las virtudes, el esfuerzo de la voluntad, las fatigas del cuerpo, el trabajo y el dolor."

Una vez más repetimos que el explicar este desarrollo es problema asaz arduo, complejísimo, y no andaba descaminado el Dr. Keil, protestante de los llamados ortodoxos, al afirmar que "hasta ahora ningún pensamiento humano ha podido resolverlo de manera completamente satisfactoria" (31). Y, sin embargo, nos parece que a la luz del Evangelio, interpretado por los Padres, los exégetas y teólogos católicos, podemos rastrear, por lo menos en parte, en qué consistió este progreso.

Entremos ahora en algunos pormenores. En la educación y formación de los hombres ordinarios y aun de los mayores genios ejercen considerable influjo circunstancias exteriores de distinto género. Todos, no es posible negarlo, somos en cierta medida fruto del medio en que han transcurrido nuestra adolescencia y nuestra juventud. ¿Será lícito decir que en el crecimiento intelectual y moral del Salvador influyeron circunstancias análogas a las que han intervenido en el nuestro? ¿Hasta qué punto influyeron? Intentaremos contestar a estas delicadísimas preguntas, siempre con el respeto debido a la índole excepcional del Hombre-Dios y reconociendo paladinamente que

(28) *Vie de Jésus-Christ.*, t. I, pág. 79.

(29) Santo Tomás, III<sup>a</sup> p., q. XV, art. 10.

(30) *Ibid.*, p. XII.

(31) *Kommentar über die Evangelien des Markus und des Lukas*, página 244. "Ninguna psicología—ha dicho también el P. Didón, *op. cit.*, página 78—podrá descubrir las irradiaciones de Dios en el alma de Jesús."

alma tan perfecta no tuvo realmente maestro en la acepción común de esta palabra.

La primera influencia que se ofrece al pensamiento es la de la Patria; después, en círculo más estrecho, la de la ciudad o aldea donde uno ha sido educado. Para Jesús, la primera influencia debió de ser la de Palestina, en general; más especialmente, la de la Galilea, provincia de un nacionalismo intenso, de sencillas costumbres, de sólida piedad; y todavía más especialmente la de la pequeña ciudad de Nazaret, cuya conveniencia para ofrecer sombra a su vida oculta hemos admirado. Cuando estudiemos el carácter del Divino Maestro, podremos comprobar cuánto amaba a su pueblo y a su Patria. Pero es creíble que Palestina, Galilea y Nazaret hayan desempeñado papel importante en su formación? Si, como decíamos poco ha, la risueña naturaleza de los contornos de Nazaret pudo contribuir en algo a la formación de su inteligencia y proporcionarle materia de muchas comparaciones que más tarde utilizará en sus discursos, es cierto que sus compatriotas, que en masa permanecieron incrédulos respecto de El y que un día le trataron con más que rudeza (32), no eran muy a propósito para ser sus educadores.

Después de esta primera influencia, de orden general, viene la del hogar propiamente dicho. El hogar en que pasó Jesús la mayor parte de su existencia era humildísimo. Allí se ejerció en la humildad, en el comedimiento, en la pobreza, virtudes que resplandecieron en El durante toda su vida pública. En lo exterior nada le distinguía de los de su edad y posición social. "Vivía al modo de los demás niños..., y en gran parte, como viven hoy día. Quien haya visto a los niños de Nazaret con sus rojos caftanes y sus llamativas túnicas de seda o de algodón, acomodadas al talle por un cinturón de varios colores y a veces cubiertos de un sayo flotante; quien haya presenciado sus bulliciosas y alegres diversiones y escuchado su risa sonora cuando se pasean por las colinas de su vallecito..., puede representarse hasta cierto punto el exterior y los juegos del Niño Jesús" (33).

(32) Luc., IV, 28-30.

(33) Farrar, *The Life of Christ.*, 23.<sup>a</sup> ed., t. I, pág. 61.



Mas el hogar lo constituyen sobre todos los padres. ¡Y cuántas cosas bellas y edificantes no se han dicho ya y cuántas no se podrían decir (34), sin cansarse nunca, sobre los padres de Jesús, considerados como agentes de su formación! Los mismos escritores protestantes, por poca fe que tengan, no pueden contener su emoción cuando dirigen su vista hacia aquella augusta trinidad de la tierra. “Con José para dirigirla y alimentarla—dice uno de ellos (35)—, con María para santificarla y comunicarle dulzura, con el Niño Jesús para iluminarla con la misma luz del cielo, bien podemos creer que sería aquélla una casa de ferviente caridad, de pureza angélica, de casi perfecta paz.” En todos los tiempos concedieron los judíos importancia capital a la educación de los hijos, procurando que fuese al mismo tiempo fuerte y suave, religiosa y práctica. Ahora bien, ¿dónde hallar educadores más aptos que José y María, si Jesús hubiera necesitado educación propiamente dicha? ¡María, de corazón tan profundo y tierno; José, de alma tan recta, tan noble y animosa; ambos consagrados enteramente al deber, enteramente a Jesús, enteramente a Dios; ambos de regia alcurnia por su nacimiento, pero más todavía por la nobleza de su ánimo! Verdaderamente apenas es posible imaginar maestros más dignos de Cristo, más iluminados por la gracia, más compenetrados con los designios de Dios (36). Más adelante recordará San Pablo a Timoteo (37) que, gracias al celo piadoso de su madre y de su abuela, judías de origen, había aprendido a conocer desde su infancia las Sagradas Escrituras. ¡Cuán grato es representarse a María ayudando a Jesús a balbucir sus primeras oraciones, enseñándole a leer algunos salmos y el

(34) Véanse más adelante las páginas 45-50, consagradas al carácter de la Santísima Virgen y de San José.

(35) Farrar, *op. cit.*, t. I, pág. 75.

(36) Hemos leído complacidos en un teólogo anglicano (J. S. Clemens, en el *Dictionary of Christ.* de Hastings, t. I, pág. 299) esta excelente reflexión: “Es indudable que, de todas las madres judías, ninguna era capaz de aventajar a María en este género de ocupación”, es decir, en servir de primera institutriz a su divino Hijo. También es grato observar cómo el Dr. Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, pág. 427, a pesar de su racionalismo, y el Dr. Beyschlag, *Leben Jesu*, 4.<sup>a</sup> ed., t. I, pág. 50, no obstante su liberalismo teológico, suponen que María ejerció verdadera influencia en el desarrollo intelectual y moral del Salvador.

(37) II Tim., I, 5; III, 15.

Decálogo, contándole los principales episodios de los anales de Israel, hablándole de su Padre celestial y de su futuro oficio! Pero, al obrar de este modo, la madre de Cristo “sabía quién era El, y encargada del deber de instruirle, nunca se olvidó de adorarle” (38). Más de un hombre célebre ha debido gran parte de su gloria a la educación maternal; pero Jesús era infinitamente más que un hombre, y María misma no era bastante a instruirle en el sentido estricto de esta palabra. Cuando menos, a su lado y al de San José comenzó a formarse en la obediencia—*erat subditus illis* (39)—, esperando que la dura escuela del sufrimiento de que habla la epístola a los Hebreos (40) acabase de perfeccionar en El esta virtud.

El oficio educador de los padres de Jesús se ejerció también desde el principio en otra forma harto interesante: la de una madre amorosa, la de un padre adoptivo, tierno y abnegado, que inician a su pequeñuelo en el habla de su pueblo y le enseñan a balbucir el nombre de Dios y los suyos propios, hasta que El haya desarrollado por sí mismo, dentro y fuera de la casa de sus padres, su conocimiento del lenguaje nacional. El idioma de Palestina, según ya dijimos (41), no era ya entonces el hebreo de los libros santos, que desde hacía mucho tiempo se había convertido en lengua muerta, o mejor digamos, en lengua litúrgica, como el latín entre nosotros; sino el arameo, en la forma especial que este dialecto semítico había tomado en aquella región. Sin embargo, Jesús aprendió también desde muy joven el hebreo propiamente dicho, especialmente leyendo la Biblia en esta lengua sagrada. De ello tenemos prueba manifiesta en algunas de sus citas escriturarias, que están hechas directamente según el original hebreo (42).

Está comprobado que en Galilea era bastante común el uso del griego, especialmente en las ciudades de Séphoris y de Tiberíades, próximas a Nazaret. Después de las conquistas de Alejandro el Grande, esta lengua había invadido poco a poco el país, y sus progresos habían sido más rápidos aún bajo la

(38) C. Fouard, *La vie de N. S. Jésus-Christ.*, 2.<sup>a</sup> ed., t. I, pág. 107.

(39) Luc., II, 51.

(40) Hebr., V, 8. Véase la pág. 372.

(41) Véanse las páginas 162-164 del tomo I.

(42) Cf. Matth., XXVII, 46; Mar., XII, 29-30.



influencia de los Herodes, enamorados de la civilización helénica. También lo aprendió Jesús probablemente desde su adolescencia. Dos de sus "hermanos" o primos, Santiago el Menor y San Judas, nos han dejado sendas cartas escritas en este idioma, y todo induce a creer que lo conocían desde antes de ser apóstoles. En griego debió de conversar Jesús con el centurión romano (43), con los "Helenos" de quienes habla el cuarto Evangelio (44), con Pilato y con otros más.

"Hijo del carpintero" (45), o simplemente "carpintero", según una variante de San Marcos (46) que no carece de interés, llamaban los judíos al Salvador, según leemos en los Evangelios, y Celso (47) no dejó de ejercitar su grosera ironía también sobre este punto... ¡Qué emoción produce contemplar al Verbo encarnado sometido al aprendizaje de este rudo oficio bajo la dirección de su padre adoptivo! Aprendiz, el que aprende. En este orden Jesús adquirió realmente una ciencia verdadera; se sometió a la disciplina del trabajo manual, que es un excelente y noble educador. San Justino (48) nos lo presenta fabricando arados y yugos. Hacia los doce años probablemente, si no antes, fué cuando recibió las primeras lecciones de su padre nutricio y se formó en el oficio que le había de permitir atender a las necesidades de su madre y a las suyas propias después de la muerte del esposo de María (49).

Esta primera educación que Jesús recibió de María y de José debióse de continuar y completar, aunque en modestísima medida, en la escuela propiamente dicha. Todo, en efecto, mueve a creer que en Nazaret, como en casi todas las aldeas de Palestina, había entonces una escuela contigua a la sinagoga, en la que el *hazzan* o bedel de ésta enseñaba a los niños los rudimentos de la lectura, escritura y cálculo, y ante todo de la fe y moral israelita, pues la base de tal instrucción era esencialmente religiosa. Trozos manuscritos de la Biblia hacían

(43) Matth., VIII, 5-13.

(44) Joan., XII, 21.

(45) Matth., XIII, 55.

(46) Marc., VI, 3.

(47) Orígenes, *Contr. Cels.*, VI, 36.

(48) *Dial. cum Tryph.*, 88.

(49) Ya hemos tenido ocasión de decir que el trabajo manual gozaba de grande estima entre los judíos contemporáneos del Salvador y que muchos rabinos practicaban toda clase de oficios.

de ordinario las veces de libros escolares (50). ¿Pero qué habría podido enseñar a Jesús un pobre maestro de aldea?

Algunos jóvenes israelitas, que se proponían abrazar la carrera, tan apreciada entonces, de doctor de la Ley, seguían durante varios años los cursos de las academias rabínicas de Jerusalén y de otras ciudades de Palestina. Así lo hizo el joven Saulo, el futuro San Pablo, que, según nos dice él mismo (51), había estudiado "a los pies de Gamaliel". Pero Jesús nunca frecuentó aquellas escuelas superiores, ni su formación intelectual sufrió influencia alguna de los rabinos de entonces. En Nazaret, donde transcurrió toda su juventud, no atinaban a explicarse, cuando salió de la oscuridad, de dónde le venía sabiduría tan extraordinaria (52). En Jerusalén, principal foco de la enseñanza rabínica, tampoco ignoraban que nunca había frecuentado escuela superior alguna (53). ¿Qué habrían podido enseñar los rabinos a aquel "Maestro sin maestro", como justamente se le ha llamado? ¿Qué necesidad tenía él de sus interpretaciones con frecuencia mezquinas, triviales, complicadas, de los libros sagrados, ni de su pesada e insípida erudición, casi nunca merecedora del nombre de ciencia? No eran ellos ciertamente quienes pudieran ayudarle a crecer en sabiduría y en gracia. Si sus discípulos (54) o los que iban a implorar su auxilio (55) y aun miembros del sanedrín (56) le daban con frecuencia el título de *Rabbi* o *Rabboni*, era por la maravillosa ciencia de las Escrituras y de la ley que todos le reconocían. Nadie, con toda seguridad, lo mereció mejor ni lo llevó más dignamente ni en Israel ni en el mundo entero.

Mucho más digna de tenerse en cuenta era la influencia de la sinagoga. La educación religiosa, inaugurada en la familia y continuada a los pies de un humilde maestro, allí se proseguía en forma también modesta, pero suficiente para ilus-

(50) Sobre las escuelas judías en tiempo de Jesús véase la pág. 147 del tomo I.

(51) Act., XXII, 3.

(52) Matth., XIII, 54; Marc., VI, 2-3.

(53) Joan., VII, 15.

(54) Matth., XXVI, 25, 49; Marc., IX, 4; XI, 21; XIV, 45; Joan., IV, 31; IX, 2; XI, 8; XX, 16, etc.

(55) Marc., X, 51, etc.

(56) Joan., III, 2.



trar más a espíritus bien dispuestos. ¿Habremos de ver, pues, en la sinagoga uno de los agentes del crecimiento intelectual y moral del Salvador? Por su vida pública venimos en conocimiento de que solía asistir a los piadosos ejercicios de culto que se celebraban en las sinagogas los días de sábado y de fiesta (57). Allí oía la lectura de la Biblia y el comentario que de ella hacía el ministro. Asistía luego a las movidas discusiones que, al salir de los oficios, se trababan entre los más instruídos de sus compatriotas acerca de tal o cual pasaje del sagrado texto. De seguida investigaremos hasta qué punto pudo influir la Sagrada Escritura en la formación interior de Jesús; pero ya podemos decir que las discusiones y argumentaciones que acerca de ella se agitaban dentro y fuera de la sinagoga no eran, si hemos de juzgar por los abundantes ejemplos que nos ha conservado el Talmud, las más apropiadas para ensanchar los horizontes del espíritu. ¿Qué conocimientos habría, pues, sacado de allí Jesús?

Si hay un libro eminentemente educador, lo es sin duda la Biblia, el "libro" por excelencia, que ha contribuído a la formación de tantas grandes almas y que en cada una de sus páginas abre espléndidos horizontes sobre Dios, el hombre y el mundo, sobre el tiempo y la eternidad. A las lecturas públicas de la sinagoga no dejará el Salvador, llegado ya a la juventud, de añadir frecuentes lecturas privadas, porque fácil le era conseguir del jefe de la sinagoga o del *hazzan* que le prestasen algunas partes del sagrado volumen. Sus discursos demuestran la atención religiosa con que había estudiado, meditado, saboreado la palabra divina. La cita de continuo, y siempre con tal oportunidad, que a sus mismos adversarios causaba admiración, y los reducía al silencio. Las fórmulas de citación que emplea—"¿No habéis leído...?" "¿Cómo está escrito...?" "¿Cómo lees tú?" (58)—bastan por sí solas para probar hasta qué punto conocía la Biblia. En ella oía la voz de su Padre celestial, veía su voluntad y sus designios; ella era su mejor alimento... Nadie la ha dado interpretación tan segura, tan clara, tan profunda, tan autorizada. Sus citas directas o sus alusio-

(57) Matth., IV, 23; IX, 35; XII, 9; XIII, 54, etc.

(58) Matth., XII, 3, 5; XIX, 4; XXI, 16, 42; XXII, 31; Marc., II, 25; XII, 10, 26; Luc., VI, 3; X, 26.

nes se refieren a las tres partes de la Escritura; pero los profetas y los salmos ocupan el puesto de honor.

Así, pues, la Biblia fué, de seguro, para Jesús fuente de agua viva que refrigeraba su alma santa, alimento suavísimo y confortador. ¿Pero puede decirse que su lectura y estudio le comunicasen realmente nuevos conocimientos? ¿No era El quien, como Verbo divino, había iluminado e inspirado a los escritores sagrados, llegando a veces hasta revelarles las verdades que anunciaban? ¿No es El el centro de la Biblia, como es también su principio y su fin? (59). Lo que en la Biblia leía era su propia historia, su glorioso a la vez que doloroso destino, el relato anticipado de su vida humana. En la Biblia podía reconocerse de continuo a sí mismo desde el "Protoevangelio" (60) hasta la última página, tanto en las figuras como en los oráculos propiamente dichos y hasta en los menores hechos de su pueblo. No fué, pues, la Biblia donde se instruyó y educó.

De simples probabilidades pasaremos a terreno mucho más firme si consideramos la experiencia personal de Jesús, la que alcanzó al ponerse en contacto, primero con la naturaleza y después con la vida doméstica, política y social que le rodeaban. Desde su primera juventud, aprendió a leer en el libro de la naturaleza y en el libro de la vida, como nadie fuera de El ha sabido hacerlo. De ahí era de donde más tarde extraía en cualquier ocasión felicísimas ideas, comparaciones, descripciones y aplicaciones admirables, que esmaltan y vivifican sus enseñanzas (61). En este sentido bien ha podido decirse (62): "El hombre ya hecho revela (en Jesús) lo que de niño y de joven observaron su ojo y su oído... La naturaleza y la vida cotidiana hablaron a su oído espiritual un lenguaje más resonante que el que ningún otro hombre haya podido oír."

Citemos algunos ejemplos de estas lecciones de cosas, recibidas por el divino niño y el divino adolescente de Nazaret. Notables son las que le comunicó la Naturaleza. ¡Cuán hondamente parece haber amado aquella dulce y hermosa naturaleza

(59) Para el desarrollo de esta admirable idea, que nunca será bastante inculcada, véase el apéndice VIII del tomo I.

(60) Gen., III, 15.

(61) Más adelante volveremos sobre esto, al estudiar la manera de enseñar del Salvador.

(62) Keim., *Geschichte Jesu*, t. I, páginas 443, 450.



de Galilea! Sí; como todas las almas nobles y delicadas. Pero nunca se deja conmover por la belleza puramente exterior. Su sentido artístico es, ante todo, religioso. Por doquier contempla en la Naturaleza las huellas de Dios todopoderoso e infinitamente bueno (63). El mundo de las plantas y de los animales le ofrece solución para gravísimos problemas (64). Sobre todo, sus parábolas descubren cuán solícita atención ponía en los pormenores, aunque pareciesen insignificantes, de la vida vegetal y de la animal. Llenaríanse con facilidad páginas enteras si se quisiera seguir el crecimiento experimental del Salvador en este doble aspecto. ¿Mas para qué? ¿Quién de nuestros lectores no recuerda con simpatía el lirio de los campos y su esplendor efímero, el trigo que germina lentamente, la cizaña sembrada en el campo por el hombre enemigo, la higuera cubierta de follaje, pero estéril, la viña que necesita ser podada para producir más frutos, las aves del cielo que no siembran ni cosechan y a las que Dios alimenta con mano liberal, los pequeñuelos del cuervo que reciben también providencialmente su alimento, la gallina que cobija a sus polluelos bajo sus alas, el canto regular del gallo a ciertas horas de la noche, las raposas que tienen su madriguera, mientras que el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar su cabeza, la oveja que sigue a su pastor; y también en la naturaleza inanimada, la rutilante puesta del sol, el viento abrasador del mediodía, el lago y las montañas y otros cien rasgos semejantes? En verdad que conoceríamos deficientemente el alma y la inteligencia y el carácter de Jesús si no observásemos las impresiones que en Él produjo la Naturaleza durante su adolescencia y juventud. Nos guardaremos bien, sin embargo, de toda exageración, y no intentaremos explicar los progresos del alma más perfecta que haya existido en la tierra, como si se debieran a los paisajes de Nazaret y de Galilea, y a la contemplación de sus plantas o al estudio de las aves y de otros animales.

También recibió Jesús, desde su infancia, y más aún al adelantarse en edad, una educación de índole especial, por medio de los hechos cotidianos de la vida, considerada en el triple

orden, doméstico, social y político. En sus discusiones, y hasta en sus conversaciones más sencillas, ocupan estos hechos lugar considerable. ¡Cuántas cosas no fué aprendiendo con sólo abrir sus ojos! Las ceremonias de la corte real, igual que las de las bodas aldeanas; los vestidos preciosos que bien pronto son pasto de la polilla, las reglas de la más vulgar compostura, la administración de las grandes propiedades, la luz sobre el candelero, la sal que preserva de la corrupción los alimentos, las leyes del mercado (dos pájaros por un as y cinco por dos), las relaciones entre obreros y propietarios, los juegos de niños, tales como sin duda El mismo los había practicado, las paredes de las casas horadadas por los ladrones, la necesidad de construir en terreno firme, las interminables oraciones de los paganos, los trabajos del pastor, del labrador, de los pescadores...; todo lo ha observado, todo lo conoce y de todo se aprovecha para adornar y robustecer sus enseñanzas. Así, pues, con toda propiedad puede hablarse de la educación de Jesús por los sentidos y por la experiencia. Sus impresiones políticas sobre su época se reflejan también en sus discursos. Sabe que el Tetrarca Herodes es astuto como una raposa, que los judíos tienen que pagar tributo a los romanos, que hay señales de los tiempos fáciles de observar y que estas señales son pronósticos de desdichas. Todo esto y otras muchas cosas más. Pero todas estas circunstancias a que hemos tenido que descender para conocer el medio ambiente en que se educó Jesús. ¡Cuán insuficientes son para explicar los progresos de su espíritu!

¿Puede también decirse que Jesús adquiriese parte de su desenvolvimiento moral en la tentación y en la prueba? Ciertamente que no, si se habla de tentaciones semejantes a las nuestras, pues siendo Hombre-Dios, siendo la misma santidad, no podía ser accesible a nada que pareciese concupiscencia en cualquiera forma que fuese. En virtud de la unión hipostática, reinaba en su ser tan perfecta y cabal armonía, que nunca tuvo que sufrir las tempestades de las pasiones. Fué tentado, sí, los evangelistas lo dicen con todas sus letras (65), pero sin pecado, como añade San Pablo (66), pues no era posible que el

(63) Matth., VI, 26-30, etc.

(64) Matth., XIII, 24-30, 31-42, etc.

(65) Matth., IV, 1-11; Marc., I, 12-13; Luc., IV, 1-13.

(66) Hebr., IV, 15.



mal rozase con su soplo a "Aquel que había nacido santo" (67). Mas por ningún caso no cabe dudar que sus tentaciones y sufrimientos contribuyeron, con las reiteradas victorias que ocasionaron, a hacerle crecer en sabiduría y en gracia.

Mucha mayor eficacia tuvieron, desde la primera juventud del Salvador, sus observaciones personales sobre lo que veía y escuchaba, especialmente acerca de su oficio de Mesías y de sus relaciones con el Padre. En la naturaleza misma de Jesús es donde verdaderamente debemos buscar la razón más eficaz y la causa fundamental de su desenvolvimiento. Lo demás no podía ser sino accesorio y superficial. Hagamos justicia a la mayor parte de los neocríticos: ellos mismos admiten que así fué, y lo dicen a veces en términos excelentes. "Hemos señalado—escribe uno de ellos (68)—todas las influencias en medio de las cuales creció Jesús... Pero en vano querríamos explicar su personalidad como natural producto de la acción combinada de esas influencias. Esta explicación mecánica o fisiológica nunca es suficiente para explicar un gran genio... Queda siempre en esta individualidad, al lado de las acciones que desde fuera la han formado, una fuerza íntima, un *nescio quid divinum* que viene de dentro y que escapa a toda apreciación. Y este elemento primitivo, espontáneo, divino, es lo que formó la originalidad de Jesús." ¿Pero de qué elemento se trata? "La señal distintiva de Jesús—prosigue este mismo autor—es el haber traído al mundo y conservar hasta el fin una conciencia llena de Dios, y que jamás se sintió separada de El. Si con tanta seguridad hallaba a Dios en el Antiguo Testamento, si con toda claridad lo veía en la Naturaleza, es que lo tenía en sí mismo y que vivía íntimamente con El en continua conversación." Hay en estas líneas algunas ideas muy exactas, y plácenos comprobar que nuestros más eminentes adversarios reconocen que en la índole excepcional y única de Nuestro Señor es donde se ha de buscar el verdadero principio de su crecimiento. ¡Pero qué imperfecta e incompleta es todavía esta

(67) Luc., I, 35.

(68) Augusto Sabatier, en la *Encyclopédie des Sciences religieuses* de Lichtenberger, t. VIII, páginas 366-367. Véase también Stapfer, *Jésus-Christ avant son ministère*, 2.<sup>a</sup> ed., páginas 186-187; Th. Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, pág. 450.

confesión! Es que no se allanan a ver en Jesucristo más que lo humano y, por consiguiente, lo relativo, cuando poseía lo absoluto, lo divino, la divinidad misma.

En efecto, las relaciones de Jesús con el Padre no eran solamente las que la oración y la meditación establecen entre el Señor y sus fieles amigos—¿y cómo expresar el fervor, el éxtasis de las oraciones del Verbo encarnado y las luces que su espíritu sacaba de ella incesantemente?—, sino también las de una identidad de naturaleza, de una generación y de una filiación estrictamente divinas. No tratemos, pues, de buscar acá en la tierra, en los hombres o en las cosas, en la Naturaleza o en la Historia, la razón íntima del crecimiento, de la formación de Cristo Jesús. Busquémosla en su origen celestial. ¿No dijo El un día (69) que su doctrina era la de su Padre que le había enviado? ¿Y no es, por ventura, Hijo de Dios en el sentido más estrictamente literal? Su verdadero educador fué, pues, el mismo Dios vivo; fué, por consiguiente, El mismo. El medio ambiente—el país, la familia, la escuela, la sinagoga, las lecciones de la experiencia y de las cosas, la lectura de la Biblia—contribuyó ciertamente de alguna manera a la educación moral del Salvador en cuanto hombre; pero su maestro principal fué el Verbo. Fuera de esta formación divina, es imposible descubrir la causa del maravilloso desenvolvimiento de Jesús. "En el fondo de esta personalidad divina el hombre no se separaba de Dios. Al paso que se presentaban las ocasiones, abría progresivamente los ojos del alma a la luz del Verbo que esencialmente llevaba presente en sí mismo. En él leía la obra que iba a hacer o las palabras que iba a pronunciar. Así, a la ciencia natural y humana se juntaba la divina, a la que recurría en la medida que requerían las circunstancias y según las prudentes leyes que la Providencia misma le dictaba. Ahora bien; estos acontecimientos se ajustaban siempre a las fases ordinarias de la vida humana; por eso el evangelista observa que el Niño crecía en sabiduría delante de Dios y de los hombres, es decir, que por más que tenía a su servicio la ciencia infinita de Dios, como hombre no se servía de ella sino al tenor de sus necesidades, conforme a las leyes del cre-

(69) Joan., VII, 16.



cimiento de su naturaleza humana y de su misión divina. De ahí que nada se viese en El de anormal ni de fantástico. De niño no habla ni obra como hombre; una precocidad fuera de las leyes de la naturaleza hubiera infundido temor a todo el mundo; se contenta, pues, con ser niño perfecto. Según que vayan pasando los años, el espectáculo de la Naturaleza, las relaciones con los hombres, la meditación habitual, desarrollarán gradualmente en El su pensamiento humano y en entera conformidad con la voluntad de su Padre, perfeccionará esta ciencia a la luz de la verdad eterna que lleva en sí mismo" (70).

Preciso es concluir ya. ¿Hemos resuelto el problema del crecimiento intelectual y espiritual de Jesús? ¿Y cómo osaríamos dar a esta pregunta respuesta afirmativa, cuando desde el principio hemos reconocido que nos hallamos ante un inefable problema psicológico? Por lo menos, explicando los textos de San Lucas, consultando los Santos Padres y las autoridades teológicas más atendibles, intentando penetrar respetuosamente en la inteligencia y en el alma del Salvador—pero sin olvidar su carácter teándrico, que le coloca, por lo que hace a su crecimiento, en situación única en la historia—, esperamos haber levantado, aunque sea muy poco, el velo que cubre este profundo misterio. El extraño concepto que los neocríticos se han forjado de este crecimiento nos ayudará también, aunque por modo negativo, a entrever mejor la verdad (71).

(70) Mgr. Le Camus, *La vie de N. S. Jésus-Christ*, 2.<sup>a</sup> ed., t. I, página 215.

(71) Véase el apéndice III.

## CAPITULO III

### La familia de Jesús.

"Nazaret, donde se había criado", dirá más adelante San Lucas (1). ¡Cuántas cosas en tan pocas palabras! Continuemos su exposición, reuniendo aquí algunos datos relativos a la familia humana del Salvador y a la vida que hacía con sus padres en la apacible aldea donde Dios le había ocultado.

Ante todo intentaremos esbozar el retrato moral de los padres de Jesús. ¡Qué pincel de artista, y mejor aún, qué alma de santo no sería menester para una obra tan delicada! Pero los escritores sagrados continuarán siéndonos guía en este estudio psicológico, que no tiene otra pretensión que la de reunir en un solo haz las noticias dispersas que hemos hallado hasta aquí y las que hallaremos más adelante en los evangelistas. No obstante la extraña reserva que los escritos inspirados guardan respecto de María y de José, dicennos todavía lo bastante para que podamos sacar legítimas conclusiones.

De sus descripciones patéticas y dramáticas, y aun trágicas en ocasiones, en las que la augusta Virgen María desempeña en variadísimas circunstancias su oficio castamente maternal con respecto a Jesús, destácase una fisonomía moral de ideal belleza, que a ninguna otra se parece, pues ninguna otra criatura ha sido favorecida de Dios en grado semejante ni colmada de tantas gracias. Los títulos de Madre de Cristo, Madre del Señor, Madre del Verbo, Madre del Creador, Madre de Dios, que le da la piedad católica, bastarían por sí solos

(1) Luc., IV, 16. En griego, *τεθραμμένος* (Vulg., *nutritus*). Quizás la lectura *ανατετραμένος*, que se halla en varios manuscritos importantes, merezca ser preferida, pues indica más directamente la educación en todas sus formas, mientras que *τεθραμμένος* antes se refiere al crecimiento corporal. En otros varios lugares emplea San Lucas este verbo compuesto. Cf. Act., VII, 20, 21; XXII, 3.



para explicar sus perfecciones. Pero su más excelso mérito personal consiste en haber correspondido plenamente a tantos privilegios y a tantas bendiciones y en haber llevado noblemente, sin quedar como abrumada, el peso de una dignidad sin semejante.

Muy perplejos nos veríamos si tuviésemos que resolver cuál fué la virtud que más brillo comunicó a esta alma incomparable. ¿Por ventura su fe? *Beata quae credidisti* (2) exclamó Isabel, contestando a su obsequioso saludo. María creyó inmediatamente, con toda su alma y con todo su corazón, en la posibilidad de un milagro infinitamente superior a las fuerzas de la Naturaleza, mientras que Zacarías, y otros antes que él, habían vacilado en dar su asentimiento a promesas celestiales harto más fáciles de realizar.

¿Fué su virginal pureza, que rehusaba cuanto pudiese marchitarla, aun recibiendo como compensación la honra insigne de la maternidad divina? En innumerables pinturas, muchas de ellas fruto de la inspiración de los más célebres maestros, está representada María de rodillas y en oración, mientras un ángel le tiende respetuosamente un ramo de azucena. Y, con todo, esto no pasa de imperfecto símbolo de la blancura y santidad de su alma.

¿No sería su principal virtud aquella humildad sin límites que la llevó a declararse, desde lo más hondo de su corazón, la sierva, la "esclava" del Señor en el instante mismo en que era más glorificada? *Ecce ancilla Domini!* Siempre modesta, reservada, silenciosa, se esmeró en permanecer durante la vida pública de su divino Hijo en el lugar secundario que le atribuyen los evangelistas, salvo en raras circunstancias, que más tarde apuntaremos. Diríase, en efecto, que los sagrados escritores se concertaron para hablar de ella lo menos posible después de la infancia del Salvador, cuando ya no le eran tan precisos los cuidados maternos. ¿Qué diferencia entre esta profunda humildad de María y la conducta, por lo común altiva y presuntuosa, de las madres de los héroes y de los grandes personajes de la historia!

¿Y qué decir de la obediencia, tan confiada, tan sublime,

(2) Luc., I, 45.

de María a una orden que, por honrosa que fuese, lanzaba en cierta manera su vida a lo desconocido, y que tantos sufrimientos había de ocasionarle? Los primeros Padres se complacían en contraponer esta obediencia de María a la nefasta desobediencia de Eva (3). ¿Y qué decir del valor de su ánimo esforzado cuando se dió cuenta de las crueles dudas que sentía José respecto a ella y después durante la huída de su Patria y durante su permanencia en Egipto, y finalmente al pie de la cruz en que su Hijo expiraba?

Menester sería también celebrar la noble serenidad de espíritu con que recibió el ofrecimiento divino transmitido por el ángel Gabriel. Ligeramente turbada al principio, se recobra al momento; después, al comprender toda la extensión del oficio que se la confía, ni se deja sobrecoger por el espanto ni dominar por transportes de júbilo. Es verdad que un sentimiento de alegría campea en todo su *Magnificat*; pero es una alegría moderada, circunspecta. Siempre que comparece en los Evangelios se muestra dueña de sí misma. Siguiendo a San Lucas, hemos ponderado ya en dos ocasiones la profundidad de su alma, en la que todos los acaecimientos de la vida de Jesús dejaban huellas indelebles. Nuestros escritores eclesiásticos más antiguos ensalzan igualmente su sencillez (4), su dulzura inalterable (5), su conocimiento e inteligencia de las Escrituras (6), de lo cual es su cántico la mejor prueba. Y a esto podemos añadir todavía su espíritu de oración y de meditación. Pero lo que ni siquiera intentaremos es describir su amor maternal hacia el más perfecto y el más amable de los hijos, porque es soberanamente inefable y sobrepuja a todo humano pensamiento.

Por lo demás, ¿qué menester hay de nuevos pormenores? ¿No será bastante para retratar la condición de María decir que tal como se nos muestra en las Escrituras es la más fiel, y la más tierna, y la más humilde, y la más perfecta, y la más

(3) Véase en particular San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 160; San Ireneo, *Adv. Haer.*, III, xxii, 4, y V, xix, 1; Tertuliano, *De carne Christi*, 17; Orígenes, *Hom. VIII, in Luc.*

(4) Ireneo, *Adv. Haer.*, V, xix, 1.

(5) Orígenes, *Hom. VIII, in Luc.*

(6) Orígenes, *Hom. VI, in Luc.*



amante de las mujeres? (7). Quien había llevado en su seno virginal al Verbo encarnado, quien le había alimentado con el néctar de sus pechos, quien había sido parte en su educación, quien cerca de él había pasado treinta años gozando de su presencia, y de su conversación, y de su afecto filial, ¿podía dejar de ser la hija ideal de Sión y la más noble de las criaturas? (8).

Después de esto, ¿qué importa que conozcamos tan imperfectamente la historia de su vida antes del misterio de su Anunciación (9) y después de la Ascensión del Salvador? Su vida, en cuanto interesa a los anales de la redención, fué más interior que exterior. Contentémonos con saber que era hija de San Joaquín y de Santa Ana, piadosos israelitas, ambos de la estirpe de David; que fué desde su primera edad presentada delante del Señor y educada en las dependencias del Templo de Jerusalén; que, después de la Ascensión, vivió al lado del discípulo amado que Jesús le diera por hijo adoptivo; que, según opinión de algunos, murió en Efeso, o más probablemente, según antigua tradición, en Jerusalén, donde aún se enseña su sepulcro en el valle de Cedrón, un poco al Norte de Getsemaní (10). Cuando se nos muestra por última vez en los escritos inspirados, la vemos en el Cenáculo con los apóstoles, los discípulos y las santas mujeres, que se disponían para recibir la efusión del Espíritu Santo (11).

Por sus cualidades y virtudes, también San José era digno de la doble misión que la Providencia le confiara cerca de

(7) G. Grove, en Smith, *Dictionary of the Bible*, t. II, pág. 264.

(8) Véase el apéndice IV.

(9) Los evangelios apócrifos la desfiguran más bien que la cuentan. Véase el *Protoevangelio de Santiago*, 1-11; la *Historia de José el carpintero*, 3-4; el *Evangelio de la Natividad de María*, 1-6; Hofmann, *Das Leben Jesu, nach den Apokryphen*, páginas 5-66; W. Bauer, *Das Leben Jesu im Zeitalter des neutestam. Apokryphen*, páginas 8-21. No están de acuerdo ni acerca del lugar del nacimiento de María (Jerusalén, según unos, y Nazaret, según otros) ni sobre la edad que tenía cuando recibió la visita del ángel (14, 15 ó 16 años). Algunas veces hablan de su belleza, siguiendo a San Melitón de Sardes (*Maria pura, pulchra*). C. W. Bauer, *op. cit.*, pág. 20.

(10) La colección "Los Santos", publicada por M. Henri Joly, del Instituto, contiene una interesante vida de la Santísima Virgen (*La Sainte Vierge*) por el P. de la Broise, S. J. Véase también Neubert, *Marie dans l'Eglise anténicéenne*, 1908.

(11) Act., I, 14.

los dos seres más perfectos que haya habido en nuestra pobre tierra. Pero su retrato es aún más difícil de trazar que el de María, porque los evangelistas son harto sobrios en noticias respecto de él. Así y todo, la discreta ojeada que nos permiten echar sobre él los dos primeros capítulos del Evangelio de San Mateo nos descubre un alma de incomparable belleza. No contento el evangelista con retratarle de una manera general con el epíteto de "justo" (12), que nos hace ver en él un fiel y puntual observador de la ley judaica, pone de relieve, en cuatro ocasiones sucesivas (13), la prontitud y perfección de su obediencia a otras tantas órdenes divinas en medio de dificultades que la hacían señaladamente meritoria. La conducta que para con su prometida se proponía observar antes que el ángel le hubiese dado a entender que Dios la tenía elegida para madre de su Cristo descubre en él un vivísimo sentimiento del honor personal juntamente con un corazón rebosante de delicada ternura y también de valor para soportar aquella dolorosa prueba. Pero lo que en él hay de más hermoso y conmovedor es, indudablemente, el amor acendrado que sentía hacia su virginal esposa y hacia el divino Niño, de quien era padre adoptivo; nunca cesó de mostrárselo en todas las coyunturas. A pesar de la humilde situación a que le habían reducido las vicisitudes de Israel, era en realidad el heredero legal del trono de David y, por consiguiente, el primer personaje de su pueblo, título que merecía más aún por su nobleza de alma y por su santidad que por su linaje. Poseía, en efecto, sentimientos y elevación moral de rara perfección.

Fuera de los relatos de la infancia del Salvador, no se le mienta en los Evangelios sino de manera bien indirecta (14). Prudente reserva que, como ya observamos en lo tocante a María, no supieron imitar los Evangelios apócrifos que abundan en noticias extraordinarias, inverosímiles, falsas evidentemente, en su mayor parte, referentes a él. Nos guardaremos de seguirlos en semejantes trivialidades (15).

(12) Matth., I, 19.

(13) Matth., I, 24; II, 14, 21, 22.

(14) Cf. Matth., XII, 46; Joan., I, 45, y VI, 42. En el pasaje Marc., VI, 3, la verdadera lectura parece ser: "el carpintero" (fórmula que designa a Jesús) y no: "el hijo del carpintero".

(15) Véase la *Historia de José el carpintero*, II, IX; el *Protoevangelio de Santiago*, II, el *Pseudo-Mateo*, etc., y también Hofmann, *Leben Jesu*



¿Cuál fué su verdadero oficio? En el texto de San Mateo (16) se le designa con la palabra τέκτων. Este sustantivo, de harto vaga significación, puede aplicarse tanto al obrero que trabaja en hierro como al que trabaja en madera. San Ambrosio, San Hilario y otros intérpretes prefirieron el primero de estos dos sentidos. Pero más conforme con la tradición es admitir que el padre adoptivo del Salvador fué carpintero y, por consiguiente, que lo fué también Jesús. Así lo dice un texto de San Justino que antes hemos citado (17). Ambos manejaron por tanto la sierra, el cepillo, el hacha y demás instrumentos de su oficio.

He ahí todo lo que nos dicen los documentos antiguos del esposo de María y padre nutricio de Jesús. ¿Será posible formarnos idea exacta de la vida que aquella augusta "trinidad de la tierra" hacía en Nazaret cuando Jesús de niño se convirtió en agraciado adolescente y más tarde en joven perfecto que atraía juntamente hacia sí la benevolencia del cielo y el afecto de los hombres? Sí, hasta cierto punto, según lo que conocemos de sus almas y por lo que nos dicen las costumbres de aquel tiempo, que en gran parte se conservan todavía en Nazaret.

Era la suya, en primer término, una vida de pobreza y, por consiguiente, de humildad, de oscuridad. A veces se ha exagerado la pobreza de la Sagrada Familia, confundiéndola con la miseria y la indigencia. Más tarde, cuando Jesús viva su fatigosa vida de misionero, después de haberlo dejado

*nach den Apokryphen*, páginas 53-66; W. Bauer, *Leben Jesu...*, páginas 4-8. Uno de los errores más singulares de los apócrifos consiste en presentar a San José como anciano decrepito, de ochenta y nueve años de edad, cuando tomó a María por esposa.

(16) Matth., XIII, 55. Cf. Marc., VI, 3. La Vulgata la traduce por *faber*.

(17) *Dial. c. Tryph.*, 88. Véase la pág. 378. "José hallaba trabajo entre los ricos y gente acomodada de Nazaret y aun entre los campesinos que frecuentaban el mercado. Fácil es, conociendo lo que era entre los judíos el oficio de carpintero, imaginarse cuáles serían los encargos que recibía José: escuadrar vigas para sostener las terrazas de las casas, yugos, lanzas de carros, agujadas, camas, arcas, amasaderas, arquillas, guardapapeles para los escribas, comerciantes o rabinos. Tales eran, en efecto, los distintos trabajos que, según la Mischna, solían ejecutar los carpinteros judíos. Estos mismos o semejantes serían los del carpintero José, los del carpintero Jesús." El P. Schwalm, *La vie privée du peuple juif à l'époque de J. C.*, pág. 230.

todo para esparcir la buena nueva por toda Palestina, podrá decir que el Hijo del hombre no tenía en propiedad ni una piedra donde reclinar la cabeza (18). Lo mismo dirá de El San Pablo (19): "Por vosotros se hizo pobre." *Propter vos egenus factus est*. Pero gracias al animoso trabajo de San José, gracias también al trabajo de Jesús mismo cuando ya hubo crecido, no fué la vida de la Sagrada Familia la de los pobres a quienes todo falta. En general, los orientales se contentan siempre con poco en lo que atañe a habitación, vestidos y alimento (20). Sencillos y sobrios, pueden vivir con muy reducidos gastos. Recordando las indicaciones hechas anteriormente, fácil nos es representarnos cómo eran la casa, los muebles, los vestidos y los alimentos de Jesús, de María y de José.

Su vida era también de activo trabajo, como se deduce de lo que acabamos de decir del oficio ejercido por San José y después por Jesús, con ayuda del cual subvenían a las modestas necesidades de la casa. Nuestro Señor y su padre adoptivo merecieron así servir de patronos y modelos a los obreros cristianos. Por lo demás, ya hemos visto que el trabajo manual era tenido entonces en gran aprecio en el país de Jesús y que los más célebres rabinos no se desdeñaban de dedicarse a él. También María se dedicaba infatigablemente a las múltiples ocupaciones domésticas, cumpliendo con perfección la significativa divisa de la matrona romana: "Permaneció en casa, hiló la lana", *Domus mansit, lanam fecit* (21). Puede suponerse que la casa de José tenía un huerto contiguo, que él cultivaba en sus horas libres y que aumentaba sus modestos recursos. Su colaboración era sin duda buscada en la época de los grandes trabajos agrícolas. Quizás también se le llamaba a los

(18) Matth., VII, 20; Luc., IX, 58.

(19) II Cor., VIII, 9.

(20) El escritor judío Filón, que vivió poco tiempo antes de Nuestro Señor, nos dice (*In Flaccum*, edición de Francfort, páginas 977-978), que entre sus correligionarios de Alejandría, a pesar de cierta propensión al lujo, reinaba gran sencillez de vida, hasta el punto de que en muchas casas no se conocían los cuchillos.

(21) En su Epístola a Tito, II, 5, San Pablo expresa el deseo de que las mujeres cristianas sean *οἰκουργαί*, *domus curam habentes*, como traduce la Vulgata. María poseyó esta cualidad en alto grado. En su humilde esfera realizaba el retrato de la "mujer fuerte", es decir, de la mujer ideal, que sirve de digna conclusión al libro de los Proverbios (Prov. XXXI, 10-31).



lugares vecinos, para construcciones o reparaciones propias de su oficio (22).

En tercer lugar, vida de piedad, de piedad ardiente, de perpetua unión con Dios, que los ángeles del cielo contemplarían con embeleso. En la casa de Nazaret se oraba con frecuencia. ¡Y con qué fervor tan inefable! Allí, más aún que en las otras familias de Israel, penetraba la religión hasta en los menores actos de la vida. Todo en aquella casa servía de alimento a la piedad. El sábado y los demás días de fiesta, Jesús, María y José asistían a los oficios de la sinagoga, edificando a todos por su grave y recogida compostura. Poníanse entonces, según la costumbre general, sus mejores vestidos, de vivos colores (23), sobre los cuales Jesús y su padre adoptivo se echaban su *tallet* o manto de oración, mientras que María se cubría con un largo velo blanco.

En fin, era la vida de los miembros de la Sagrada Familia de dulce y santa misión, de recíproco e infatigable afecto. Baste esta sencilla indicación, pues nos sentimos sin fuerzas para describir el amor paternal y maternal de los padres del Salvador, y el filial cariño con que Jesús les correspondía. Añadamos, por último, que con sus parientes, con sus vecinos, con todos sostenían relaciones de afectuosa cordialidad y de una caridad práctica que, llegado el caso, no escatimaba sacrificios.

¡Plega a Dios que estas observaciones, aunque forzosamente superficiales e imperfectas, sean parte a esclarecer la vida oculta de Jesús. Añadiremos todavía que ésta fué, en resumen, una vida feliz. Sería extraño error el imaginarse al divino adolescente, a su madre y a su padre adoptivo viviendo una vida taciturna y triste. Lo que más tarde dirá Jesús de las alegres reuniones de familia lo había experimentado personalmente en Nazaret. ¡Cómo gozaría entre tal madre y tal custodio! El era el más tierno y respetuoso de los hijos. María

(22) Estas diversas suposiciones, y no sin visos de probabilidad, se leen en los Evangelios apócrifos.

(23) En 1914, primero en Jerusalén, el día de la Pascua judía, y después en la misma Nazaret, el día de la Pascua griega, vimos muchos habitantes de estas dos ciudades, tanto hombres como mujeres, vestidos con trajes multicolores, que, bajo los rayos de un sol brillante, presentaban un espectáculo pintoresco.

se mostraba la más amorosa de las madres. ¡Cuántas veces, andando el tiempo, había de recordar con arrobamiento, en sus prolongadas meditaciones, aquellos benditos años de Nazaret! José vivía entregado sin reserva a estos dos seres que Dios se había dignado confiarle. Sobre este santísimo grupo se derramaban sin cesar los más preciados favores del cielo; en él florecían también todas las virtudes de la tierra.

Un día, sin embargo, penetró el duelo en aquel hogar, único en el mundo, cuando, entre los brazos de Jesús y de María, expiró dulcemente aquel esposo virginal y padre adoptivo. Todo persuade, y así comúnmente se admite, que aquel feliz tránsito acaeció antes que el Salvador inaugurase su vida pública. Colígese razonablemente del hecho de que José no sea mentado por San Juan entre los parientes del Salvador, al referir su primer milagro (24), ni en otros pasajes relativos a época posterior (25). Entonces más que nunca rodeó Jesús a su madre de respeto y de ternura; entonces más que nunca mostró María su amor maternal a su divino Hijo. Juntos lloraron, y se consolaron mutuamente (26).

En distintos lugares (27) mencionan los Evangelios y otros escritos del Nuevo Testamento a los "hermanos" del Salvador, de los que los dos primeros evangelistas citan hasta los nombres (28). San Mateo y San Marcos hablan también de sus "hermanas" (29). ¿Cuál es el sentido exacto de estas expresiones? Pese a Helvidio y a Joviniano, a los racionalistas mo-

(24) Joan., II, 12.

(25) Matth., XIII, 55-56; Marc., VI, 3.

(26) La *Historia de José el carpintero*, cuenta por lo largo, con inagotable lujo de pormenores, la muerte del padre nutricio de Jesús a la edad de ciento once años, cuando Nuestro Señor tenía diez y ocho.

(27) En diez pasajes: Matth., XII, 46; y XIII, 55; Marc., III, 31 y VI, 3; Luc., VIII, 19; Joan., II, 12 y VII, 3; Act., I, 14; I Cor., IX, 5; Gal., I, 19.

(28) Matth., XIII, 55: Santiago, José, Simón y Judas. El segundo de estos nombres aparece en San Marcos, VI, 3, en la forma abreviada de *Joses*. (en vez de *Joseph*).

(29) *Ibid.*, San Epifanio, *Haer.*, LXXVIII, mienta a dos, que se habían llamado Salomé y María. Otros autores las llaman Ana y Salomé, o bien Ester y Tamar. Los Evangelios apócrifos hablan también de dos; pero la expresión empleada por San Mateo, "todas sus hermanas", induce a creer que serían más de dos. Teofilacto, en su comentario, habla de tres. Véase Donehoo, *Apocryphal and legendary Life of Christ.*, pág. 27, nota 4.



dermos y a no pocos protestantes de los llamados ortodoxos (30), es evidente, según lo que arriba dejamos demostrado, que no podemos interpretarlas como si denotasen hermanos y hermanas propiamente dichos, hijos que José hubiese tenido de María después del nacimiento de Nuestro Señor. Tan comprobada está la virginidad perpetua de la Madre de Cristo, que no se comprende cómo se haya podido caer en tan grosero error. Jesús fué el único hijo de María, y éste, nacido en condiciones enteramente sobrenaturales. Por lo demás, en los textos bíblicos que acabamos de mencionar nada, absolutamente nada, indica que estos "hermanos y hermanas" fuesen hijos de la Santísima Virgen. Si tan íntimas relaciones hubiesen tenido con ella, no se comprendería cómo Jesús, a punto de expirar, hubiese confiado su madre amantísima al apóstol San Juan (31) y no a cualquiera de sus propios hermanos.

Miradas a esta luz las cosas, plantear la cuestión es dejarla ya resuelta. ¿Pero por qué emplearon los escritores sagrados, con relación a Jesús, los títulos de hermanos y hermanas, cuya significación parece anormal a primera vista, y que habían de suscitar tan grave equivocación? La filología nos ofrece bien fácil respuesta. "El hebreo no es rico en expresiones como nuestras lenguas occidentales, como el griego y el latín. Es particularmente pobre para expresar los grados de parentesco, carece de término propio para designar los *primos*, y cuando quiere hablar de ellos, los llama hermanos. Se trata de un hecho incontrovertible, que ningún hebraizante ignora (32), y que es conocido hasta de los simples lectores de la Biblia. La palabra hebrea *'ahh*, no se aplica solamente al hermano propiamente dicho, sino a un pariente cualquiera: sobrino (33), primo (34), mari-

(30) Véase el apéndice V. Es de lamentar que figuren entre estos últimos varios comentadores que de ordinario se muestran muy creyentes, pero que se han dejado arrastrar por prejuicios dimanados de lo que ellos llaman la "mariolatría" de los católicos.

(31) Joan., XIX, 26-27.

(32) Gesenio, el más célebre de los lexicógrafos hebreos, escribe a este propósito en su *Thesaurus linguae hebraeae et chaldaicae*, t. I, pág. 61: "Fratris nomen apud Hebraeos late patet; est enim cognatus, consanguineus quicumque."

(33) En Gen., XIV, 16, se llama a Lot hermano de Abraham, aunque no era más que sobrino según el Gen., XII, 5. En Gen., XIX, 12 y 15, Jacob, sobrino de Labán, es igualmente llamado su hermano.

(34) Num., XVI, 10.

do (35). Tiene un sentido más amplio todavía: sirve también para expresar que el hombre de quien se habla pertenece a un pueblo de la misma raza (36), que es un aliado (37), o simplemente amigo (38). Se da también el nombre de hermanos a los que ocupan los mismos cargos (39). Ciertamente que los autores del Nuevo Testamento "escribieron en griego; pero, a decir verdad, su lengua, sobre todo en los Evangelios, no es (muchas veces) sino el hebreo o el sirocaldeo vestido de griego. Su estilo está lleno de hebraísmos y sus frases abundan en locuciones orientales. En particular para la denominación de los grados de parentesco emplean únicamente los términos que se hallan en el Antiguo Testamento, y se sirven de la palabra *adelphos*, "hermano", como lo hicieron los Setenta, para traducir la palabra hebrea *'ahh*, cualquiera que sea el sentido que a ésta deba darse (40). La significación de la palabra "hermano" en el Nuevo Testamento se ha extendido en vez de restringirse. Jesucristo y los apóstoles dieron el nombre de hermanos a todos los cristianos" (41). Este argumento no admite réplica. "Filológicamente es cierto que de la palabra "hermano", empleada en el Antiguo Testamento, no se puede concluir que aquel a quien de este modo se nombra sea descendiente de los mismos padres que la persona de quien se llama hermano. Es éste punto muy notable... y fuera de toda discusión" (42).

Asentado esto, interroguemos a la tradición cristiana. Respecto del dogma de la virginidad perpetua de María, lo ha mantenido siempre, según ya lo hicimos notar, con energía digna de tal causa. Sólo dejó de ser unánime cuando se descendió a determinar el grado de parentesco que significan las palabras "hermanos" y "hermanas", aplicadas a Jesús. Acer-

(35) Cant., IV, 9. Esth., XV, 12, el rey Asuero da a Ester el nombre de "hermana".

(36) Num., XX, 14.

(37) Amos., I, 9.

(38) Job., VI, 15.

(39) III Reg., IX, 13.

(40) La palabra *ἀδελφός* sólo aparece una vez en el Nuevo Testamento, escrita por San Pablo, Col., IV, 10, para designar a Marcos, "primo" de Bernabé.

(41) F. Vigoroux, *Les livres saints et la critique rationaliste*, 5.<sup>a</sup> edic., tomo V, páginas 403-406. Lo dicho respecto del sustantivo "hermano" debe aplicarse igualmente al nombre de "hermana".

(42) *Ibid.*, pág. 406.



ca de este punto hanse propuesto dos teorías principales muy diferentes entre sí: llevan de ordinario los nombres de San Epifanio y de San Jerónimo, sus más ilustres defensores.

Según San Epifanio (43), que invoca en favor de su teoría el testimonio de Hegesipo (44), aquellos hermanos y hermanas habrían sido hijos de José, nacidos de un primer matrimonio, por consiguiente, simples hermanos adoptivos de Jesús. De este mismo parecer fueron Orígenes (45), San Gregorio Niseno (46) y San Hilario (47). También siguieron esta opinión varios evangelios apócrifos (48), y por ello reprocha San Jerónimo a San Epifanio de haberse dejado influir por los *deliramenta apocryphorum*.

En su vigoroso tratado "contra Helvidio" refutó el sabio doctor latino la teoría que precede, y lo hizo con tan feliz suceso, que San Agustín, defensor antes de la opinión de San Epifanio, abrazó la de San Jerónimo (49). Según esta explicación, admitida casi unánimemente en nuestros días por los exégetas y teólogos católicos (50), los "hermanos" y "hermanas" de Jesús eran simplemente sus primos, nacidos del matrimonio de María, hermana mayor de la Santísima Virgen, según unos (51), cuñada suya, según otros (52), con Cleofás, que probablemente

(43) *Haer.*, LXXXVIII, 7.

(44) Véase Eusebio, *Hist. eccl.*, II, 23; III, xx, 32; IV, 22. San Hegesipo vivió hacia la mitad del siglo segundo.

(45) *Hom. in Matth.*, XIII, 55; *Hom. VII in Luc.*; *Hom in Joan.*, II, 22.

(46) *In Christi resurrect.*, II.

(47) *Comment. in Matth.*, I, 3-4.

(48) El *Protoevangelio de Santiago*, VIII, 3; IX, 2; XVII, 1-2; el *Pseudo-Matth.*, VIII, 4; XLII, 1; la *Historia de José el carpintero*, 2, 3, 14, 20; el *Evangelio árabe de la Infancia*, 45; etc.

(49) Compárese *Quaest. XVII in Matth.*, III, 2. *Tractat. in Joan.*, X, 2, 2 y XXXVIII, 3. Igual cambio se observa en San Juan Crisóstomo, como se ve, comparando sus *Homil. in Matth.*, III, con su *Comment. in Gal.*, I, hacia el fin. Dice terminantemente que Santiago y Simón eran primos (*ἀνεψιοί*) de Jesús.

(50) La cuestión de que hablamos ha sido bien tratada, con toda la amplitud conveniente, por el P. Corluy, *Les frères de N. S. Jésus-Christ* (extracto de los *Etudes* de los PP. Jesuitas), 1878; por M. Vigouroux, *Les livres saints et la critique rationaliste*, 5.<sup>a</sup> ed., t. V, páginas 397-420; por el P. Durand, S. J., *Les frères du Seigneur*, en la *Revue Biblique*, 1908, páginas 9-35.

(51) Según la interpretación más común de Joan., XIX, 25. Véase L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Jean.*, páginas 352-353.

(52) Hegesipo, en Eusebio, *Hist. eccl.*, III, II, 4; San Epifanio, *Haer.*, LXXXVIII, 7, y otros después de él, dicen que Cleofás era hermano de San José.

es la misma persona de Alfeo (53). No sólo no hay en los Evangelios pasaje alguno que mueva a suponer la existencia de un primer matrimonio de San José anterior al contraído con la Virgen Santísima, y en el cual hubiese tenido varios hijos, sino que, como dice San Jerónimo, había altísima conveniencia, aunque no tanta como en el caso de María, en que también San José guardase perpetua virginidad. "El mismo José fué virgen, escribe en su tratado contra Helvidio, por causa de María, para que aquel que había de ser virgen por excelencia naciese de un matrimonio de vírgenes."

Siempre reinará alguna oscuridad sobre estos puntos, y esto explica las fluctuaciones de la tradición; pero el hecho esencial es de una caridad meridiana. Por lo demás, posible es, y aun verosímil, que los hermanos de Jesús mencionados en los Evangelios y en otros escritos del Nuevo Testamento estuviesen emparentados con El en diverso grado. Con esto quedaría explicado en parte por qué varios de ellos rehusaron durante algún tiempo creer en su misión, según más adelante se dirá, en tanto que otros fueron elegidos para apóstoles.

(53) En efecto, parece que ambos nombres no son más que transcripciones diferentes en griego (la forma Κλωπᾶς, "Clopas", es la que ofrece mayores probabilidades), del nombre hebreo *Halpai*. Esto no obstante, no todos los comentaristas aceptan esta identificación.



## CAPÍTULO IV

### El retrato de Jesús (1).

Citemos una vez más las palabras de San Lucas (2): “Nazaret, donde Jesús se había criado”, donde, por consiguiente, la naturaleza humana de Cristo había alcanzado el crecimiento querido por Dios para que pudiese inaugurar y ejercer su ministerio en las condiciones más favorables. Antes que llegue para el Salvador la hora de abandonar aquel dulce y santo asilo no estará demás que estudiemos las cualidades y notas distintivas de su humanidad en sus varios aspectos. Cuando esto hayamos hecho, podremos apreciar mejor los poderosos medios de que disponía para realizar su obra, y la extensión y rapidez de sus éxitos admirables. Trataremos este hermoso tema más como exégetas que como teólogos (3). La abundosa fuente de los Evangelios nos ofrecerá con largueza cuantas noticias podamos necesitar para nuestro estudio.

Cuando nos ocupábamos del crecimiento intelectual y moral de Nuestro Señor, ni por un momento olvidamos que se trataba del desarrollo progresivo de un Hombre-Dios. En nuestro estudio actual recordaremos también constantemente que la naturaleza humana de Cristo es inseparable de la divinidad, que, si así podemos expresarnos, la penetra, la anima con vida superior. Y pues en Jesús, como en todos los hijos de Adán, la humanidad — una humanidad, digámoslo ya desde ahora, soberanamente rica, soberanamente noble, la más rica y noble que haya existido — se componía de dos partes distintas, es decir, de un cuerpo y un alma, que, en cuanto lo consentía

(1) Véase el apéndice VI.

(2) Luc., IV, 16.

(3) Véanse los grandes teólogos en el tratado *De Incarnatione*.



su unión con la divinidad, eran de la misma condición de las nuestras, hablaremos primero de aquel cuerpo y luego trataremos de esta santa alma.

# I. — DEL CUERPO DEL HOMBRE-DIOS

*Verbum caro factum est!* Según vimos ya, no retrocedió San Juan (4) ante el realismo de esta frase. Verdad es que ella expresa con admirable fuerza el amor infinito del Verbo encarnado. Como hombre, aquel a quien San Pablo llama con cierto énfasis *Homo Christus Jesus* (5), poseía un cuerpo verdadero, un cuerpo real (6), semejante a los nuestros en aspecto y forma, pero dotado de un privilegio único: el de ser extraordinariamente santo, extraordinariamente puro, pues el Espíritu Santo mismo lo había formado en el seno de la Virgen María. Gracias a San Lucas, hemos asistido de alguna manera a las transformaciones sucesivas de aquel sagrado cuerpo hasta que llegó a edad de madurez (7). Por el modo sobrenatural de su formación y como órgano e instrumento del Verbo divino, gozaba el cuerpo de Jesús de constitución perfecta, superior, según se ha dicho, a la del primer hombre cuando, virginal también, salió de las manos del Creador. Las noticias que nos dan los evangelios acerca de la incesante actividad de Nuestro Señor durante su vida pública, sobre sus frecuentes correrías, sobre sus privaciones incontables, sobre su predicación de todos los días, cosas todas ellas que exigían gasto considerable de fuerzas físicas (8), suponen un cuerpo sano y

(4) Joan., I, 14. Véase tomo I, pág. 205, nota 6.

(5) "Ἄνθρωπος Χριστός Ἰησοῦς. I Tim., II, 15.

(6) Hoy no es ya preciso detenerse en demostrar que el cuerpo del Salvador no fué puro fantasma, como sostenían antiguamente los Docetas. Nadie niega ya hoy que verdaderamente "participó de la carne y la sangre", según expresión de San Pablo, Hebr., II, 14. Es un error enteramente contrario el que hay que combatir, ya que los neocríticos insisten en la naturaleza humana de Jesús a expensas de su divinidad, y pretenden hacer de El un hombre como los demás, aparte ciertas cualidades excepcionales.

(7) Véanse las páginas 12-13. Luc., III, 22: ἄνθρωπος, "hombre hecho o formado".

(8) Los detalles que da San Marcos en dos circunstancias diferentes, III, 20 y VI, 31, son por sí solos harto significativos, pues demuestran que durante períodos enteros no tuvo Jesús un instante de reposo.

robusto. Nunca dan a entender ni aun a sospechar los escritores sagrados que enfermedad alguna, de cualquier clase que fuese, aquejase a Jesús; lo que sin dificultad se entiende, pues, habiendo sido divinamente formados, su carne y sus miembros ningún germen de corrupción llevaban en sí mismos. Mas si no era conveniente que el Hombre-Dios estuviese sujeto a esas enfermedades nuestras, que, por consecuencia del pecado original, son una deformación de la naturaleza humana (9), sí exigía el plan de la encarnación que no careciese de capacidad para padecer (10). Por su misma delicadeza, que era una de sus perfecciones, poseyó el cuerpo de Jesús en altísimo grado la sensibilidad, que aviva y exaspera el sufrimiento físico. Por eso sufrió durante su pasión crueles torturas. Pero no esperó a entonces para conocer el padecimiento. Los evangelistas nos dicen que el Salvador conoció el hambre (11), la sed (12), la fatiga tras largo caminar (13), la necesidad del sueño (14). También, como nosotros, estuvo sujeto a la muerte, cuya vista anticipada le causó, igual que a nosotros, viva repugnancia (15). Verdad es que para El se trataba de una muerte acompañada de padecimientos indecibles.

Aunque habitualmente sometido a las mismas leyes que nuestros cuerpos, el de Jesús, en varias ocasiones, estuvo exento de ellas, como sucedió cuando anduvo sobre las aguas del lago de Gennesaret (16), y durante la Transfiguración, cuando "su semblante resplandeció como el sol y sus vestiduras se tornaron blancas como la nieve" (17). Después de su resurrección, su carne sagrada adquirió cualidades nuevas, que los evangelistas no se olvidan de apuntar, y que los teólogos designan con los términos técnicos de sutileza, claridad, impasibilidad y agilidad. Con este cuerpo glorioso, pero todavía señalado con

(9) Santo Tomás de Aquino, *Summa theol.*, p. III, q. XIV, a. 6.

(10) Luc., IX, 22; XVII, 15; XXIV, 26, 46; Act., XVII, 3; I Petr., II, 21; IV, I, etc.

(11) Matth., IV, 2; Marc., III, 20 y VI, 31.

(12) Joan., IV, 7 y XIX, 28.

(13) Joan., IV, 6.

(14) Matth., VIII, 24; Marc., IV, 38; Luc., VIII, 23.

(15) Matth., XXVI, 37-42; Marc., XIV, 33-39; Luc., XXII, 41-44. Cf. Santo Tomás, *Summa theol.*, p. III, q. XLVI, a. 6.

(16) Matth., XIV, 25-32; Marc., VI, 48-51; Joan., VI, 19-21.

(17) Matth., XVII, 2. Cf. Marc., IX, 2; Luc., IX, 29.



las huellas de la pasión (18), subió a los cielos el divino Maestro (19), y con él volverá en su segundo advenimiento al fin del mundo (20).

Acá y allá, en noticias incidentales, nos han conservado los evangelistas el recuerdo de las actitudes y gestos del Hombre-Dios. Nos le muestran, cuando dirigía la palabra a las muchedumbres y a sus discípulos, ya de pie (21), ya sentado (22). Otras veces nos le presentan recostado sobre un diván, según costumbre de entonces, para tomar la comida (23), o bien durmiendo tendido en el puente de una barca, apoyada la cabeza sobre un cojín (24). Le contemplamos otras veces arrodillado (25), y hasta prosternado completamente en tierra (26) para orar. Los gestos del Salvador más frecuentemente descritos por los evangelistas son los de sus manos, que parten los panes antes de distribuirlos (27), que toman el cáliz consagrado y lo pasan a los apóstoles (28), que bendicen a los pequeños (29) y a los discípulos (30), que tocan a los enfermos para curarlos (31), o a los muertos para resucitarlos (32), que arrojan a los vendedores del Templo y vuelcan las mesas

(18) Joan., XX, 27.

(19) Act., I, 9, 11.

(20) Matth., XXVI, 64; Marc., XIV, 62.

(21) Marc., IV, 39; Luc., VIII, 24; Joan., VII, 37 y XIV, 31.

(22) Matth., V, 1; XIII, 2; XXIV, 3; XXVI, 55; Marc., IV, 1; XII, 41; XIII, 3; Luc., IV, 20; V, 17; Joan., IV, 6; VIII, 2.

(23) Matth., XXVI, 7; Marc., XIV, 3; Luc., VII, 37; XI, 37; Joan., XIII, 14.

(24) Marc., IV, 36.

(25) Luc., XXII, 41.

(26) Matth., XXVI, 39; Marc., XIV, 35.

(27) Matth., XIV, 19; XV, 36; XXVI, 26 y los pasajes paralelos de San Marcos y San Lucas. Véase también Luc., XXIV, 30.

(28) Matth., XXVI, 27; Marc., XIV, 29; Luc., XXII, 17.

(29) Matth., XIX, 13, 15; Marc., X, 16; Luc., XVIII, 15.

(30) Luc., XXIV, 50.

(31) Matth., VIII, 3; Marc., I, 41; Luc., V, 13, extiende su mano y toca al leproso. Matth., VIII, 15; Marc., I, 31, toma la mano de la suegra de San Pedro. Matth., IX, 29, toca los ojos a dos ciegos antes de devolverles la vista. Otro día, en Jericó, Matth., XX, 34, toca la lengua y los oídos a un sordomudo, antes de darle el habla y el oído. Luc., XXII, 51, toca la oreja de Malco. Joan., IX, 6, pone en los ojos de un ciego de nacimiento un poco de barro. Véase también Marc., VIII, 23; Luc., IV, 40, etc.

(32) Matth., IX, 5; Marc., IX, 41; Luc., VIII, 54, toma Jesús por la mano a la hija de Jairo, para levantarla suavemente. Luc., VII, 14, toca el féretro del hijo de la viuda (de Naim), para indicar que se detuviesen los que lo llevaban.

de los cambiadores de moneda (33), que lavan humildemente los pies de los apóstoles (34). Ninguno de estos menudos por menores puede sernos indiferente, pues todos ellos en conjunto contribuyen a darnos idea más completa de la naturaleza humana de Nuestro Salvador. A veces vemos moverse todo su cuerpo, ya sea cuando se inclina para coger a San Pedro, que se hundía en las aguas del lago enfurecido (35), ya cuando, para dar una lección a los doce, coloca a su lado a un niño a quien besa afectuosamente (36), ya cuando se inclina y escribe con su dedo en el suelo frente a los acusadores de la mujer adúltera (37), ya cuando vuelve con viveza la espalda a alguno de sus interlocutores para denotar su descontento (38), a alguno de sus interlocutores para expresar su descontento (38). El más conmovedor de todos sus gestos fué ciertamente el que hizo en la cruz cuando inclinó su cabeza en el momento de exhalar el último suspiro (40).

Se complacen también los evangelistas, particularmente San Marcos, en señalar ciertos movimientos característicos de los ojos del Salvador, que exteriorizaban y acentuaban en cierto modo sus sentimientos íntimos. Para ello emplean términos enérgicos y pintorescos. Cuando por vez primera vió Jesús a Simón, el futuro San Pedro, le miró de hito en hito (41), como para leer hasta en el fondo de su alma. Otra mirada penetrante, pero dolorosa, dirigió también el divino Maestro, en el atrio del palacio de Caifás, al infortunado apóstol, que le acababa de negar (42). Con la misma intensidad y con particular ternura miró Jesús (43) a aquel joven rico, de nobles cualidades a quien invitó a seguirle, pero que rehusó cobardemente aquel insigne favor. Antes de empezar el discurso de la Montaña levantó Jesús los ojos sobre su numeroso audito-

(33) Matth., XXI, 12; Marc., XI, 15; Joan., II, 15.

(34) Joan., XIII, 5.

(35) Matth., XIV, 31.

(36) Matth., XVIII, 2; Marc., IX, 35; Luc., IX, 47; Cf. Marc., XIII, 16.

(37) Joan., VIII, 8.

(38) Matth., XVI, 23; Marc., VIII, 33; Cf. Luc., IX, 55.

(39) Luc., VII, 9; X, 23; XIV, 25; XXIII, 28. Véase también Matth., IX, 22; Luc., VII, 44; Joan., I, 38.

(40) Joan., XIX, 30.

(41) Joan., I, 42: ἐμβλέψας αὐτῷ. Vulg. *intuitus eum*.

(42) Luc., XXII, 61: ἐνέβλεψεν respexit.

(43) Marc., X, 21: ἐμβλέψας *intuitus*.



rio (44), como lo hacen de ordinario los oradores al momento de comenzar su discurso. Así gustaba de mirar a sus apóstoles y discípulos (45). En sus ojos, tan dulces de ordinario, podía hacer brillar en un movimiento de santa cólera fulgores terribles (46). ¡Dichoso Zaqueo, hacia quien los levantó amorosamente mientras estaba en el sicomoro! (47). San Marcos nos muestra también a Jesús mirando con bondad a la hemorroisa que, si es lícito decirlo así, acababa de robarle un milagro (48); mirando con tristeza a los ricos que arrojaban ostentosamente sus limosnas en los cepillos colocados en los atrios del Templo, y con admiración a la pobre viuda que tímidamente depositaba en ellos su óbolo (49); contemplando con muda indignación en la tarde del día de su entrada triunfal, los abusos que se habían introducido en aquellos mismos atrios (50). ¡Cuán hermosos debían ser los ojos del Salvador cuando, para entrar en comunicación más íntima con Dios, los levantaba hacia el cielo antes de ponerse a orar! (51).

¡Y la voz del Salvador! Una descripción anticipada de ella, aunque sólo negativa, habíala ya dado el profeta Isaías en un célebre vaticinio (52): "He aquí mi siervo, que yo he escogido...; no contendrá, ni voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas públicas." Era, pues, su voz habitualmente dulce y modesta, como El mismo, aunque, llegada la ocasión, bastante sonora para que auditorios numerosos pudiesen oír la palabra del Maestro (53). ¡Quién hubiera podido escucharle cuando proclamaba las "Bienaventuranzas" del reino de los cielos (54), o cuando pronunciaba aquella sublime invitación: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y abrumados bajo el peso de la carga, que yo os aliviaré" (55), o el discurso de

(44) Luc., VI, 20.

(45) Matth., XIX, 26; Marc., III, 54; VIII, 33; X, 27; Luc., VI, 20.

(46) Marc., III, 5.

(47) Luc., XIX, 15.

(48) Marc., V, 32.

(49) Marc., XII, 41-42.

(50) Marc., XI, 11.

(51) Matth., XIV, 19; Marc., VI, 41 y VII, 34; Joan., XI, 41 y XVII, 1.

(52) Is., XLII, 1-3. Cf. Matth., XII, 16-19.

(53) Matth., V, 1-2; Marc., IV, 1-2, etc.

(54) Matth., V, 3-12.

(55) Matth., XI, 28-30.

despedida (56) y la plegaria sacerdotal! (57). Como instrumento armonioso y dócil sabía su voz acomodarse a las situaciones más diversas, y reproducir todas las impresiones del alma del Salvador. Firme y severa, cuando se veía Jesús constreñido a dirigir un reproche (58) o intimar una orden cuyo cumplimiento exigía con especial empeño (59); terrible para pronunciar una invectiva (60) o un anatema (61); irónica y desdeñosa (62), alegre (63) o triste (64), imperiosa (65) o tierna (66), según las circunstancias, se ajustaba a todos los acentos y a todos los matices.

Pero aunque pudiéramos oír la voz amorosa del Salvador, no quedaría aún satisfecha nuestra piedad. Desearíamos contemplar su rostro, conocer a lo menos su retrato auténtico, formarnos imagen exacta de su exterior, y en especial de su fisonomía. Pero forzoso es renunciar aquí abajo a semejante dicha. Sólo en el cielo nos será dado ver a Jesús cara a cara y conocer sus sagrados rasgos, pero ya transfigurados éstos para siempre. Entre tanto, nos será imposible representarnos lo que fueron durante su vida mortal, pues ni los Evangelios, ni los demás libros del Nuevo Testamento, ni los escritores eclesiásticos más antiguos nos han transmitido noticias ciertas sobre este particular.

Aunque los apóstoles y los primeros predicadores cristianos debieron de satisfacer en este punto la legítima curiosidad de sus oyentes, como, al fin, se trataba de cosa secundaria, pronto se perdió la memoria de aquellas noticias. Parece, pues, que la Iglesia primitiva no poseyó el verdadero retrato de Cristo. Colégese así, en primer lugar, de la extraña diversidad de pareceres que existió entre los más ilustres doctores de los primeros siglos acerca de la cuestión general de la fealdad o

(56) Joan., XIII-XVI.

(57) Joan., XVII.

(58) Matth., IV, 4, 6, 10; XVI, 1-4, 23.

(59) Marc., I, 25, 43; IV, 39.

(60) Matth., XXIII.

(61) Matth., XXV, 41.

(62) Matth., IV, 4-10; XXI, 27; Marc., III, 17; Luc., XIII, 15-16, 32.

(63) Matth., XXI, 19; Marc., V, 41; Luc., VII, 14; Joan., XI, 43.

(64) Matth., VIII, 10-11; Marc., X, 29-31.

(65) Matth., XI, 20; Marc., X, 23-25; Joan., XIII, 27.

(66) Matth., XXV, 34-40; Joan., XIX, 26-27.



hermosura de Jesús. Durante bastante tiempo fué opinión predominante que había sido feo de rostro, pequeño de estatura, sin distinción exterior. Apoyábase tal sentencia en la trágica descripción que trazó Isaías del Mesías paciente y humillado (67), y que, por una interpretación exagerada, se aplicaba a Jesús literalmente hasta en sus menores rasgos. Se insistía en ciertos detalles: "No era su aspecto el de los hombres, ni su rostro el de los hijos de los hombres... No tenía forma ni hermosura para atraer nuestras miradas, ni apariencia para excitar nuestro afecto... Era despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores, como objeto ante el cual las gentes se cubren el rostro" (68). San Justino (69), Clemente de Alejandría (70), Tertuliano (71), y más tarde San Basilio y San Cirilo de Alejandría recibieron esta extraña sentencia, de la que el pagano Celso sacaba la conclusión de que en tales condiciones el Cristo no podía haber sido Dios (72). Pero, merced a un cambio feliz, afianzóse poco a poco la opinión contraria, favorecida quizás por el gusto estético de los griegos, convertidos en gran número al cristianismo, pero más aún por la justísima consideración de que, siendo Cristo el hombre perfecto, el hombre ideal, parecía más conforme a la verdad imaginarle, aun en lo exterior, dotado de gracia y de belleza. En vez de mirar solamente al *Christus patiens* de Isaías, se puso también la consideración en el Mesías de David, del cual está escrito (73) que es "el más hermoso de los hijos de los hombres" (74). Esta segunda opinión se hizo pronto universal. Santo Tomás de Aquino (75) y la mayor

(67) Is., LII, 13; LIII, 12.

(68) Is., LII, 14; LIII, 2-3.

(69) *Dial. c. Tryph.*, 14, 16, 66, 86. Dice que Cristo fué ἀσχήρ, αἴματος, ἄδοξος.

(70) *Strom.*, II, 5; III, 17; VI, 17; *Paedag.*, III, 1, 3. Según él, Cristo habría sido ὃψιν αἰσχρόν "feo de rostro".

(71) *De carne Christi*, 3: *Nec humanae honestatis corpus fuit, nedum caelestis claritatis. Adv. Judaeos*, 14: *Ne aspectu quidem honestus.*

(72) Cf. Orígenes, *C. Cels.*, VI, 75.

(73) Ps., XLIV, 3.

(74) Véase San Jerónimo, *Comment. in Matth.*, IX, 9; San Agustín, *De Trinit.*, VIII, 4; San Juan Crisóstomo, *Hom. XVIII in Matth.* "El aspecto de Cristo — escribe este último — estaba lleno de una gracia admirable."

(75) *Summa theol.*, III p., q. XLVI, a. 46 y 54. Cf. *Comment. in Ps. XLIV*, donde dice: *Illam pulchritudinem habuit summe, quae pertinebat*

parte de los grandes teólogos (76) la prohijaron, alegando, con mucha razón, que es cosa recia de creer que un alma en quien todo era perfecto, admirablemente equilibrada, estuviese unida a un cuerpo imperfecto, sin contar, añaden, que una fisonomía fea y repulsiva hubiera dañado al ministerio del Salvador, acarreándole el menosprecio de las gentes. Favorecen también a esta opinión los Evangelios, pues si bien es verdad que el atractivo que resplandece en todas sus páginas, ejercido por Nuestro Señor sobre millares de personas que pertenecían a clases diferentes, provenía ante todo de su bondad, de su santidad, de su predicación y de sus milagros, no puede negarse que también fuesen parte en este atractivo singular la distinción de sus modales y la gracia de todo su ser (77).

Dicho se está que cuando hablamos de la belleza de Cristo, andamos muy lejos de atribuirle esa belleza muelle y afeminada, con que tantas veces le han representado muchos pintores. Era la suya una belleza viril, espiritual, por así decirlo, digna de sus cualidades morales. Nos es, pues, grato imaginarle de fisonomía noble y distinguida, amable y graciosa, grave e inteligente, que inspiraba a la vez respeto y afecto y atraía dulce y religiosamente los corazones. En su semblante se reflejaban el esplendor de su alma, y en cierta manera el de su divinidad.

Faltos de noticias precisas, nada más podemos añadir. Como Constancia, hermana de Constantino el Grande, hubiese escrito a Eusebio de Cesarea, pidiéndole su parecer sobre este interesante tema, el sabio Obispo, gran conocedor de la historia eclesiástica hasta en sus menores detalles, la respondió (78) que en Jesucristo hay dos naturalezas: la divina y la humana; que sólo Dios sabe con exactitud en qué consiste la primera; que en lo tocante a la segunda, y en particular al

*ad statum et reverentiam et gratiositatem in aspectu; ita quoddam divinum radiabat in vultu ejus.*

(76) Entre otros, Suárez, *De Incarnat.*, quaest. XIV, art. 4, disput. 32, sect. 2. Según Legrand, *De Incarnat.*, dissert. IX, Cristo no habría sido ni hermoso ni feo. Thomassin, *De Incarnat.*, lib. IV, c. 7, es partidario de la fealdad.

(77) Véase Mgr. Landriot, *Le Christ de la tradition*, 2.<sup>a</sup> edic., t. II, páginas 291-294.

(78) La carta fué incluida en las *Acta* (art. XVI) del segundo Concilio de Nicea, celebrado en 787.



retrato de Jesús, debemos contentarnos con decir con San Pablo (79) que no conocemos a Cristo según la carne. Lenguaje idéntico emplea San Agustín (80). Si a la singular divergencia de sentimientos que hemos apuntado agregamos el testimonio de estos dos doctores cristianos, ambos renombrados por su ciencia, no parecerá atrevido el afirmar que la Iglesia antigua no conoció el retrato auténtico de Nuestro Señor Jesucristo.

Esto no obstante, desde el siglo I, y más aún desde el II, los pintores de las catacumbas reprodujeron la imagen del Salvador en variadísimas formas. Sabemos también que, desde muy antiguo, los gnósticos, especialmente los discípulos de Basílides y de Carpócrates, tuvieron retratos de Cristo que veneraban a su modo (81). Pero a estas imágenes pintadas o esculpidas puede aplicarse esta observación de San Agustín (82): *De ipsius dominicae facie carnis innumerabilium cogitationum diversitate variatur et fingitur*. Eran simplemente obras de imaginación, que trazaba cada artista conforme a la imagen que de Cristo se había forjado, sin pretensión de reproducir sus rasgos verdaderos. Más tarde, la leyenda se apoderó de este asunto, como de tantos otros, y citó retratos de Jesús, unos milagrosos (83) y otros compuestos por el evangelista San Lucas (84); pero ninguno de ellos se remonta a grande antigüedad.

En época menos remota se han hecho descripciones de la fisonomía de Nuestro Señor. Se citan tres principales: la que San Juan Damasceno, en el siglo VIII, insertó en una carta dirigida al emperador Teófilo (85); la que cierto Publio Léntulo, que se presenta como antecesor de Pilato en Palestina, esboza en un supuesto mensaje oficial, que habría sido enviado por él al Senado romano (86), y la que se atribuye a Nicéforo

(79) II Cor., V. 16.

(80) *De Trinit.*, VIII, 4.

(81) Véase San Ireneo, *Adv. Haer.*, I, xxiv, 5; los *Philosophumena*, VII, 35.

(82) *Loc. cit.*

(83) Especialmente el que Nuestro Señor mismo habría enviado al rey de Edessa, Abgar, y los que habría dejado impresos en el velo de la Verónica, camino del Calvario, y en el Santo Sudario, después de su muerte.

(84) Con frecuencia se han publicado reproducciones de ellos.

(85) *Epist. ad Theophil.*, 3-4.

(86) Véase Fabricio, *Codex apocryph. Novi Testamenti*, t. I, páginas 301-310.

Calixto (87), historiador griego del siglo XIV. Como hay entre estas descripciones cierta semejanza, cabe sospechar que dependen de una fuente común más antigua. La más completa y conocida es la segunda; pero se cree que no es anterior al siglo XII. Hela aquí, según el texto que nos parece más acreditado: "Es de elevada estatura, distinguido, de rostro venerable. A quienquiera que le mire inspira (a la vez) amor y temor. Son sus cabellos ensortijados y rizados, de color muy oscuro y brillante, flotando sobre sus espaldas, divididos en medio de la cabeza al modo de los nazarenos (88). Su frente, despejada y serena; su rostro, sin arruga ni mancha, es gracioso y de encarnación no muy subida. Su nariz y su boca son regulares. Su barba, abundante y partida al medio. Sus ojos son de color gris azulado y claros. Cuando reprende es terrible; cuando amonesta, dulce y amable y alegre, sin perder nunca la gravedad. Jamás se le ha visto reír, pero sí llorar con frecuencia. Se mantiene siempre derecho (89). Sus manos y sus brazos son agradables a la vista. Habla poco y con modestia. Es el más hermoso de los hijos de los hombres." Si en este esbozo hay rasgos falsos—por ejemplo, los largos cabellos flotantes—, el conjunto del retrato no carece de cierto embeleso ni es indigno de Nuestro Señor, y representa bien el tipo general que ha prevalecido desde hace siglos, y que ha sido reproducido por el pincel o el cincel de tantos maestros insignes (90).

(87) *Hist.*, I, 40. Cf. II, 7, 43; VI, 15.

(88) O mejor, de los "nazireos", es decir, de los que habían hecho voto de "nazirato".

(89) Según otra variante habría llevado habitualmente inclinada la cabeza.

(90) Acerca de la fisonomía de Jesús, véase Martigny, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, 2.<sup>a</sup> edic., páginas 386-388. F. X. Kraus, *Real-Encyclopädie der christlichen Alterthümer*, t. II, páginas 7-28; Hastings, *Dictionary of Christ and the Gospels*, t. I, páginas 308-316; Glückselig, *Studien über Jesus Christus und sein wahres Ebenbild*, 1863; Ch. Mariannus, *Jesus und Maria in ihrer äussern Gestalt und Schönheit*, 1870; Doberschütz, *Christusbilder*, en los *Texte und Untersuchungen* de Harnack y Gebhardt, t. XVIII, páginas 1-2; G. A. Müller, *Die leibliche Gestalt Jesu Christi*, 1909. Los teólogos racionalistas K. Hase, *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., páginas 321-330, y Th. Keim, *Gesch. Jesu von Nazara*, t. I, páginas 459-464, han tratado este punto de manera respetuosa e interesante. Véase también Farrar, *The Life of Christ in Art*, 1894, y J.-L. French, *Christ in sacred Art*, 1900. Se hallan algunos rasgos originales en el opúsculo de Fr. Delitzsch, *Sehet welch' ein Mensch, ein Christusbild*, en 18.<sup>o</sup>, 1872.



## II.—EL ALMA DE CRISTO

Desde el primer instante en que el Espíritu Santo formó el cuerpo de Nuestro Señor, le fué unida un alma semejante a las nuestras, pero de una perfección que apenas podemos concebir. Trátase de ella en varios pasajes de los Evangelios. Algunas veces el divino Maestro mismo o los escritores sagrados la mencionan directamente; por ejemplo, cuando dijo Jesús: “Mi alma está turbada” (91); “El Hijo del hombre vino a dar su alma como rescate de muchos” (92); “Triste está mi alma hasta la muerte” (93); “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (94), o bien, cuando los evangelistas cuentan que el Maestro conoció “en su espíritu” los pensamientos secretos de sus enemigos (95), que gimió “en su espíritu” (96), que se conmovió y se turbó “en su espíritu” (97), que rindió el espíritu” (98). Pero por lo común esta santa alma sólo se nos muestra indirectamente por múltiples manifestaciones que vamos a estudiar. Si nada de cierto sabemos acerca del semblante exterior de Jesús, podemos, en cambio, gracias a los evangelistas, formarnos concepto bastante exacto de su fisonomía intelectual y moral, no porque nos den una descripción propiamente dicha de ella, sino porque agrupando los muchos rasgos que ellos citan aquí y allá y sacando de las acciones y palabras del Señor conclusiones que la lógica consiente, llegaremos, sin violencia y sin esfuerzo, a representarnos el majestuoso esplendor de aquella alma y a penetrar en el recogido santuario de sus sentimientos, de sus afectos y de sus móviles.

Pero antes de pedir a los evangelistas los elementos de este análisis psicológico, echemos una ojeada general sobre la perfección del alma del Salvador. Si el cuerpo de Jesús estaba

(91) Joan., XII, 27: ἡ ψυχὴ μου.

(92) Matth., XX, 28. El alma equivale aquí a la vida.

(93) Matth., XXVI, 38.

(94) Luc., XXIII, 46: τὸ πνεῦμα μου.

(95) Marc., II, 8.

(96) Marc., VIII, 12.

(97) Joan., XI, 33; XIII, 21.

(98) Matth., XXVII, 50; Joan., XIX, 30.

dotado de cualidades excepcionales, como convenía al modo enteramente divino de su formación, con mayor motivo podremos decir otro tanto de su alma, que, sin dejar de ser humana, ofrecía a las miradas del cielo y de la tierra un conjunto de acabadísimas perfecciones. ¡Qué embeleso y cuán gran provecho hallaríamos en estudiarla detenidamente! Pero fuerza es contentarnos aquí con sumarias indicaciones, deseando que nuestro modesto ensayo abra al lector algún nuevo horizonte (99).

En el Cristo, en este nuevo Adán, cabeza de la Humanidad regenerada, la perfección de la vida interior, de la vida moral y espiritual se elevó a alturas que nunca habían sido ni serán jamás alcanzadas. Por donde tenía derecho para decir a sus discípulos de todos los siglos: “¡Seguidme, imitadme!” De igual manera San Pablo, que tan hondo había calado en el alma de Nuestro Señor, podía dirigir a todos los cristianos esta apremiante súplica: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (100). “Todas las perfecciones del alma, del espíritu, del carácter, se reunieron en esta rica naturaleza”, que es verdaderamente “la obra maestra de Dios en el orden de la creación y del mundo sobrenatural” (101). Así pudo escribir Orígenes en un movimiento de profunda admiración (102) que Jesús poseía “un alma bienaventurada y excelentísima”, en la que todas las facultades humanas se habían desarrollado en altísimo grado y en perfectísimo equilibrio, constituyendo un conjunto divinamente armonioso, maravillosamente completo, donde no era posible descubrir mancha alguna, pero ni aun la más ligera imperfección. En los hombres mejores y hasta en los mayores santos existen debilidades morales al lado de las cualidades más preciadas. Tal vez acaece que señorea la sensibilidad a expensas de la voluntad, y tal otra, que el vigor y agilidad

(99) Véanse los grandes teólogos, especialmente Santo Tomás de Aquino, Suárez, Le Grand, en el tratado *De Incarnatione*. Varios autores anglicanos han compuesto recientemente, acerca del alma o del carácter de Nuestro Señor Jesucristo, obras que contienen finas y atinadas observaciones, aunque no siempre exentas de errores. Citaremos en particular a Th. Adamson, *Studies of the Mind in Christ*, 1898; Bernard, *Mental Characteristics of the Lord Jesus Christ*, 1899; Th. Robinson, *Studies in the Character of Christ, an argument for the truth of Christianity*, 1900. Véase también J. Nünck, *Jesus als Charakter*, 1906.

(100) Phil., II, 5. Cf. Hebr., XII, 2-3.

(101) Mgr. Landriot, *Le Christ de la tradition*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II, pág. 502.

(102) *In Epist. ad Rom.*, lib. III.



del entendimiento van acompañados de sequedad y aun de aspereza. Todos dejan algo que desear. Sólo el alma de Cristo no conoció defectos, ni arrugas, ni inferioridad de ningún género. Una vez más diremos que en ella imperaba la armonía de todas las virtudes del hombre ideal.

Por más que los filósofos solamente distinguen hoy en el alma humana dos facultades principales, la inteligencia y la voluntad, nosotros, para mayor claridad, agruparemos en cuatro puntos lo que vamos a decir del alma del Salvador, y trataremos sucesivamente de su sensibilidad, de su inteligencia, de sus cualidades morales y de su voluntad.

### I.—Sensibilidad del alma de Jesús.

El cuerpo de Nuestro Señor, decíamos, era de una delicadeza extraordinaria, que le hacía sobremanera sensible a los dolores; pero no era su alma ni menos delicada ni menos impresionable. Al repasar los escritos evangélicos obsérvase que experimentó la mayor parte de nuestras afecciones, alegres o tristes, dulces o amargas, pero en especial las dolorosas. A pesar de lo cual, sucediese lo que sucediese, en el fondo de su alma reinaban siempre serenidad y santa alegría. La paz que se complacía en desear a sus apóstoles (103) poseyóla El plenamente y de continuo. Aunque algunas veces anoten los evangelistas que sintió cierta turbación, le vemos siempre enteramente dueño de sus impresiones (104). En una circunstancia particular, expresa este hecho San Juan por medio de una locución bien significativa (105): "Se turbó a sí mismo." Nunca descubriremos en El la menor exaltación de la sensibilidad. Sin esfuerzo, la somete a regla (106), pues era viril y bien ordenada, como todo su ser. Tanto en el orden de su naturaleza como en el de sus efectos, sus afecciones o "pasiones", como dicen los teólogos, eran siempre nobles y santas.

(103) Luc., XXIV, 36; Joan., XIV, 27; XX, 19, 20, 26.

(104) Tal fué el caso de Getsemaní, donde tan hondas fueron las emociones del Hombre-Dios. Cf. Matth., XXVI, 36-46; Marc., XIV, 32-42; Luc., XXII, 39-46.

(105) Joan., XI, 33.

(106) Joan., XII, 27-28.

Pero volvamos a la admirable serenidad de su espíritu. Era ésta una de sus cualidades más eminentes (107). Seguro de sí mismo y de su misión, nunca manifiesta ni duda ni embarazo. Va derechamente, sin vacilar, hacia su intento, pues conoce los designios de su Padre celestial, que le trazaba el camino en todas las ocasiones. Nunca tampoco se percibe en El apresuramiento excesivo, precipitación o agitación impaciente; su tranquilidad es inalterable. Ya pueden hostigarle sus crueles enemigos, que le espían, que de continuo se le atraviesan en el camino, que le acusan, que quieren perderle por todos los medios a su alcance; su apacible serenidad no se turbará un solo momento. *Dulcis anima, in pace*: esta inscripción de las catacumbas le cuadra a maravilla. Tan entero y constante es su dominio sobre sí mismo, que en cualquier evento sabrá permanecer señor de sus palabras y de sus actos.

Recuérdese la tempestad del lago de Genesaret, tan violenta, que, con haber sido los más de los apóstoles pescadores de profesión y haber experimentado más de una vez el furor de las olas, los hizo temblar. Mientras la tempestad muge, El duerme apaciblemente en la popa de la barca, levantada por las olas. Cuando le despiertan sobresaltados sus discípulos, se levanta sin apresuramiento, les reprocha cariñosamente su falta de calma, y después, con majestad divina, pone fin al terrible huracán. ¡Qué contraste! (108). Ni los endemoniados, que le interrumpían sus discursos (109), ni sus adversarios, cuando le insultaban groseramente (110), o cuando llegaban a intentar poner en El sus manos brutales (111), conseguían hacerle perder su tranquilidad. Si por prudencia ha de ocultarse momentáneamente, pues no tenía derecho a adelantar la hora que su Padre había fijado para su sacrificio, lo hará siempre sin miedo y en perfecta paz (112). Nadie pudo hacerle perder su sosiego. En medio del peligro y en medio del espanto de sus discípulos, cumple con toda calma su deber actual (113). Su

(107) La ponderó ya Orígenes, *Contr. Cels.*, I, 15.

(108) Matth., VIII, 24-26; Marc., IV, 37-39; Luc., VIII, 23-25.

(109) Marc., I, 22-26; Luc., IV, 33-35; etc.

(110) Matth., IX, 3; Luc., VII, 49; XI, 45; XIII, 14; Joan., VII, 20; etc.

(111) Luc., IV, 28-30; Joan., VII, 30; VIII, 59; etc.

(112) Matth., XV, 21; Marc., VII, 24; Joan., VII, 1; etc.

(113) Luc., XIII, 32; Joan., XI, 7-10.



vida pública estuvo llena de trances difíciles, inquietantes, peligrosos; mas, sin embargo, se deslizó como un río de apacibles aguas que fluye mansamente entre sus orillas sin desbordarse y con todo sosiego se encamina hacia el Océano (114). Nunca pudieron las influencias externas levantar en aquella alma nobilísima agitación alguna que ni de lejos pareciese imperfección o desorden.

Sin embargo, conoció Jesús en cierta manera emociones fortísimas y dolorosas. Entre los evangelistas, solamente San Marcos le atribuye en términos explícitos un sentimiento de santa ira (115). Pero en otros varios pasajes vemos a Jesús entregar su alma a una verdadera indignación, bajo cuyo impulso pronuncia palabras vehementes o terribles amenazas (116), y hasta llega a actos de abierta represión (117). Ello era efecto de su ardiente celo por la gloria de Dios, del odio que tenía al pecado, a la hipocresía y aun a simples imperfecciones, cuando las veía en sus discípulos, a tan alta santidad llamados. Por lo demás, siempre que permite a las emociones apoderarse de su alma por unos instantes, lo hace libremente y nunca en interés personal. No le conmovían, pues, contra su voluntad,

(114) "Las aclamaciones populares no le afectan más que la ingratitude de los hombres. No es que no sienta aquéllas y ésta...; pero su alma se cernía muy por encima... En su entrada triunfal en Jerusalén es tan dueño de sí mismo como ante los tribunales, y el Hosanna al hijo de David deja su alma tan serena como los gritos de la turba ante el Pretorio." Mgr. Landriot, *Le Christ de la tradition*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II, páginas 348-349. Podrían citarse todavía muchos otros rasgos; por ejemplo: la respuesta del Salvador a las amenazas del tetrarca Herodes Antipas, Luc., XIII, 32-33; su respuesta al orgulloso Pilato, Joan., XIX, 11; la calma tranquila con que se adelanta hacia sus verdugos, Matth., XXVI, 45-46; la paz con que exhaló su último suspiro, a pesar de la amargura que causara en su alma el abandono aparente en que le dejaba su Padre, Matth., XXVII, 45-46; etc., etc.

(115) A propósito de la odiosa conducta de los fariseos, que espiaban cierto día al divino Maestro con el fin de acusarle, escribe el evangelista (Marc., III, 5): *Circumspiciens eos cum ira*.

(116) Matth., IX, 30; XI, 20-24; XVI, 23; XXI, 19; XXIII, 1-39; Marc., I, 25; VIII, 33; IX, 24; X, 14; XI, 14; Luc., IV, 35; IX, 55; XI, 39-52; XIII, 15. Hase dicho de la invectiva contra los escribas y fariseos, Matth., XXIII, que la literatura no contiene ejemplo de apóstrofes más apasionados; pero nunca hubo pasión más legítima.

(117) Matth., XXI, 12-13; Marc., XI, 15-16; Luc., XIX, 45-46; Joan., II, 14-17. Trátase de las dos expulsiones de los vendedores que profanaban el Templo.

como a nosotros suele acontecer; las tenía siempre bajo su eficaz vigilancia.

Experimentó también el Salvador, sobre todo en Getsemaní y en el Calvario, el temor que deprime, el horror que estruja el corazón, la tristeza y desgana engendradoras de desaliento. ¡Qué angustia en este lamento que un día se escapa de sus labios: "Mi alma está triste hasta la muerte!" (118). Los escritores sagrados expresan con verbos enérgicos estas punzantes emociones: *Coepit contristari et moestus esse* (119); *coepit pavere et taedere* (120), *Factus in agonia* (121). Y poco antes de expirar, la angusta víctima exhaló hacia el cielo este grito angustioso, que revela un terrible sufrimiento: *Eli, Eli, lamma sabachtani?*, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (122).

Han tenido algunos a Nuestro Señor por hombre melancólico, de rostro siempre sombrío; tal opinión carece de fundamento en los Evangelios. Conoció, sin duda, horas de profunda tristeza, y la clarísima visión que sin cesar tenía ante sus ojos de la ingratitude y endurecimiento de la mayor parte de su pueblo, en primer lugar, y después del mundo entero, así como también la cobardía y desmayo de sus más íntimos amigos, debió de flotar frecuentemente sobre su espíritu como densa nube. Pero no debemos olvidar que su alma, hipostáticamente unida a la divinidad, poseía habitualmente la plenitud de la bienaventuranza. Nos es difícil imaginarle riendo a carcajadas, mostrando ruidosa alegría; pero bien podemos creer que una celestial sonrisa iluminaría muy a menudo su rostro. Los esplendores de la Naturaleza animada e inanimada, las flores, los niños, las almas puras y, en un orden superior, las dulzuras de la amistad, la certidumbre de la dicha eterna que traía a tantas almas, eran ciertamente para El manantiales de dulces y santas alegrías. ¿No dijo un día que no era conveniente que sus discípulos se entregasen al ayuno y la tristeza, en tanto que él estuviese con ellos? Estas palabras no dan a en-

(118) Matth., XXVI, 38.

(119) Matth., XXVI, 37.

(120) Marc., XIV, 33.

(121) Luc., XXII, 43.

(122) Matth., XXVII, 46.



tender una naturaleza melancólica y sombría (123). Pero aún hay más. Refiere San Lucas (124) que cuando los setenta y dos discípulos, a quienes Jesús enviara a anunciar la buena nueva, volvieron a juntarse con El y le dieron cuenta del buen éxito de su predicación, su alma se desbordó de santa alegría; Y qué alegría más profunda también en aquellas palabras que nos permiten leer en el alma del Salvador las más brillantes esperanzas para el porvenir: "Cuando yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo" (125).

Después de lo dicho acerca de la ciencia infusa del Verbo encarnado, no era de esperar ciertamente descubrir entre sus sentimientos el de la admiración, el del asombro. El *nil mirari* es una regla de la perfección divina. Y, sin embargo, los evangelistas atestiguan que sintió admiración en dos circunstancias diferentes: con ocasión de la fe manifestada por el centurión (126) y de la inexplicable incredulidad de sus paisanos de Nazaret (127). Pero Jesús es hombre al propio tiempo que Dios, y bien pudo admirarse sin menoscabo de su ciencia infinita, al modo que un astrónomo contempla con admiración un nuevo astro cuya aparición había previsto y anunciado largo tiempo atrás.

## 2. — La fisonomía intelectual del Salvador.

A este viso considerada, el alma de Jesús se nos presenta aun más atractiva, pues nuestro análisis nos permite elevarnos a regiones superiores, que, teniendo siempre por guías a los escritores sagrados, vamos a contemplar ahora.

"Yo soy la luz del mundo", dijo Nuestro Señor (128). El evangelista San Juan, al recordar las maravillas que tan de cerca había visto, llamaba también a su Maestro con santo alborozo (129) "la luz verdadera, que alumbra a todo hom-

(123) En el Sermón de la Montaña recomienda Jesús a los cristianos que, cuando ayunen, lo hagan con semblante alegre (Matth., VI, 16-18).

(124) Luc., X, 21.

(125) Joan., XII, 32.

(126) Matth., VIII, 10.

(127) Marc., VI, 6.

(128) Joan., VIII, 12.

(129) Joan., I, 9.

bre que viene a este mundo". La inteligencia de Jesucristo era el gran faro de aquella brillante luz que quería irradiar sobre toda la tierra. A la luz que tanto amaba, opuso con frecuencia el Salvador las tinieblas en el sentido propio y en el figurado. Erale duro de entender que alguien pudiese preferir éstas a aquélla (130). "No hay luz en él", decía con tristeza (131), a propósito de cualquiera que anduviese en tinieblas. Cuando le detuvieron en Getsemaní, llamó a aquella iniquidad obra realizada bajo un impulso tenebroso, el de Satán (132).

Hemos visto las facultades del Cristo desarrollarse misteriosa y gradualmente durante su infancia y adolescencia. Todo el resto de su vida lleva el sello del entendimiento más abierto, más pronto y más vigoroso que se pueda concebir. Para él, ningún problema presentaba dificultades. Se cernía sobre todos los horizontes de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Con harta razón pondera San Bernardo su poder (133). De igual manera puede celebrarse la perfecta seguridad de su juicio; su apreciación siempre irreprochable acerca de la verdad, de la belleza y del bien en el aspecto moral; su imaginación vivísima, pero dominada, de que sus discursos, y sobre todo sus parábolas, nos dan admirables pruebas; su penetración agudísima y lo que podríamos llamar su "ingenio"; su exactísimo don de observación; su lenguaje, siempre ajustado a su pensamiento (134); su memoria, tenaz para recordar lo que había visto y fácil para aplicarlo en sazón oportuna.

Algunos racionalistas se han atrevido a tratar a Jesucristo de "soñador". Soñador, nunca; todo lo contrario: pensador activísimo, pensador profundo, que había rumiado mucho tiempo sus grandes ideas antes de lanzarlas al exterior con sus palabras y con su conducta. Pero este pensador no vivía confinado, por decirlo así, en el fondo de su alma y ajeno al mundo exterior. Observaba muy atentamente cuanto pasaba en torno suyo, y lo hacía con espíritu penetrante y delicado, como lo prueban muchos rasgos que a cada momento recuerdan los

(130) Joan., III, 19. Cf. Matth., VI, 22-23.

(131) Joan., XI, 10.

(132) Luc., XXII, 53.

(133) *Super Miss. Hom.*, II, 9.

(134) Más adelante ampliaremos este pensamiento.



evangelistas. Algunos de ellos hemos mencionado al indagar cuáles pudieron ser los principales factores de la educación experimental de Jesús, y podríamos aún llenar páginas enteras (135). Dondequiera que se hallase, no tenía sino lanzado en torno suyo una de aquellas miradas escudriñadoras a las cuales nada se escapaba; sorprendía hasta los detalles en apariencia más insignificantes. El sabe lo que pasa en las aguas del lago (136), y en la montaña (137), y en el campo (138) y en las ciudades (139), en las casas de los ricos (140) y en la de los pobres (141), y otros mil pormenores. Ha observado que un padre de familia que piensa en lo porvenir reserva su tesoro *nova et vetera* (142), que los soberbios fariseos buscan en los festines, los puestos más honrosos (143). Aun prescindiendo de su ciencia divina, que le permitía leer en lo más íntimo de los pensamientos y de los corazones, podía, gracias a este don de observación, aplicar a cada uno el tratamiento moral que mejor le convenía. Bien lo mostró un día en que dio tres respuestas diferentes a tres discípulos, o demasiado ardorosos o demasiado indecisos, que le pedían permiso para seguirle por todas partes (144).

Era, pues, la inteligencia del Salvador muy penetrante, concreta, minuciosa, casi diríamos realista, en el mejor sentido de esta expresión (145). ¡Qué cuadros más vivos y encantadores le veremos pintar en sus admirables parábolas! Unas cuantas y sencillas palabras le bastan para describir una escena entera. Por ejemplo, cuando dice a propó-

(135) Los neoceríticos, que no ven en Jesús más que un hombre notable, insisten acerca de este don de observación, a veces de un modo interesante. Cf. Th. Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, páginas 444, 450-452; P. W. Schmidt, *Die Geschichte Jesu erklärt*, páginas 53-54; W. Bousset, *Jesus*, páginas 20-21; O. Holtzmann, *Leben Jesu*, páginas 77-81; J. Crooker, *The Supremacy of Jesus*, páginas 98-105; O. Frommel, *Die Poesie des Evangeliums Jesu*, páginas 71-114.

(136) Matth., XIII, 47-48.

(137) Matth., XVIII, 12.

(138) Matth., XIII, 1-9, 24-30; XXV, 1-12; etc.

(139) Matth., XXIV, 45-51; XXV, 14-30; Luc., XVI, 19-22.

(140) Matth., XXII, 1-13; Luc., XIV, 16-21; XVI, 1-8, 19-22.

(141) Matth., IX, 16; XIII, 33; XV, 8-9; etc.

(142) Matth., XIII, 52.

(143) Luc., XIV, 7.

(144) Luc., 57-63.

(145) Véanse, entre otros textos, Matth., XIX, 10-12; Marc., VII, 18-19; Luc., XV, 8-9; XVI, 19-31; y aún se podrían citar otros muchos más.

sito de Juan Bautista (146): “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida del viento? Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre muellemente vestido? Ved que los que visten ropas delicadas habitan en las casas de los reyes.” Todo un cuadro en miniatura esboza también Jesús en este versículo (147): “No déis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies y que, revolviéndose, os desgarrren.” He ahí un excelente realismo. Pero apresurémonos a añadir que nunca hubo idealista que sobrepujase a Nuestro Señor. Vino a fundar el más ideal de todos los reinos. A sus humildes discípulos les exige virtudes ideales. ¿Quién como El ha declarado que el hombre no vive solamente de pan material y que el alimento de los cristianos debe ser ante todo espiritual? Esta facultad de ver y expresar concretamente las cosas contribuyó a hacer de ordinario claras y precisas las enseñanzas de Jesús; mas, sin embargo, érale fácil elevarse a las más altas cimas del pensamiento, como lo muestran sus discursos del cuarto Evangelio, donde expone en lenguaje magnífico las más sublimes virtudes de la nueva religión.

No menos admirable que la precisión y vigor de su espíritu era su imaginación. De aquí que en su predicación gustase de recurrir tan a menudo a las figuras y que siempre las escogiese hermosas, verdaderas, atractivas. Ellas comunican a su lenguaje un sabor, un relieve, un cierto hechizo, a los cuales, humanamente hablando, se debe parte muy notable del éxito de sus predicaciones. Ora acuden espontáneamente a su pensamiento, ora las extrae del recuerdo de lo que ha visto u oído. Aquí es el soplo rápido y misterioso del viento (148), la fuente de agua viva (149), el vaso de agua fresca (150), el labrador que guía el arado (151); allí, el hombre fuerte y armado que guarda la casa (152), los servidores que, lámpara en mano, esperan la vuelta de su señor, muy adelantada ya la no-

(146) Matth., XI, 7-8.

(147) Matth., VII, 6.

(148) Joan., III, 8.

(149) Joan., IV, 10.

(150) Matth., X, 42.

(151) Luc., IX, 62.

(152) Luc., XI, 21.



che (153), el mal rico vestido de púrpura y lino finísimo (154), la vestidura nupcial (155), el ciego que guía a otro ciego (156), los pescadores de hombres (157), la descripción grandiosa del fin de los tiempos (158), los hipócritas semejantes a sepulcros blanqueados (159), la fe que transporta las montañas (160), los cristianos comparados con hombres que llevan su cruz en pos del divino crucificado (161). Así aparecen los pormenores más sencillos junto a los rasgos más sublimes, comunicándose mutua eficacia. ¡Qué imaginación tan opulenta y, a la vez, práctica resplandece en todo esto! Ella se manifiesta hasta en los sobrenombres pintorescos y perfectamente apropiados que Jesús da a varios de sus discípulos: Cephas, o mejor, *Kefa*, "Piedra"; *Boanerges*, "hijo del trueno".

Sus consejos, sus réplicas, sus reproches dan siempre en el hito y llevan el sello de la sabiduría y de la oportunidad. Su vida de misionero, al colocarle en las más diversas situaciones, le ponía en contacto con todas las clases de la sociedad judía y extranjera, de modo que con frecuencia tenía que responder a las preguntas más imprevistas, más delicadas y más embarazosas. Siempre, sin embargo, salió del trance con habilidad que admiraban sus mismos enemigos (162) y que embelesaba a las turbas (163). Cuando Juan Bautista vacilaba en bautizarle, Jesús se contentó con decirle (164): "Conviene que cumplamos toda justicia", y cesó la perplejidad. Tres veces seguidas redujo al silencio al demonio tentador con sus respuestas, sacadas de la Escritura (165). Como los fariseos preguntasen maliciosamente a los primeros discípulos por qué tan poco se preocupaban de las tradiciones relativas a la pureza e impureza legales, el divino Maestro les tapó la boca con

(153) Luc., XII, 35-36.

(154) Luc., XVI, 19.

(155) Matth., XXII, 11.

(156) Luc., VI, 39.

(157) Marc., I, 17.

(158) Matth., XXIV-XXV.

(159) Matth., XXIII, 27.

(160) Luc., XVI, 6.

(161) Matth., X, 38.

(162) Cf. Luc., XX, 26, etc.

(163) Matth., XXII, 46; Marc., XII, 37, etc.

(164) Matth., III, 15.

(165) Matth., IV, 4, 7, 10.

argumentos irresistibles (166). Y lo mismo aconteció en otras muchas ocasiones, en que sus palabras, ya dignas y severas, ya irónicas, ya dulces y apacibles, dirigidas a enemigos o amigos, produjeron asombrosos resultados (167).

De todas estas consideraciones claramente se infiere que el Salvador tuvo, pero en soberano grado de perfección, facultades intelectuales análogas a las nuestras, sometidas a las mismas leyes generales que las nuestras, y de las que se sirvió como de preciosos y dóciles instrumentos para el cumplimiento de su misión (168).

### 3. — La fisonomía moral de Jesucristo.

Seríanos preciso recorrer toda la escala de las virtudes y citar la mayor parte de los Evangelios si quisiéramos poner de relieve una por una todas las cualidades morales del Salvador. Nuestra aspiración es más modesta. Nos proponemos simplemente echar una rápida ojeada sobre sus cualidades más características y señalar algunas de ellas según los Evangelios. Un célebre historiador protestante del siglo XIX (169) decía de Jesucristo: "Nada ha habido en la tierra ni más inocente, ni más poderoso, ni más sublime, ni más santo que su conducta, su vida y su muerte... El soplo del mismo Dios alienta en cada una de sus palabras", y también, añadimos nosotros, en cada uno de sus actos. Desde el punto de vista moral, es incomparablemente el hombre más perfecto que jamás haya

(166) Matth., XV, 3-11; Marc., VII, 1-12.

(167) Cf. Matth., XVI, 2-4; XXI, 16, 24; XXII, 15-21, 29-32; XXVI, 64; Marc., II, 8-11; VI, 5; X, 42-45; Luc., X, 41-42; Joan., XVIII, 33-37; XIX, 11. Pero éstos no son más que simples ejemplos tomados casi al azar.

(168) La siguiente cita, tomada del Dr. Keim, *Geschichte Jesu*, t. 1, página 459, demuestra en qué detalles tan singulares entran a veces los neocríticos respecto a las facultades humanas de Jesús (según ellos no poseyó otras): "Se puede hablar de su disposición para la elocuencia y para la poesía. Puede parecer posible que haya sido un filósofo..., quizá hasta un hombre de Estado o un artista; pero no un guerrero." Y unas líneas más adelante: "Por su vuelo poético, no llegó a Isaías; por su sabiduría, no igualó a un Aristóteles o a un Platón, ni siquiera a un Filón." Estas apreciaciones no dicen mucho ciertamente en favor del criterio de Keim.

(169) Leopold von Ranke, citado por Ninek, *Jesus als character*, página 7.



existido. Nunca ha poseído esta pobre tierra nuestra modelo tan acabado de todas las virtudes, tipo tan excelente de santidad.

Recordaremos ante todo su perfecta santidad. Leyendo atentamente los santos Evangelios, no sólo no se descubre el menor rasgo que pueda suponer en El existencia de una imperfección, sino que se observa que los escritores sagrados le presentan de continuo como un ser tres veces santo. Ya la madre de Jesús, por insigne privilegio, había sido una excepción a la fatal ley de la caída original que alcanza a todos los hombres por el mero hecho de su nacimiento; pero incomparablemente mayor aún es la santidad personal de Cristo. *Quod nascetur ex te Sanctum*, había dicho el arcángel San Gabriel a la bendita Virgen (170). Desde el primer momento de su concepción fué el “ser santo” por excelencia. Nunca se le sorprendió en oposición con el bien; es el tipo perfecto de la santidad. Ya le oiremos reivindicar públicamente, a la faz de sus encarnizados enemigos, esa santidad universal, completa, por este altivo y solemne desafío: “¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?” (171). Ninguno de ellos se atrevió a aceptar el reto. Más aún: cuando le condenaron por vía criminal, fuéles imposible, a pesar de todos sus esfuerzos y de los falsos testigos a quienes habían sobornado, descubrir contra El cargo alguno de acusación. Así fué, que se vieron reducidos a fundar su sentencia de muerte en el hecho de que se había presentado como el Mesías prometido (172). También Pilatos (173) y Judas (174) proclamaron su inocencia. “No hizo pecado”, escribió San Pedro (175), y lenguaje semejante emplea San Pablo (176), cuando dice que Jesús quiso pasar por todas las enfermedades humanas: por todas, excepto el pecado. Tales testimonios son elocuentes, decisivos.

A ejemplo de los doctores más antiguos (177), podemos

- (170) Luc., I, 35.
- (171) Joán., VIII, 46.
- (172) Matth., XXVI, 60.
- (173) Matth., XXVII, 24.
- (174) Matth., XXVII, 4.
- (175) I Petr., II, 22.
- (176) Hebr., IV, 15.
- (177) Véase San Justino, *De resurrect. carnis*, 3; Tertuliano, *De monog.*; Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, 49; Orígenes *Comment. in Matth.*, t. X, 17, y *in Levit.*, IX, 12; el Pseudo-Clemente, I, 6.

mencionar también la inefable virginidad de N. S. Jesucristo (178). “Virgen, nacido de una Virgen”, escribía San Jerónimo. Y añadía que si Jesús distinguió al apóstol San Juan con una amistad más íntima, fué en parte por haber permanecido virgen (179). Si fué el más enérgico defensor de la santidad del matrimonio, también levantó bien alto el estandarte de la virginidad (180), debajo del cual habían de alistarse por amor de él incontables almas puras, para ser ya acá en la tierra “como los ángeles”, como los bienaventurados en el cielo (181).

Como base de las virtudes cristianas, estableció el divino Maestro el espíritu de abnegación y de sacrificio, que El mismo practicó sobremanera, según la expresión de San Pablo: *Christus non sibi placuit* (182). Cuanto los hombres buscan ordinariamente con tanta avidez en daño de su eterna salvación—la gloria, la riqueza, el bienestar, la felicidad terrena—, lo sacrificó Cristo generosamente a su vocación, sin duelo y sin reserva. En vano le presentó Satanás bajo formas variadas, seductoras, el señuelo de la satisfacción personal; El rechaza, con desprecio, la triple tentación. Nunca buscó otro goce que el del deber, entera y amorosamente cumplido, ni siguió otro camino que el del desprendimiento: el camino áspero y estrecho que le condujo al Calvario. De este modo comenzó practicando El lo que recomendaba a sus discípulos cuando les decía (183): “Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame.”

La vida de pobreza que le hemos visto llevar en Nazaret con su madre y su padre adoptivo da ya testimonio de su espíritu de mortificación; pero más pobre aún vivió desde que comenzó a ejercer su oficio de predicador. No obstante la abnegación de las santas mujeres galileas que subvenían en parte a sus necesidades materiales y a las de sus apóstoles (184),

- (178) Véase también San Agustín, *Tractat. in Joan.*, CXXIV, 8.
- (179) *Contr. Jovin.*, I, 26.
- (180) Matth., XIX, 10-12.
- (181) Matth., XXII, 30; Marc., XII, 25; Luc., XX, 36.
- (182) Rom., XV, 3.
- (183) Marc., VIII, 34; Cf. Matth., X, 34-38; Luc., IX, 55-62; XIV, 26-27; XVIII, 22, 28-29, etc.
- (184) Luc., VIII, 2-3; XXIII, 49, 55-56.



más de una vez debió de carecer de lo necesario, pues un día los doce no tuvieron, para aliviar el hambre, otra cosa que algunas espigas recogidas en los campos por donde atravesaban (185). Lo único que tenía propio eran los humildes vestidos que le cubrían, y los verdugos romanos, sin esperar a que exhalase el postrer aliento, se los repartieron ante su vista. Su sepulcro mismo fué un sepulcro prestado. Muchos de sus dichos nos revelan cuán grata le era la pobreza. La primera de las bienaventuranzas (186) es una cálida felicitación dirigida a los pobres. Su magnífica plegaria, a la que se ha dado el nombre de oración dominical, no menciona sino de paso los bienes temporales (187) y aun esto en forma bien modesta, pues sólo pide el pan de cada día. En diferentes circunstancias mostró lástima de los ricos, a causa de los riesgos a que exponen su salvación eterna (188). El afanarse por las riquezas, dice, es propio de paganos (189). Tres de sus más hermosas parábolas, la del rico avariento (190), la del administrador infiel (191) y la del rico propietario cuyos graneros son insuficientes para guardar sus cosechas (192), declaran también el peligro moral que crea la posesión de la fortuna.

Sin embargo, aun viviendo de manera tan desasida, mortificada y pobre, no juzgó el Salvador necesario ni útil practicar la austeridad excepcional de su precursor y de otros judíos contemporáneos. Es interesante estudiar esta actitud suya respecto al ascetismo. La ley mosaica no imponía a los hebreos más que un solo ayuno anual, el de la Fiesta de la Expiación (193). Después del destierro, las autoridades religiosas instituyeron otros cuatro más, para perpetuo recuerdo de los grandes duelos de la nación teocrática. En la época del Salvador, las personas que aspiraban a una piedad superior a la ordinaria ayunaban con mucha frecuencia (194). Lejos de

- (185) Matth., XII, 1; Marc., II, 23; Luc., VI, 1.  
 (186) Matth., V, 3; Luc., VI, 20.  
 (187) Matth., VI, 11.  
 (188) Matth., XIX, 23-26; Marc., X, 23-27; Luc., VI, 24; XVI, 9-13; XVIII, 24-27; etc.  
 (189) Matth., VI, 32.  
 (190) Luc., XVI, 19-31.  
 (191) Luc., XVI, 1-13.  
 (192) Luc., XII, 13-21.  
 (193) Su nombre técnico es *Yôm kippur*, el Día del Perdón.  
 (194) Matth., IX, 14; Marc., II, 18; Luc., II, 37; V, 33; XVIII, 12.

prescribir Jesús a sus discípulos estos ayunos de supererogación, comienza por dispensarlos formalmente de ellos (195), y probable es que El mismo tampoco los practicase. Ni se desdenaba tampoco de asistir, en ocasiones, a comidas que le ofrecían personas acomodadas (196), aunque se tratase de publicanos (197) o fariseos (198), lo cual aprovecharon sus enemigos para lanzar contra El la ridícula acusación de ser "hombre voraz y bebedor de vino" (199). Un día asistió hasta a un banquete de bodas (200). En dos circunstancias distintas (201) permitió que derramasen sobre El preciosos perfumes. Explícase esto por su plan religioso, en el cual no entra la imposición de grandes austeridades como regla general a todos los cristianos. Por lo demás, encomendó a sus apóstoles y a los sucesores de éstos el cuidado de organizar en este punto, después de su Ascensión, la vida de la Iglesia (202). Mas por su parte, especialmente durante los años de su ministerio, inaugurado por un ayuno de cuarenta días, no retrocedió ante privaciones ni fatigas, prodigando sin tasa sus fuerzas, privándose muchas veces del sueño (203), rehusando antes de dejarse clavar en la cruz el brevaie narcótico que hubiera podido aliviar sus horribles padecimientos (204).

La humildad, esa virtud también fundamental del cristianismo, casi desconocida de los orgullosos paganos, y bastante mediocremente practicada en el pueblo israelita, brilló asimismo en Nuestro Señor por manera excelentísima. Mucho tiempo antes de predicarla de palabra, la honró con su conducta en este mundo: en la elección de sus padres, en el lugar de su nacimiento, en su huída a Egipto, en las menores circunstancias de su vida oculta. ¿Era posible humillarse y anodarse más? (205).

- (195) Matth., IX, 15-17; Marc., II, 19-22; Luc., V, 34-39.  
 (196) Matth., XXVI, 6; Marc., XII, 3; Luc., X, 38-42; Joan, XII, 2.  
 (197) Matth., IX, 10-11; Marc., II, 15-16; Luc., V, 29-30.  
 (198) Luc., VII, 36; XI, 37; XIV, 1; etc.  
 (199) Matth., XI, 19; Luc., VII, 34.  
 (200) Joan, II, 3-10.  
 (201) Matth., XXVI, 7; Marc., XIV, 3; Luc., VII, 36; Joan., XII, 3.  
 (202) Este es el sentido de las palabras *postea jejunabunt*, Matth., IX, 15.  
 (203) Marc., VI, 45-51; Luc., VI, 12; XXII, 39; Joan., XVIII, 2.  
 (204) Matth., XXVII, 34; Marc., XV, 23.  
 (205) Es la expresión de enérgica elocuencia de San Pablo, Phil., II, 7: *ἐαυτὸν ἐξένωσεν* (Vulg., *semetipsum exinanivit*).



Con razón, pues, podrá declararse "humilde de corazón" (206). Varias veces recordó a sus apóstoles que, aun siendo su Maestro y Señor, se había hecho su siervo ((207), y en la tarde del Jueves Santo se dignó abajarse hasta lavarles los pies (208). Su pasión fué una larga y dolorosa serie de inefables humillaciones, que sufrió sin quejarse, aunque vivamente las sintiese (209). Cuando se le tributaban elogios, referíalos a su Padre (210). Su solemne entrada en Jerusalén, aun con haber sido triunfal, fué todavía señalada con sello de humildad (211), y apenas hubo terminado, retiróse él modestamente a Betania (212). Ya mucho antes de que hubiese llegado su hora, solía ocultarse para sustraerse a las aclamaciones que las muchedumbres entusiastas le preparaban (213). ¡Cuánto amó la humildad y qué elogios no hizo de ella! ¡Cuán duramente condenó el orgullo! (214). ¡Qué poco buscó su propia gloria (215), saboreando, en cambio, la más profunda de las humillaciones: la de la ingratitud de las muchedumbres, la del momentáneo abandono de sus más caros amigos, la del fracaso parcial de su sacrificio, la del triunfo y desdén de sus enemigos! Y todo esto sufrió por nuestro amor, *confusione contempla*, según el expresivo lenguaje de San Pablo (216).

Tenía, sin embargo, en mucho su dignidad humana, y fué prueba acerbísima el verla violada, ultrajada por seres despreciables. Quien no era insensible a una falta de cortesía (217), quien sentía ensancharse el corazón con una muestra de afecto (218), ¡cuánto no debió de sufrir al verse abofeteado, escupido, injustamente acusado! Ante los ultrajes, unas veces protestaba altivamente (219), otras se encerraba en majestuoso silen-

(206) Matth., XI, 29.

(207) Matt., X, 24-25; Luc., XXII, 24-27; Joan., XII, 13; etc.

(208) Joan, XII, 1-11.

(209) Matth., XXVI, 55; Marc., XIV, 48; Luc., XXII, 52.

(210) Matth., XIX, 16-17; Marc., X, 17-18; Luc., XVIII, 18-19.

(211) Matth., XXI, 2-5.

(212) Matth., XXI, 17; Marc., XI, 11.

(213) Joan, VI, 14-15.

(214) Matth., VI, 2, 5, 16; XVIII, 1-4; XXIII, 5-12; Luc., XIV, 7-11; XVIII, 9-14; etc.

(215) Matth., XVII, 9; Marc., IX, 8; Joan, VIII, 50; etc.

(216) Hebr., XII, 2.

(217) Luc., VII, 44-46.

(218) Marc., XIV, 8.

(219) Joan, XVIII, 23.

cio (220); otras, en fin, llenaba de estupor a sus mismos jueces por la nobleza de su actitud y por la firmeza de sus respuestas (221).

A la par con su humildad iba la obediencia, que forma también parte integrante del espíritu de sacrificio. Esperemos, pues, hallar en Jesucristo al más perfecto obediente. Desde el principio de su vida pública hasta su último suspiro estuvo sometido a constantes y duras pruebas. Pero ésta es virtud de los fuertes, que han aprendido a dominar su propia naturaleza y a soportar valerosamente las dificultades de la vida. los padecimientos, las adversidades, las injusticias y las injurias. Poseyóla, pues, Jesús en grado soberano, y de ello dió pruebas incontables. Apenas comenzada su predicación, levantóse contra El oposición fortísima, convertida luego en odio violento, que amenazaba derrocarlo y arrastrarle; pero nada le espantó, nada logró cansar su heroica paciencia, que a todo supo resistir (222). Ni el orgullo de los unos, ni los prejuicios de los otros, ni la ignorancia de las turbas, ni la refinada malicia de los fariseos consiguieron turbar, ni menos aun quebrantar, su animosa serenidad. Sin que fueran bastante a impedirlo la fatiga y el mucho trabajo, estaba de continuo dispuesto a acoger dulce y afectuosamente a los enfermos, a los afligidos, a los curiosos, a los enemigos, a las turbas, indiscretas muchas veces, que acudían a El. Sus mismos apóstoles, por su lentitud en comprender su misión y sus lecciones, por su ideal mesiánico enteramente opuesto al suyo, le fueron más de una vez ocasión de sufrimiento. Supo advertirles con firmeza, pues era su educador (223), y ya hicimos notar en otra parte, al hablar de los sentimientos de su ánimo, que su paciencia no ha de confundirse con la de ciertas almas bonachonas y sin energía, que más que virtud es debilidad. Durante su pasión señaladamente fué Jesús modelo de valerosa paciencia, como ya lo había predicho

(220) Matt., XXVI, 62-63; XXVII, 12-14; Marc., XIV, 48-49, 60-61; XV, 4-5; Luc., XXII, 52-53, 67-69; XXIII, 9; Joan., XIX, 9.

(221) Matth., XXVI, 55-56; Joan, XVIII, 19-21, 34, 36-37. Cf. Orígenes, *Contr. Cels.*, II, 34; Mgr. Landriot, *Le Christ de la tradition*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II, pág. 350.

(222) Cf. Tertuliano, *De patientia*, 3; San Cipriano, *De bono patient.*, 6 y 7; etc.

(223) Matth., XV, 16; XVI, 8-11, 22-23; Luc., IX, 55, etc.



Isaías (224): "Fué maltratado y oprimido, y no abrió su boca. Como cordero que es llevado al matadero, como oveja que no bala delante del que la trasquila, no abrió su boca." Y San Pedro, en su primera Epístola (225), añade: "Ultrajado, no devolvía el ultraje; maltratado, no amenazaba." Sentía, sin embargo, el Salvador continuamente una generosa impaciencia, que una vez llegó a expresar con estas palabras sublimes: "Con bautismo es menester que yo sea bautizado, y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!" (226). Pero también en esta parte sabía moderar los ardores de su alma, y esperar en paz "la hora" marcada en el plan divino, que siempre estaba presente a su pensamiento (227), sin pretender adelantarla con inútil precipitación. Por eso en repetidas ocasiones, en vez de hacer frente a sus enemigos de manera intempestiva, no vacila en alejarse por tiempo más o menos largo (228), para sustraerse a sus asechanzas, hasta que llegase el instante de salirles al encuentro.

Pero otras veces era su amor al recogimiento y soledad lo que le llevaba a retirarse de las turbas, aunque sólo fuese por horas, ya solo (229), ya con sus apóstoles (230). En el retiro, donde a menudo le veremos entregado a prolongadas oraciones, cobraba su alma nuevas fuerzas. Aprovechaba también estos retiros para educar más holgadamente a los Doce. Es muy significativa en este punto una locución usada por San Lucas (231), pues denota una costumbre propiamente dicha. Varios de los más importantes misterios de la vida de Cristo, como el bautismo, las tentaciones, la agonía de Getsemaní, tuvieron lugar en sitios más o menos solitarios. Y a este amor del retiro asoció siempre Jesús grande amor al silencio, aun en aquellos períodos en que había de multiplicar sus discursos.

(224) LIII, 7.

(225) I Petr., II, 23.

(226) Luc., XII, 50.

(227) Cf. Marc., XIV, 41; Joan, II, 4; IV, 21, 23; V, 25, 28; VII, 30; VIII, 20; XII, 23, 27; XIII, 1; XVII, 1.

(228) Cf. Matth., XIV, 13; Marc., III, 7; VII, 24; Joan, VII, 1; VIII, 59; X, 39-40; XI, 54-56.

(229) Marc., I, 35; VI, 46; Luc., VI, 2; IX, 18; XI, 1; etc.

(230) Matth., XVII, 1; Marc., I, 46; IV, 35; VI, 31; VII, 24; VIII, 27; etc.

(231) Luc., V, 16, ἦν ὡρησμένος.

El *Verbum silens* de la vida oculta guardó hasta el fin sus hábitos de silencio, y ni una palabra ociosa brotó jamás de sus labios.

Réstanos, por fin, considerar en el temperamento moral del Salvador dos cualidades de orden general: la sencillez y la serenidad, en las que no se ha parado bastante la atención. Nada menos complicado que su carácter, recto y franco. Sus palabras, aun siendo muy de notar desde muchos puntos de vista, carecen de afeites y aderezos que puedan falsear el sentido; son siempre límpidas como su alma. Lo mismo para con sus enemigos que para con sus amigos procede siempre con lealtad perfecta; así se comprende el horror que le causaba la hipocresía de los fariseos y de los escribas, contra la que no cesaba de protestar (232). Hubieron de reconocer, como por fuerza, esta sinceridad aquellos taimados que cierto día le dirigieron este interesado elogio (233): "Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad sin preocuparte de personas." Publicó la verdad con celo infatigable, y así pudo, con pleno derecho, decir a Pilato (234) que había venido a dar testimonio de la verdad. Esta verdad, hubo de promulgarla bajo formas nuevas, delicadas, difíciles de expresar y de dar a entender; fuéle preciso levantarse contra un sistema religioso cuyo tiempo había pasado ya, y contra prejuicios inveterados; tuvo que reformar a un pueblo sometido a la nefasta influencia de hombres poderosos, enseñar dogmas revelados, establecer su propia misión sobre las ruinas de lo pasado; pero su rectitud y su sencillez se juntaron a su valor, y sin dejarse intimidar, hizo oír en toda la Palestina el Evangelio del reino de los cielos, y lo que es más, consiguió que lo aceptasen muchos de sus compatriotas. Despreciando la vana y nociva popularidad, siguió derechamente su camino, como caballero sin miedo y sin tacha, atacando el error y el mal dondequiera que los halló. Como dijo San Pedro (235), citando a Isaías (236): *Non inventus est dolus in ore ejus*, nadie pudo

(232) Cf. Matth., VI, 1-18; VII, 15-20; XXIII, 23-28; Luc., XIII, 17; etc.

(233) Matth., XXII, 16. Cf. Marc., XII, 14; Luc., XX, 21.

(234) Joan, XVIII, 37.

(235) I Petr., II, 22.

(236) Is., LIII, 9.



hallar en sus labios ni palabra mentirosa, ni aserción hecha a la ligera, ni la más leve adulación (237).

En este carácter tan noble y tan santo, se descubre también, con agradable sorpresa, toda una serie de contrastes, cuyo conjunto equivale a una nueva perfección. Son aspectos diversos de su rica naturaleza. Juntanse en ella la dulzura con la energía, la bondad con una justa severidad. La soberana humildad de Jesús se compadece con la noble altivez que hace, a las veces, estallar su indignación. Tiernamente afectuoso, rompe los lazos más íntimos y estrechos, cuando se atraviesan en el camino del deber. Habiendo nacido señor y dueño, se hace servidor de todos con gracia que cautiva. Es su valor superior al de los héroes, y llega hasta a turbarse. Sumiso a la autoridad, obra con independencia; pacífico, trae la guerra. Desconfía de los hombres, cuya volubilidad conoce, y los ama hasta morir por ellos en una cruz. Quiere que se acate aún la ley mosaica, y da recios golpes a las tradiciones que pretenden explicarla y completarla. Busca la soledad, y frecuenta el mundo. Su vida de rigurosa mortificación no le es obstáculo para asistir, sin hacerse de rogar, a grandes festines. Queriendo atraer a todos hacia sí, despide con una palabra a quienes vacilan en seguirle. Desasido de todo, exige que todo se abandone para unirse a su persona. Es contemplativo y a la par hombre de acción. ¿Será preciso advertir que no existe el más ligero conflicto entre estas diferentes virtudes, que en El

(237) Elocuentemente ha desenvuelto este rasgo Mons. Landriot en una hermosa página de su celebrada obra *Le Christ de la tradition*, 2.<sup>a</sup> ed., tomo II, páginas 307-308. "Nada hay tan notable en el carácter de Jesucristo como esta franqueza, esta lealtad de alma que va siempre de frente, que ignora los subterfugios, y cuya palabra es luz que sale del interior, y cuya conducta es la expresión de un sentimiento íntimo. Gobernada por el Verbo, que es la verdad de Dios, esta alma santa caminó siempre por el sendero de la rectitud y de la sencillez. Jamás un rodeo, jamás uno de esos manejos ocultos que los políticos llamarían manejos hábiles, táctica feliz. El no tiene menester de estos expedientes de la prudencia humana: la verdad, he ahí su política; la rectitud, he ahí su habilidad. Jamás, sin embargo, se le podrá echar en cara un paso en falso, una palabra imprudente. La sabiduría eterna que le dirige, le retiene siempre en esa línea tan difícil en que la sencillez de la paloma se compadece con la prudencia de la serpiente, en que la prudencia de la serpiente es complemento de la sencillez de la paloma. Inflexible siempre en el término medio, igualmente alejado de los extremos, a igual distancia de la astucia política y de la falta de sagacidad, camina siempre en la verdad; la verdad es su elemento."

forman un conjunto delicadamente armónico? Como escribe San Juan al principio de su Evangelio (238), poseía la "plenitud" de las virtudes humanas, al mismo tiempo que la plenitud de la gracia divina. En fin, mientras en la mayor parte de los hombres eminentes se desenvuelve una cualidad a expensas de otras — por ejemplo: la inteligencia en detrimento del corazón, o recíprocamente —, las cualidades morales del Salvador, después de haberse desenvuelto simultáneamente sin dañarse unas a otras, se manifestaban en sazón oportuna del modo más normal, sin causarse nunca mutuo perjuicio. Resulta, pues, de todos estos contrastes una concertada multiplicidad de dones y virtudes de Nuestro Señor Jesucristo.

#### 4. — *La voluntad humana y el Sagrado Corazón de Jesús.*

Una vez que el Verbo quiso revestirse de nuestra naturaleza, era consiguiente que tuviese también una voluntad humana enteramente distinta de su voluntad divina. Los Evangelios no consienten duda alguna sobre este punto, que, por lo demás, ha sido definido por la Iglesia (239), para poner fin a una controversia dolorosamente célebre. El mismo Jesús habla de su voluntad humana en términos clarísimos. "Yo he descendido del cielo — dice (240) —, no para hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió." Lo mismo afirma en su generosa oración de Getsemaní: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no sea como yo quiero, sino como quieres Tú" (241). Evidentemente, la voluntad divina de Jesús era la misma de su Padre; así es que, durante aquella hora de punzante angustia, hubo como un conato de lucha entre ella y su voluntad humana, lucha rápida, que no podía terminar sino con el triunfo completo del querer divino. El Salvador hubiera podido exclamar entonces, como en otra ocasión anterior: "Sí, Padre, porque ese es tu agrado" (242).

(238) Joan., I, 16.

(239) En el III Concilio de Constantinopla, año 680.

(240) Joan., VI, 38.

(241) Matth., XXVI, 39; Cf. Marc., XIV, 36, y Luc., XXII, 42.

(242) Matth., XI, 26; Luc., X, 21.



La voluntad es el yo en lo que tiene de más profundo, de más verdadero, de más levantado en el hombre. Ella desempeña un papel preponderante en la formación del carácter y, en general, en la historia de cada individuo. Que durante toda su existencia terrestre fué la voluntad del Salvador soberanamente perfecta, bien así como todas las otras cualidades de su alma, es cosa tan patente, que no juzgamos preciso insistir sobre ella.

Las palabras que acabamos de citar nos revelan en El un sumisión enteramente rendida a los designios de su Padre, cualesquiera que fuesen los sacrificios que le exigía. El cuarto Evangelio contiene otros dichos que atestiguan esta perfecta conformidad de la voluntad humana de Jesús con la de Dios. "Lo que a El le agrada eso es lo que hago siempre": *quod placita sunt ei facio semper* (243): estas palabras resumen admirablemente todas las demás. San Pablo (244) nos da una descripción dramática de la obediencia del Verbo encarnado cuando le representa haciendo su entrada en el mundo y dirigiendo a Dios esta sublime plegaria, cuyos términos toma del Salmista (245): "No has querido ni sacrificio ni ofrenda, sino que me formaste un cuerpo; no te complaciste en el holocausto ni en el sacrificio. Entonces dije: Heme aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad." Este primer uso que Jesucristo hizo de su voluntad, renovólo sin cesar durante la vida, y cuando murió pudo decir con entera verdad que había cumplido hasta el fin el plan divino sin cambiar ni un ápice de él: *Consummatum est*, "todo se ha cumplido" (246). Las circunstancias más importantes de su vida habían sido anunciadas por antiguos vaticinios; ni una sola línea se apartó de ellos por más que le costase a su naturaleza humana. La obediencia entera y absoluta, en medio de dificultades que a todos los demás hubieran parecido insuperables, fué una de las virtudes más características del Salvador. San Pablo, que tan hondamente penetró en el alma de Cristo, encarece esta perfección con pa-

(243) Joan., VIII, 29. El mismo San Juan dice también, IV, 34: "Yo no busco la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió."

(244) Hebr., X, 5-7.

(245) Ps., XXXIX, 7-9.

(246) Joan., XIX, 30.

labras admirables: *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis* (247). Nadie como el Salvador ha obedecido al deber, pronta, generosa y alegremente.

En la voluntad humana de Jesús tenemos que admirar en segundo lugar su energía incomparable. Continuos obstáculos se levantan ante los hombres más resueltos cuando se deciden a llevar vida perfecta, o simplemente a dejar el ancho camino del mal para seguir la áspera senda de la virtud ordinaria (248). Ciertamente Jesús, para permanecer fiel al deber, no tuvo que luchar ni contra el orgullo, ni contra la concupiscencia, ni contra las debilidades morales que en nosotros enturbian la inteligencia, entorpecen la voluntad, debilitan la energía; pero tuvo, cuando menos, que hacer a cada instante actos de voluntad. En una u otra forma nunca dejó de repetir, con su conducta y con sus palabras, su generoso *Ita, Pater*. Cuán entera fuese la voluntad de Cristo, aprendiéndolo Satanás, a su propia costa, cuando se atrevió a tentarle por tres veces; lo experimentó también Simón Pedro, cuando quiso desviar a su Maestro del camino del deber (249); lo comprobaron asimismo los "hermanos" de Jesús, cuando pretendieron imponerle un plan que no era el de Dios (250). Igualmente invencible le hallaron sus enemigos, sus jueces y sus verdugos. Ningún poder fué bastante, no diremos a arastrarle fuera de su camino, pero ni aun a imponerle la más ligera modificación en el cumplimiento de los designios de la Providencia (251). De este modo realizaba el retrato que de él había trazado el profeta Isaías (252): "El Señor es mi auxiliador, por eso no he sido confundido; puse mi rostro como piedra durísima, y sé que no seré confundido." He aquí por qué, al acercarse su pasión, con ardor que los apóstoles eran incapaces de penetrar, se fué hacia Jerusalén, la ciudad "que mata a los profetas" (253), y que era como la ciudadela de sus más encarnizados enemigos, imitando

(247) Phil., II, 8.

(248) Nadie ha descrito mejor que el Apóstol de los Gentiles estos combates íntimos, en el capítulo VII de la epístola a los Romanos.

(249) Matth., XVI, 20-23.

(250) Joan., VII, 1, 10.

(251) Cf. Luc., XIII, 31-33.

(252) Is., L, 7.

(253) Cf. Matth., XX, 17-19; Marc., X, 32-34; Luc., XVIII, 31-34; Joan., XI, 7-10.



en esto la proverbial valentía de David, su antepasado. Héroe tan valeroso nunca lo ha vuelto a ver la tierra.

“Querer es poder”, se ha dicho. Pero, considerando la voluntad humana en otro aspecto, puede añadirse: “Querer amar.” Esta transición nos conduce al sagrado corazón de Jesús. La Liturgia pondera sus “riquezas impenetrables” (254) y los teólogos místicos se han esforzado en desenvolver idea tan verdadera y tan hermosa (255). Un gran pensador ha podido decir que él no permitía a su inteligencia ahogar los sentimientos de su corazón. Por lo que respecta a Jesús, ni la superioridad de sus facultades intelectuales, ni las constantes preocupaciones de su celo, ni su fidelidad en el cumplimiento de la voluntad del Padre, fueron parte a aminorar la fuerza y suavidad de sus santas afecciones.

Desde el punto de vista moral, el corazón humano es justamente considerado como símbolo del amor. Está hecho ante todo para amar, y cuando ama ordenadamente es una de nuestras más hermosas facultades. Hablar, pues, del corazón de Jesús según los Evangelios, es querer penetrar cuanto sea posible en este santuario, e intentar descubrir cuáles fueron en su vida mortal sus afectos y sus móviles. Nunca, seguramente, ha latido en pecho humano corazón más perfecto, y es evidente que todas sus inclinaciones participaron de esta perfección. En el libro de los Cantares (256) leemos esta profunda sentencia: “Ordenó en mí la caridad.” Ni por un solo instante dejó de reinar en el corazón del divino Maestro un orden envidiable para mantener en rigurosa disciplina todos los afectos de su alma.

Al escuchar después la predicación de Jesús veremos el lugar eminente que en ella ocupan el amor de Dios y el amor

(254) *Investigabiles divitias Cordis tui*. Colecta del oficio del Sagrado Corazón en el propio de la diócesis de Autun, parcialmente tomado de San Pablo, Eph. III, 8.

(255) Véase en particular, entre las obras más recientes, el P. Baillet-Latour, *La dévotion au Sacré Coeur de Jésus*, 1906, y L. Garriguet, *Le Sacré Coeur de Jésus, exposé historique et dogmatique de la dévotion au Sacré Coeur*, 1919. Nuestro objeto es mucho más modesto. Nos contentaremos aquí con esbozar, ayudándonos de los Evangelios, los principales caracteres del Corazón del divino Maestro.

(256) Cant., II, 4, conforme a la traducción de la Vulgata. En hebreo tiene otro sentido.

del prójimo. Pero este doble amor tuvo en su corazón y en sus actos lugar todavía más grande que en sus palabras. Bien podemos decir que el amor de Dios fué siempre como la pasión dominante de su alma, la función esencial de su corazón, el hogar donde constantemente se avivaba su celo. Los hombres más santos se percatan de que su amor hacia Dios es muy imperfecto, y de que no puede llevar ni en extensión ni en intensidad a la medida que exigirían las perfecciones de su objeto, ni corresponder al ardor de sus propios deseos. Jesús, por el contrario, amaba verdaderamente a Dios “con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente” (257), y este amor sin tasa daba impulso a toda su vida.

Ante todo, el amor de Jesús era un sentimiento filial, de poder y suavidad indecibles. Su Padre celestial le dijo el día de su bautismo: “Tú eres mi Hijo muy amado, en quien me he complacido” (258), y su corazón de Hijo único respondió con ternura incomparable: *Abba*, “Padre” (259), nombre dulcísimo que tenía siempre en su corazón y con frecuencia en sus labios (260). ¡Con qué suavidad no pronunciaría estas sencillas palabras: “¡Padre mío!” Su amor filial resuena en todas sus palabras, resplandece en todos sus actos. Se lo siente palpar en todas las descripciones que acá y allá hace de Dios, a quien se complace en representar como el mejor y el más misericordioso de los padres (261). Lo manifestó sobre todo, decíamos poco ha, por su entera obediencia a las órdenes divinas, pues, según un dicho célebre, *idem velle, idem nolle, ea firma amicitia est* (262). Y, sin embargo, hemos visto también que su Padre no le perdonó padecimientos y que Él hubo de aprender por penosa experiencia cuánto cuesta a veces obedecer sin reserva (263).

(257) Matth., XXII, 37.

(258) Matth., III, 17; Marc., I, 11; Luc., III, 22. Casi idénticas palabras resonaron desde el cielo durante la transfiguración del Salvador. Cf. Matth., XVII, 5; Marc., IX, 6; Luc., IX, 35.

(259) Marc., XIV, 36.

(260) Cf. Matth., VII, 21; X, 32-33; XI, 25-27; XII, 50; XV, 13; XVI, 17; XVIII, 19, 35; XX, 23; XXVI, 29, 39, 42, 53; Luc., II, 40; etcétera, y con más frecuencia en el cuarto Evangelio.

(261) Por ejemplo, Matth., V, 45; VI, 4, 6, 18, 26-33; X, 29-32; XI, 25; XVIII, 10, 14; etc.

(262) Salustio.

(263) Cf. Hebr., V, 8.



Manifestaba también Jesús su amor filial por una unión íntima, continua. Pensaba constantemente en Dios, vivía constantemente en Dios, tenía una sed insaciable de Dios, y con más verdad aún que el Salmista desterrado lejos del tabernáculo, podía decir: "A la manera que el ciervo desea las corrientes de las aguas, así te desea el alma mía, oh Dios" (264). De ahí aquellas plegarias frecuentes y rebosantes de amor, que mencionan los evangelistas (265).

En fin, manifestábase su sentimiento filial por una confianza inquebrantable, que jamás padeció eclipse, ni aun cuando en la cruz, donde su vida se escapaba hilo a hilo juntamente con su sangre, parecía que su Padre le había abandonado, pues apenas habían exhalado sus labios aquel doloroso lamento: "¿Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?" (266), añade con dulzura: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (267). Esa misma absoluta confianza fué la que le hizo decir en Getsemaní: "Padre, todas las cosas te son posibles" (268), y en el momento en que iba a resucitar a Lázaro (269): "Padre, yo bien sé que siempre me escuchas." Ella, por último, se desborda en su plegaria sacerdotal (270), que si es canto de amor y de triunfo, no lo es menos de confianza.

En este amor de Jesucristo hacia su Padre celestial es donde ha de buscarse el secreto de aquella fuerza heroica que en El hemos admirado. De ese sentimiento, el más elevado y puro de cuantos pueden mover al alma humana, nacen el propio olvido, la abnegación desinteresada, los sacrificios generosos, la donación de sí mismo entera e irrevocable: virtudes que en grado supremo practicó el Salvador.

Pero su amor hacia Dios no bastaba a su grande corazón. ¿No dijo que el segundo precepto del Decálogo "amarás a tu

(264) Ps., XLI, 2.

(265) Hase observado que San Lucas pone especial cuidado en recordarlas. Cf. Luc., III, 21; VI, 12; IX, 18; XI, 1; XXII, 41-46 (y los pasajes paralelos de San Mateo y de San Marcos); XXIII, 34, 46. Véase también Marc., I, 35; Joan., XI, 41-42; XVII, 1-26, etc.

(266) Matth., XXVII, 46.

(267) Luc., XXIII, 46.

(268) Marc., XIV, 36.

(269) Joan., XI, 41-42.

(270) Joan., XVII, 1-26.

prójimo como a ti mismo" es "semejante al primero?" (271). Y tanta importancia le dió, con tanto vigor lo promulgó, que vino a ser su mandamiento por excelencia: *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem*. A lo que, juntando siempre el ejemplo con el mandato, añadió: *sicut dilexi vos* (272). Esa "filantropía de Nuestro Salvador", como San Pablo la llama (273), hásenos mostrado ya en una de sus formas más atractivas, en el misterio de la Encarnación, y durante su vida pública tendremos cada día pruebas reiteradas de este "amor de Cristo que sobrepaja a toda ciencia" (274). Pero, según El mismo dijo, será su dolorosa pasión donde con mayor evidencia y fuerza se manifieste, pues "no hay amor más grande que el de quien da la vida por sus amigos" (275), y al buen pastor en su abnegación sin tasa, que le hace sacrificar la vida por sus ovejas (276), se le reconoce. Por eso, aunque la sagrada imagen de su Corazón, del cual brotan llamas de ardiente caridad, sea excelente emblema del amor de Cristo hacia los hombres, no es símbolo menos expresivo la cruz levantada por la Iglesia católica en todos los lugares.

Así, pues, el amor hacia la humanidad caída, a la que Jesús venía a rescatar con el precio de sus humillaciones y padecimientos, fué, después del amor hacia Dios, la segunda de las grandes pasiones de su alma. Nadie como El ha realizado el divino cuadro de la caridad, que el apóstol de los gentiles trazó de mano maestra en el capítulo XIII de su primera Epístola a los Corintios; más aún, no hubiera sido posible trazar semejante cuadro si Jesucristo no hubiese ofrecido previamente el modelo ejemplar. Y su amor hacia el linaje humano fué tanto más meritorio cuanto más imperfecto y hasta más miserable era su objeto. Mas su corazón, al mismo tiempo que corazón de hombre, era un corazón divino, y por eso estaba dotado de poder tan maravilloso.

Esta inclinación de Jesús hacia los hombres sentía como cierta necesidad de manifestarse a lo exterior, y hacíalo por

(271) Matth., XXII, 39; Marc., XII, 31.

(272) Joan., XV, 22.

(273) Tit., III, 4: *φιλοανθρωπία*, amor a los hombres.

(274) Eph., VI, 18-19.

(275) Joan., XV, 13.

(276) Joan., X, 11. Cf. X, 15, 17, 18; Matth., X, 45; etc.



cuantos medios estaban a su alcance: por milagros, que eran las más de las veces actos de amor; por llamamientos llenos de ternura, como el que nos ha conservado San Mateo (277); por recomendaciones apremiantes: "Amaos los unos a los otros; amad a vuestros enemigos; sed misericordiosos", etcétera (278); por su compasión hacia todo género de padecimientos. A veces le arrancaba gemidos (279), lágrimas (280), y hasta sollozos (281). Los evangelistas expresan con frecuencia ese amor por medio de una palabra griega que indica una emoción muy viva (282). También se manifestó por el generoso perdón otorgado a sus enemigos (283), por su misericordia dulcísima para con los pecadores, y por sus tiernas y celestiales amistades.

Desenvolvamos brevemente estos dos últimos rasgos. Duros y orgullosos, los fariseos y sus discípulos castigaban a cierta especie de ostracismo a determinados pecadores, tales como los publicanos, llegando hasta fijar matemáticamente la distancia a que era preciso apartarse de una mujer de mala vida. No así Jesucristo, cuyo corazón era un abismo de misericordia, y que, venido al mundo precisamente para convertir y salvar las almas culpables, no temía frecuentar el trato con los pecadores, aunque tal conducta escandalizase a sus adversarios, que no desperdiciaban ocasión de reprochársela como un crimen (284). Diversos incidentes de su vida — su conversación con la Samaritana (285), el episodio de la pecadora (286), el de la mujer adúltera (287), el de Zaqueo (288) — y algunas de sus parábolas — la de la oveja perdida (289) y la del hijo pródigo (290) — son harto significativos y nos descubren el

(277) Matth., XI, 28.

(278) Matth., V, 21-24, 39-47; XVIII, 23-33; Marc., XI, 25; Luc., VI, 31, 38; X, 25-37; etc.

(279) Marc., VII, 34.

(280) Joan., XI, 39. Cf. Hebr., V, 7-8.

(281) Luc., XIX, 41.

(282) El verbo *σπλαγγίζεσθαι*, conmoverse las entrañas. Cf. Matth., IX, 36; XIV, 14; XV, 32; XX, 34; Marc., I, 41; Luc., VII, 17; X, 33; etc.

(283) Luc., XXIII, 34.

(284) Matth., IX, 10-13; XI, 19; Luc., 39; etc.

(285) Joan., IV, 7-26.

(286) Luc., VII, 36-50.

(287) Joan., VIII, 7-11.

(288) Luc., XIX, 1-10.

(289) Matth., XVIII, 12-14; Luc., XV, 3-7.

(290) Luc., XV, 11-32.

fondo de su corazón. Como ya había profetizado Isaías (291), se guardó bien de romper por completo la caña quebrada, y de apagar la mecha que humeaba todavía; mas, al contrario, enderezaba suavemente aquélla, y reavivaba la llama de esta otra.

Experimentase dulce consuelo, alegría profunda al ver que el Corazón de Jesús, no de otra manera que los nuestros, se sentía inclinado y como necesitado a amar más íntimamente, más tiernamente a ciertos grupos, a ciertas personas que tenían título especial a su afección. Entre los grupos citaremos su patria, sus apóstoles, sus discípulos, los niños. Por más que perteneciese a toda la humanidad, como lo indica San Lucas (292) entroncando su genealogía con el padre de todos los hombres, era Jesús verdadero hijo de Abraham, y a su patria, propiamente dicha, la Palestina, quiso consagrar su ministerio personal. "No he sido enviado — decía (293) — sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel." ¡Y cómo se compadecía de aquellas pobres ovejas sin pastor! (294). ¡Qué ternura para con Jerusalén, centro y representación de la nación entera, en aquel apóstrofe de tan delicada bondad (295): "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y tú no quisiste!" ¡Cuánto deseó volverla al buen camino y apartar de ella los terribles males que la aguardaban en cercano porvenir! (296).

Un día Nuestro Señor, extendiendo sobre sus discípulos su mano bendiciente, pronunció estas amorosas palabras: "He aquí mi madre, y mis hermanos; porque quienquiera que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre" (297). Con lo cual nos enseñó que cuantos en Él creían ocupaban en su corazón lugar especial y le estaban unidos con lazos tan estrechos como los de la san-

(291) Is., XLII, 3. Cf. Matth., XII, 20.

(292) Luc., III, 38.

(293) Matth., XV, 24.

(294) Matth., IX, 36; Marc., VI, 34.

(295) Matth., XXIII, 37; Luc., XIII, 34.

(296) Véase también Luc., XIX, 41-44.

(297) Matth., XII, 49-50.



gre. Sus apóstoles le eran, naturalmente, mucho más queridos aún. Los había elegido para ser sus colaboradores y continuadores de la grande obra de su vida: el establecimiento de su Iglesia. Quiso tenerlos junto a sí para que, por espacio de casi treinta años, compartiesen su vida y sus trabajos, y, como veremos, educó su espíritu con verdadero cariño de madre. En su discurso de despedida les dirá con sinceridad y sencillez conmovedoras: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado. Os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todas las cosas que he oído a mi Padre” (298). “Habiendo amado a los suyos, había dicho poco antes el evangelista (299), los amó hasta el fin”, o aún mejor, “hasta el exceso”. En este círculo íntimo de amigos, los hubo aún más íntimos — Pedro, Santiago el Mayor y Juan —, que acompañaron al Salvador en especiales circunstancias de su vida (300).

Pero el corazón de Jesús quiso conocer aún más de cerca las delicadezas y santas alegrías de la amistad humana. A las almas más puras, que se le consagraban con generosidad mayor, correspondíalas El con ternura especialísima. “Dejaba escapar entonces — dice bellamente San Bernardo (301) — toda la suavidad de su corazón; abríase su alma por entero y de ella se esparcía como vapor invisible el más delicado perfume, el perfume de un alma hermosa, de un corazón generoso y noble.” Y Jesús se convertía en amigo incomparable de esas almas, en el amigo más fiel y abnegado de todos.

Célebres son varias de sus amistades (302). La primera que se viene a la memoria, y por ventura la más tierna, se nos recuerda por aquella expresión, no por discreta menos elocuente, del cuarto Evangelio: “El discípulo a quien Jesús amaba” (303). ¡Qué tesoros de cariño en esta sencilla frase! Y con ser ya tan expresiva, aun se completa con aquel rasgo inefablemente bello de la última cena: “Uno de sus discípulos

aquel a quien Jesús amaba, estaba recostado sobre el pecho de Jesús” (304), y más todavía con el inolvidable episodio acaecido en el Calvario (305): “Y como viera Jesús a su madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Después dijo al discípulo: ¡He ahí a tu madre!” (306).

Otra de las amistades del Salvador pónesenos de manifiesto en el amoroso mensaje, confiado y doloroso a un tiempo, de las hermanas de Lázaro: “Señor, mira que aquel a quien amas está enfermo” (307). Pero no era el resucitado de Betania el único miembro de su familia que gozaba de la simpatía de Cristo; también Marta y María tenían buena parte en ella, como lo indica esta frase tan expresiva del cuarto Evangelio (308): “Y Jesús amaba a Marta y a María su hermana y a Lázaro.” Esta amistad, cuya intimidad describe San Juan en trazos tan vigorosos como delicados en el capítulo XI de su Evangelio, remontábase ya a fecha no cercana, como se colige de un hermoso episodio referido por San Lucas (309).

También experimentó Jesús la decepción en la amistad. ¿Qué cosa más conmovedora que esta observación de San Marcos, a propósito de aquel joven rico que candorosamente acababa de confesar que había observado con fidelidad los preceptos del Decálogo: “Y Jesús, dirigiéndole una mirada penetrante (310), le amó?” Le amó con tanta fuerza, que hubiera querido tenerle cerca de sí, y no separarse más de él. Pero la prueba a la que le sometió: “anda, vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres; después, ven y sígueme”, era harto grande para aquella alma imperfecta: “El, afligido por estas palabras, se fué triste, porque tenía mucha hacienda.” La traición de Judas, la triple negación de Simón Pedro, la fuga de todos los apóstoles en

(298) Joan., XV, 9, 15.

(299) XIII, 1.

(300) Cuando resucitó a la hija de Jairo, Marc., V, 37; Luc., VIII, 51; en su transfiguración, Matth., XVII, 1, etc.; en su agonía, Matth., XXVI, 37; Marc., XIV, 33. Véase también Marc., XIII, 3-36.

(301) *In Cantic.*, XXXI, 7.

(302) Véase la interesante obra del P. Ollivier, *Les amitiés de Jésus*, 1895, y el primoroso opúsculo del P. Lacordaire, *Marie-Madeleine*.

(303) Joan., XIII, 23; XIX, 26; XX, 2; XXI, 7-20.

(304) Joan., XIII, 23.

(305) Joan., XIX, 26-27.

(306) Sobre la amistad de Jesús con San Juan véase el admirable panegírico de Bossuet, *Oeuvres*, edit. de Versailles, t. XVI, páginas 552-565.

(307) Joan., XI, 3.

(308) Joan., XI, 5.

(309) Luc., X, 38-42. Véase también Joan., XII, 1-11. Cf. Matth., XXVII, 6-13; Marc., XIV, 3-9.

(310) Marc., X, 21: ἐπὶ ὧν αὐτῶν. (Vulg., *intuitus eum*).



Getsemaní, fueron también dolorosos golpes para el sensible corazón del Maestro.

Acabemos esta enumeración de las amistades del Salvador con una de las más dulces y tiernas: la que dispensó a los niños. Como escribía un pensador del siglo pasado (311), “casi siente uno tentación de preguntar: ¿Cómo el Dios de la eternidad se abaja a pobres criaturas apenas capaces de entenderle, y por qué estas privilegiadas familiaridades de la Sabiduría eterna? Los doctores nos contestan que la infancia es de ordinario ingenua y candorosa; sus ojos puros y veraces reflejan la sencillez de su alma. Por eso Cristo, que ama la verdad, gustaba de reunir en torno suyo aquellas caritas llenas de inocencia y sencillez”. Más adelante se nos ofrecerá ocasión de citar este rasgo significativo: “Y tomando un niño lo puso en medio de ellos”, de los apóstoles, a quienes quería dar una lección de humildad, “y después de haberlo abrazado, les dijo: quien recibiere a uno de estos niños en mi nombre, a mí recibe” (312). ¿Con qué afabilidad sale a su defensa contra los mismos apóstoles, que deseando excusar al Maestro lo que ellos consideraban una importunidad, querían impedir a sus madres que se los presentasen para que los bendijese! “Dejad a los niños—les dijo con entereza—, y no les estorbéis que vengan a mí, porque de ellos y de los que se les asemejan es el reino de los cielos” (313). Otro de sus dichos nos demostrará con qué atención había observado sus juegos y su índole (314). Otras veces compara a sus discípulos con los niños (315), o bien cita un hermoso pasaje de los Salmos (316), según el cual Dios se complace en la alabanza que sale de la boca de los niños (317). No quiere que se los desprecie (318); pronuncia sentencia justamente severa contra aquellos que los escandalizaren (319). Por su parte los niños, tan hábiles en reconocer a sus amigos ver-

(311) Guizot, *Méditations sur l'essence de la Religion*, páginas 318-319.

(312) Marc., IX, 35-36.

(313) Matth., XIX, 14; Marc., X, 15-16.

(314) Matth., XI, 16.

(315) Luc., X, 21: *νηπίοι*.

(316) Ps., VIII, 3.

(317) Matth., XXI, 16.

(318) Matth., XVIII, 10.

(319) Matth., XVIII, 6.

daderos, le demostraban una confianza ingenua y tierna siempre que para ello se ofrecía favorable coyuntura (320).

Tales fueron las principales amistades de Jesús, sinceras, profundas, fieles, generosas y —no es necesario decirlo— siempre varoniles, sin dulzonería, dignas de un corazón fuerte y sensible a la vez, cuya raigambre estaba como sumergida en lo sobrenatural y en lo divino. Pero hemos de insistir en que la simpatía de Nuestro Señor no fué monopolio de clases especiales de la sociedad, o de personas privilegiadas. Fué universal, sin exclusión. Entre sus amigos más íntimos, vemos a Leví el publicano y a Judas el traidor. Entre las santas mujeres a quienes se dignó permitir que alguna vez le acompañasen en sus viajes, vemos al lado de Juana, mujer de un cortesano principal del tetrarca Herodes, a María Magdalena, de quien había expulsado siete demonios. Si acepta sentarse a la mesa de Marta y María, el mismo favor otorga a Simón el fariseo, a Leví y a Zaqueo. Todas las clases de la sociedad de entonces tuvieron parte en sus milagrosos beneficios. Y a su conducta correspondía su lenguaje. Así, cuando se le pidió que definiera la palabra “prójimo”, puso por ejemplo a los odiados samaritanos (321); otra vez ensalzó la fe de un centurión gentil (322). Para todos los hombres había lugar en su nobilísimo corazón.

No era menos admirable el corazón de Jesús —lo prueban varios hechos ya citados— por su exquisita sensibilidad. “Nunca, ha dicho Bossuet (323), hubo hombre de pasiones tan delicadas y tiernas... como mi Salvador, si bien fueron siempre sumamente moderadas” y estuvieron perfectamente reguladas. El P. Faber tiene sobre este mismo punto unas líneas excelentes: “La ternura de su corazón era perfecta en toda la extensión de la palabra. Nadie estuvo jamás dotado de afectos como los suyos; su sensibilidad nunca fué igualada; jamás recibieron sentimientos humanos toque tan divino en su fuerza, en su profundidad, en su fidelidad, en su delicadeza... Su pureza en la vehemencia procedía de su eminente santidad. Su amor humano era un ser real, un fuego maravillosamente casto, un

(320) Matth., XXI, 16.

(321) Luc., X, 29-37.

(322) Matth., VIII, 10; Luc., VII, 9.

(323) Tercer sermón de la Natividad de la Santísima Virgen.



poder de ternura a la que nada se asemeja en la creación. Pero era divino al mismo tiempo que humano; ese amor abundante y tierno que sólo el Creador puede sentir se comunicó en colmada medida a los afectos de su corazón de hombre. Por eso ningún otro amor se ha acercado a sus dulces ardores" (324).

Plugo a Jesús, en ocasión conmovedora, afirmar altamente la incomparable suavidad de su corazón: "Aprended de mí, dijo, que soy manso y humilde de corazón" (325). El rudo Marción no pudo dejar de reconocer que esta dulzura era realmente una de las notas distintivas del alma de Cristo (326). Ella constituía el fondo mismo de su condición, según dijeron también el Papa San Clemente (327) y San Policarpo (328). En varios episodios de su vida pública y de su pasión campean su mansedumbre, su amabilidad, su afabilidad, su bondad. Cuando los hijos del Zebedeo hablaban de hacer descender fuego del cielo sobre una aldea samaritana que había rehusado recibirle, El calmó dulcemente su indignación recordándoles que el espíritu de la Nueva Alianza no era el mismo que el del Antiguo Testamento (329). Tampoco permitió que se tratase con severidad a un hombre que, sin ser discípulo propiamente dicho de Jesús, se servía de su nombre para hacer milagros (330). ¡Con qué amorosa bondad, cuando volvieron los apóstoles fatigados de su primera misión, se apresuró a darles unos días de descanso! (331). Por dos veces, no pudiendo resolverse a despedir en ayunas a la muchedumbre que le había seguido hasta su retiro, hizo un gran milagro para saciarla (332). Tiene afectuosas palabras para excusar la piadosa prodigalidad de María, indignamente criticada por Ju-

(324) *Belén*, trad. fr. t. II, pág. 206. El mismo autor ha escrito en otra obra, *Spiritual Conferences*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 281: "Nos dice la Teología que el cuerpo de Nuestro Señor fué formado especialmente para el sufrimiento. Del mismo modo podemos suponer que su Sagrado Corazón estaba dotado de una sensibilidad superior a la de todos los otros corazones. Esto hizo que los padecimientos de su pasión llegasen a donde nos es imposible seguirlos."

(325) Matth., XI, 29.

(326) Cf. Tertuliano, *Adv. Marc.*, I, 27.

(327) *Epist. ad Cor.*, I, XIII, 16.

(328) *Epist. ad Phil.*, VIII.

(329) Luc., IX, 52-56.

(330) Marc., IX, 37-40.

(331) Marc., VI, 31.

(332) Marc., VI, 34-44; VIII, 2-9.

das (333). Después de haber triunfado de su agonía en Getsemaní, no contento con perdonar a sus tres apóstoles predilectos el haberse dormido cuando El hubiera necesitado de su compañía, los invita a seguir descansando, y permanece a su lado hasta la llegada de los verdugos (334). Y esta mansedumbre que El practicaba de continuo, recomendábala con insistencia. La predicó al empezar el Sermón de la Montaña en una de las ocho Bienaventuranzas (335), y la predicó también desde lo alto de la cruz, pidiendo al Padre el perdón de sus verdugos (336).

De la suavidad y bondad de su divino corazón provenía, a lo menos en parte, aquel su maravilloso poder de atracción, que San Jerónimo (337) comparó muy atinadamente a un imán extraordinario; San Agustín (338), a un perfume precioso que el mundo entero desea respirar, y Orígenes, yendo aún más lejos, a cierta especie de encanto y fascinación. Tan grave era este poder, que bastó a Jesús un ministerio relativamente breve "para cambiar el rumbo de la historia y transformar la condición de la vida humana" (339). ¡Qué concurso de gentes veremos reunido en torno suyo desde el principio de su predicación! Vendrán de todos los distritos de Palestina, y hasta de Siria, de Idumea, de Tiro y de Sidón (340). ¡Y con qué respetuosa familiaridad tratarán estas turbas al buen Maestro! Para que así se atreviesen a usar y aun abusar de su tiempo y de sus fuerzas y de su virtud de hacer milagros, forzoso era que hubiesen descubierto en El tesoros de bondad inagotable.

Esta afluencia, que no cesó durante más de un año, supone evidentemente que Jesús ejercía en torno suyo atractivo poderosísimo. Si sus milagros y la índole de su predicación cooperaron en gran parte a hacerla tan popular, el embeleso

(333) Matth., XXVI, 10-13.

(334) Matth., XXVI, 45-46.

(335) Luc., XXIII, 34.

(336) Luc., XXIII, 34.

(337) *Comment in Matth.*, IX, 9.

(338) *In Psalm. CIII.*

(339) Crooker, *The Supremacy of Jesus*, pág. 120. M. Crooker es ardiente neocrítico.

(340) Cf. Matth., IV, 24-25; XIII, 15; XV, 30; XXI, 14; Marc., I, 45; III, 7-10; VI, 54-56; Luc., IV, 14-15; V, 15; VI, 17-19; VII, 21; etc.



que emanaba de su persona, y señaladamente de su corazón, fué también parte muy considerable a crear esta corriente de afecto y de entusiasmo. Ciertó que tuvo, y desde bien pronto, muchos enemigos, cuyo odio fué siempre creciendo; pero al mismo tiempo, ¡cuántos amigos abnegados! Y es grato el comprobar que quienes le contemplaron más de cerca, quienes vivieron con El en la intimidad, quienes fueron a diario testigos de su conducta fueron también quienes más le amaron, quienes creyeron en El con más firmeza y quienes por El vertieron hasta la última gota de su sangre.

Tal fué la condición humana de Jesús acá en la tierra. El sencillo resumen que acabamos de hacer nos ha permitido admirar el más raro conjunto de todas las perfecciones. Conclusión de este estudio es, pues, que el Salvador debe ser colocado en categoría aparte, muy por cima de los hombres de mayor talento y muy por cima de los mayores santos. Contemplada su fisonomía moral a la luz de documentos de autenticidad y veracidad indiscutibles, se nos ha mostrado, lo mismo que a sus discípulos más adictos, idealmente bella, idealmente pura, verdaderamente única en el mundo. Aunque por siglos enteros camine el linaje humano de progreso en progreso, de perfección en perfección, jamás conseguirá darnos un segundo Jesús. El será por siempre el prototipo universal, el dechado de todos los tiempos y de todos los países.

Ahora va a comenzar el drama sagrado de la vida pública. Veremos a Jesús adelantarse con paso de gigante, como conquistador de almas a quien nada podrá detener. Para El, como para Juan Bautista, el retiro y el silencio han sido una admirable preparación. Su crecimiento exterior está ya completo.

## CUARTA PARTE

### LA VIDA PUBLICA DE NUESTRO SEÑOR

#### CAPÍTULO PRELIMINAR

##### CRONOLOGÍA Y DURACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS. ORDEN PROBABLE DE LOS HECHOS.

Esta parte de la historia evangélica tiene especial importancia para el conocimiento de la vida del Salvador, puesto que es la que nos permite llegar más a lo hondo en el estudio de su persona y su obra, merced a los datos relativamente abundantes que nos ofrecen respecto de él los sagrados escritores. Mas antes de comenzar a exponer los hechos, hemos de resolver una cuestión cronológica no exenta de serias dificultades. Puédese reducir a estas tres preguntas: 1.<sup>a</sup> ¿En qué época precisa comenzó el ministerio público del Salvador? 2.<sup>a</sup> ¿Cuánta fué su duración? 3.<sup>a</sup> ¿En qué orden se sucedieron los acontecimientos de que consta?

Desde ahora hemos de advertir que a ninguno de estos puntos podemos dar respuesta plenamente satisfactoria, pues mientras, por una parte, las noticias contenidas en los Evangelios son insuficientes para que podamos llegar a resultados ciertos, por otra la tradición emitió desde muy antiguo opiniones tan variadas, tanto sobre el comienzo y la duración de la vida pública como respecto de la sucesión de los hechos que la componen, que la exégesis posterior, entorpecida y entregada en parte a sus propios arbitrios, se declaró, a su vez, por varias y aun contradictorias sentencias. Por dicha, ninguna de estas cuestiones toca a la médula y esencia de la historia del divino Maestro. A pesar del gran interés que de



suyo ofrecen, son en realidad secundarias. Según escribía Bosuet (1), “el que sea necesario poner algunos años después o algunos años antes el nacimiento de Nuestro Señor y prolongar, por consiguiente, más o menos su vida, es una diferencia que proviene de la incertidumbre de los años del mundo, como de los de Jesucristo. Y, sea de ello lo que fuere, el lector atento habrá podido ya darse cuenta de que nada influye ni en la sucesión ni en el cumplimiento de los designios de Dios”. Intentaremos siquiera acercarnos a la verdad cuanto sea posible, y a la vez comprobaremos que aunque no podamos determinar con exactitud matemática las fechas que buscamos, podremos, cuando menos, fijarlas aproximadamente.

I. Y, para comenzar, ¿en qué época pondremos el principio de la vida pública de Nuestro Señor? Por San Lucas (2) sabemos que Juan Bautista comenzó a predicar “el año décimoquinto del reinado de Tiberio César”. Ahora bien, tanto según el contexto de su narración como según los otros tres evangelistas, no debió de transcurrir sino un corto plazo, algunos meses cuando más, entre la aparición del Precursor y la manifestación del Mesías. El mismo San Lucas nos enseña también que cuando Jesús “comenzaba”, es decir, cuando principió su vida pública, tenía “como treinta años” (3) de edad.

Pero entrambas noticias son harto vagas, ya que, aun dejando aparte que no es cosa hacedera el calcular exactamente el período de tiempo que medió entre ambos ministerios, tampoco es posible determinar con certeza qué ha de entenderse por año décimoquinto del reinado de Tiberio. Se puede calcular de dos modos distintos, que dan por resultado dos años de diferencia. Unos cuentan los años de este reinado desde la muerte de Augusto, predecesor de Tiberio (19 de agosto de 767 de la fundación de Roma, año 14 de la Era vulgar); de manera que el décimoquinto año debería computarse desde el 19 de agosto del 781 al 19 de agosto del 782 de Roma (28 a 29 de nuestra Era). Pero restando de esta cifra los “treinta

(1) *Discours sur l'histoire universelle*, primera parte, décima época (*Œuvres*, edición de Versailles, t. XXXV, págs. 98-99).

(2) Luc., III, 1.

(3) Luc., III, 23.

años poco más o menos” que entonces tenía Jesús, obtendríase como fecha del nacimiento el año 751 o el 752: resultado inadmisable, por cuanto la primera Navidad cristiana, que de cierto tuvo lugar en vida de Herodes, no puede ponerse después del comienzo del año 750, en que murió este rey (4). Para obviar esta grave dificultad, la mayor parte de los exégetas contemporáneos han juzgado preferible tomar como punto de partida de los años del reinado de Tiberio el en que Augusto le asoció al trono (5), lo cual acaeció en el año 765 de Roma (12 de la Era vulgar). Así, el año décimoquinto de Tiberio se computaría desde 779 a 780 de Roma (26 a 27 de nuestra Era), y coincidiría con los “treinta años poco más o menos” de Jesús, contados desde el 749 al 750. Por medio de inscripciones y de medallas antiguas se ha demostrado que esta manera de contar la duración de los reinados de los emperadores romanos era usual, por lo menos en las provincias del Oriente (6).

Otro dato cronológico que nos da el cuarto Evangelio (7) nos permite fijar por este mismo tiempo el comienzo de la vida pública del Salvador. Tomando a la letra las palabras de Jesús: “Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré”, dijeronle los judíos: “¿Han sido menester cuarenta y seis años para construir este templo, y tú lo reedificarás en tres días?” Tratábase del segundo templo, llamado de Zorobabel, construido sobre las ruinas del de Salomón (8), después de la cautividad de Babilonia (9), y restaurado y agrandado con magnificencia por el rey Herodes (10). Según Flavio Josefo (11), esta reconstrucción, comenzada en el año 734 de Roma

(4) Tomo I, págs. 289-290.

(5) A título de *collega imperii*. Cf. Tácito, *Ann.*, I, 3; Velleius Paterculus, II, 12.

(6) Wieseler, *Beiträge zur richtigen Würdigung der Evangelien*, págs. 191-194; Ramsay, *Was Christ born at Bethlehem?*, págs. 197-226. Más arriba hemos citado, t. I, pág. 290, las principales obras que tratan de la cronología de la vida de Nuestro Señor. Véase también E. Mangelot, *Les Evangiles synoptiques*, págs. 164-170, y van Bebbber, *Zur Chronologie des Lebens Jesu*, 1898.

(7) Joan., II, 19-20.

(8) Los caldeos de Nabucodonosor lo habían incendiado después de la toma de Jerusalén, el 587 antes de J. C.

(9) Esdr., III-VI, Agg., II, 1-10, etc.

(10) Tomo I, págs. 166-170.

(11) *Ant.*, XV, XI, 1.



(20 ant. de J. C.), no se terminó sino mucho tiempo después (12), pocos años antes de destruirlo los romanos (13). Añadiendo 46 a 734 se obtiene también el año 780 de Roma (27 de nuestra Era) para la primera Pascua de la vida pública de Nuestro Señor.

II. No siendo enteramente cierta la época precisa en que inauguró Jesús su ministerio, claro es que tampoco podemos determinar con rigurosa exactitud la duración de este período de su vida. Tres distintas opiniones se manifestaron respecto de este particular desde época muy antigua.

a) Varios escritores eclesiásticos de los primeros tiempos, interpretando demasiado a la letra aquellas palabras de Isaías, que Jesús se aplicó a sí mismo en cierta ocasión (14): "El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me envió a evangelizar a los pobres..., a publicar el año de gracia del Señor", concluyeron que el Cristo no había ejercido su ministerio más que por espacio de un año (15). Pero, si bien es cierto que el texto de Isaías se refiere al Mesías, la expresión "el año favorable del Señor" tiene sentido general, pues alude sobre todo al año jubilar de los israelitas y a las especiales bendiciones que les traía del Cielo (16).

No pocos intérpretes contemporáneos, pertenecientes a las escuelas más opuestas, han prohibido esta teoría de un año,

(12) Siendo Albino gobernador de la Judea (62-64 desp. de J. C.).

(13) El 70. Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, tercera edic., t. I, pág. 392.

(14) Is., LXI, 1-2; Luc., IV, 18-19.

(15) Tal fué la opinión de varias sectas gnósticas (de los Basilidianos, según Clemente de Alejandría, *Strom.*, I, XXI, 146; de los Valentinianos, según San Ireneo, *Adv. Haer.*, I, III, 3; XX, 1; XXII, 1, 3; II, XXII, 1, 5, y San Epifanio, *Haer.*, LI, 28; probablemente también de los Docetas, los Alogos y de Marción, según W. Bauer, *Das Leben Jesu nach den neutestam. Apokriphen*, pág. 281) del autor de las *Homilias pseudo-Clementinas*, (*Hom.*, I, 7; XVII, 19; *Recogn.*, IV, 35), de Clemente de Alej., (*Strom.*, I, XXI, 143; V, VI, 37; VI, 11), de Julio Africano (cf. Bauer, *op. cit.*, pág. 282), de Tertuliano, (*Adv. Jud.*, 15), de Lactancio (*Divin. Instit.*, IV, x, 18, y XIV, 11; *De morte persecut.*, II, I, 2); Orígenes se expresa en sentido contradictorio: ya cree que su duración fué de cerca un año (*Hom.*, XXXII, in *Luc.*; *De princip.*, IV, 5: "un año y algunos meses"), ya de "tres años y tres meses" (*Contr. Cels.*, II, 12; *Comment. in Matth.*, serm. XL). Lo mismo sucede con San Hipólito (Bauer, *op. cit.*, págs. 288-289).

(16) Lev., XXV, 1-55.

pero apoyándose en otras razones (17), principalmente en el hecho de que los sinópticos mencionan en la vida pública de Jesús una sola Pascua: la que coincidió con su Pasión y Muerte (18).

Mas este argumento es de ningún valor, ya porque los tres primeros evangelistas, que no intentaban contar toda la historia del Salvador, abreviaron notablemente su vida pública y compendiarón los acontecimientos de ella (19), ya también porque en realidad sus relatos suponen varias solemnidades pascuales durante el ministerio de Jesús. El episodio de las espigas que un día cogieron los apóstoles en un campo de trigo y que estrujaron en sus manos para sacar los granos (20), demuestra que era entonces tiempo pascual, ya que uno de los ritos más interesantes de esta fiesta consistía precisamente en ofrecer a Dios en el Templo las primicias de los cereales (21). El lugar en que los tres evangelistas refieren este incidente prueba que estaba separado por cierto intervalo de tiempo así del comienzo como del fin de la vida pública (22). Más aún: San Mateo y San Marcos, coincidiendo con San Juan (23), al contar poco después la primera multiplicación de los panes, nos muestran a la muchedumbre sentada sobre la verde hierba. Era, pues, tiempo de primavera y la Pascua estaba próxima (24). En fin, aun no teniendo cuenta sino con los sinópticos, inclínase el ánimo a creer que es "materialmente imposible acoplar en un solo año tantos acontecimien-

(17) Especialmente, entre los críticos racionalistas, T. Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, págs. 493-496; P. W. Schmidt, *Die Geschichte Jesu erläutert*, t. II, págs. 127-133; H. von Soden, en la *Encyclopaedia britannica*, art. *Chronology*. Entre los católicos, J. Belser, en la *Biblische Zeitschrift*, año 1903, págs. 55-63, 160-174, etc.; L. Fendt, *Die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu*, 1906.

(18) Matth., XXVI, 2, 17; Marc., XIV, 1, 12; Luc., XXII, 1, 7.

(19) Véase el tomo I, págs. 361-362.

(20) Matth., XII, 1; Marc., II, 23; Luc., VI, 1.

(21) Tomo II, vol. I, pág. 18.

(22) La fecha indicada por San Lucas, "el sábado segundo-primero", significa probablemente el primer sábado que seguía al segundo día de la octava de Pascua. Véase L. Cl. Fillion, *L'évangile de S. Luc.*, página 134.

(23) Matt., XIV, 19; Marc., VI, 39; Joan, VI, 10.

(24) En 1914, pocos días después de la fiesta de Pascua, tuvimos ocasión de admirar, al Norte del lago de Tiberiades, en la región misma en que Jesús obró este gran milagro, la exuberante belleza de las praderas.



tos como acumulan en sus páginas: aquellas peregrinaciones por las ciudades y aldeas de Galilea, las prolongadas estancias en Cafarnaún, las excursiones a las regiones colindantes... aquellos retiros en la montaña y en las soledades, en una palabra, todas aquellas idas y venidas que los sinópticos enlazan unas con otras por medio de transiciones imprecisas: *en aquellos días, luego, pasados varios días, después sucedió que...*, etc. Cuando se intenta ordenar todo este cúmulo de hechos, pequeños y grandes, concediendo a cada uno la menor cantidad posible de tiempo, para no exceder la duración de un solo año, se llega a resultados absurdos. Hay circunstancias que se resisten con rigidez inquebrantable a ese esfuerzo de condensación" (25).

b) "Es, pues, más prudente, concluye el mismo autor, volver a la tradición." Ahora bien, ésta, en su conjunto, evaluó siempre en unos tres años la duración de la vida pública de Jesucristo. Ya San Ireneo protestaba enérgicamente contra la sentencia que la reducía a un solo año; hacía notar que está en contradicción flagrante con los Evangelios, particularmente con varios pasajes de San Juan, que ahora examinaremos (26).

En efecto: el cuarto evangelista, que se propuso, como es sabido, completar a los sinópticos, derrama clara luz sobre el punto en cuestión, señalando toda una serie de fiestas religiosas, escalonadas a lo largo de la vida pública, y que, bien miradas, exigen que ésta durase el espacio de tres años, y aun algo más. Véase la lista: 1.º, una primera Pascua (Joan. II, 13); 2.º, la "fiesta de los judíos", cuya naturaleza procuraremos determinar (Joan., V, 1); 3.º, otra Pascua (Joan. VI, 2); 4.º, la fiesta de los Tabernáculos que siguió a esta

(25) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 228-229. Cf. Beyschlag, *Das Leben Jesu*, cuarta edic., t. I, pág. 137; E. Levesque, *Nos quatre évangiles, leur composition et leur position respective*, en 12.º, 1917, páginas 85-90.

(26) *Adv. Haer.*, II, xxiii, 3; III, xviii, 7. Verdad es que el sabio Obispo de Lyon cae también en una exageración cuando, tomando por base esta respuesta de los judíos a Jesús, "Aún no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?" (Joan., VIII, 57-58), afirma que el Salvador tenía entonces casi esta edad (*Adv. Haer.*, II, xxii, 6). Pero este error no invalida su condenación de la teoría de un año. Sólo por una razón mística prolonga tanto la vida de Nuestro Señor: para que así santificase todas las edades de la vida humana.

Pascua (Joan., VII, 2); 5.º, la fiesta de la Dedicación (Joan., X, 22); 6.º, la última Pascua (Joan., XII, 1; cf. XIII, 1).

Esta lista nombra claramente tres Pascuas sucesivas: la primera, muy al principio del ministerio preparatorio de Jesús, y poco después de su bautismo; la segunda, hacia la época de la primera multiplicación de los panes; la tercera, la de la pasión y muerte de Cristo (27). Según el testimonio, tan antiguo y grave, de San Ireneo (28), a estas tres Pascuas se debe añadir probablemente una cuarta: la que en el segundo lugar de nuestra enumeración se llama simplemente "la fiesta de los judíos" (29). Entre la primera y la cuarta de estas fiestas transcurrieron, pues, tres años cabales; pero como la vida pública de Jesús, según luego veremos, se inauguró algún tiempo antes de la primera Pascua — varios meses, sin duda — resulta que su duración total fué de unos tres años y medio. De este parecer fueron San Epifanio (30), San Jerónimo (31), Eusebio de Cesarea (32) y otros muchos más (33).

(27) Háse intentado por algunos suprimir la segunda de estas solemnidades pascuales, la de San Juan, VI, 4, con el especioso pretexto de que en el texto original se leía: *ἦν δὲ ἔγγυς ἡ ἑορτὴ τῶν Ἰουδαίων*, "estaba próxima la fiesta de los judíos", y no *ἦν δὲ ἔγγυς τὸ πάσχα, ἡ ἑορτὴ...* "La Pascua, la fiesta, de los judíos, estaba próxima." Las palabras *τὸ πάσχα*, "la Pascua", habrían sido añadidas intencionadamente. Véase en este sentido una larga nota de Westcott y Hort, *The New Testament in the original Greek*, primera edic., t. II, págs. 77-81 del Apéndice. Pero la autenticidad de estas dos palabras es incontrovertible, pues se leen en todos los manuscritos y en todas las versiones.

(28) *Adv. Haer.*, II, xxii, 3.

(29) Desde hace muchos siglos discuten los comentadores acerca de este pasaje (San Juan, V, 1), sin llegar a ponerse de acuerdo. La discusión se refiere a dos puntos diversos: 1.º ¿Debe leerse *ἑορτὴ*, sin artículo, "una fiesta", o bien: *ἡ ἑορτὴ*, con artículo, "la fiesta?" 2.º ¿Cuál era esta fiesta? Por las razones que tenemos expuestas en nuestro comentario del *L'évangile de S. Jean*, págs. 91-93, preferimos la lección *ἡ ἑορτὴ*, "la fiesta", y creemos que se trata de la Pascua, que era la fiesta por excelencia de los judíos. No hay solemnidad religiosa del judaísmo que algún exégeta no haya alegado como correspondiente a este texto de San Juan. Esta cuestión es importante para fijar la duración de la vida pública.

(30) *Haer.*, LI, 23-26.

(31) *Comment. in Is.*, LXI, 1-2.

(32) *Hist. eccl.*, I, 10, "De ningún modo cuatro años"; *Demonstr. evang.*, VIII.

(33) En nuestros días, entre otros: J. B. Nisius, *Zur Kontroverse über die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu*, en la *Zeitschrift der kathol. Theologie*, t. XXXVIII, págs. 457-504; W. Homann, *Die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu, eine patristisch-exegetische Studie*, 1908; E. Levesque, *Nos quatre évangiles*, 1917, págs. 78-150.



c) Unas palabras no más diremos sobre la opinión intermedia, según la cual Jesús sólo habría predicado por espacio de dos años o, cuando más, de dos y medio. No admite, pues, más que tres Pascuas durante el curso de la vida pública; lo que la reduce, naturalmente, en un año (34).

Si la primera de estas Pascuas se celebró, según nuestros precedentes cálculos, en los primeros días de abril del año 780 de Roma [27 de nuestra Era], la cuarta tuvo que ser la del año 783 de Roma [30 desp. de J. C.] (35).

III. Las páginas anteriores, y sobre todo las concernientes a las noticias cronológicas del cuarto Evangelio, nos consienten fijar algunos jalones con que la vida pública del Salvador se divida en períodos regulares y resulte menos difícil ordenar la sucesión probable de los hechos. En conjunto, los hechos y palabras que los sinópticos refieren son los mismos, y una misma es también la traza general. Ciertamente que San Mateo y San Marcos, y más el primero que el segundo, prestaron poca atención a pormenores de índole cronológica; pero San Lucas es, por lo común, fiel en cumplir la promesa hecha en el prólogo (36), de conformarse al verdadero orden de los acontecimientos, y aun nos da fechas sincrónicas, que son de gran valor como puntos de convergencia (37). Y en cuanto a la narración que, a primera vista, parece referirse íntegramente al último viaje de Jesús a Jerusalén (38), en tres ocasiones (39) menciona distintas partidas, de las que las dos últimas hacen retroceder de repente al divino viajero. Estos datos suponen claramente que no se trata en dicha narración de un solo viaje a la Ciudad Santa, como podría creerse, si hubiesen

(34) Entre sus partidarios baste citar a K. Hase, *Geschichte Jesu*, segunda edic., párrafos 36 y 76; Bousset, *Jésus*, págs. 6-7; Ch. Guignebert, *Manuel d'histoire ancienne du christianisme*, pág. 181; W. Sanday, en Hastings, *Diction. of the Bible*, t. II, pág. 160; J. M. Pfäffisch, *Die Dauer der Lehrthätigkeit Jesu nach dem Evang. des heil. Johannes*, 1911.

(35) Digamos, sin embargo de esto, que distan mucho de estar de acuerdo los autores, aun los que adoptan la hipótesis de tres años y medio, cuando se trata de señalar las fechas precisas a que corresponden estos años.

(36) Luc., I, 3: *καθὸς ἔταξε... γράφαι*; Vulg.: *es ordine... scribere*.

(37) Luc., II, 1-2; III, 1-2.

(38) Luc., IX, 52; XIX, 58.

(39) Luc., IX, 52; XIII, 22; XVII, 11. Véase E. Levesque, *Nos quatre évangiles*, págs. 63-77.

de tomarse del todo a la letra las narraciones de San Mateo y San Marcos.

Ayuda más eficaz aún nos presta San Juan, según hemos visto, en orden a la cronología de los acontecimientos, pues anduvo muy solícito en mencionar las fiestas religiosas que, dividiendo el ministerio de Jesús en varias secciones, nos son de gran provecho para concertar y reducir a armonía los cuatro relatos evangélicos. Estas fiestas son, pues, para el exégeta un verdadero hilo conductor o, empleando otra metáfora, piedras miliarenses colocadas a lo largo del camino.

Natural deseo es de todo cristiano el seguir al divino Maestro cuanto más de cerca sea posible, por entre los variados incidentes de su vida de misionero, de predicador del Evangelio y de fundador de la Iglesia. Intentemos desde ahora orientar al lector, esbozando el plan que hemos de seguir (40). Pero conviene, ante todas cosas, hacer una reserva importante, y así diremos, con uno de los más recientes biógrafos del Salvador: "No juzgamos posible una concordancia definitiva de los Evangelios... Nunca han llegado a perfecto acuerdo dos autores sobre este punto, y este hecho basta por sí solo para demostrar que los datos geográficos (y cronológicos) de los Evangelios son harto incompletos para dar a este problema solución del todo satisfactoria" (41). Por esto nos guardaremos mucho de presentar el orden de los hechos por nosotros preferido como enteramente cierto. Pero, cuando menos, es posible, y por ventura algunos no lo hallarán improbable.

Podríase comparar la existencia terrestre de Nuestro Señor Jesucristo con un drama o con una sublime tragedia que se desarrollase en tres actos: la infancia y la vida oculta, que ya hemos estudiado, la vida pública y la pasión; todo ello precedido de un prólogo breve y seguido de un glorioso epílogo: el de la resurrección y ascensión del Salvador.

El prólogo o preludio se compone, como ya lo hemos visto, de dos partes. En la vida de Nuestro Señor Jesucristo hay, en primer término, lo que pudiéramos llamar tiempos prehis-

(40) Seguiremos aquí de ordinario el mismo que, tras detenido estudio de la cuestión, expusimos en nuestra *Synopsis evangelica*, publicada en el año 1882, y varias veces reeditada.

(41) W. Farrar, *Life of Christ*, vigésimatercera edic., t. I, p. XVII.



tóricos: corresponden a la existencia eterna del Verbo en el seno de su Padre (42). De estos misteriosos tiempos pasamos a la historia propiamente dicha. Pero Jesús no se nos muestra aún inmediatamente; solamente lo entrevemos de un modo indirecto, ya por los testimonios de los antiguos profetas, ya en sus antepasados, que su genealogía nos da a conocer (43).

No insistiremos ya sobre el asunto del primer acto y sobre sus tiernísimas escenas, para poner ahora nuestra atención en el segundo, con sus diferentes fases o aspectos. Lo dividiremos en tres períodos, que corresponden, poco más o menos, a los tres años que transcurrieron entre la primera y la última Pascua de la vida pública de Jesús. A cada uno de estos años se le ha dado un nombre, que resume muy bien su carácter general: el año de *oscuridad*, el de *favor público* y el de *oposición*. Este último conducirá directamente al Calvario.

El primer período tiene también su preámbulo en la fructuosa actividad de Juan Bautista, cuya santidad, predicación, bautismo y testimonios en favor del Mesías se ponen de relieve en las cuatro sagradas narraciones. A su hora aparece Jesús; mas sin ruido. Una doble consagración, la del bautismo y la de una triple victoria sobre Satán, le prepara para su divina misión. Se le unen varios discípulos, por entonces de manera transitoria, y poco después hace ante ellos su primer milagro en las bodas de Caná. Lo hallamos luego en Jerusalén durante la primera Pascua, y allí inaugura su ministerio mesiánico, expulsando a los vendedores del Templo y obrando estupendos prodigios que le atraen algunos partidarios. Un miembro del Sanedrín, Nicodemo, impresionado por estas manifestaciones, que a las claras denotaban en Jesús una misión venida de lo alto, se presenta para pedirle algunas aclaraciones, mas en secreto, pues habíase apoderado ya de los directores religiosos del judaísmo un sentimiento de manifiesta hostilidad contra aquel en quien presentían un rival peligroso. Aléjase entonces Jesús de Jerusalén, y, seguido de sus primeros discípulos, se retira a un oscuro rincón de Judea, donde éstos comienzan a administrar un bautismo semejante al del Precursor; pero

no parece que en esta época el divino Maestro ejerciese por sí mismo ministerio alguno de importancia. Pasados varios meses en este silencioso retiro, toma de nuevo el camino de Galilea, pasando por Samaria, donde, al pie del monte Garizín, tuvo lugar su célebre conversación con una pobre mujer extraviada. La prisión del Precursor por mandato del tetrarca Herodes Antipas, puso fin a este período preparatorio, cuyo teatro principal (44), así para Jesús como para el Bautista, fué la provincia de Judea.

No bien comienza el segundo período, vemos a Jesús, que hasta entonces había vivido como eclipsado, atraer de pronto hacia sí la atención de las turbas, y excitar en Galilea un movimiento de profunda admiración, predicando el advenimiento del reino de Dios, multiplicando los milagros, recorriendo el país en todas direcciones y demostrando cumplidamente que El era el verdadero Mesías.

Pero procedamos con orden y citemos siquiera los hechos principales. Arrojado de Nazaret, que, por lo demás, retirada como estaba, no era centro adecuado para el ministerio del Salvador, fué a residir en Cafarnaún, en las bien pobladas orillas del lago de Tiberíades. Antes había hecho ya su segundo milagro, en Caná, curando al hijo de un oficial de Antipas. Poco después, a continuación de una pesca milagrosa, llamaba definitivamente a cuatro discípulos, Pedro, Andrés y los hijos de Zebedeo. Finalmente, los sinópticos, para darnos acabada idea de la actividad del Salvador, nos describen circunstanciadamente una jornada completa de su vida (curación de un poseso en la sinagoga de Cafarnaún, curación de la suegra de Simón-Pedro y de otros muchos enfermos).

Estos diversos hechos forman una primera sección del período que estudiamos. Comienza la segunda por un viaje de evangelización que, acompañado de sus discípulos, emprendió Jesús, por las poblaciones de Galilea. Pero de este viaje solamente nos han conservado los evangelistas un breve resumen. Conforme a su costumbre, se contentan con citar algunos incidentes aislados, dignos de particular noticia, que tuvieron lugar por este tiempo: entre otros, la curación de un leproso

(42) Joan., I, 1-18. Véase el t. I, págs. 201-206.

(43) Tomo I, págs. 207-220. Matth., I, 1-17; Luc., III, 23-38.

(44) Véase nuestra *Synopsis evangelica*, págs. 9-16.



y la de un paralítico, que por el techo de una casa introdujeron cerca de Jesús, y después la vocación del publicano Levi. De estos incidentes, que los sinópticos describen con vivo colorido, y que sucedieron entre la prisión del Precursor y la segunda Pascua de la vida pública (45), nada dice el evangelista San Juan.

En esta misma Pascua — si es que a la solemnidad pascual se refiere realmente el autor del cuarto Evangelio con las palabras “la fiesta de los judíos” — principia el tercer período, que se extiende hasta la tercera Pascua, y del que todos cuatro evangelistas nos han conservado noticias abundantes (46). Para describirlo con más claridad, lo dividiremos también en varias secciones. Por algún tiempo el amor es el sentimiento dominante de las turbas respecto de Jesús; pero, al fin, como El rehusa condescender con sus prejuicios mesiánicos, y, por otro lado, sus enemigos, cuyo número crece de día en día, esparcen contra él odiosísimas calumnias, acaban los más por dejarle poco a poco.

Primera sección: desde la segunda Pascua hasta la elección de los apóstoles. Comienza en Jerusalén con la curación de otro paralítico en día de sábado. Poco después hallamos nuevamente a Jesús en Galilea, donde acaecen, también en día de sábado, el episodio de las espigas y la curación de un hombre que tenía yerta la mano. Como sobre apuesta cogieron los enemigos de Jesús estas tres ocasiones para difamarle de nuevo; mas entonces él se retiró a orillas del lago, donde al punto se le reunió gran muchedumbre de gentes ávidas de verle, de oírle y de presenciar sus prodigios.

Segunda sección: desde la elección de los apóstoles hasta la unción de la pecadora. Ha llegado la sazón de que el divino Maestro una definitivamente a su persona, para educarlos, a los doce discípulos predilectos, que formarán el colegio apostólico, y que, cuando él haya subido al Cielo, serán, acá en la tierra, continuadores de su obra. Después de elegirlos solemnemente promulgó ante ellos y ante otros oyentes, congregados en gran número, lo que con propiedad se ha llamado la

carta magna del reino de los cielos, o también Sermón de la Montaña. Vuelto a Cafarnaún curó al criado del Centurión; después, en Naím, al hijo de la viuda. Entonces fué cuando Juan Bautista, desde el fondo de su prisión, envió a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús si verdaderamente El era el Mesías; pregunta a la que respondió el Salvador con la voz elocuente de sus hechos: obrando muchos milagros, y con un discurso panegírico del Precursor, afirmando que Juan era realmente el heraldo enviado por Dios mismo para preparar los caminos al Mesías. Después de este discurso vienen los terribles anatemas contra las incrédulas ciudades de las orillas del lago, y aquel dulcísimo llamamiento: “Venid a mí...”, dirigido a todos los que padecen. Invitado Jesús a comer en casa de un fariseo, concede generoso perdón a una mujer pecadora, que había dado manifestas pruebas de arrepentimiento.

Tercera sección: entre la segunda y tercera misión de Jesucristo por los pueblos de Galilea. Vémosle esta vez, al partir, acompañado no sólo de sus apóstoles, sino también de algunas mujeres piadosas, que atendían a sus necesidades. Apenas comenzado este viaje, los fariseos, testigos de una curación milagrosa realizada por Jesús, atreviéronse a acusarle en presencia de las turbas de hacer tales prodigios en connivencia con el príncipe de los demonios. Con elocuencia serena y vigorosa a la vez, refutó esta horrible calumnia, y, pasando luego de acusado a acusador, pronunció amenazadoras palabras contra sus enemigos y contra toda la parte incrédula de la nación judía. Entonces tuvo lugar la visita de su Madre y de sus parientes. Por este tiempo también, nos muestran los evangelistas al Salvador inaugurando un nuevo método de predicación, por medio de parábolas, y pronunciando las llamadas del reino de los cielos. Vinieron luego varios milagros muy celebrados: el apaciguamiento de la tempestad en el lago, la curación de los endemoniados de Gerasa y de la hemorroísa, la resurrección de la hija de Jairo, la curación de dos ciegos y de un poseso mudo. Pero una nueva visita del Salvador a Nazaret no fué más fructuosa que la precedente.

Cuarta sección: desde el tercer viaje pastoral de Jesús por Galilea hasta la tercera Pascua de la vida pública. Para esta nueva misión el Salvador se asoció los apóstoles, enviándolos

(45) *Synopsis evangelica*, págs. 17-23.

(46) *Synopsis evangelica*, págs. 24-55.



de dos en dos delante de sí a anunciar el advenimiento del reino de Dios. Poseemos el texto de las instrucciones que les dió para disponerlos a este hermoso oficio, que aun no habían desempeñado. En esta ocasión cuentan los sinópticos, como hecho todavía reciente, el martirio de Juan Bautista. La primera multiplicación de los panes, la marcha de Jesús sobre las encrespadas olas del lago, los milagros en la llanura de Genesaret, el solemne discurso en que prometió instituir un día la Eucaristía y que le enajenó los ánimos de una parte considerable del auditorio y hasta de algunos discípulos: tales fueron los hechos más improtantes con que se acabó el tercer período de su vida pública.

Cuarto período: entre la tercera y cuarta Pascua. También es rico en acontecimientos; pero, por su índole, difiere mucho del precedente y más aún del segundo. Al favor popular han sucedido la frialdad y la indiferencia de muchos; sus enemigos no se ocultan, y cuanto se sienten más poderosos se hacen más osados. Así es que Jesús se aparta con frecuencia de las gentes. Son raros sus milagros, y su principal tarea consiste en acabar la educación de los Doce. Con todo eso, tampoco faltarán hechos gloriosos durante este último año de la vida del Salvador (47).

Primera sección: largo viaje de Cristo a las regiones fenicias y la Alta Galilea. Dato significativo: desde el comienzo Jesús se muestra en oposición con los escribas y con los fariseos acerca de las continuas abluciones, con frecuencia supersticiosas, que había impuesto la "tradición de los antiguos". Emprende luego un viaje importante desde la Galilea Inferior, donde habitualmente residía, hacia el Oeste, hasta los territorios de Tiro y Sidón. Cura allí a la hija de la Cananea, y, después de haber atravesado la Galilea Superior, toma la dirección del Sur y llega a la Decápolis, en las riberas del lago Tiberíades. Varias curaciones, la segunda multiplicación de los panes y algunos incidentes de menor importancia, datan también de esta época.

Segunda sección: ápice glorioso del ministerio de Jesús. Dos acontecimientos grandiosos van a sucederse en breve plazo. Adelantándose hacia el Norte hasta Cesarea de Filipo, no

lejos de las fuentes del Jordán, propuso Nuestro Señor a sus apóstoles su célebre pregunta: "¿Y vosotros, quién decís que soy yo?" Respondió Simón-Pedro, con su gloriosa "confesión", que le valió magnífica recompensa: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..." Mas al mismo tiempo creyó Jesús llegada la hora de anunciar por lo claro a los suyos su próxima pasión, para apercibirlos a tan duro trance. Seis días después sucedió el gran misterio de la transfiguración de Cristo, y al pie de la montaña que de esta escena había sido teatro, la curación de un joven poseso. Durante un nuevo viaje a Galilea, Jesús predijo por segunda vez oficialmente, digámoslo así, a sus apóstoles su pasión y su muerte. Al entrar de nuevo en Cafarnaún obró el milagro de la didracma hallada en la boca del pez. Más que nunca se dedica entonces a la educación de los apóstoles, a quienes da preciosas lecciones sobre el modo de portarse en lo presente y en lo venidero.

Tercera sección: desde la solemnidad de los Tabernáculos a la de la Dedicación. Jesús deja definitivamente la Galilea y va a Jerusalén para celebrar allí la popular fiesta de los Tabernáculos, precedido de setenta y dos discípulos, con los que había formado como un cuerpo especial, y que anunciaban a su paso la buena nueva, como antes lo habían hecho los apóstoles. Cuando retornan al Maestro, le dan alegremente cuenta del buen suceso de su predicación. La parábola del buen samaritano abre la segunda serie de esta primorosa forma de la enseñanza del Salvador. Hallamos luego después a Jesús en Betania, en casa de María y Marta. De repente aparece en los patios del Templo, mediada ya la fiesta de los Tabernáculos, e instruye al pueblo. San Juan nos ha conservado un excelente resumen de sus discursos, dividido por el episodio de la mujer adúltera. Durante la octava de la Dedicación dió Jesús vista al ciego de nacimiento y pronunció la tiernísima alegoría del Buen Pastor. A esta misma época se refiere, por lo menos de un modo general, una serie importante de lecciones dadas a los discípulos y a la muchedumbre sobre diversos puntos religiosos, bien así como la curación de la mujer encorvada, del hidrópico, de los diez leprosos y la continuación de las parábolas del segundo grupo. Inmediatamente se fué Jesús a la provincia de Perea, por la que había debido ya de

(47) *Synopsis evangelica*, págs. 56-93.



pasar varias veces, aunque, según parece, sin detenerse, y allí permaneció algún tiempo, durante el cual mencionan los Evangelios una discusión con los fariseos y los discípulos respecto del matrimonio, varias parábolas, la bendición de los niños y el lamentable proceder del joven rico, que rehusó seguir la invitación del Salvador.

Cuarta sección: desde la fiesta de la Dedicación hasta la última Pascua de la vida pública. Los acontecimientos van a precipitarse. Luego después de la fiesta deja Jesús con presteza Jerusalén, donde, por causa del creciente odio de sus enemigos, no gozaba de seguridad, y, fiel a su plan de no adelantar la hora señalada por su Padre celestial para la consumación de su sacrificio, fué de nuevo en busca de provisional asilo a la tranquila Perea, donde fué acogido cariñosamente. Pero pronto la dejó, llamado a Betania, en Judea, para resucitar a su amigo Lázaro. De allí, en espera de la Pascua, ya muy próxima, se refugió en la pequeña ciudad de Efrén, que, al parecer, estaba situada también en Judea. En los últimos días que precedieron a la fiesta se puso en camino para Jerusalén, prediciendo una vez más su muerte y su resurrección a los apóstoles, cuyos sentimientos terrenos y ambiciosos tuvo que reprimir de nuevo. En Jericó, adonde había descendido, se convidó El mismo a comer en casa del publicano Zaqueo y dió la vista a dos ciegos. En fin, seis días antes de la Pascua estaba en Betania en casa de sus amigos, que, en honor suyo, celebraron un solemne banquete, durante el cual María, hermana de Lázaro, ungió respetuosamente sus sagrados pies.

Perdónesenos la aridez de este pálido resumen. Nos pareció que no sería inútil para iniciar al lector en la vida pública del divino Maestro, y que tal vez le facilitaría su estudio.

## PRIMER PERIODO

### Desde la manifestación del Precursor hasta su encarcelamiento

Subdivídese este período preparatorio en tres partes: el ministerio de Juan Bautista, la consagración mesiánica de Jesús y sus primeros pasos en la escena evangélica. Casi todos los incidentes acaecen en Judea.

## CAPÍTULO PRIMERO

### El ministerio de Juan Bautista.

También la vida pública del Salvador, lo mismo que su vida oculta, tiene su breve prefacio, cuyos elementos están tomados de la historia de Juan Bautista. El ministerio del Precursor, al que elegantemente se ha llamado "la aurora de la historia evangélica", sirve de natural y a la vez providencial introducción al del Mesías. ¿No habían anunciado claramente dos videntes de Israel, Isaías y Malaquías — uno en la época de mayor florecimiento del profetismo (1), y el otro hacia su ocaso (2) — que el Mesías sería precedido de un heraldo que proclamase y preparase su advenimiento?

Los cuatro evangelistas a una aplican al hijo de Zacarías e Isabel el siguiente hermosísimo oráculo de Isaías (3):

(1) Ejercitó Isaías su oficio profético durante toda la segunda mitad del siglo VIII antes de J. C.

(2) El año 433 antes de J. C.

(3) Is., XL, 3-5. Cf. Matth., III, 3; Marc., I, 3; Luc., III, 4-5; Joan., I, 23. Damos su traducción literal conforme al hebreo. Los evangelistas lo citan bastante libremente según la traducción de los Setenta, abreviándola más o menos.



Una voz clama; abrid en el desierto  
el camino de Jehovah.  
Allanad en la estepa  
una senda para nuestro Dios.  
¡Reálcese todo valle!  
¡Abájese toda montaña y todo collado!  
¡Truéquese la colina en llanura  
y las breñas en vega!  
Entonces aparecerá la gloria del Señor  
y toda carne, sin excepción, la verá,  
porque ha hablado la boca del Señor.

Fácil de entender es este lenguaje metafórico. "El profeta, divinamente iluminado, contempla en espíritu en una forma dramática la futura vuelta de los judíos a Palestina, después de la cautividad de Babilonia. Jehová, su rey y libertador, camina a la cabeza de ellos por el desierto de Siria, para conducirlos con seguridad a su patria. Precédele un heraldo, según antigua costumbre del Oriente, para anunciar su próximo paso y hacer arreglar los caminos, de los que, en aquellos remotos tiempos, nadie solía cuidar, como no fuese en circunstancias solemnes" (4). Pero según los divinos designios, el oráculo de Isaías, después de haberse realizado en la vuelta del destierro, había de tener otro segundo cumplimiento de orden superior, en los tiempos mesiánicos. También el Cristo, el Rey-Salvador, debía tener su heraldo en la persona de Juan Bautista, su precursor, que iría delante de El, abriéndole los caminos de los corazones. El vaticinio de Malaquías expresa con más brevedad este mismo pensamiento: "He aquí, dice el Señor, que yo enviaré mi ángel, y preparará el camino ante mi faz" (5).

Ya describimos los principales obstáculos (6) que, en el orden moral, embarazaban entonces entre los judíos el camino del Mesías. Expresivamente figurados estaban por aquellas alturas que debían abajarse, por aquellos valles que se debían rellenar, por aquellas tortuosidades y asperezas que debían desaparecer, para que, al llegar a su pueblo, el Cristo Redentor hallase un camino digno de El. Tal es la dura tarea a que, durante su breve ministerio, va a entregarse Juan con toda su alma.

(4) L. Cl. Fillion, *L'évangile de S. Matthieu*, pág. 68.

(5) Mal., III, 1. Cf. Marc., I, 2; Luc., I, 17, y VII, 27. Sobre la apropiación que parece hacer San Marcos de este texto de Isaías, véase L. Cl. Fillion, *L'évangile de S. Marc.*, pág. 24.

(6) Tomo I, págs. 175-199.

# I. — APARICIÓN DEL PRECURSOR, SU VIDA MORTIFICADA, SU BAUTISMO.

Antes de hacernos oír la poderosa voz del mensajero de Cristo, menciona San Lucas en términos solemnísimos la época de su aparición:

"En el año décimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea; Herodes, tetrarca de Galilea; su hermano Filipo, tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítide, y Lysanias, tetrarca de Abilina; siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto."

Fecha memorable en los fastos sagrados (7), que de nuevo hace entrar (8) la vida de Nuestro Señor Jesucristo en el cuadro general de la historia contemporánea. Sería, sin embargo, de extrañar esa abundancia de pormenores cuando los evangelistas no mencionan expresamente ni el año del nacimiento ni el de la muerte y resurrección del Salvador si no conociésemos la importancia de la misión de Juan Bautista. Hémosla visto ya manifiesta en los profetas; pero los sinópticos la encarecen más aún, ya presentando la aparición del Precursor como el "comienzo del Evangelio" de Jesús (9), ya concediendo a Juan un lugar relativamente considerable en sus escritos, ya, sobre todo, citando más adelante el magnífico elogio que Jesús hizo de él (10). ¿Por ventura no era el último profeta del Antiguo Testamento, el anillo que enlazaba la teocracia antigua con la Iglesia? Mejor aún, ¿no era el Precursor del Mesías?

Pero volvamos a la fecha sincrónica con que San Lucas se propuso fijar la época exacta en que apareció Juan Bautista en la escena de la historia religiosa. Enumera los nombres de siete personajes que eran entonces parte más o menos

(7) El único que la señala es San Lucas, III, 1-2. San Mateo, III, 1, se contenta con la vaga fórmula de "En aquellos días."

(8) Cf. Luc., I, 5, y sobre todo II, 1-2.

(9) Marc., I, 1. Cf. Joan., I, 6-7; Act., I, 21-22; X, 37.

(10) Matth., XI, 7-14; Luc., VII, 24-30.



directa, más o menos influyente, en la administración política o religiosa de Palestina. Cuando más atrás tratamos de la duración de la vida pública de Nuestro Señor vimos cuán difícil es determinar con exactitud cómo debe entenderse el décimo-quinto año de Tiberio. Por nuestra parte creemos que, salvo error, corresponde al año 779-780 de Roma, 27 de la Era Cristiana.

Tiberio César: ¡qué hombre más depravado para abrir la lista! Digno de tal señor era Poncio Pilato, que, a título de *procurador* (11), representaba entonces al emperador en la Judea y Samaria. Ya hemos tenido ocasión de calificar su conducta para con sus administrados (12). Con sobrado motivo le reprochaba el teósofo hebreo Filón (13) “su corrupción, sus violencias, sus rapiñas, sus malos tratamientos y vejaciones, las continuas ejecuciones sin previo juicio, sus incontables e insufribles crueldades”. Nuevamente toparemos con él durante la pasión de Jesús, y, en su intervención, le veremos irresoluto, débil y hasta cobarde, fríamente inicuo, y, con todo, animado de cierto respeto hacia la divina víctima.

Después de él, nombra el evangelista tres príncipes que gobernaban por aquella misma época los territorios de Palestina que no estaban directamente sometidos a la autoridad de Roma. A Herodes Antipas le dimos ya a conocer en la primera parte de esta obra (14). Varias veces nos le mostrarán los sinópticos, siempre con nota desfavorable, como príncipe de costumbres livianas, astuto, débil de carácter y cruel en ocasiones. Su hermano Filipo fué el mejor de los hijos del rey Herodes. Tocáronle en herencia varias provincias del Nordeste de Palestina, y su gobierno duró treinta y siete o treinta y ocho años (4 ant. de J. C.—33 ó 34 desp. de J. C.).

Respecto de Lysanias, tetrarca de Abilina (15), que nada tenía de común con la familia de Herodes, bien poco es lo

(11) La palabra *procurante*, con que la Vulgata traduce el ὑπερνομέωντος del texto primitivo, es exactísima. El título oficial del gobernador de Judea era *procurator*, en griego ἐπίτροπος. De ordinario se emplea el sustantivo ὑπερμών y sus derivados para designar una dignidad más elevada, la de procónsul. Los evangelistas no siguieron este uso.

(12) Tomo I, págs. 137-139.

(13) *Legatio ad Caium*, 38.

(14) Tomo I, págs. 139-140.

(15) Acerca de esta provincia véase el t. I, pág. 118.

que sabemos. Su existencia en la fecha indicada por el evangelista ha sido comprobada de modo ciertísimo por monedas e inscripciones de la época (16). Sabido es que la provincia de Abilina, después de la muerte de Lisania, fué feudo de Herodes Agripa I, y luego de Herodes Agripa II; de modo que cuando San Lucas componía su Evangelio formaba parte, hasta cierto punto, de lo que orgullosamente llamaban los rabinos “la tierra de Israel”. Quizá por este motivo se la menciona aquí (17).

Los cinco nombres que preceden resumen la situación política de Tierra Santa, en el momento de inaugurarse el ministerio de Juan Bautista; los de Anás y Caifás, que le siguen, nos recuerdan la situación religiosa. Son también nombres muy significativos. Anás (18) había sido Sumo Sacerdote entre los años 6-15 de nuestra Era (19), y ya señalamos la considerable influencia de que aun gozaba quince años después de su deposición, en la época de la vida pública de Jesucristo, por lo cual, sin duda, lo asocia aquí el evangelista (20) a su yerno José, llamado Caifás, que era entonces el titular oficial del Sumo Pontificado. En otros dos pasajes del Nuevo Testa-

(16) Strauss atacó violentamente a San Lucas a propósito de este tetrarca. Escribió en su *Nouvelle vie de Jésus*, t. II, págs. 20-21: “(Lucas) hace reinar, treinta años después del nacimiento de Jesucristo, a un Lisania que había muerto ciertamente treinta años antes de este nacimiento: un ligero error de sesenta años.” Igualmente Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, pág. 618, y otros más. Pero quienes incurren en error son los críticos racionalistas, ya que está demostrada por antiguos documentos la existencia de dos Lysanias distintos: el de Strauss, que gobernaba la provincia de Chalcis, y el de San Lucas, tetrarca de Abilina. Véase F. Vigouroux, *Le Nouveau Testament et les découvertes archéologiques modernes*, segunda edic., págs. 131-141, y E. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes*, cuarta edic., t. I, págs. 707-721.

(17) Zahn, *Das Evangelium des Lukas*, t. I, pág. 179.

(18) En el texto griego del N. T. se le llama Ἀννας (Luc., III, 2; Joan., XVIII, 13 y 24; Act., IV, 6). Josefo le llama Ἀνανίας; y esta segunda ortografía se aproxima más a la hebrea Hhanan.

(19) Josefo, *Ant.*, XVIII, II, 1-2; XX, IX, 1; Bell, *jud.*, V, XII, 2.

(20) Aquí y en el libro de los *Hechos* emplea locuciones muy expresivas para indicar que, si bien Caifás era entonces gran sacerdote *de jure*, Anás lo era casi *de facto*. En el texto griego del pasaje evangélico que estudiamos se lee: ἐπὶ ἀρχιερέως Ἀννα καὶ Καϊάφα, “debajo del gran sacerdote Anás y Caifás”. La variante ἐπὶ ἀρχιερέων, “debajo de los grandes sacerdotes”, adoptada por la Vulgata (*sub principibus*) y por muchas otras versiones antiguas, no tiene en su favor sino muy pocos manuscritos, por lo cual es rechazada comúnmente, como una corrección de época posterior. Act., IV, 6, San Lucas dice, con una variante: Ἀννας ὁ ἀρχιερεὺς καὶ Καϊάφας, “Anás el gran sacerdote, y Cai-



mento en que de él se trata se nos muestra como enemigo de Jesucristo y de la naciente Iglesia. Caifás, que únicamente a fuerza de vileza de ánimo y de condescendencia con Roma pudo conservar sus elevadas funciones durante unos diez y ocho años—entre 17 ó 18 y 36 de nuestra Era (21)—, observó respecto de Jesús una conducta aún más indigna. El fué quien tras de un simulacro de proceso en que representó un papel criminal, logró que el Sanedrín pronunciase sentencia de muerte contra Jesús. Su nombre, como el de Pilato, quedó infamado para siempre. ¡Qué decadencia moral del judaísmo no suponen los nombres de estos sacerdotes ambiciosos, avaros, sin fe y sin conciencia! (22).

En verdad que la Tierra Santa, la nación de Jehová y del Mesías, estaba entonces harto necesitada de regeneración. Tiempo es de que acuda el Cristo a salvar a su pueblo. Mas he aquí que su Precursor aparece de improviso (23) y anuncia que muy de cerca le seguirá el libertador.

En efecto, continúa San Lucas (24), en este décimoquinto año de Tiberio “vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías”, en el desierto donde había pasado la mayor parte de su vida. Esta fórmula solemne, frecuente en los escritos del Antiguo Testamento, y sobre todo en la literatura profética (25), indica a las claras que Juan no eligió por propio impulso la hora de inaugurar sus funciones de Precursor. Una comunicación divina muy precisa y concreta, semejante a la que habían recibido los antiguos videntes, le movió a dejar su retiro solitario; una irresistible fuerza del Espíritu Santo le guió a la región en que había de predicar al Cristo y su reino.

El teatro principal de su ministerio está brevemente descrito por los evangelistas. No serán las ciudades ni las aldeas;

fás.” Deliberadamente emplea estas fórmulas el escritor sagrado, pues expresan muy bien la realidad de los hechos; así es que los mismos racionalistas han renunciado a considerarlas como error histórico.

(21) Fué depuesto por Vitelio por el tiempo de la Pascua.

(22) Los personajes aquí nombrados por San Lucas conservaron sus funciones durante toda la vida pública y aun después de la muerte de Nuestro Señor.

(23) Παρουσία, dice San Mateo, III, 1. El empleo del tiempo presente indica una aparición repentina, inesperada.

(24) Luc., III, 2.

(25) Cf. III Reg., XVII, 2; Is., XXXVIII, 4; Jer., I, 4; Ez., I, 3; etc.

menos aún Jerusalén. Aquel hombre que se había criado en el desierto, en el desierto continuará viviendo (26); pero en adelante menos para sí que para el Mesías y para las almas. Del desierto de Judá, que, según San Mateo, será desde ahora habitual morada del Bautista, hablan varias veces los libros del Antiguo Testamento (27). Región agreste y desolada, que se divide en gran parte desde lo alto del monte de los Olivos, tiene por límite, al Este, el bajo Jordán y el Mar Muerto, y se extiende, al Oeste, casi hasta la arista de la meseta central de Palestina, y, al Norte, hasta los antiguos límites de la tribu de Judá. No es un desierto arenoso, no un Sahara de reducida extensión, sino antes una estepa, hoy como antaño deshabitada, casi toda inculta y difícil de cultivar, con montañas rocosas y áridas, con frecuentes cañadas y torrenteras, con un suelo rugoso, quebrado, reseco. Sólo en primavera se cubre de un poco de verdura, que vienen a pastar los carneros y cabras de los beduinos (28). En la parte septentrional de este desierto parece haber pasado Juan su adolescencia y edad madura, hasta los treinta años poco más o menos. “La región próxima al Jordán” donde ahora lo hallamos era y es aún menos agreste que el desierto de Judá propiamente dicho, aunque su suelo margoso apenas produce más que malezas y otros desmedrados vegetales. Unicamente en los bordes del río crecen árboles abundantes. En suma, la parte más meridional del Ghor o valle del Jordán, a algunos kilómetros al Este de Jerusalén y al Norte del Mar Muerto, fué donde estuvo el centro principal de la actividad de Juan Bautista. La narración evangélica nos lo mostrará ya en la ribera derecha, ya en la izquierda del río (29), aunque también lo veremos algún día “en Enon, cerca de Salem”, mucho más al Norte (30).

Dócil, pues, al mandato divino, descendió el Bautista hacia el profundo valle del Jordán. Antes de darnos a oír su voz,

(26) Los sinópticos expresan esta idea con algunas variantes. San Marcos, I, 4, dice simplemente: “en el desierto”. San Mateo, III, 1, es algo más preciso: “en el desierto de Judea”. San Lucas, III, 3, 61, lo es aún más: “en toda la región próxima al Jordán”.

(27) Cf. Jos., xv, 61; Jud., I, 16; etc.

(28) Véase Tristram, *The Land of Israel*, tercera edic., pág. 194; A. Stanley, *Sinai and Palestine*, págs. 310-312.

(29) Joan., I, 23; X, 40; etc.

(30) Joan., III, 23.



describennos los sinópticos en pocas palabras su aspecto exterior y su austera vida. Tenía por vestido una túnica áspera y grosera, tejida con pelos de camello (31) y sujeta a la cintura con rústica correa de piel. Así iba vestido también Elías (32), e igual hábito parece que usaron la mayor parte de los profetas que le siguieron (33).

Tan mortificado como en su vestido lo era Juan en su comida. Los evangelistas mencionan los dos manjares principales de que ésta constaba: langostas y miel silvestre, alimentos propios del desierto, donde se hallan en abundancia. Aun hoy, en Arabia, en Etiopía, en Palestina y en otras partes suelen servir las langostas de alimento a las clases pobres; por lo demás, los antiguos hebreos conocían ya este manjar (34) que nada tiene de malsano y que se adereza de diversos modos (35). La miel silvestre (muy aromática, aunque amarga de ordinario), llamada así para distinguirla de la que producen las abejas domésticas, ha sido en todo tiempo abundante en Palestina, donde se la encuentra en los troncos de los árboles y en las hendiduras de las rocas (36).

Tal era la austeridad exterior con que se presentaba el Bautista. Estas noticias dan grande realce a aquellas palabras del Salvador, que un día, con acento suavemente irónico, dirigirá a las turbas: “Mas ¿qué salisteis a ver? ¿un hombre vestido con ropas delicadas y viviendo entre delicias?” (37). Ayúdanos también a entender cómo algunos fariseos mal-

(31) Los textos evangélicos no consienten duda alguna en este punto: ἀπὸ τριγών χαμήλου (Vulg., de pilis camelorum o cameli, Matth., III, 4; Marc., I, 6). Incurren, pues, en inexactitud los pintores y aun algunos comentadores cubriendo a Juan Bautista con una piel de camello con su vellón. Todavía hoy los árabes pobres y los beduinos nómadas llevan la misma clase de túnica que el precursor.

(32) IV Reg., I, 8.

(33) Zach., XIII, 4.

(34) Cf. Lev., XI, 22.

(35) La más sencilla consiste en tostar el insecto sobre las brasas después de haberle quitado sus partes duras.

(36) Deut., XXXII, 13; I Reg., XIV, 25-29, etc. Es un error en que, a ejemplo de los ebionitas (San Epifanio, Haer., XXX, 13), han caído algunos exégetas el ver, en este segundo manjar del Precursor, la goma más o menos azucarada que producen ciertos árboles, como la palmera, la higuera, el tamarindo, etc.

(37) Matth., XI, 8; Luc., VII, 25.

intencionados, después de haber dicho de Juan que “ni comía ni bebía”, pudieron añadir, encogiéndose de hombros: “Poseído está del demonio” (38).

## II.—PREDICACIÓN DE JUAN BAUTISTA. SU PRIMER TESTIMONIO EN FAVOR DE JESÚS.

La predicación de Juan estaba en perfecta armonía con su vida mortificada. “Haced penitencia—clamaba sin descanso—, porque está cercano el reino de los cielos” (39). Semejantes palabras, y en labios de tal predicador, produjeron en toda la comarca impresión profundísima, pues fácilmente se comprendía su sentido. Significaban que pronto iba a manifestarse el Mesías, para establecer el glorioso reino que tantas veces habían anunciado los divinos oráculos. Así que al punto rodearon a Juan turbas numerosas, y siempre en aumento, que querían contemplar de cerca a aquel profeta misterioso y oír con sus propios oídos la fausta y alegre nueva que les anunciaba. Un fuerte movimiento religioso conmovió a toda la Palestina. El solo hecho de que, después de tantos siglos de silencio por parte del Señor, apareciese un profeta en Israel, era de suyo bastante para excitar general alborozo, por lo que de todos los distritos de Tierra Santa acudió incontable muchedumbre de gentes, según refieren San Mateo y San Marcos (40) en términos de gran ponderación: “Entonces fueron a él toda la Judea, y toda la comarca del Jordán, y todos los habitantes de Jerusalén”, y también, sin duda, los habitantes de Galilea (41) y de la Perea. Las riberas del Jordán, de ordinario desiertas y silenciosas, se vieron invadidas durante varios meses por vivientes oleadas de peregrinos, que se renovaban sin cesar (42). Cosa semejante no se había contemplado en Palestina desde la ya lejana época de los Macabeos.

(38) Matth., XI, 18; Luc., VII, 33.

(39) Matth., III, 2.

(40) Matth., III, 5; Marc., I, 5.

(41) Muchos de los discípulos de Juan eran Galileos (Joan., I, 40-43).

(42) El verbo ἐξεπορεύετο (Matth. y Marc.), en imperfecto de duración, indica muy bien aquel continuo movimiento.



A su predicación, cuyo tema general o texto, digámoslo así, acabamos de citar, había unido el precursor un rito simbólico, un "bautismo", del que nació su célebre sobrenombre de "Bautista", con el que pronto las gentes comenzaron a conocerle (43). Consistía este rito, según lo indica la etimología de la palabra (44), en una inmersión completa en las aguas del Jordán. Hase intentado relacionar su origen con las diversas abluciones religiosas que la legislación mosaica imponía a los que hubiesen contraído impureza legal (45), y también con el bautismo que recibían los prosélitos antes de ser agregados al judaísmo (46). Pero la semejanza que existe entre él y estas dos especies de lustraciones es únicamente externa. Mientras que las abluciones ceremoniales tenían que ser reiteradas en cada caso de impureza, el bautismo de Juan sólo una vez se recibía. El bautismo de los prosélitos se administraba a los paganos convertidos; el de Juan, por lo común, solamente a los israelitas. Era, pues, este bautismo un rito enteramente nuevo. Tan convencidos estaban los discípulos del precursor de que a él sólo le pertenecía, que fueron acometidos de vivos celos cuando supieron que también los discípulos de Jesús habían comenzado a bautizar (47). Este dato es muy significativo. Pero lo es aún más la manera con que los evangelistas cuidaron de caracterizar este bautismo y señalar su naturaleza y su fin. Lo presentan como un "bautismo de penitencia para la remisión de los pecados" (48). No porque el Precursor—ya lo afirmará él mismo sin rebozo—hubiese recibido el poder de perdonar los pecados, pues este poder estaba reservado al Mesías, sino porque, mediante este símbolo, mediante esta lavadura exterior, excitaba en las almas el deseo de una purificación moral que debía llevarlas a santificarse para ser dignos de participar del reino de Cristo.

(43) El mismo Jesús lo empleaba a veces (Matth., XI, 11; Luc., VII, 33). Flavio Josefo no se olvidó de señalar este título (*Ant.*, XVIII, IV, 2): "Juan llamado el Bautista."

(44) Βάπτω "yo sumerjo".

(45) Lev., XI-XV; Num., XIX; etc. Cf. Marc., VII, 2-4.

(46) Véase Edersheim, *Life of Jesus the Messiah*, t. I, págs. 273-274; Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes*, 4.<sup>a</sup> ed., t. III, págs. 130-132.

(47) Joan., III, 20.

(48) Es decir, en orden a esta remisión. Marc., I, 4; Luc., III, 3. Cf. Matth., III, 11.

De donde resulta que el bautismo de Juan era realmente una institución nueva, personal.

La palabra griega que, conformándonos a nuestra versión latina, acabamos de traducir por "penitencia", pide aquí una explicación, pues ella expresa con toda claridad la naturaleza del rito de que tratamos. El sustantivo *metanoia* significa una transformación total del alma, un cambio radical obrado en los sentimientos más íntimos, por oposición a un arrepentimiento superficial y poco sincero. Trátase, por consiguiente, de una conversión total, de una generosa resolución de no más pecar en adelante y de expiar las faltas pasadas. Tal es la idea que constituía el fundamento de aquel bautismo, que por esto iba acompañado de una confesión (49), cuya extensión no podemos precisar. Quizá no pasaba de esas fórmulas generales de acusación, semejantes al *Confiteor* católico, que acá y allá leemos en el Antiguo Testamento (50), y también en los Eucologios judíos.

En el Precursor, el heraldo precedía al bautista, pues por su predicación principalmente ejercía la influencia extraordinaria que los evangelistas acaban de describirnos. "Yo soy la voz del que clama", le oiremos responder a los delegados del Sanedrín (51), aplicándose las palabras de Isaías que más atrás hemos citado (52). Voz maravillosamente elocuente; voz de poder casi irresistible, que de todas las provincias de Tierra Santa venían a escuchar; voz profética, que, en todas las ocasiones, daría del Mesías fidelísimo testimonio; voz justamente severa, que sin miedo ni contemplaciones echará en rostro a los judíos su orgullo y sus locas ilusiones; voz que, llegado el caso, sabrá ser sumamente práctica.

Pero aún admiraremos mejor la predicación de Juan Bautista estudiándola directamente en las dos muestras que de ella nos han conservado San Mateo (53) y San Lucas (54). Ya

(49) Matth., III, 6; Marc., I, 5.

(50) Jud., X, 10; I Reg., VII, 6; XII, 10; III Reg., VIII, 47; Esdr., IX, 6-7; Judith, VII, 19; Ps., CV, 6; Jer., III, 25; XIV, 20; Dan., III, 29; IX, 5-6; etc.

(51) Joan., I, 23.

(52) Pág. 124.

(53) Matth., III, 7-12.

(54) Luc., III, 7-18.



las expresiones generales con que la designan los biógrafos de Jesús nos permiten formarnos una idea bastante exacta. Era una proclamación solemne y oficial (55); era una evangelización (56); era también una exhortación apremiante (57). El sumario, aunque muy corto, que de ella poseemos es tan expresivo, que nos basta para juzgar al orador.

Ya conocemos el tema sobre que incesantemente predicaba el Bautista: "Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos." Para explicar la idea que tanta riqueza encierra, idea antigua y con todo tan nueva, expresada por la locución "el reino de los cielos", aguardemos a que Jesús inaugure también con ella su ministerio mesiánico. Pero ya desde ahora sabemos lo que ha de entenderse por la penitencia que exigía el Precursor, y que también Cristo exigirá a su vez de quien aspire a ser súbdito del reino de los cielos (58): una ruptura completa con el pasado, en lo que éste tenía de malo en el orden moral; un cambio total en las disposiciones interiores, que cuanto antes es preciso ajustar a la voluntad divina.

De los dos fragmentos de la predicación del Precursor que han llegado hasta nosotros, el primero es de orden más general, así por las ideas que desenvuelve como por la índole de los oyentes a quienes se dirigía (59). Estos oyentes eran, según San Lucas, "las turbas que acudían a Juan para que las bautizase"; según San Mateo, "muchos fariseos y saduceos", que se acercaban a su vez para recibir el bautismo del Precursor. Los dos evangelistas se completan mutuamente. Las turbas formaban la mayor parte del auditorio; pero con ellas se habían mezclado muchos fariseos y saduceos, movidos casi todos por un sentimiento de curiosidad, si ya no de baja envidia. Su presencia, fácilmente advertida por Juan, va a dar al discurso un aire de polémica y un acento de severidad, harto justifi-

(55) Marc., I, 4, 7, y Luc., III, 3; *κηρύσσειν* (Vulg., *praedicans*). El verbo *κηρύσσειν* es el término técnico del Nuevo Testamento para significar la predicación evangélica.

(56) Luc., III, 18: *εὐαγγελίζετο* (Vulg., *evangelizabat*).

(57) Luc., III, 18: *παράκαλῶν* (Vulg., *exhortans*).

(58) Matth., II, 2: *μετανοεῖτε* (Vulg., *poenitentiam agite*).

(59) En términos casi idénticos nos ha sido conservado por San Mateo, III, 7-10, y por San Lucas, III, 7-9.

cados, para con aquellos orgullosos o escépticos, y también para con aquellos israelitas que sufrían su perversa influencia. Requiérese, a veces, sacudir con vigor a los corazones endurecidos y soberbios para hacerles salir de su marasmo.

"Raza de víboras—les dijo Juan Bautista (60), impulsado por su ardiente celo—, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. Y no intentéis decir: Tenemos por padre a Abraham, porque yo os digo que Dios puede suscitar de estas piedras hijos a Abraham. Ya la segur está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado en el fuego. El que después de mí ha de venir tiene el biello en la mano, y limpiará su era, y allegará el trigo en su granero, y la paja quemará en fuego que no se apaga."

¡Qué fe tan vigorosa en este lenguaje adornado de imágenes, que por sus censuras y amenazas recuerda el de los profetas de los antiguos tiempos! También Jesús en dos ocasiones (61) estigmatizará a los fariseos, lanzándoles al rostro el infamante calificativo de "raza de víboras", que tan a lo vivo pinta la astucia de su conducta y el veneno de sus doctrinas. La idea dominante en este breve discurso es la de un juicio divino, la de una terrible sentencia que precederá a la inauguración del reino de los cielos: idea que resuena asimismo en los antiguos oráculos (62), en la literatura apocalíptica judía (63), en la predicación del Salvador (64) y en las epístolas de San Pablo (65). Los oyentes de Juan no tenían, pues, motivo de extrañarse de oírle anunciar una manifestación próxima de la cólera del cielo con ocasión de la venida del Mesías. Mas, por una torpísima ilusión, creían y afirmaban sin rebozo que esta cólera y los castigos que iba a imponer sólo a los paganos amenazaban y que ellos, los judíos, nada tenían que temer: la sangre de Abraham que corría por sus venas juzgaban ser fianza suficiente de salvación.

(60) La fórmula de introducción empleada por San Lucas, III, 7, "decía", supone que el Precursor repitió más de una vez ante nuevos oyentes las graves amonestaciones que vamos a leer.

(61) Matth., XII, 34; XXIII, 33.

(62) Joel, III, 1-16; Soph., I, 14-18; Mal., III, 1-3; etc.

(63) Henoch, XC, 18; XCI, 7; Salmos de Salomón, V, 20; etc.

(64) Matth., XXV, 31-46; etc.

(65) Rom., II, 5; I Tess., I, 10; etc.



Los escritos rabínicos contienen abundantes huellas de esa engañosa doctrina, que demuestran hasta qué punto el orgullo, la ignorancia y la superstición habían falseado la idea mesiánica. No hay extravagancia en que no incurriesen los judíos de entonces, a propósito de los méritos de su ilustre antepasado. Con los de los otros patriarcas y santos de Israel, decían altivamente, formaban estos méritos un tesoro indecible, que pertenecía en común a todos los miembros de la nación, y era suficiente para obtener a cada uno de ellos el perdón de sus pecados, con una parte de dicha eterna. Llegábase hasta representar a Abraham sentado a la entrada de la gehenna para librar inmediatamente a los israelitas culpables que hubieran podido ser condenados a las penas del infierno (66). Decíasele: “Mas que tus hijos fuesen cuerpos sin venas y sin huesos—en otros términos: aunque estuviesen muertos en el orden moral—, tus méritos responderían por ellos.” Aquellas palabras de Isaías (67): “Viene la mañana y también la noche”, son interpretadas así por el Talmud (68): “La noche está reservada a las naciones del mundo (a los paganos) y la mañana a Israel” (69). No es, pues, de extrañar que Juan cerrase de frente, como después lo harán Jesús (70) y el apóstol de los gentiles (71), contra este prejuicio que las turbas compartían con los fariseos y los escribas. No; la participación en el reino de los cielos no es asunto de nacionalidad, no es privilegio de la raza judía con exclusión de los otros pueblos. Tan cierto es que el poder y la libertad de Dios no están en manera alguna restringidos por el derecho hereditario de los israelitas, que puede rechazar lejos de sí y condenar sin compasión a estos descendientes de Abraham, que no tienen ninguna de las virtudes de su antepasado, y formar luego de las materias más duras, de las más vulgares—“de estas piedras”, decía el precursor señalando con el dedo las que abundan en

(66) *Bereschith Rabba*, XVIII, 7.

(67) *Is.*, XXI, 12.

(68) *Taanith*, 64, a.

(69) Véanse otras curiosas citas del mismo género en Weber. *System der altsynagogalen palästinischen Theologie aus Targum, Midrasch und Talmud*, págs. 285-287, y en Edersheim, *Life of Jesus the Messiah*, t. I, páginas 271-272.

(70) *Joan.*, VIII, 33-40.

(71) *Rom.*, II, 27-29; IX, 6-33.

el desierto de Judá—, una nueva descendencia de verdaderos hijos de Abraham (72).

El juicio con que amenazaba Juan a sus oyentes debía sobrevenir bien pronto, como elocuentemente lo expresan las imágenes del hacha puesta al pie del árbol estéril y de la paja que será quemada una vez que se la haya separado de los granos (73). El peligro era, pues, inminente, y de él sólo podía escaparse por medio de una sincera conversión, seguida de frutos de buenas obras. Por eso el Precursor, que a ninguno quería cerrar la puerta del reino mesiánico, entre sus reproches y amonestaciones de terror saludable pronuncia también estas palabras de aliento: “Haced frutos dignos de penitencia.”

La mayor parte de sus oyentes aceptaban con docilidad este consejo, y en prueba de su buen deseo preguntaban a Juan—como lo harán más tarde, el día de Pentecostés, los judíos convertidos a la fe cristiana por la predicación de San Pedro (74)—: “¿Qué debemos, pues, hacer?” (75). San Lucas nos ha conservado tres de las respuestas de orden práctico que Juan dió a varias clases de personas que le preguntaban. Ajústanse admirablemente a la situación de quienes interrogaban. Es que aquel solitario, aquel hombre del desierto conocía a fondo así la naturaleza humana, con sus defectos y sus necesidades, como las miserias morales de su tiempo.

Al dar estos consejos prácticos, tornábase más dulce su voz. El predicador terrible se convertía en director espiritual tan bondadoso, que, a primera vista, pudiera parecer harto acomodaticio. Mas se equivocaría quien así juzgase, pues la aparente moderación de sus exigencias presuponía de hecho una *metanoia* verdadera, una sincera conversión. Recordemos

(72) Cf. *Rom.*, IX; *Gal.*, III.

(73) “Había en Palestina eras en la campiña, apisonadas, endurecidas, allanadas y preparadas para trillar la mies. Extendíanse en ellas las gavillas, que eran trituradas por las patas de los caballos o de los bueyes, o con tablones, provistos de hierro o de piedras, que se arrastraban por encima... Luego se separaba la paja más gruesa para alimento de los animales; la más menuda y el tamo se lanzaba al viento por medio de palas, y el grano caía en la era. Limpiada ésta y recogido el buen grano, se pegaba fuego a la paja menuda y a las barreduras.” Calmet, *Commentaire littéral sur l'Evangile de S. Matthieu*, in. h. 1. Estos mismos procedimientos siguen usándose aún en el Oriente bíblico.

(74) *Act.*, II, 37. Cf. *Act.*, XVI, 30; XXII, 10.

(75) *Lue.*, III, 10.



que la misión del Precursor no era formar ascetas semejantes a él, sino transformar los que a él se dirigían en hombres honrados, temerosos de Dios y cumplidores del deber, cada uno en el género de vida a que había sido llamado por la Providencia.

Era prudentísima y al mismo tiempo concreta su dirección cotidiana. A las turbas que le instaban a que les trazase el nuevo camino que debían seguir contentábase con repetirles el gran precepto de la caridad fraterna, con recomendar esa virtud fundamental que tan grata es a Dios y que Jesucristo impondrá un día con especial mandamiento: "Quien tenga dos vestidos (76), dé uno al que no lo tiene: y quien tenga que comer, haga lo mismo."

Acercáronse también a Juan algunos publicanos para hacerle la misma pregunta que las turbas: "Maestro (77), ¿qué haremos nosotros?" Por sus exacciones injustas y sus continuas violencias, eran entonces los publicanos generalmente detestados. Estos agentes inferiores, a servicio de caballeros romanos que arrendaban los impuestos del Estado y se enriquecían oprimiendo al pueblo, imitaban harto fielmente la conducta de sus amos y no se recataban de practicar el fraude. En Judea y en Palestina odiábase doblemente a los que, siendo judíos de nacimiento, prestaban su concurso a los aborrecidos romanos para despojar al pueblo de Dios y recordarle su esclavitud (78). Así es que el Talmud (79) no repara en colocarlos entre los asesinos y ladrones, y más de una vez oiremos a Jesús mismo asociar el nombre de los publicanos, conforme a las ideas de sus compatriotas (80), a lo que entonces era considerado como lo peor de la sociedad (81) de entonces.

(76) Se trata de la túnica superior (*χιτών* en hebreo, *kethoneth*), que se llevaba encima de la camisa (*σινδών*).

(77) Observan los comentadores que los publicanos son los únicos que atribuyen aquí al Precursor este título honorífico, que corresponde al hebreo *rabbi*.

(78) Los publicanos que en Galilea y en Perea cobraban los impuestos en nombre del tetrarca Herodes caían, cuando menos, bajo la acusación general de extorsiones fraudulentas.

(79) *Bababathra*, 113, a.

(80) Matth., V, 46; XVIII, 17; XXI, 31; Luc., VII, 29; XV, 1-2; XVIII, 10-14; XIX, 7; etc.

(81) No les tratan mejor los antiguos escritores de Grecia y de Roma. Cf. Stobeo, *Serm.*, II, 34; Aristófanes, *Equit.*, 248; Teofrasto, *Charact.*, VI. Para más pormenores, véase nuestro artículo sobre los publicanos en

¿Qué conducta observará Juan respecto de ellos? ¿No les exhortará a abandonar lo antes posible una profesión tan desahonrada y tan peligrosa desde el punto de vista moral? No; puesto de que suyo no es mala. Pero les mandará que en adelante ajusten su conducta a esta primordial regla de justicia. "No exijáis más de lo que os está permitido."

¿Y nosotros qué haremos?", preguntaban a su vez los soldados a quienes la fama del Precursor había hecho salir de sus campamentos y conducido a orillas del Jordán. No es verosímil que fuesen judíos, como no perteneciesen al reducido ejército de Herodes Antipas. Antes bien, serían legionarios romanos, de aquellos paganos que en número considerable se habían acercado más o menos al judaísmo (82), y a quienes, como a tantos otros, había impresionado la voz de Juan Bautista. "La reputación de los soldados de aquella época tan agitada era, si cabe, aun más triste que la de los publicanos... La manera misma de reclutar los ejércitos influía mucho en la barbarie de las costumbres militares. Componíanse aquéllos, en gran parte, de aventureros llegados de todos los rincones del imperio, y sobre todo de las comarcas que mayor fama tenían de rudeza (Tracia, Dalmacia, Germania), de deudores insolventes, de hijos pródigos que habían buscado un refugio en la milicia, de bandidos, de holgazanes, etc. Las frecuentes guerras que por entonces habían tenido lugar y la libertad que Roma dejaba a sus legiones en los países invadidos o conquistados contribuyeron a desarrollar de modo formidable aquellas malas disposiciones, de suerte que las mismas tropas que pasaban por mejores y más ejemplares eran un temible azote" (83). Pues, así y todo, a la pregunta de los soldados responde Juan sencillamente: "No hagáis a nadie violencia ni fraude, y contentaos con vuestros sueldos." Prohibíales así la rapiña, el pillaje, las requisiciones injustas, como también los motines y revueltas, tan frecuentes entonces en

E. Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, t. V, cols. 858-861, y en Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes...*, 4.<sup>a</sup> ed., t. I, págs. 477-479.

(82) Tomo I, pág. 162. El Nuevo Testamento, Luc., VII, 2-5; Act., X, 1-2, cita precisamente dos centuriones romanos animados de sentimientos favorables a la religión judía.

(83) L. Cl. Fillion, *L'Evangile de S. Luc.*, págs. 96-97.



los ejércitos romanos, con motivo de los sueldos y alimento (84). Algo era ya.

Con este lenguaje, ya firme y severo, ya lleno de moderación, ablandaba Juan Bautista los corazones y las conciencias. ¡De qué escenas tan maravillosas de conversión no debieron ser testigos las orillas del Jordán! Jesús mismo (85) da testimonio de que, en los pocos meses que duró el ministerio del Precursor, un ardor prodigioso se apoderó de muchos israelitas que hicieron como irrupción en el reino de los cielos. Un cuadro semejante nos traza el historiador Flavio Josefo de Juan y de su obra (86): “Era — dice — un hombre excelente, que ordenaba a los judíos ejercitarse en la virtud, en la justicia de unos para con otros, en la piedad para con Dios y a reunirse para recibir el bautismo. Porque el bautismo — decía él — no puede ser agradable a Dios sino con condición que se eviten cuidadosamente todos los pecados. ¿De qué serviría purificar el cuerpo si antes no se purificase el alma por la justicia? Reuníase alrededor de él inmenso concurso, y las turbas estaban ávidas de oírle.”

Mas no le bastaba al Precursor con repetir sus elocuentes llamamientos a las almas para conducir las a la práctica de la justicia y de las buenas obras. Sin dejar de preparar así al Cristo “un pueblo perfecto” (87), no se olvidaba de rendir oportunamente un testimonio personal y directo. El autor del cuarto Evangelio, en su sublime prólogo (88), insiste en el hecho de que Juan Bautista había venido para dar testimonio del Mesías. El Precursor fué también fidelísimo a esta parte de su misión; en tanto que duró su ministerio obró como celoso profeta del Cristo, como algún día lo atestiguará Nuestro Señor (89).

En las narraciones evangélicas vémosle cumplir esta fun-

(84) Varias veces los emperadores tuvieron que aumentar considerablemente la paga y víveres de los legionarios. El *stipendium* cotidiano, después de haber sido de diez ases (el tercio de un denario) en los días de Julio César, fué elevado por Augusto a dos denarios; aproximadamente, 1,70 pts. (Tácito, *Ann.*, V, 17.)

(85) Matth., XI, 12; Luc., VII, 29.

(86) *Ant.*, XVIII, V, 2.

(87) Luc., I, 17.

(88) Joan., I, 7-8.

(89) Matth., XI, 11; Luc., VII, 28.

ción de testigo ante tres clases de oyentes; ante las turbas que de continuo le rodeaban, ante los delegados del Sanedrín y ante sus propios discípulos. Los sinópticos exponen simultáneamente el primer testimonio (90), que fué anterior al bautismo de Jesús, y que Juan debió de reiterar más de una vez (91). San Lucas particulariza la primera ocasión en que lo dió: “Como el pueblo esperaba (al Mesías) y todos pensaban en sus corazones que por ventura Juan fuese el Cristo, respondió Juan diciendo a todos...” La santidad del Precursor, su predicación, su bautismo, habían contribuido poco a poco a dar cuerpo a esta creencia popular, que, por lo demás, no se propagaba sin cierta vacilación (92). Pero Juan no podía tolerar por mucho espacio que idea tan falsa fuese adquiriendo crédito. Profundamente humilde, faltóle tiempo para protestar contra la exagerada estimación que de él hacían las turbas, y supo dar a su protesta cuanta publicidad se requería (93). Exclamó, pues:

Yo, en verdad, os bautizo en el agua:  
mas el que viene después de mí es más fuerte que yo,  
y yo no soy digno de desatar la correa (94) de sus sandalias:  
El os bautizará en el Espíritu Santo, y en el fuego.

En estas líneas el lenguaje no sólo está adornado de imágenes, sino que además está rimado al modo oriental, y con el paralelismo, que ya en otras ocasiones hemos señalado, se pone de realce la elevación y el carácter poético de los pensamientos (95). Para mostrar cuán inferior al Mesías era él, establece el Precursor dos expresivas síntesis, de las que una se refiere a las personas y otra a los dos bautismos.

Respecto a las personas, representa al Mesías como incomparablemente “más fuerte”, es decir, superior, mientras que Juan, por contraste, resulta más débil, inferior, indigno de

(90) Matth., III, 11; Marc.; I, 6-8; Luc., III, 15-16.

(91) Natural era que así fuese, y claramente lo insinúa la locución de San Marcos: ἐξηροσσεύεν λέγων (Vulg., *praedicabat dicens*). El empleo del imperfecto indica una costumbre.

(92) Se ve por el lenguaje mismo del evangelista: μή ποτε *ne forte*.

(93) Las palabras “diciendo a todos” tienen singular relieve.

(94) En San Marcos leemos además este expresivo detalle: “abajándome”.

(95) Estas cuatro líneas son una verdadera estrofa. El cuarto verso corresponde en ella al primero, y el tercero al segundo.



prestar a tan poderoso señor los servicios más humildes, reservados de ordinario a los esclavos de ínfima categoría, tal como llevarle sus sandalias y atarle y desatarle las correas de las mismas (96). Idéntica inferioridad abrumadora Juan se manifiesta al comparar su bautismo con el del Mesías. El suyo no era más que un bautismo de agua. Pero el agua lava más que la superficie; de donde se sigue que si bien el bautismo producía excelentes resultados excitando a la penitencia, no era bastante a borrar las manchas del alma. Por el contrario, el bautismo del Cristo, cuyos elementos son en cierto modo el Espíritu Santo y el fuego, obra hasta en los más íntimos repliegues del ser, produce resultados maravillosos de purificación y santificación y causa desde luego una completa regeneración moral (97).

(96) Los escritores clásicos de Roma mencionan expresamente *puelli sandaligeruli* y las *puellae sandaligerulae*.

(97) Act., II, 33; X, 44, 47; XIX, 6; etc. Cf. Tertuliano, *De bapt.* I; San Cirilo de Jerusalén, *Catech.*, XX, 6; Santo Tomás de Aquino, *Summa theol.*, part. III, q. 38, a. 1. Sobre la falsísima influencia que los racionalistas atribuyen a Juan Bautista respecto de Cristo, véase apéndice VII.

## CAPÍTULO II

### Preparación inmediata de Jesús para su ministerio.

Aunque toda la vida anterior de Jesús había sido continua preparación para el activo oficio de Mesías, no quiso El comenzar a ejercer su ministerio sino después de una consagración solemne. Esta consagración tuvo, por decirlo así, dos partes. Se inauguró, en primer lugar, por el bautismo, que le confirió, si es lícita la expresión, sus títulos oficiales, y después por la tentación, que poniéndole en el crisol de la prueba, manifestó el vigor de su alma y su fidelidad.

### JESÚS ES BAUTIZADO POR JUAN BAUTISTA (1).

Cierto día, cuya fecha no concretan los evangelistas (2), vió Juan acercársele un israelita de edad de unos treinta años (3), en plena madurez de la vida, cuyo semblante y actitud reflejaban tal majestad, inteligencia y santidad, que el Precursor no pudo menos de sentir fortísimo asombro. Era Jesús de Nazaret, que, habiendo dejado a su Madre, su dulce soledad y su tranquila vida de Nazaret, venía, como tantos otros, a las riberas del Jordán con el expreso designio — San Mateo lo dice claramente — de recibir el bautismo de manos del Bautista.

¡Extraño proceder el de Jesús! ¿Qué menester tenía El, el Salvador del mundo, el Verbo encarnado, que era la pureza mis-

(1) Matth., III, 13-17; Marc., I, 9-11; Luc., III, 21-22. La narración de San Mateo es la más completa de las tres.

(2) "En aquellos días", dice vagamente San Marcos; es decir, en la época en que las turbas acudían de todas partes a Juan Bautista.

(3) Luc., III, 23.



ma, de un rito que presuponía en quienes lo aceptaban la existencia del pecado y la necesidad de una conversión? ¿No era el bautismo de Juan "bautismo de penitencia"? Desde muy antiguo se planteó este problema teológico, al que, a veces, se han dado bien extrañas soluciones. Según un fragmento del Evangelio (apócrifo) de los Hebreos, que nos ha sido conservado por San Jerónimo (4), "la madre y los hermanos (de Jesús) le dijeron: Juan Bautista bautiza para remisión de los pecados; vayamos y seamos bautizados por él". Esta leyenda, herética en parte, reconoce ya que no se presentaba Jesús al bautismo de Juan por igual motivo que sus compatriotas; por esto supone que El no se había cuidado de recibirlo. El verdadero motivo que impulsó al Salvador a someterse al bautismo no ha de buscarse en su ser moral, sino fuera de él, en circunstancias exteriores. En este caso el problema se simplifica y se resuelve con facilidad.

El Precursor mismo desató parcialmente esta dificultad diciendo (5): "Para que El (el Mesías) sea manifestado a Israel he venido yo a bautizar en el agua." El bautismo del Cristo había de servir, pues, para revelarle solemnemente a Juan y luego, por intermedio del mismo Juan, a todo el mundo, en las gloriosas condiciones que pronto estudiaremos. San Justino (6), sin dejar de aceptar este motivo, nos sugiere otra explicación no menos excelente. "Aunque haya nacido ya el Cristo y habite en algún lugar — dice —, no es conocido aún ni ejerce poder alguno hasta que Elías lo haya consagrado por la unción." Fué, pues, el bautismo respecto a Jesús lo que la unción santa para los reyes y los sacerdotes. El Espíritu Santo se le va a comunicar con nueva plenitud, y el Padre le proclamará su hijo amadísimo, con lo que exterior e interiormente estará investido de plenos poderes para comenzar su obra. Quien hasta entonces había vivido como hombre privado, obrará públicamente como Mesías después de haber recibido el

(4) *Adv. Pelag.*, III, 2. Cf. Nestle, *Novi Testamenti graeci supplementum*, 1896, págs. 76-77. Otro escrito apócrifo, la *Praedicatio Pauli*, dice también que Jesús, "el único hombre que jamás pecó, había venido, a pesar suyo, empujado por su madre María", para recibir el bautismo de Juan. Cf. Pseudo-Cipriano, *De rebaptism.*, 17.

(5) Joan., I, 31.

(6) *Dial. c. Tryph.*, 88.

bautismo. Esta ceremonia fué, digámoslo así, su ordenación, su consagración mesiánica, el sello oficial de su dignidad.

Pero ascendamos más. Sí; entre Jesús, santísimo, perfectísimo, y el bautismo de penitencia existía oposición real y aun patente contradicción. Pero ¿no se había encarnado el Hijo de Dios para tomar sobre sí y expiar los pecados de los hombres? Pues, al tiempo de inaugurar su ministerio, cuadraba bien con su oficio el tomar la apariencia y actitud de un pecador, de un penitente, en espera de ser un día, en la cruz, nuestra víctima propiciatoria. Según profunda metáfora del Precursor, Jesús vino al Jordán para ser bautizado a título de Cordero de Dios (7), cargado con los crímenes del mundo entero (8). Aun siendo purísimos, decía poéticamente San Melitón (9), el sol terrestre, la luna y las estrellas, ¿no se bañan en el Océano?

El bautismo de Jesús merece, por tanto, ser considerado como uno de los puntos culminantes de su vida; por lo que bien podemos decir que su viaje de Nazaret al Jordán era el paso más importante que había dado desde aquel otro que lo trajera desde el cielo a las virginales entrañas de María. Seríanos grato conocer en qué lugar preciso de las riberas del río Jordán se hallaba el Precursor cuando vino a unírsele Jesús. "Una antiquísima tradición, referida ya por el Peregrino de Burdeos (a. 333), señala como lugar del bautismo de Nuestro Señor el punto del Jordán próximo al convento griego de San Juan Bautista (*Kasr-el-Ycuh*, castillo de los Judíos), a cinco millas romanas del mar Muerto (10), y a quince nudos del río. Allí iban muchos catecúmenos, desde el siglo IV al VI, a bautizarse, en honor del bautismo recibido por el Salvador" (11). Con todo, no consta de la certeza de este emplazamiento.

¡Momento solemne aquel en que Jesús, acercándose a Juan,

(7) Joan., I, 29.

(8) Véase San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 88; San Juan Crisóst., *Homil.*, XII, 3, in *Matth.*; Santo Tomás, *Summa theol.*, p. III, q. 39, a. 1 y 2; Suárez, *Disputationes in III partem D. Thomae*, disput., XXXIX, 1-2.

(9) Pitra, *Analecta sacra*, t. II, págs. 3-5.

(10) Indicación dada por el Peregrino de Burdeos.

(11) *La Palestine, Guide historique et pratique*, por varios profesores de Nôtre-Dame de France en Jerusalén, 2.<sup>a</sup> ed., 280.



le ruega que le confiera su bautismo! ¿Estaban solos entrambos a orillas del Jordán? Así parece indicarlo, si la tomamos a la letra, una noticia que apunta San Lucas. Jesús, dice, recibió el bautismo “cuando todo el pueblo se hubo bautizado” (12). Por lo demás, ninguno de los evangelistas supone la presencia de otros testigos fuera de Juan (13). ¿Se conocían personalmente los dos primos?, o, por el contrario, ¿era la primera vez que se hallaban cara a cara? Aunque en sí no es imposible que, con sus respectivos padres, se hubiesen visto en Jerusalén, con ocasión de las peregrinaciones prescritas por la ley mosaica, lo cierto es que los evangelistas no mencionan entrevista alguna fuera de la del bautismo. Si se habían visto antes debía de hacer ya mucho tiempo, pues días después dirá el Precursor que antes de este encuentro no conocía a Jesús (14).

El breve diálogo que se entabló entre ellos en cuanto Jesús se presentó, prueba que Juan le reconoció al punto por Mesías; mas fué en virtud de un presentimiento sobrenatural que precedió a la manifestación exterior del Espíritu Santo por la que —según Dios le había revelado— le había de ser designado oficialmente el Mesías. Protestó al principio enérgicamente y rehusó allanarse al acto que Jesús le exigía (15). “Soy yo —le decía— quien debe ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí?” Como su madre en otro tiempo ante María en el día de su visitación (16), se humilla y proclama su indignidad, y cuán inconveniente sería que él bautizase a aquel cuyo calzado no se sentía digno de llevar. Mas Jesús, con voz dulce y sosegada, dióle esta admirable respuesta: “Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia” (17). Con este lenguaje

(12) Luc., III, 21. La verdadera traducción de las palabras ἐν τῷ βαπτισθῆναι es la de San Ambrosio: *cum baptizatus esset omnis populus*. La de la Vulgata, *cum baptizaretur...*, es menos exacta.

(13) De la escena referida por Joan., I, 31-34, parece colegirse que el Precursor estaba entonces a solas con Jesús.

(14) Joan., I, 31. Los pintores nos han acostumbrado a la idea, llena de gracia y expresada con sus pinceles en formas encantadoras, pero enteramente falsas, de que Jesús y Juan habrían vivido juntos en sus años juveniles.

(15) En este aspecto es significativo el texto de San Mateo. El verbo διεκώλυεν (Vulg., *prohibebat*), en el imperfecto de duración, “impedía”, denota esfuerzos prolongados para disuadir a Jesús.

(16) Luc., I, 40-45.

(17) Hebraísmo, que significa “toda perfección”.

reconocía el Salvador lo bien fundado de la objeción de Juan. No, no estaba el Mesías estrictamente obligado a recibir el bautismo de manos de su subordinado. Pero esta ceremonia era una preparación para la institución del reino mesiánico, y por este título, aunque no prescrita por orden formal del cielo, entraba en el plan divino. Más adelante dirá Jesús expresamente que el bautismo del Precursor era un “designio de Dios”, designio que los fariseos y escribas habían menospreciado, rehusando someterse a él, mientras el pueblo y hasta los mismos publicanos, haciéndose bautizar por Juan, habían “justificado a Dios” (18). De aquí la conveniencia de que el Mesías se sometiese también a este rito, mas que fuese humillante para él. Bien puede Juan tranquilizarse y aceptar respecto al Cristo esta superioridad momentánea. La hora en que Jesús tomará el lugar que por su dignidad le corresponde está ya cercana.

Esa frase del Salvador, la segunda de las que nos han sido conservadas por los evangelistas (19), puso fin a aquella conmovedora porfía de humildad. Haciéndose violencia procedió entonces Juan al bautismo del Mesías, con lo que llegó a la cima de su hermosa carrera. Pero su ministerio no había terminado aún, y pronto le hallaremos nuevamente en pleno ejercicio de su función de heraldo del Cristo.

El bautismo de Jesús, no obstante su importancia, no ha sido descrito por ninguno de sus primeros biógrafos, que se contentaron con señalar brevemente el hecho. Insisten, en cambio, en los fenómenos de orden superior que se siguieron a la inmersión del Salvador en las aguas del Jordán. Varias veces, con ocasión de los misterios más humillantes de la vida oculta de Jesús, hemos señalado gloriosas manifestaciones, con que plugo a Dios poner de manifiesto momentáneamente la grandeza de su Elegido. También, con ocasión de su bautismo, recibió el Mesías de su Padre celestial un esplendoroso testimonio. No bien salió de las aguas del río, púsose en oración (20), como lo hará en otras solemnes circunstancias de su ministerio. No es difícil adivinar el objeto de la ferviente oración del recién bautizado. Se consagró generosamente al

(18) Luc., III, 29-30.

(19) Acerca de la primera, véase el tomo II, v. I, págs. 22-23.

(20) Debemos esta preciosa noticia a San Lucas, que según hemos dicho ya, se complace en recordar las oraciones del Hombre-Dios.



Padre, poniéndose por entero a su disposición y ofreciéndose por víctima universal. La respuesta del Padre a esta ferviente plegaria no se hizo esperar. Jesús y Juan vieron como desgarrarse el cielo (21) y salir del rompimiento el Espíritu Santo en figura de paloma, que descendió sobre Jesús y permaneció algún tiempo sobre El (22), como para establecer en El morada. Después resonó en los aires una voz que exclamaba: "Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido" (23).

No serán, por ventura, inútiles algunas explicaciones sobre estos maravillosos acontecimientos. Digamos, ante todo, que según los sagrados relatos, tuvieron aquellos fenómenos realidad objetiva exterior, y no fueron únicamente una visión en el alma del Cristo y del Bautista. El lenguaje de los Evangelios no deja lugar a duda en este particular, y ésta ha sido siempre la doctrina de los Padres y de los más autorizados exégetas católicos (24). Jesús y Juan vieron y oyeron; las escenas que aparecieron ante sus ojos, los sonidos que resonaron en sus oídos no eran imaginarios, sino sensibles y exteriores.

Superflua podría parecer, a primera vista, la bajada del Espíritu Santo sobre el Mesías, dado que la naturaleza humana del Verbo había sido como anegada en este Espíritu divino en el instante mismo en que se encarnó en el seno de María; mas entiéndese fácilmente que, estando Jesús a punto de inaugurar sus funciones, su humanidad recibiese esta nueva efusión de la tercera persona de la Santísima Trinidad, que era como la unción y la consagración, de que antes hemos hablado. Nos recuerda San Jerónimo (25) que, según el Evan-

(21) Es la expresión empleada por San Marcos: "Vió los cielos desgarrados", *σχιζομένων*. El poeta latino Silio Itálico escribe igualmente I, 537: *Scisso densa inter nubila coelo*. San Mateo y San Lucas dicen sencillamente que el cielo "se abrió"; locución que se halla también en otros lugares de la Biblia, Ez., I, 1; Act., VII, 36; Apoc., IV, 1; etc.

(22) Este último pormenor se lo debemos al cuarto Evangelio, Juan I, 32.

(23) San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 88; el *Diatessaron* de Taciano; Bar-kitt, *Evangelion da Mapharreshe*, t. II, pág. 115, y otros más añaden un cuarto fenómeno: el de una "gran luz" que habría acompañado a la voz divina.

(24) Véase Knabenbauer, *Commentar. in Evang. sec. Matth.*, t. I, página 147.

(25) En su comentario sobre Isaías, XI, 2.

gelio (apócrifo) de los Nazarenos, el Espíritu Santo habría dicho entonces a Jesús, a la vez que tomaba posesión de El: "Hijo mío, yo te esperaba en todos los profetas..., para descansar en ti, pues tú eres mi reposo." Extraña adición al texto inspirado, pero que, en el fondo, expresa un pensamiento tan exacto como hermoso. Por lo menos, se cumplieron ostensiblemente los célebres oráculos de Isaías: "El Espíritu del Señor reposará sobre El (el Mesías)"; "El Espíritu del Señor sobre mí, porque el Señor me ha ungido" (26).

En cuanto a la forma de paloma (27), bajo la que se apareció el Espíritu Santo, ofrécnos explicación satisfactoria las ideas simbólicas que los orientales, y muy especialmente los israelitas, vinculaban a esta ave. La paloma interviene en la historia del diluvio como imagen de la fidelidad y de la paz (28). El *Cantar de los Cantares* ve en ella una figura de la inocencia y del amor casto (29); el mismo Jesús pondera su candor y sencillez (30). Más aún: los escritos rabínicos gustan de establecer comparaciones entre ella y el Espíritu Santo. Así, a estas palabras del Génesis (31), "El Espíritu del Señor se cernía sobre las aguas", añadía un rabino: "como una paloma sobre sus pequeñuelos" (32). Y a propósito de un pasaje del *Cantar de los Cantares* (33), decía otro que "la voz de la paloma es la voz del Espíritu Santo" (34).

La tercera manifestación con que el Padre celestial reconoció a Jesucristo por Hijo y Enviado suyo completaba la segunda (35). Hase preguntado si las palabras "mi Hijo"

(26) Isa., XI, 2, y LXI, 1.

(27) San Lucas realza vigorosamente la realidad del hecho exterior de esta aparición diciendo que acaeció *ἐν σωματικῇ εἰδεί*, "debajo de una forma corporal".

(28) Gen., VIII, 11.

(29) Cant., I, 14; II, 10, 12; IV, 1; V, 2; VI, 8.

(30) Matth., X, 16.

(31) Gen., I, 2.

(32) *Chagiga*, 15, a.

(33) Cant., II, 12.

(34) *Bamidbar rabba*, 25. Cf. A. Wünsche, *Neue Beiträge zur Erläuterung der Evangelien*, págs. 21-22.

(35) Según la redacción de San Marcos y de San Lucas, Dios se dirige directamente a Jesús: "Tú eres mi Hijo amado..." Según San Mateo, se dirige a Juan Bautista: "Este es mi hijo amado..." Trátese de simples variantes que expresan un mismo y único hecho. La que probablemente se empleó fué la forma directa. San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 88 y 103, Clemente de Alejandría, *Paedag.*, XVI, 25, y algunos manus-



deben entenderse en el sentido amplio de Mesías, que alguna vez encierran, o en sentido estricto y teológico de Hijo de Dios propiamente dicho. Los exégetas y teólogos católicos, con ellos varios comentadores protestantes (36), patrocinan la segunda interpretación, exigida a la vez por el texto y el contexto. El texto, sobre todo en griego (37), con sus dos artículos que realzan el pensamiento, es singularmente expresivo. El contexto es todavía más claro, pues tanto San Mateo como San Lucas nos han presentado anteriormente a Jesús como engendrado por obra del Espíritu Santo, y San Marcos, desde la primera línea (38), resume todo su Evangelio en estas palabras, que no pueden ser más expresivas: "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios." Esa misma voz divina se hará oír aún en otras dos circunstancias para glorificar nuevamente al Salvador: en su transfiguración (39) y pocos días antes de su pasión (40). En todas estas tres ocasiones pronuncia palabras de exquisita ternura, que indican todo el amor del Padre hacia su Unigénito, elegido por El para cabeza y redentor de todo el linaje humano (41). He ahí, pues, ratificadas y como autenticadas solemnemente por el cielo las maravillosas narraciones del nacimiento del Salvador. He ahí también el doble título con que Jesús va a comenzar su obra: a ley de Mesías y de Hijo de Dios (42).

critos traen, equivocadamente, la variante "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy", tomada del Ps. II, 7. La indica San Agustín *De consensu evangelist.*, II, 14, para decir que en su tiempo no existía en los manuscritos más antiguos.

(36) Entre otros, Th. Zahn, *Das Evangel., des Matthäus ausgelegt*, h. 1.

(37) Ὁ υἱός μου, ὁ ἀγαπητός. A la letra: "El hijo de mí, el amado."

(38) Marc., I, 1.

(39) Matth., XVII, 5, y en los pasajes paralelos de San Marcos y de San Lucas.

(40) Joan., XII, 28-30.

(41) Joan., XII, 28.

(42) Acerca de la interpretación del bautismo de Jesús por los neócriticos, véase el apéndice VII.

## II. — LA TENTACIÓN DE CRISTO (43).

No bien Jesús había sido bautizado (44), cuando el Espíritu de Dios, que sobre El descendiera para tomar posesión más completa, si cabe, de su santa humanidad, lo impulsó con gran vehemencia al desierto (45). San Mateo especifica el fin de esta repentina traslación: fué "para ser tentado por el diablo".

Estas palabras enuncian un misterio más profundo y más asombroso aún que el del bautismo de Nuestro Señor. El Hijo de Dios tentado, es decir, provocado a hacer mal; el Hijo de Dios en contacto inmediato con el príncipe de los demonios: ¡qué contraste con su naturaleza y su dignidad! ¡Qué contraste también con las gloriosas manifestaciones poco ha realizadas en honra suya! Pero, merced a San Pablo y a los Santos Padres, la Teología católica ha conseguido derramar alguna luz sobre este incidente extraordinario. El Verbo divino, al hacerse hombre, había aceptado todas las condiciones, todas las miserias, todas las humillaciones de nuestra naturaleza caída. Por lo cual, dice el apóstol de los gentiles (46), fué "tentado como ellos". Y aun va más lejos San Pablo cuando no vacila en decir (47) que "fué necesario que Jesús fuese hecho en todo semejante a sus hermanos..., porque, por haber padecido y sido tentado, es poderoso para ayudar a los que son tentados". Hay, pues, también aquí, de parte del Salvador, una de aquellas voluntarias humillaciones que, con lenguaje nobilísimo, describe la Epístola a los Filipenses (48). Por lo demás, la tentación, por penosa que pueda ser, no causa de suyo ningún mal al alma que sabe resistirla; antes

(43) Matth., IV, 1-11; Marc., I, 12-13; Luc., IV, 1-13.

(44) No se olvida San Marcos de emplear en este lugar su adverbio familiar: "al punto".

(45) A San Marcos debemos también la noticia de esta circunstancia especial: ἐξέσπλει (Vulg., *expulit*). A la letra: el Espíritu le "arrojó", es decir, le hizo fuerte presión. Los otros dos sinópticos se expresan con las variantes: ἀνέχθη (S. Matth.), y fué "conducido a lo alto" (a un lugar más elevado); ἦγετο (S. Luc.), "era conducido".

(46) Hebr., IV, 15.

(47) Hebr., II, 18.

(48) Phil., II, 7-8.



al contrario, pone de manifiesto el temple del alma, y de este modo acrecienta sus méritos. Con mayor razón aún no podía sufrir en tales circunstancias ni siquiera levísimo perjuicio la santidad del Salvador. Ciertamente que entre El y nosotros había, según ya lo advirtió San Pablo (49), la enorme diferencia de que nosotros sucumbimos tantas veces a la tentación, mientras que Jesús permaneció siempre "sin pecado". Pero la escena que vamos a describir y otros episodios de la vida del divino Maestro demostrarán que, cuando menos, podía ser incitado al mal y tentado a faltar a su deber por ocultarse, digámoslo así, momentáneamente su divinidad y permitir que la naturaleza humana fuera sometida a duras pruebas. Tocante a este punto, la dolorosa escena de Getsemaní derrama clarísima luz sobre la tentación del desierto. Aunque era impecable pudo, pues, Jesús ser realmente tentado; pero con esta otra gran diferencia: que en nosotros, por obra del pecado original, hay una levadura de concupiscencia que acrece la potencia del mal, mientras que en Jesús, en quien todo era santo y perfecto, no podía la tentación provenir sino de fuera, de Satán o de sus agentes (50).

Primeros en sufrir la prueba de la tentación habían sido los ángeles, muchos de los cuales sucumbieron tristemente. La sufrió también Adán, y nosotros sabemos cuán funestos fueron los resultados para sí y para su posteridad. Tampoco se libró de ella el segundo Adán; ¡pero qué magnífica va a ser su victoria! Todo bien considerado, entrar en abierta liza contra el caudillo del imperio de las tinieblas y triunfar de él, ¿no era para el caudillo del reino de los cielos digno comienzo de su actividad redentora? Como dice el discípulo amado (51), para deshacer las obras del diablo "apareció el Hijo de Dios". Por lo que San Juan Crisóstomo (52), considerando el bautismo de Cristo como fuerte armadura de que se había revestido, dice a este divino héroe: "Vete, pues, porque si has tomado las armas no es para reposar, sino para combatir."

En los tres Evangelios que exponen la tentación de Cristo

(49) Hebr., IV, 15.

(50) Véase Santo Tomás, *Summa theolog.*, tercera parte, q. XLII, arts. 1-4; Suárez, tercera parte, disput. XXXIX, arts. 1-4.

(51) Joan., III, 8.

(52) Homil. XIV in Matth., h. 1.

to (53) dase al lugar en que sucedió el nombre general de "desierto". Debía, pues, de formar parte del desierto de Judá, que más arriba hemos descrito. Desde las orillas del Jordán, Jesús, conducido por el Espíritu Santo, atravesó el espacio de unos ocho kilómetros que media entre el río y Jericó; luego, encaminándose hacia el Oeste, se detuvo, según indica San Mateo con precisión (54), en la región más elevada del desierto, muy probablemente, conforme a una tradición que se remonta, por lo menos, a la época de las Cruzadas, en el lugar que hoy lleva el nombre de *Djebel Kurûntel* o *Kurûntul*, "monte de la Cuaresma", en memoria de los cuarenta días que en él pasó el Salvador. Es una región de horrible aspecto, cubierta de peladas rocas y desgarrada toda ella por profundas torrenceras. Las laderas de la montaña están llenas de grutas naturales, que, durante muchos años, fueron habitadas por piadosos ermitaños, deseosos de honrar en aquel sitio mismo el misterio de la tentación del Salvador. Un dato que San Marcos nos ofrece pinta al vivo la desolación de aquel lugar. Jesús, dice, "moraba con las fieras". Aun en nuestros días abundan por aquellos parajes, enteramente deshabitados, los chacales, las zorras, las hienas, las águilas, los buitres y otros animales rapaces (55).

Cuarenta días y cuarenta noches pasó Jesús en aquel horrible desierto, sin tomar alimento alguno (56). Por espacio de este largo período, vivió casi únicamente la vida del alma, sumido por entero en Dios, rogando por los que había venido a salvar, contemplando de antemano las diferentes fases de su próximo ministerio. Vivió como en éxtasis continuado, durante el cual las necesidades del cuerpo estaban milagrosamente en suspenso. Pero de repente, al reasumir la naturaleza imperiosamente sus derechos, hízose sentir el aguijón del hambre.

(53) Como no hubo testigos que presenciasen este episodio de su vida, debemos su noticia a Jesús mismo, que se la comunicaría, sin duda, a sus apóstoles. No puede ser más segura la fuente.

(54) Pág. 151, nota 45.

(55) Tristram, *The land of Israel*, pág. 244; G. A. Smith, *Historical Geography of Palestine*, págs. 316-317.

(56) San Lucas dice explícitamente: "No comió nada en aquellos días." La fórmula de San Mateo, "ayunó cuarenta días y cuarenta noches", no es menos explícita.



Este momento, propicio para la tentación por estar entonces debilitado el ser humano, fué el que aprovechó Satán para tender a Jesús el primer lazo. El Evangelio nos muestra al príncipe de los demonios “acercándose” de manera insidiosa, muy probablemente debajo de forma humana. Los distintos nombres que aquí le dan los escritores sagrados son los mismos que de ordinario recibe en las otras partes de la Biblia: “Satán”, palabra hebrea que significa “adversario”; “diablo” o calumniador, y “tentador”. Cada uno de estos calificativos lo señala con merecido estigma y pone de relieve su rara maldad. Enemigo como es de Dios y de los hombres, envidioso de Dios y de los hombres, ¡qué triunfo no alcanzaría sobre Dios y sobre los hombres juntamente si lograra vencer al Salvador! En su triple asalto (57) contra el Cristo manifestará toda su astucia y toda su habilidad.

Contando con el hambre que padecía el Salvador, quiso asaltarle por este lado el primer golpe. “Si eres el Hijo de Dios — le dijo — manda a esta piedra que se convierta en pan” (58). Al hablar de este modo señalaba Satanás con el dedo, o quizás la tenía en su mano, una de las incontables piedras que cubren la superficie del desierto de la Cuarentena. La expresión “Si eres el Hijo de Dios” que pone por dos veces como en vanguardia

(57) El relato de la tentación que leemos en el segundo Evangelio es en extremo conciso. Sin mencionar las tres fases de la tentación del Salvador, San Marcos se ciñe a indicar brevemente cuatro hechos. He aquí la versión de su relato según el texto griego: “(Jesús) pasó cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, siendo tentado por Satanás, y estaba con las fieras, y los ángeles le servían.” Siguiendo a San Justino, *Dial., c. Tryph.*, 103, al autor de las *Homilias clementinas* XIX, 9, a Orígenes, *Hom., XXIX, in Luc.*, a San Agustín, *De concord. evangel.*, II, 16, y algunos otros autores antiguos, se ha deducido a veces de este sumario que la tentación de Jesús se prolongó por espacio de cuarenta días. San Mateo y San Lucas no referirían más que la última fase. Mas no parece verosímil esta opinión. Según gráfica expresión, San Marcos no da, en realidad, más que un *torso* del episodio, y de tal modo ha abreviado su redacción, que ésta queda oscura. Debe, pues, explicarse por los otros dos, más completos y más claros. Si la última circunstancia: “Los ángeles le servían”, sólo se puede aplicar al final del episodio y no al conjunto de los cuarenta días y cuarenta noches, las palabras “tentado por Satanás” tampoco deben aplicarse a ese mismo período. Tal es la opinión de la mayor parte de los comentadores.

(58) Aquí seguimos la redacción de San Lucas, que parece la más natural. San Mateo, empleando el plural, escribe: “Dí que estas piedras se hagan panes.”

de sus pérfidas sugerencias, muestra que hasta cierto punto conocía la naturaleza y misión de Jesús (59). Poco antes, en el bautismo de Nuestro Señor, la voz divina había hablado con suficiente claridad para instruirle, si es que él o uno de los suyos la escucharon. En todo caso, querría tener una certeza mayor. Aquellas palabras insidiosas “Si tú eres...” están escogidas de intento para excitar en lo más vivo el amor propio de aquel a quien iba a tentar y obtener más fácilmente de él el prodigio solicitado.

Proponíase con esta primera tentación apremiar a Jesús a que utilizase en interés personal, sin necesidad perentoria, el don de hacer milagros, que sin duda le habría sido concedido si verdaderamente era el Mesías. ¿Por qué el Hijo de Dios había de sufrir hambre como un simple mortal en aquel inhabitado desierto, cuando tan fácil le era procurarse, sin más que una palabra, un alimento nutritivo? Hábil era la sugestión. Si Jesús le hubiese dado oídos “habría subordinado, por lo menos momentáneamente, su naturaleza divina a las necesidades de su humanidad, colocando lo humano por encima de lo divino, transformando lo divino en medio para lo humano; habría, por consiguiente, invertido el orden dispuesto por Dios” (60). Así es que rechazó enérgicamente esta primera acometida. Desdeñando responder a la insinuación contenida en las palabras “Si eres Hijo de Dios”, se contentó con replicar: “Escrito está: no sólo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.” Por tres veces echará mano, para triunfar de los asaltos del demonio, de la acerada e invencible espada de los textos bíblicos (61). Esta primera cita está tomada del Deuteronomio (62) y alude al gran milagro del maná. Después de la salida de Egipto iban a estar expuestos al hambre los hebreos durante sus peregrina-

(59) Siempre han estado divididas las opiniones de los comentadores sobre este particular. Según San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Agustín y bastantes autores modernos y contemporáneos, el príncipe de los demonios habría experimentado realmente dudas acerca de la mesianidad de Jesús.

(60) L. Cl. Fillion, *L'évangile de S. Matthieu. Introd., critiq. et commentaires*, pág. 82.

(61) Cf. Eph., VI, 17; Hebr., IV, 12.

(62) Deut., VIII, 3. Está hecha literalmente de la traducción de los Setenta.



naciones por el inmenso desierto de Farán. Pero, como el Señor acababa de elegirlos por su nación predilecta, no los desamparó. Con una palabra de su boca creadora y omnipotente les dió en abundancia un alimento maravilloso, que sostuvo sus fuerzas por espacio de cuarenta años (63). ¿Por qué, pues, Jesús, que se hallaba en circunstancias semejantes a las de los israelitas, había de obrar un milagro egoísta contrario al orden de la Providencia, dado que Dios conocía sus necesidades y no dejaría ciertamente de remediarlas en sazón oportuna? (64).

Antes que desconcertado por esta primera derrota, siéntese el tentador estimulado a nueva embestida, diversa en lo exterior de la precedente, y que consiste en proponer a Jesús un abuso aun más profano de su poder de hacer milagros. “Le transportó — dice el texto evangélico — a la Ciudad Santa, y le puso en el pináculo del Templo.” Ya hemos dicho que nos parece más conforme con la mente de los evangelistas y con la verdad de los hechos tomar esta descripción a la letra, siguiendo a la mayor parte de los intérpretes católicos, y creer que el Salvador toleró a Satanás que le llevase por los aires hasta Jerusalén (65). De igual manera permitirá, llegado el tiempo de su pasión, que el traidor Judas le entregue con un beso a sus enemigos, los criados del Sanedrín, que le golpeen y le escupan en el rostro y que los legionarios de Pilato le azoten y crucifiquen. Todas estas humillaciones eran parte del plan divino, al que El se conformó generosamente.

No es posible señalar con certeza el sitio preciso que San Mateo y San Lucas llaman “el pináculo (66) del Templo”, y

(63) Ex., XVI, 1-36; Jos., V, 12; Ps., LXXVII, 23-25.

(64) Algunos exégetas han desviado la respuesta de Jesús de su verdadero sentido, explicándola cual si la locución “palabra de Dios”, significase aquí no un alimento material, sino espiritual; por ejemplo, la obediencia a la voluntad divina, la palabra inspirada de los Libros santos, etc.

(65) San Mateo, que escribía principalmente para los judíos, da a la capital teocrática su nombre glorioso de “ciudad santa”, frecuentemente empleado en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento (cf. Is., XLVIII, 2; LII, 1; Dan., III, 28; Tob., XIII, 9; Apoc., XI, 2, etc., así como también por Filón y Josefo.

(66) Tomamos este nombre de la Vulgata, que traduce con mucha exactitud por *pinnaculum* la expresión griega correspondiente: τὸ πτερύγιον. Este diminutivo de πτερύξ, “ala”, servía frecuentemente para designar, en sentido figurado, el remate de un edificio, y sobre todo el frontispicio en forma de ala.

sobre el cual Satanás puso a Jesús. De la locución que emplean (67) dedúcese que no se trata aquí del santuario propiamente dicho, sino del templo en un sentido amplio, de todo el conjunto de las construcciones que lo componían. Se ha pensado especialmente en el pórtico de Salomón y en el pórtico real, que se erguían, el primero, en la parte oriental, y el segundo, en la meridional del edificio sagrado. Del pórtico real escribía Josefo (68) que quien desde lo alto mirase hacia abajo contemplaba un abismo tan profundo que causaba vértigo (69).

Tomando de nuevo la palabra, dijo el demonio a Jesús: “Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Mandó a sus ángeles cerca de ti, y te tomarán en sus manos, porque no tropieces en piedra con tu pie.” La táctica diabólica, con ser siempre la misma en el fondo, intenta ahora perfeccionarse. El tentador que, a costa suya, acaba de comprobar la fuerza de una cita bíblica traída oportunamente, se atreve, a su vez, a alegar también una para justificar su odiosa proposición. Tómala del salterio (70), y cierto que ella expresa con gracia encantadora los cuidados, que bien podemos llamar maternos, de que Dios rodea a los justos, sus fieles amigos. Por orden suya les tomarán delicadamente los ángeles en sus manos y les apartarán del peligro. Con mayor razón ha de proteger a su Cristo. No dude, pues, Jesús en lanzarse en el abismo. Lejos de hacerse daño alguno, con este inaudito prodigio asombrará a los judíos que a todas horas andan por los patios del templo, y al punto será aclamado como el esperado libertador, como Mesías derechamente descendido del cielo.

No; respondió inmediatamente el Salvador, no, porque también está escrito: “No tentarás al Señor tu Dios”. Verdad es que el Salvador ha dado solemne palabra de que socorrerá a los justos cuando se hallaren en peligro; pero no ha prometido venir en su ayuda cuando sin razón suficiente se expongan ellos mismos al peligro, por temeraria presunción, según que

(67) Τὸ ἱερόν y no ὁ ναός.

(68) Ant., XV, XI, 5.

(69) Eusebio de Cesarea, Hist. Eccl., II, 29, y XI, 5, cuenta también, aunque sin puntualizar más, que desde el pináculo del Templo fué precipitado más tarde por los judíos Santiago, Obispo de Jerusalén.

(70) Ps. XC, 11-12.



Satanás se lo proponía a Jesús. Proceder de este modo sería tentar a Dios, ponerle arrogantemente a prueba, exigir que por nuestro capricho renuncie a los sabios designios de su Providencia, que, por decirlo de una vez, obre milagros estu- pendos para remediar los daños de incalificables locuras. Tam- bién esta segunda respuesta está tomada del Deuterono- mio (71). Había usado Moisés este lenguaje para reprochar a los hebreos las injuriosas murmuraciones con que habían “tentado al Señor su Dios”, cuando, padeciendo sed en el de- sierto, exigían imperiosamente que hiciese un milagro (72). Mas no sucederá así con Cristo, que se guardará muy bien de hacer el acto criminal que el demonio le propone. A la pri- mera sugestión satánica responde afirmando su perfecta con- fianza en Dios, que no le dejará morir de hambre; rechaza la segunda declarando que no se expondrá neciamente al peligro por una presunción gravemente culpable. Cuando llegue su hora arrostrará la muerte sin temor ni vacilación; mas entre tanto, sólo ganando los corazones y convenciendo las inteli- gencias manifestará su misión celestial.

Entonces, continúa el relato evangélico (73), “el diablo trasladó a Jesús a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos”. Se ha intentado, aun- que en vano, determinar cuál fué la montaña desde cuya cum- bre mostró Satanás al Salvador tantas maravillas. Decláranse algunos por el Tabor o por el Nebo; pero no es tanta su ele- vación que pueda justificar aquella expresión “un monte muy alto” de la descripción de San Mateo. Por lo demás, cualquiera que fuese esta montaña, no era posible contemplar realmente desde su cima “todos los reinos del mundo”, aunque se res- trinja considerablemente la significación de estas últimas pa-

(71) Deut., VI, 16, según los Setenta.

(72) Cf. Ex., XVII, 2; Ps., LXXVII, 18-19.

(73) Sabido es que San Lucas no sigue el mismo orden que San Mateo en lo tocante a las dos últimas tentaciones, pues da el tercer lugar a la que acabamos de estudiar, y el segundo a la que ocupa el tercer lugar en la narración de San Mateo. Comúnmente se concede preferencia—y así opinaba ya San Justino en el siglo II (*Dial.*, c. *Tryph.* 103)—al orden seguido por el primer Evangelio, pues representa una gradación más natural y más lógica. Por lo demás, ¿cómo el demonio, después de haber sido arrojado vergonzosamente con las palabras “Vete de aquí, Satanás”, habría podido volver a la carga?

labras. Es, pues, probable que Satanás, por arte de magia, por una especie de fantasmagoría y de espejismo, hiciese pasar ante los ojos e imaginación de Nuestro Señor en grandioso y admirable panorama las bellezas de la naturaleza y del arte, las ciudades con sus palacios, los ejércitos y las turbas, las riquezas materiales; en una palabra, todo lo que constituye la gloria exterior de nuestra tierra. El texto de San Lucas favorece a esta opinión, pues dice que la maravillosa visión no duró más que un instante (74).

Creiendo Satanás haber deslumbrado a Cristo con este es- pectáculo grandioso, “te daré — le dijo — todo este poder, y la gloria de estos reinos, porque a mí se me han entregado, y a quien quiero, los doy. Por tanto, si postrado me adorares, tuyos serán todos”. Como ya observó San Jerónimo (75), el demonio usa aquí un lenguaje atrevido y soberbio, pero falso en gran parte, pues ni posee tal autoridad sobre todo el mundo ni puede conferir los reinos en feudo a quien bien le plazca. Mas tampoco es enteramente mentirosa su aseveración, dado que el mismo Dios le tolera el ejercicio de cierto poder en los negocios de los hombres, y que éstos se entregan con mucha frecuencia a su funesta dirección. En este sentido el mismo Jesús le llama algunas veces “príncipe de este mundo” (76), y San Pablo llega hasta darle el nombre de “Dios de este si- glo” (77). Hay, pues, una mezcla de impostura y de verdad en la impudente propuesta que aquí hace a Jesús. ¡Con qué arte encarece el valor de los bienes cuyo pleno e inmediato goce ofrece al Salvador! Pero esta oferta dista mucho de ser gratuita. El tentador exige, para conseguir su favor, una con- dición monstruosa y verdaderamente diabólica: que Jesús se postre a sus pies y manifieste así, a la usanza oriental, su absoluta sumisión al soberano de cuyas manos recibirá entonces sus poderes.

Por esta vez Satán se ha quitado la máscara. ¡Adórame!, tal es, en toda su desnudez, la horrible propuesta que se atre- ve hacer al Cristo. En las almas ordinarias la vista de los

(74) Ἐν στιγμή χρόνου. Vulg., in momento temporis.

(75) Comment. in Matth., h. 1.

(76) Joan., XII, 31; XIV, 30.

(77) II Cor., IV, 4. Cf. Eph., II, 2.



bienes terrenos excita al punto el deseo de poseerlos y de gozarlos. Confiaba el demonio hacer germinar semejante codicia en el corazón de Jesús, tanto más fácilmente cuanto el Mesías —no lo ignoraba él— estaba predestinado a ejercer una realeza universal. Grosero era su error. De ello hubo de percatarse cuando oyó de labios del Salvador esta orden, pronunciada con desdeñosa energía: “Vete de aquí, Satanás” (78), con que le expulsaba vergonzosamente. Pero aun completó el Salvador su pensamiento con una nueva cita de los Libros Sagrados (79): “Está escrito: adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás.” Este texto, tomado igualmente del Deuteronomio (80), expresa la ley fundamental de la verdadera religión. Adorar a Dios y servirle, he ahí el primero y más grande de todos los mandamientos, y el que resume todos los demás (81). Al citarlo Jesús, como que juraba fidelidad a su Padre celestial, único Dios vivo, fuera del cual nadie tenía derecho a sus homenajes.

Ningún argumento mejor para imponer silencio a su adversario. Y así, el demonio, vencido en todos sus intentos, vióse constreñido a huir vergonzosamente. Había “consumado toda la tentación”, escribe San Lucas en términos muy expresivos (82). En efecto, como observan los moralistas, las tres tentaciones con que el espíritu infernal había intentado inducir a Jesús al mal son como el germen y compendio de todas las otras (83). El mismo San Lucas, después de haber mencionado la retirada del tentador, añade que su alejamiento sólo duró “por algún tiempo”. Satanás, pues, no renunciaba definitivamente a la lucha. Sino que para volver a la carga aguardaría coyuntura más favorable, que confiaba hallar algún día. Con todo, no parece que volviese a contender personalmente con el Salvador. Hízolo, cuando menos, indirectamente, tentándole por sus emisarios: los escribas y los fariseos, los

(78) Las palabras “detrás de mí” que se leen en varios manuscritos y en algunos Padres griegos no parecen haber pertenecido al texto original. Están tomadas de San Mateo, XVI, 23.

(79) Como las precedentes, está hecha con cierto libertad.

(80) Deut., VI, 13.

(81) Matth., XXII, 36-38; Marc., XII, 28-34.

(82) Luc., IV, 13. Es decir, toda especie de tentación.

(83) San Gregorio Magno, *Hom. XVI, in Matth.*; Santo Tomás, *Summa theol.*, parte tercera, q. XLI, art. 4.

saduceos, las turbas con su falso ideal mesiánico, y el traidor Judas (84). San Pedro mismo se convirtió un día en tentador de su Maestro (85). Pero sobre todo se renovará la prueba de la tentación en los postreros días de la vida de Jesús. “Viene el príncipe de este mundo” (86), dirá a los apóstoles en el discurso de despedida, aludiendo a Getsemaní y al Calvario. Satán lo tentó en el desierto con la satisfacción de los sentidos y el atractivo de la gloria; después lo tentará con el miedo a los tormentos y de la muerte.

Cuando por primera vez fué asaltado por el demonio, expresó el Salvador su entera confianza en Dios, que con sólo una palabra puede procurar a quienes lo aman los alimentos necesarios para sostener su vida. El final de este episodio demuestra que no había esperado en balde aquel poderoso auxilio, pues no bien Satanás hubo desaparecido “he aquí que se acercaron los ángeles y servían” a Jesús. Sin dificultad se entiende que estos solícitos servicios consistieron en llevarle milagrosamente el alimento de que tanto había menester (87).

Tales fueron las principales circunstancias de la tentación de Nuestro Señor Jesucristo. Esta escena misteriosa fué, según que gustaban de repetir nuestros antiguos doctores, la contrapartida de aquella otra que, cuatro mil años antes, tuvo lugar debajo de los árboles del Paraíso terrestre. La victoria del que justamente ha sido llamado el segundo Adán, cabeza de la humanidad rescatada, compensa del vergonzoso y fácil vencimiento del primero. Pero notemos bien, si no queremos quitar a este episodio su verdadero carácter y amenguar su significación, que la prueba soportada por Jesús en el desierto no consistió solamente en una triple tentación de gula, de vanagloria y de ambición. Fué mucho más grave y decisiva. Todos los comentadores de los Evangelios están hoy conformes en reconocerlo: Jesús fué tentado no a título de hombre ordinario, sino de Mesías, a la hora misma en que como tal

(84) Cf. Joan., XIII, 27.

(85) Matth., XVI, 23; Marc., VIII, 33.

(86) Joan., XIV, 30.

(87) El verbo διακονεῖν (Vulg., ministrare) suele tener esta significación especial en el Nuevo Testamento. Cf. Matth., VIII, 15; XXV, 24; XXVII, 55; Marc., I, 13-31; Luc., IV, 39; XII, 37; XVII, 8; Act., VI, 2, etc.



iba a presentarse ante sus compatriotas. Las imágenes que el demonio hizo brillar a sus ojos fueron elegidas con grandísima habilidad para seducirlo, si ello hubiera sido posible. Debemos repetir una vez más, pues es punto muy principal de la presente historia, que la mayor parte de los judíos de entonces había desfigurado torpemente el santo y celestial retrato que los profetas habían trazado del Mesías, hasta hacerlo completamente terreno y desconocido. El libertador que ellos esperaban había de aparecer de un modo teatral, multiplicar los milagros sin más fin que halagar su vanidad personal o la de su pueblo y manifestarse como rey poderoso, cuyo imperio universal apenas bastaría para satisfacer su ambición (88). Este programa de falso mesianismo judío es el que el demonio, en sus tres consecutivos asaltos, proponía a Jesús que rechazase. Quería hacer de El, como alguien ha dicho, un Mesías “por la gracia de Satán”. Por tres veces rechazó y condenó el Salvador este programa, asentando a la vez tres grandes principios: 1.º Aun como Mesías no se creía a cubierto de las necesidades y pruebas a que están sometidos los demás hombres, ni hará milagro alguno para eximirse de ellas. 2.º Para convencer a los judíos de sus derechos mesiánicos no echará mano tampoco de prodigios inútiles, ni hará “señales” deslumbradoras que no tengan un fin moral. 3.º El reino que va a fundar nada tendrá de político ni de terreno, sino que será espiritual y religioso. En una palabra, Jesús no se aviene a ejercer el oficio de Mesías sino en consonancia con la voluntad de Dios.

Verdad es que ello le costará la vida, pues rehusando allowarse al papel que le sugería Satanás, chocará con los prejuicios de su nación y levantará poco a poco contra sí violentas oleadas de odio. Cada vez, pues, que ha repelido un asalto de Satanás, ha subido una nueva grada del altar sobre el que había de ser inmolado. Pero al fin de su gloriosa carrera podrá decir con noble altivez que el príncipe de este mundo, el jefe de los demonios, no tenía el menor derecho sobre El (89).

(88) Véase el tomo I, págs. 195-198.

(89) Joan., XIV, 30; véase el apéndice VIII.

### III. — NUEVOS TESTIMONIOS DE JUAN BAUTISTA EN FAVOR DEL CRISTO (90).

Por los sinópticos sabemos cuán fielmente había cumplido Juan su oficio de heraldo del Mesías, aun antes de conocerlo y bautizarlo. El cuarto Evangelio, completando los tres primeros, nos ofrecerá, a su vez, uno tras otro, nuevos testimonios, más directos y personales, que el Precursor dió de Jesús unas seis semanas después de su bautismo. El evangelista va a mostrarnos en resumen cuatro jornadas sucesivas de la vida del Salvador (91).

Hase comparado al Bautista con un guardián que estuviese ante el pórtico del reino de los cielos, o a la entrada de un grandioso santuario, para abrir la puerta a cuantos se aproximasen con las debidas disposiciones. Pero no venían a él como humildes penitentes aquellos en cuya presencia va a dar el primer testimonio que hemos de explicar aquí. Eran — y ello dará más fuerza a la atestación del Precursor — personajes oficiales enviados por el Sanedrín de Jerusalén (92) para efectuar una seria investigación respecto de él. Su fama, cada vez más en aumento, que atraía a orillas del Jordán meridional numeroso tropel de gentes, que venían no sólo de toda la Palestina, sino también de la capital judía (93), y la efervescencia que había ocasionado su predicación, no podían menos de inquietar a la Asamblea suprema, que creyó preciso informarse por sí misma. No se excedía con ello el Sanedrín de sus derechos, pues una de sus atribuciones más importantes concernía a los asuntos religiosos del judaísmo. Los escritos rabínicos de aquel tiempo dicen expresamente (94) que el juicio acerca de los profetas era de su incumbencia especialísima. Ahora bien, las profecías de Juan referíanse a un artículo de fe: el advenimiento del Mesías, que excitaba por entonces en

(90) Joan., I, 19-34.

(91) Joan., I, 19, 29, 35, 44.

(92) Acerca de esta Asamblea suprema véase el tomo I, págs. 142-144.

(93) Matth., III, 5; Marc., I, 5.

(94) Tratado Sanhedrin, I, 5. Cf. Deut., XVIII, 21-22.



toda la nación vivísimo interés. Demás de esto, crecía de continuo el rumor de que el mismo hijo de Zacarías era el libertador esperado. ¿Qué había en ello de verdad? ¿Qué significaba aquel bautismo que administraba sin previa licencia? En sí, legítimo era que las autoridades interviniesen para esclarecer estas inquietantes preguntas; por lo cual no es necesario ver en la diligencia de los sanedritas abierta hostilidad, aunque muchos miembros del Consejo supremo hubiesen, tal vez, votado por la investigación acordándose de las severas palabras que ante el pueblo había pronunciado el Bautista contra los fariseos y los saduceos (95).

Sería interesante penetrar en el alma de Juan Bautista y admirar los sentimientos de que estaba llena desde que había entrado en inmediato contacto con el Cristo. Su fe, su celo, su deseo de servirle con mayor fervor que nunca, su amor generoso, habíanse avivado singularmente, en tanto que crecían su profunda humildad y entera abnegación. En esta disposición de ánimo lo hallaron los delegados del Sanedrín. Habían sido éstos elegidos de entre la categoría de los sacerdotes y levitas: elección muy natural, ya que los puntos que habían de examinarse eran de índole teológica y caían, por consiguiente, debajo de la jurisdicción sacerdotal. ¿No había dicho Dios en otro tiempo, por el profeta Malaquías (96), que “los labios del sacerdote guardarán la sabiduría, y la ley buscarán de su boca, porque él es el ángel del Señor?” En el caso presente el oficio principal correspondía, pues, a los sacerdotes; los levitas les acompañaban como guardia de honor.

Van a someter a Juan, hablándole en tono de autoridad a un interrogatorio en toda regla. Comoquiera que el Precursor no sentirá embarazo alguno para responder, el diálogo será vivo, rápido: “¿Quién eres tú?”, le preguntan primeramente. En el pensamiento de los delegados esta pregunta significaba claramente: ¿Eres tú el Mesías? Así la entendió Juan, que al punto respondió con enérgica concisión: “Yo no soy el Mesías” (97). Subraya el evangelista la firmeza, lealtad y sin-

(95) Matth., III, 7-12.

(96) Mal., II, 7. Cf. Os., IV, 6.

(97) La lección más autorizada del texto griego coloca el pronombre γώ delante de la frase, para más acentuarla. Es ya observación an-

ceridad de esta respuesta, introduciéndola con una fórmula solemne, que es primero positiva, negativa después y de nuevo positiva: “Y confesó; y no negó; y confesó...” ¿El, el Mesías? Rechaza sin demora lejos de sí esta hipótesis, como blasfemia intolerable.

“¿Pues qué!—replicaron los delegados—, ¿eres Elías?” No ha de causar extrañeza esta segunda pregunta. Según un oráculo de Malaquías (98), el profeta Elías, que misteriosamente fué arrebatado en un carro de fuego y reservado por el Señor para un oficio venidero, debe reaparecer nuevamente en la tierra, a fin de preparar el advenimiento del Mesías. El libro del Eclesiástico (99) indica también esta noble función de Elías y clama por su aparición. Igual creencia existía entre los judíos en tiempo del Salvador, como se ve por varios pasajes de los Evangelios (100) y de los escritos rabínicos (101). El mismo Jesús la enseñó, pero haciendo una distinción importante: el profeta Elías preparará el segundo advenimiento del Mesías; pero a Juan estaba reservado el preparar el primero (102). Por esto, cuando el Arcángel San Gabriel predijo a Zacarías el nacimiento de este hijo privilegiado, le anunció que estaría dotado del espíritu y del poder de Elías (103). No teniendo el Precursor por qué descender a estas distinciones teológicas, a la pregunta: “¿Eres tú Elías?”, se contenta con responder: “No soy.” No era, en realidad, como dijo San Gregorio, más que un Elías místico y figurativo.

“¿Eres tú el profeta?”, volvieron a preguntarle los delegados. El empleo del artículo en el texto griego (104) indica

tigua que en todo este pasaje repite muchas veces Juan Bautista este pronombre, para dar más fuerza a su testimonio. Véanse los versículos 20, 23, 26, 27, 30, 31 (dos veces), 33, 34.

(98) Mal., IV, 5-6 (III, 23-24, texto hebreo).

(99) Eclli., XLVIII, 1-11.

(100) Matth., XVI, 14; XVII, 10-13; Joan., I, 21, etc.

(101) Cf. San Justino, *Dial., c. Tryph.*, 8; J. Langen, *Das Judentum im Palästina zur Zeit Christi*, págs. 490-491; Weber, *System der altsynagogalen palästinischen Theologie*, págs. 337-339; Bousset, *Die Religion des Judentums*, pág. 220; Edersheim, *Life and Times of Jesus*, t. II, págs. 703-706.

(102) Matth., XI, 13-14; XVII, 10-13.

(103) Luc., I, 17.

(104) Ὁ προφήτης.



que al hacerle esta tercera pregunta se referían a un personaje determinado, ya conocido, al menos de un modo general, y que en otras dos ocasiones será mencionado en el cuarto Evangelio (105). Según opinión casi unánime de los intérpretes, este profeta no era otro que aquel cuya venida lejana había presagiado Moisés, divinamente inspirado (106). Pero mientras unos judíos le distinguían del Mesías, como lo hacen en este lugar los representantes del Sanedrín (107), y le consideraban como uno de sus precursores, otros (108), y con ellos los primeros cristianos (109), lo identificaban con el Cristo. Esta segunda interpretación es la verdadera. Un simple y rotundo "No" fué la respuesta de Juan (110).

Porfiaron otra vez los delegados, aunque no sin indicar el motivo de su insistencia: "Pues ¿quién eres, para que podamos llevar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?" Aunque habían estrechado al Bautista con sus preguntas, no habían obtenido de su interrogatorio más que un resultado negativo, y no querían alejarse sin obtener siquiera algunos datos positivos que pudiesen insertar en su informe o relación. Y tampoco esta vez se hizo esperar la respuesta. Consistió en el vaticinio de Isaías, que los sinópticos han citado ya con ocasión de la primera aparición de Juan Bautista en la escena histórica (111), y que éste se aplica ahora a sí mismo: "Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor." No quiere ser más que como una voz, una cosa impersonal y sin nombre. A pesar de lo cual los Evangelios nos han revelado su poder, su elocuencia y éxitos maravillosos. Pero Juan no piensa sino en humillarse ante el Cristo.

En este punto interrumpe el evangelista momentáneamente su narración para advertirnos que los miembros de la dipu-

(105) Joan., VI, 14, y VII, 40.

(106) Deut., XVIII, 15-18.

(107) Cf. Joan., VII, 40, y también Matth., XVI, 14; Marc., VI, 15; VIII, 28; Luc., IX, 8, 19.

(108) Joan., I, 45.

(109) Act., III, 22-23; VII, 37.

(110) Son de notar la brevedad y vigor de estas respuestas: "Yo no soy", "no lo soy", "no".

(111) Is., XL, 3. Véase la pág. 124.

tación pertenecían a la secta de los fariseos (112). Ardientes celadores de la fe y de la pureza del culto, hicieron a Juan Bautista una postrera pregunta. Fundándose en su propia confesión, le dijeron: "Pues, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta, ¿por qué bautizas?" Concederíase de buen grado al Mesías y a los grandes personajes que debían preparar su venida el derecho de innovar en materia religiosa y de instituir un nuevo rito; pero si Juan no es nada, ¿a título de qué bautiza? Esta vez se contentó con dar una respuesta indirecta, pero ¡qué clara y qué bien justifica toda su conducta! En ella reprodujo, con algunas variantes, el primero de los testimonios que antes había dado en favor de Cristo redentor (113). "Yo — dijo con humildad — bautizo en el agua; mas en medio de vosotros está alguien a quien vosotros no conocéis; El es el que viene (114) después de mí, y a quien no soy digno de desatar la correa del calzado." Estas pocas palabras contienen en cierto modo las cartas credenciales de Juan Bautista. Queríase saber en virtud de qué privilegio bautizaba. Responde ante todo que su bautismo no es más que un rito exterior — "Yo bautizo en el agua" —, por contraste con el bautismo "en el Espíritu Santo y en fuego", que ha de conferir el Mesías. Añade que está cumpliendo respecto al Cristo una función muy humilde, pero que le pone en rela-

(112) Siguiendo a Orígenes, han creído algunos ver en esta noticia la indicación de que en este momento llegó al encuentro del Bautista otra diputación, compuesta de fariseos, para interrogarle a su vez. Pero el texto mismo, cuyas diferentes partes están ligadas entre sí (Joan., I, 20-28), como porciones de un todo inseparable, se opone a semejante interpretación. Se trata de una sola entrevista, de una sola delegación. Hase dicho que el Sanedrín no habría elegido sus delegados en el partido de los fariseos, pero sin motivo suficiente, pues consta que éstos habían penetrado mucho tiempo hacía en el Gran Consejo, donde, como en todas partes, pesaba mucho su influencia. Sabemos también por Flavio Josefo, *Ant.*, XVIII, I, 3, que tenían especial competencia en lo tocante a los ritos religiosos. Era, pues, natural que el narrador insertase aquí esta noticia retrospectiva cuando iba a hablar del bautismo inaugurado por Juan. Cierta número de levitas y de sacerdotes estaban afiliados a la secta farisaica.

(113) Matth., III, 11; Marc., I, 7-8; Luc., III, 16.

(114) En griego, ὁ ἐρχόμενος, en participio, uno de los nombres del Mesías entre los judíos. Cf. Matth., XI, 3, etc. Hemos citado esta respuesta de Juan conforme a la lección del texto que parece la más autorizada. Después de las palabras "Vosotros no conocéis", se lee en la Vulgata y en otras partes: "Este es el que ha de venir en pos de mí; que ha sido antepuesto a mí; yo no soy digno..."



ción personal con El; si bautiza, lo hace en concepto de precursor del Mesías. Por último, conoce ya al Cristo, que Dios se ha dignado manifestarle, mientras que ellos (115) no lo conocen aún, a pesar de que vive en medio y muy cerca de ellos.

En este último rasgo, en el que está el punto principal, consiste la novedad de este segundo testimonio del Precursor. El Mesías está "en medio de vosotros": ¡qué revelación tan sorprendente! Así es que el evangelista, al acabar su narración, se creyó obligado a darnos el nombre de la localidad donde tuvo lugar el incidente: "Esto pasó en Betania, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando." Las palabras "al otro lado del Jordán", que designan la provincia de Perea, encamínanse a distinguir entre esta población y la aldea del mismo nombre —situada en las cercanías de Jerusalén— donde Lázaro, Marta y María (116), los íntimos amigos de Nuestro Señor, tenían su residencia. Pero ¿dónde estaba esta segunda Betania? Los palestinólogos y comentadores han propuesto varias hipótesis, pero ninguna de ellas del todo satisfactoria. Según la más reciente y la mejor de todas (117), "Betania debía hallarse a unos tres kilómetros al Norte del actual puente del Jordán, a la orilla izquierda del río, al Norte del wadi *Nimrin*, en *Kirbet Tell-el-Medeck*. Un poco más abajo del puente se halla el vado de *El-Ghoranyéh*, el más frecuentado de todo el curso meridional del Jordán, y hacia el que convergen tres antiguos caminos, los más importantes de Judea, que vienen de Betel, de Jerusalén y de Belén. Mientras la ribera oriental del Jordán, en toda la región del Sur, no conserva huella alguna de ciudades antiguas que estuviesen situadas cerca del río; en *Tell-el-Medeck* se ven ruinas considerables de una antigua población, dominadas por los restos

(115) En el griego hay un *ὅτι*, "vosotros", muy acentuado.

(116) Joan., XI, 1-18. No vamos a entrar aquí en la discusión suscitada por la variante *Βηθαβαρα*, de la que Orígenes se erigió en campeón poco prudente. Confiesa él mismo que en su tiempo la lección *Βηθανία* era la más acreditada; sino que, no habiendo podido descubrir, en un viaje que hizo a Palestina hacia el año 215, ninguna localidad del nombre de Betania, en la ribera izquierda del Jordán, mientras que sí halló una aldea llamada Bethabara, recibió e hizo que otros recibiesen esta lección, ciertamente errónea y condenada por los mejores críticos.

(117) Se debe al P. Federlin, de los Padres Blancos de Santa Ana de Jerusalén.

de una torre que debió de ser puesto de soldados romanos" (118). Este lugar ofrece para nosotros particular interés, pues caso de ser auténtico indicaría el sitio en que quizás fué bautizado Jesús (119).

¿Qué impresión experimentaron los delegados del Sanedrín al escuchar las memorables palabras de Juan Bautista? ¿Le pidieron algunas otras explicaciones antes de dejarlo? El silencio del evangelista parece indicio desfavorable. Por lo demás, su intento era simplemente exponer el testimonio de Juan Bautista; según costumbre suya, cierra el incidente sin entrar en más pormenores, y pasa a referir otro episodio mucho más notable aún.

Triple era la misión que el Precursor tenía que cumplir: anunciar el próximo advenimiento del Mesías, preparar al pueblo judío para este advenimiento y señalar como con el dedo al Cristo en la persona de Jesús. En esta última función, la más importante de todas, nos lo va a mostrar el autor del cuarto Evangelio, citando su tercer testimonio (120), aun más claro y categórico que los dos precedentes.

Como en otro tiempo en torno de Samuel, Elías y Eliseo (121), pronto varios discípulos fervientes, jóvenes los más, se agruparon en torno del nuevo profeta. Juan los había escogido entre sus mejores catecúmenos. Debajo de su dirección, e imitando hasta cierto punto la austeridad de su vida (122), se preparaban a recibir dignamente al Mesías y sus gracias. Su maestro les había enseñado una especial fórmula de oración (123), y cerca de él se santificaban.

(118) *La Palestine, Guide historique et pratique*, por varios profesores de Notre-Dame de France, en Jerusalén, segunda edic., págs. 280-281. Entre las otras localidades con las cuales se ha intentado identificar esta Betania citaremos las ruinas llamadas hoy *Betané*, en el wadi *Abu Muhaa*, como a una hora de marcha al S. O. de *Es-Salt*, en el sitio de la antigua Botnin (Jos., XIII, 26). Véase San Jerónimo, *Onomasticon*, 103, 14.

(119) Véase, con todo, lo que antes hemos dicho, página 145, respecto al sitio tradicional del bautismo de Nuestro Señor. Verdad es que Juan Bautista no permanecía siempre en el mismo sitio.

(120) Joan., I, 29-34.

(121) Cf. I Reg., X, 5-12; III, Reg., XVIII, 4; IV Reg., II, 15; VI, 1, etc.

(122) Matth., IX, 14; Marc., II, 18; Luc., V, 33.

(123) Luc., XI, 1.



Al día siguiente de la visita oficial de la delegación del Sanedrín, estando Juan rodeado de varios de ellos, vió (124) a Jesús, que entonces volvía del desierto después de su tentación y pasaba a cierta distancia. ¿Venía el Cristo a aquellos parajes para tener una nueva entrevista con su Precursor? Poco verosímil parece tal conjetura, y en todo caso, nada hay en el texto sagrado que la favorezca. Por lo menos, iba Jesús a ofrecer a Juan ocasión para que diese de El un tercer testimonio, y no la malogró el hijo de Zacarías. Sobrecogido de viva emoción e indicando con el dedo al Salvador — en este ademán y radiante de santa alegría lo representó Rafael en una de sus obras maestras —, pronunció estas palabras, que penetraron muy hondo en la memoria de sus discípulos (125):

He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es de quien yo dije: en pos de mí viene un varón, el cual fue antepuesto a mí, porque primero que yo era. Y yo no le conocía, mas para que fuese manifestado en Israel, por eso vine yo bautizando en agua. Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y se posaba sobre El. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, me dijo: Sobre quien vieres al Espíritu descender y posarse sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

“¡El cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” Admirable es este lenguaje figurado, suavísimo, y al mismo tiempo lleno de energía. El humilde cordero de los campos ocupaba lugar considerable en el culto israelita, especialmente en el sacrificio llamado perpetuo, que, en nombre de todo el pueblo, se ofrecía solemnemente todos los días por la mañana y por la tarde (126). Pero no es a esta inmolación, sin cesar renovada desde los tiempos de Moisés, a lo que aquí alude el Precursor. También al cordero pascual correspondía un lugar importante en la historia religiosa de Israel, pues, cuando por primera vez fué inmolado en el país de Gessen, había salvado de la muerte a los primogénitos de los hebreos (127), y no hay en el Antiguo Testamento ciertamente símbolo alguno más conmovedor del Mesías en cuanto víctima por nosotros. De

(124) El empleo del tiempo presente, βλέπει, en griego, dramatiza el acto.

(125) Joan., III, 26. Véase también Joan., X, 40-42.

(126) Más arriba hemos dado su descripción. Véase t. I, págs. 236-238.

(127) Ex., XII, 3-28.

aquí que San Pablo y San Juan evangelista (128) vean en este cordero un tipo del Cristo. Con todo, cuando el Bautista aplicaba a Jesús este nombre místico, referíase especialmente, según sentencia unánime, a uno de los más hermosos y más célebres vaticinios mesiánicos de Isaías. En su capítulo LIII, donde por anticipado describe la pasión del “servidor de Jehová”, es decir, del Cristo, más en son de evangelista que de profeta (129), el más ilustre de los videntes de Israel compara al Mesías paciente con el cordero “que es llevado al matadero” y ni aun abre su boca para quejarse (130). No cabe dudar que el Precursor aplicó a Jesús, nuestra dulce y divina víctima, este vaticinio, por especial inspiración del Espíritu Santo. “Viendo a Jesús como Cordero de Dios, San Juan lo veía ya bañado en su sangre” (131), y, por lo mismo, como a quien lleva sobre sí y quita (132) y expía los pecados (133) del mundo entero. No es, pues, maravilla que los primeros cristianos celebrasen al Salvador Jesús con este título en sus cánticos (134), ni que San Pedro le llamase “el Cordero sin defecto y sin mancha” (135), ni que el discípulo amado le diese hasta veintinueve veces este nombre en su Apocalipsis (136), sin hablar de otros pasajes del mismo libro donde nos le muestra gloriosamente inmolado por nuestra salvación.

Después de haber encarecido con esta admirable metáfora la grandeza de la obra del Mesías, torna Juan a su persona y a su dignidad. Lo que antes había dicho del Cristo en términos generales, repítelo ahora para aplicárselo directamente a Jesús: “Este es de quien yo dije: en pos de mí viene un varón

(128) I Cor., V, 7; Joan., XIX, 31.

(129) San Jerónimo, *Epist. LIII, ad Paulin.*

(130) Is., LIII, 7.

(131) Bossuet, *Elévations sur les mystères*, 24.º día, II.ª elev.

(132) Como el hebreo *naçah*, el verbo griego *αἶρω*, que de ordinario tiene el sentido de “llevar”, significa en este lugar “quitar”, expiando por su sacrificio personal.

(133) El texto dice en singular: “el pecado”, es decir, todos los crímenes de los hombres, representados como una masa inmundicia y en extremo pesada.

(134) H. Leclercq, artículo “Cordero”, en el *Dict. d'archéologie chrétienne et de liturgie*, publicado por J. Cabrol, t. I, primera parte, columnas 877-904.

(135) I Petr., I, 20.

(136) Apoc., V, 6-14; XIII, 8; XV, 3-4, etc.



que fué antepuesto a mí, porque antes que yo era.” Luego expone a sus oyentes por qué medio, tanto más cierto cuanto era sobrenatural, ha sabido que el hijo de María era el Mesías. Esta manifestación celestial, que los sinópticos han referido más circunstanciadamente, comunica al testimonio de Juan una fuerza invencible. ¡Qué acento de fe y de triunfo en esta última afirmación: “Y yo vi, y di testimonio de que éste es el Hijo de Dios!” (137). Hubiera podido añadir el Precursor que había oído también la voz del Padre, que proclamaba a Jesús su Hijo amadísimo; por lo menos, el eco de esta proclamación gloriosa resuena en la profesión de fe que acabamos de leer.

Hase preguntado en qué sentido emplea aquí San Juan Bautista el título de Hijo de Dios. No hay duda que en su significación más estricta y literal. Conviene recordar que es el autor del cuarto Evangelio quien nos ha conservado este testimonio de Juan Bautista. Ahora bien, el discípulo amado en el sublime prólogo de su Evangelio, unos versos tan sóbros antes de contar el episodio de las orillas del Jordán, insiste sobre la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y su gloria: “como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. Los vocablos “Hijo de Dios” no pueden tener significación diversa en el intervalo de menos de una página. Demás de que la expresión “fué antepuesto a mí, porque antes que yo era”, aquí, lo mismo que en prólogo (138), no puede significar otra cosa que la preexistencia eterna del Mesías, es decir, su divinidad, que se le había manifestado al Precursor por una revelación especial. Júzguese por esto de la extensión y fuerza de su último testimonio.

(137) La variante “el Elegido de Dios”, que se encuentra en algunos raros manuscritos y en otras partes, no tiene suficiente autoridad.

(138) Joan., I, 15 y 30.

#### IV.—REÚNE JESÚS EN TORNO SUYO VARIOS DISCÍPULOS Y HACE SU PRIMER MILAGRO (139).

¡Deliciosa espontaneidad y frescura la de estas narraciones! Adivínase, al leerlas, que el narrador fué testigo ocular de lo que nos refiere (140). Aunque cercano a los últimos linderos de la vida humana cuando puso por escrito estas escenas primorosas, hasta las menores circunstancias tenía presentes en su corazón y en su memoria, y las expone con sentimientos de amor y de gratitud, cuyo calor se siente correr por entre estas líneas. Su delicada narración nos permitirá asistir a los comienzos mismos de la Iglesia de Cristo.

Al día siguiente de haber pronunciado la significativa expresión “He aquí el Cordero de Dios”, hallábase el Precursor acompañado de dos de sus discípulos, cuando, de improviso, silenciosa y majestuosamente, pasó de nuevo Jesús a cierta distancia. Dirigiendo hacia El su penetrante mirada (141), exclamó Juan, lo mismo que la víspera, pero esta vez sin comentario alguno: “¡He aquí el Cordero de Dios!” Esta simple exclamación produjo al momento un efecto maravilloso. Los dos discípulos entendieron que, puesto que su maestro con tanta insistencia llamaba su atención sobre el divino Cordero, los invitaba a unirse con El de allí en adelante. Ahora más que nunca era la divisa práctica de aquella alma profundamente humilde y desinteresada: “Es necesario que El crezca y que yo mengüe” (142).

Arrastrados como por un ímpetu irresistible, los dos jóvenes comenzaron a seguir tímidamente a Jesús a cierta distancia, sin atreverse a dirigirle la palabra. Mas el Salvador, oyendo pasos tras de sí, volvióse a los que seguían, los miró con atención (143), y, como para animarlos, preguntóles amorosamente: “¿A quién buscáis?” Respondieron ellos: “Maestro

(139) Joan., I, 35—II, 11.

(140) Los verbos “ver, mirar, contemplar” aparecen con frecuencia en la primera parte, Joan., I, 35-51.

(141) Ἐμβλέψας, dice el texto griego; Vulg., respiciens.

(142) Joan., III, 30.

(143) A la letra: “Habiendo contemplado” (θεασάμενος)



— el evangelista ha conservado aquí el título tal como ellos se lo dieron en su lengua: *Rabbi* —, ¿dónde moras?" De esta manera indirecta expresaban su ardiente deseo de conversar con El. "Venid y ved" (144), se contentó con responderles, pues no quería hacerles fuerza. Si le han de seguir, menester es que lo hagan espontáneamente, con entera libertad. Los acompañaron, pues, hasta el sitio, no muy alejado sin duda en que temporalmente moraba hasta volver a Galilea. "Entonces — observa el narrador — al pie de la hora décima" cuando se unieron con Jesús; lo que equivale a decir que el caso sucedió hacia las cuatro de la tarde, según nuestro modo de contar (145). El discípulo amado ha puesto en esta breve nota todo un mundo de recuerdos: ¿por ventura no era aquella la hora más decisiva de toda su vida? "Fueron y vieron" — continúa —, aceptando la cariñosa invitación de Jesús, y con El permanecieron todo lo restante del día. En el largo coloquio que tuvieron con Jesús comenzó para estos dos privilegiados la "visión" magnífica de que habla San Juan en el prólogo de su Evangelio: "Nosotros hemos contemplado su gloria..." (146). ¡Cuán dulce nos sería conocer por menudo lo que en aquella entrevista se dijeron! Por lo menos, fácil nos es adivinar la sustancia, ya que sabemos el resultado: les demostró Jesús que El era el Mesías.

Uno de estos discípulos del Precursor era Andrés, el futuro apóstol. El otro, cuyo nombre calla el Evangelio, era, sin duda alguna, el evangelista mismo, que acostumbra a ocultarse modestamente tras el velo del anónimo. Muchos antiguos autores admitieron ya esta identificación (147), cuya legitimidad es hoy casi universalmente reconocida. Andrés y Juan tenían sendos hermanos, a quienes, luego que volvieron, desearon hacer partícipes de su dicha. Andrés, más venturoso en su

(144) Adoptamos la lección *ὅψεσθαι*, en futuro, en vez de *ἰδεῖν* "ver"

(145) Según el sistema en uso entonces entre los judíos, cada jornada se componía de doce horas, que se contaban desde las seis de la mañana. Suponen algunos comentadores, aunque, a nuestro juicio, sin razón suficiente, que el evangelista abandona aquí el uso común para conformarse con el de los griegos y romanos, que era idéntico al nuestro, y según el cual serían entonces las diez de la mañana.

(146) Joan., I, 14.

(147) Por ejemplo, San Epifanio, *Haer.*, LI, 14-15, y Teodoreto en su comentario, h. 1.

solicitud, fué el primero (148) en dar con el suyo, con Simón. No bien lo hubo divisado, lanzó este grito de alegría: "Hemos hallado al Mesías." Mas para que el júbilo de Andrés fuese completo, era preciso que su hermano se hiciese también discípulo del Cristo. Llevólo, pues, de contado a Jesús, el cual, hincando en él sus ojos con una de aquellas sus miradas con que leía hasta en lo más hondo de las almas (149), le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan (150); tú serás llamado Pedro." En el dialecto arameo, que era en el que Jesús hablaba, el nombre de Pedro se dice *Kepha*, que en varios pasajes del Nuevo Testamento (151) se halla reproducido en la forma griega "*Kephas*". Al imponérselo a Simón, hacía Jesús un juego de palabras, según uso oriental, para significar que el hermano de Andrés sería, andando el tiempo, cimiento inquebrantable sobre el cual se levantaría la Iglesia del Mesías. Pero es de notar que aquí no se trata aún más que de una promesa: "Serás llamado Kefas." Este glorioso sobrenombre no pertenecerá definitivamente a Pedro sino el día en que, por virtud de una revelación especial, haga pública confesión de que Jesús era juntamente el Cristo y el Hijo de Dios vivo (152). Todo induce a creer que Juan, el otro discípulo del Precursor, también halló pronto a su hermano Santiago, y lo condujo a Jesús, que le dispensó asimismo benévola acogida.

Al día siguiente — el cuarto desde aquel en que se presentaron ante el Precursor los delegados del Sanedrín —, Jesús, acompañado de sus cuatro discípulos, se puso en camino para volver a Galilea. Casi al punto encontró a Felipe, quien, como Pedro y Andrés, era natural de Betsaida, aldea situada en la ribera occidental del lago de Genesaret (153). "Sígueme", le dijo. Probable es que también Felipe fuese discípulo de

(148) Esto es lo que aparece de la lectura *πρῶτος*, "primero", que es la más acreditada. Por lo demás, el sentido queda casi el mismo con la variante *πρωτον*, "primeramente" (Vulg., *primum*).

(149) En griego tiene también: *ἐμβλέψας*.

(150) La mejor lectura del texto original es aquí *Ἰωάννου* o *Ἰωάνος* y no *Ἰωάν*. Por lo demás, se trata de un mismo nombre con tres formas distintas.

(151) Cf. I Cor., I, 12; III, 22; XV, 5; Gal., II, 9, 14. *Kepha* es equivalente al hebreo *keph*, "piedra, roca".

(152) Matth., XVI, 16.

(153) Más adelante intentaremos fijar su emplazamiento exacto.



Juan Bautista y que hubiese oído a sus dos paisanos el relato de su entrevista con el Salvador; ello es que, sin vacilar, obedeció al llamamiento del Mesías. Los otros cuatro jóvenes se habían presentado espontáneamente a Jesús; esta vez es El quien da el primer paso.

Poco después, encontrando Felipe a su amigo Natanael, que era de Caná de Galilea (154), dícele con profunda emoción: "Aquel de quien escribió Moisés en la Ley y a quien han anunciado los profetas lo hemos hallado: es Jesús, hijo de José, de Nazaret." Ya no son estas palabras la sencilla exclamación de Andrés: "Hemos hallado al Mesías"; son casi una breve demostración de la mesianidad de Jesús por los oráculos del Antiguo Testamento (155). Ciertamente es que el amigo de Andrés y de Simón incurría en gravísimo error al considerar a Jesús como hijo de José; pero esa era la opinión popular, y él, por entonces, no podía conocer el verdadero origen de Jesús. "¿De Nazaret puede salir cosa buena?", respondió desdeñosamente Natanael, que parece no sentía grande estima de la humilde ciudad, oculta entre las montañas, y privada entonces de toda gloria. ¿Tenía algún motivo particular para despreciarla de este modo? Lo ignoramos; pero hay dos episodios de la vida pública de Nuestro Señor (156) que nos mostrarán a sus habitantes en un aspecto bien poco favorable. "Ven y ve", respondió Felipe, empleando, sin saberlo, una locución semejante a la que había servido al Salvador para animar a Andrés y al discípulo amado a seguirle. Su propia experiencia le había enseñado que bastaba pasar unos instantes cerca del hijo de María para quedar convencido de su divina misión.

Cuando el Salvador vió a los dos amigos que se le acercaban, dijo en alta voz, refiriéndose a Natanael: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna." Lo cual significaba: He aquí un israelita que no solamente lo es de nacimiento y de nombre, como tantos otros, sino que

(154) Joan., XXI, 2.

(155) Sobre la profecía de Moisés, véase el t. I, págs. 212-213. Pero posible es que Felipe aludiese a todas las profecías mesiánicas del Pentateuco.

(156) Matth., XIII, 58; Marc., VI, 9; Luc., IV, 29.

posee las cualidades que debe tener un miembro de la nación teocrática. "¿De dónde me conoces?", preguntó Natanael, profundamente sorprendido. A lo que replicó Jesús, manifestando así una vez más el conocimiento sobrenatural que tenía de todas las cosas: "Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi." Todos los comentadores, con rara unanimidad, admiten que con este lenguaje iba el Salvador mucho más allá de lo exterior del hecho expresado por las palabras "cuando estabas debajo de la higuera". Recordaba al mismo tiempo a Natanael, en términos velados para los otros, pero clarísimos para él, una singular situación de ánimo en que entonces se hallaba y que sólo él creía conocer. Esta inesperada revelación engendró al punto en su espíritu la convicción con que, no sin motivo, contaba Felipe. La evidencia desvaneció sus prejuicios contra Nazaret, y al momento hizo una sincera confesión de fe: "Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel." Por más que graves autores antiguos (157) y contemporáneos opinen que en este lugar el título de "Hijo de Dios" tiene meramente la significación de Mesías, no sólo San Agustín y numerosos intérpretes católicos, sino hasta muchos teólogos protestantes (158), se declaran por la sentencia contraria. Puesto que Natanael le tenía por "rey de Israel", es decir, por el redentor, cuya condición sobrehumana presuponen ya muchos textos del Antiguo Testamento (159), de creer es que, por lo menos, presintió la divinidad de Jesús. Por lo demás, el testimonio de Juan Bautista, cuyo discípulo parece haber sido también, y la ciencia milagrosa que respecto de él acababa de manifestar Jesús, eran pruebas de valor innegable.

El divino Maestro recompensó sin demora el acto de fe de Natanael con una alentadora promesa: "Porque te he dicho: te vi debajo de la higuera, crees. Pues cosas mayores que estas verás." ¿Cuáles eran estas otras maravillas, superiores a la que tan vivamente acababa de excitar la admiración de

(157) Entre otros, San Juan Crisóstomo y Teofilacto.

(158) Véase Godet, *Commentaire sur l'Evangile de S. Jean*, 2.<sup>a</sup> ed., tomo II, págs. 187-188; Th. Zahn, *Das Evangelium des Johannes ausgelegt*, página 139.

(159) Véase el t. I, págs. 218-219.



Natanael, y de las que, a título de apóstol, había de ser venturoso testigo, pues pronto le veremos en el colegio apostólico con el nombre de Bartolomé? Declaróselas de contado el Salvador en pocas palabras y con un lenguaje figurado, que se dirigía al minúsculo grupo de discípulos reunidos en torno suyo: "En verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre."

La solemne afirmación *Amen amen dico vobis*, que sólo en el cuarto Evangelio se lee en esta forma duplicada (160), es como un juramento con que Jesús sale fiador del cumplimiento de su promesa. Cuanto a los ángeles, cuyo subir y bajar será como una procesión no interrumpida entre el cielo y la tierra, con Jesús por centro, recuerdan a las claras la escala misteriosa del sueño de Jacob, a lo largo de la cual subían y bajaban también de continuo los espíritus celestiales (161). Allí la presencia de los ángeles significaba que el Dios de los patriarcas de Israel tomaba al hijo de Isaac bajo su especial protección durante su peligroso viaje y su permanencia en la remota Mesopotamia. Aquí, representa la perenne sucesión de los favores divinos que Jesús había de recibir, el incesante despliegue de fuerzas milagrosas que sus manos habían de dispensar generosamente, el trueque continuo de comunicaciones íntimas que en adelante se ejecutaría, gracias a El, entre Dios y los hombres. ¡Felices los discípulos a quienes será concedido contemplar por espacio de varios años tantas maravillas! ¡Magnífica esperanza para lo porvenir, que inmediatamente va a tener un comienzo de realización en el primer milagro de Jesús!

Más adelante explicaremos el título, un tanto oscuro, de "Hijo del hombre", que Cristo acaba de atribuirse por primera vez, y que con mucha frecuencia usará después, según atestiguan los cuatro Evangelios (162). Aunque ya extraordi-

(160) Unas veinticinco veces, y siempre en labios de Jesús. Esta fórmula se repite también con mucha frecuencia en los Evangelios sinópticos, pero con un solo *Amen*. Véanse las Concordancias.

(161) Gen., XXVIII, 12.

(162) Según un cálculo, que parece exacto, unas 80 veces (30, en el primer Evangelio, 13 en el segundo, 25 en el tercero, 12 en el cuarto). Véase Geden, *A Concordance to the Greek Testament*, 2.<sup>a</sup> ed., páginas 966-968.

nario de suyo, lo es más aquí, poco después que primero el Precursor y luego Natanael han llamado a Jesús "Hijo de Dios" y "rey de Israel". Porque, ciertamente, es éste un nombre de humildad. Muestra, cuando menos, que si Nuestro Señor es substancial con el Padre por una filiación divina, y está unido con el pueblo teocrático a título de rey de Israel, pertenece, como hijo del hombre, al linaje humano, al cual venía a redimir.

Mas tornemos al sagrado texto, que después de habernos revelado la ciencia sobrenatural del Cristo, nos va a mostrar su omnipotencia. El tercero día que siguió al en que Jesús se pusiera en camino después de haber recibido por discípulos a Felipe y Natanael, celebrábase una boda en Caná de Galilea, aldea situada, según la opinión más probable (163), en el sitio de la actual población *Kefr Kenna*, a unos seis kilómetros al noroeste de Nazaret, a lo largo del camino que, entonces como ahora, iba desde esta última aldea a Tiberiades y a Cafarnaún (164). Era la patria de Natanael (165). Según se viene de Nazaret, déjase a la mano derecha, antes de entrar en la población, una abundosa fuente, la misma, sin duda, de donde se sacó el agua que milagrosamente fué convertida en vino. Según una tradición ya antigua, la actual Iglesia de los Franciscanos ocupa el terreno en que estaba construída la casa de los esposos. La campiña es fértil y está bien cultivada. Espesos setos vivos, formados por espinosos cactus, cercan y protegen los campos. Algunas viñas producen excelente vino tinto. Los tres días antes mencionados habían sido más que suficientes para que Jesús y sus discípulos atravesasen la distancia de unos 90 kilómetros que separaba a Caná de la Betania de orillas del Jordán.

Prescindiendo, según costumbre suya, de pormenores secundarios, el autor del cuarto Evangelio va derechamente al hecho principal. Después de haber dicho que la Madre de Nuestro Señor asistía a la boda, lo cual prueba que tenía con los esposos relaciones de parentesco o de amistad, refiere la

(163) Guérin, *Description de la Palestine: la Galilée*, t. I, págs. 168-182.

(164) Según otra opinión relativamente reciente, Caná de Galilea no sería sino *Kana el Djelil* o *Khirbet Kana*, al Norte y a 13 kilómetros de Nazaret. Véase Robinsón, *Palästina und die angrenzenden Länder*, t. III, páginas 443-449.

(165) Joan., XXI, 2.



llegada de Jesús y de sus compañeros a Caná, y la invitación que al punto se les hizo para que concurriesen a la fiesta. Los antiguos comentadores gustan de encarecer la graciosa cortesía con que el divino Maestro se dignó admitir y honrar con su presencia un convite de bodas. ¿No se había revestido de nuestra naturaleza para santificar así nuestras alegrías como nuestras penas? (166).

Un penoso contratiempo estuvo a pique de entristecer la fiesta. Eran los casados de condición humilde (167), y he aquí que sobrevienen seis o siete huéspedes inesperados. Demás de que, entre los judíos, los regocijos nupciales se prolongan de ordinario por espacio de varios días — a veces tres, y aun hasta siete y más (168) —, y nada indica en el Evangelio que Jesús y sus compañeros llegasen al tiempo de la primera comida. De improviso se nota que la prevención de vino habíase agotado (169). Al punto María, cuyo delicado corazón no sufría que los recién casados se vieses en humillante bochorno, se cuidó de buscar pronto remedio. Allí estaba su Hijo; su intervención podía evitar toda inquietud. Le dice, pues, en voz baja: “No tienen vino.” Sería una equivocación no ver en estas pocas palabras más que la simple comunicación de un hecho. Contienen en realidad una petición apremiante, aunque indirecta, para que acudiese en auxilio de los recién casados por algún medio sobrenatural. Esta discreta súplica recuerda otra semejante de las hermanas de Lázaro, cuando enviaron a Jesús aquel mensaje: “Señor, aquel a quien amas está enfermo” (170). En los dos casos lo que se desea y espera es un milagro. El que Jesús no hubiese obrado hasta entonces ningún prodigio, como nos lo advierte el narrador, no era razón bastante para detener a María, que conocía bien la perfecta bondad y el poder sin límites de su divino Hijo.

(166) Cf. San Epifanio, *Haer.*, LVII; San Agustín, *Tractat.* XIX, in Joan., en sus discursos, y principalmente en sus parábolas, hace Jesús muchas alusiones a las solemnidades nupciales.

(167) La presencia de varios servidores en la casa era evidentemente extraordinaria y transitoria.

(168) Gen., XXIX, 27; Jud., XIV, 10-18; Tob., VIII, 20 según los Setenta. Cf. Selden, *Uxor hebraica*, t. II, pág. 11.

(169) El texto griego lo dice expresamente: ὅτι ἐξήστανος οἶνον. La traducción latina, *deficiente vino*, tiene el mismo sentido.

(170) Joan., XI, 3.

Viéndole rodeado de discípulos entendió que iba a inaugurar su ministerio mesiánico y salir de la voluntaria oscuridad en que hasta entonces había vivido.

“Mujer — la respondió Nuestro Señor —, ¿qué hay entre ti y mí? Mi hora no ha llegado aún.” A primera vista causan extrañeza estas palabras, pues parecen frías, casi duras, cual si encerrasen un reproche de Jesús a su Madre. Muchos comentadores protestantes, aun de los más serios, creen ver en ellas la prueba de que esta “insinuación de María... estaba imbuída, en lo tocante al reino mesiánico, de la falsa idea que con tanta frecuencia hubo de rechazar Jesús” (171). Verdad es que las explicaciones de los comentadores católicos no siempre han sido felices, y que los adversarios del culto filial que rendimos a la Santísima Virgen se prevaleen de la severidad con que varios Padres juzgaron la conducta de María en esta circunstancia. Así, por ejemplo, San Juan Crisóstomo atribuyó su petición a un sentimiento de vanagloria (172).

Estudiemos la respuesta de Jesús para hallar su verdadero sentido. Comencemos por advertir que el apóstrofe “mujer” nada tenía en las lenguas antiguas — como se reconoce generalmente — que no fuese muy honroso. Era muy usual entre los judíos (173), y asimismo entre los griegos (174), y prueba de que ninguna desatención para su Madre veía Jesús en él, es que de nuevo lo empleó en la cruz, cuando la confió a San

(171) Laidlaw, *The Miracles of Our Lord*, pág. 41. Cf. Th. Zahn, *Das Evangelium des Johannes*, págs. 150-151; F. Godet, *Comment. sur l'Évangile de S. Jean*, t. II, pág. 205. Este último habla de “una intromisión de María en el terreno exclusivamente reservado a Jesús”, de una “intervención indirecta en su oficio de Mesías”. Más lejos van aún los críticos racionalistas y no temen decir que Jesús, “sintiéndose (herido) en su dignidad, habría respondido a su madre como mirándola de arriba abajo, es decir, desde lo alto de su grandeza”. (H. J. Holtzmann, *Theologie des N. T.*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II, pág. 470.)

(172) *Hom.*, XXI, 2, in Joan. Santo Tomás, *Summa*, p. 3, q. 27, art. 4, decía sobre este punto: *In verbis illis Chrysostomus excessit*. Véase también San Ireneo, *Adv. haer.*, III, 13. Se hallará en Knabenbauer, *Comment. in Evang. sec. Joan.*, t. I, págs. 118-122, y en Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus?*, la refutación de varias interpretaciones falsas y artificiosas de la respuesta de Jesús a su madre.

(173) Matth., XV, 28: “Oh mujer, grande es tu fe”; Luc., XIII, 12: “Mujer, libre eres de tu enfermedad”; Joan., IV, 21; etc.

(174) Hablábase así aun a las reinas. Cf. Dion Casio, *Hist.*, LI, 12, 5; Esquilo, *Agam.*, 1607; etc.



Juan (175). La fórmula: “¿Qué hay entre ti y mí?” (176), que con frecuencia se encuentra en la Biblia con diversas variantes (177), y que no fué desconocida de los clásicos griegos y latinos, implica, por lo común — preciso es concederlo — discrepancia de opinión en algún punto dado, la recusación de una responsabilidad, una repulsa más o menos velada; pero su significación especial depende mucho de las circunstancias de cada caso. Ahora bien, en el actual, las circunstancias quitan a la frase toda aspereza. Tan es así, que un racionalista contemporáneo (178) propone la siguiente traducción: “Déjame hacer, madre mía”, y un teólogo anglicano (179) juzga la locución entera “compatible con la más fina cortesía”. Por otro lado, las palabras “no ha llegado aún mi hora” atenúan y suavizan las precedentes y en parte dan la clave para su debida interpretación. En el cuarto Evangelio se habla a menudo de la “hora” de Jesús (180), que significa sobre todo el tiempo de su pasión (181). Pero aquí este sustantivo tiene otro significado y denota un tiempo preciso, determinado de antemano por el plan divino (182): se trata del primer milagro, y era justo que para efectuarlo esperase Jesús la hora de su Padre. El Salvador quiere, pues, dar a entender que, por mucho que desee complacer a su madre, no depende de ella en lo tocante a su función mesiánica, sino únicamente de Dios, cuya sola voluntad debe ser su regla. Hay, pues, semejanza entre esta respuesta de Nuestro Señor y aquella otra, igualmente extraña en apariencia, que, niño aún, dió a su madre en el templo de Jerusalén (183). Ahora, más aún que en aquella ya lejana época, es preciso que se entregue libre-

(175) Joan., XIX, 25-26; en España la palabra *mujer* se emplea frecuentemente como expresión de ternura.

(176) En griego: τί ἐστὶ καὶ σοί; sobreentendido: *καὶ τί οὐκ ἐστὶν ἡ ἐργασία*. En la Vulg.: *Quid mihi et tibi est?* se sobreentiende *rei* o *negotii*.

(177) Jos., XXII, 24; Jud., XI, 12; II Reg., XVI, 10; XIX, 22; III Reg., XVII, 18; IV Reg., III, 13; II Par., XXXV, 21; Matth., VIII, 29; XXVII, 19; Marc., I, 24; Luc., VIII, 28; etc.

(178) E. Reuss, *La theologie johannique*, págs. 132-133.

(179) Farrar, *The Life of Christ*, 23.<sup>a</sup> ed., t. I, pág. 165.

(180) Más de treinta veces.

(181) Cf. Joan., VII, 30; VIII, 20; XII, 23-27; XIII, 1; XVII, 17.

(182) Véase Joan., VII, 3, pasaje que tiene con éste semejanza general.

(183) Luc., III, 49. Véase el t. II, vol. I, págs. 22-24.

mente a los asuntos de su Padre celestial, sin someterse a influencias extrañas, ni aun a la de aquellos a quienes más quería. Así, pues, sin intención alguna de censurar a su madre, le recuerda Jesús un principio: el de su entera independencia, siempre que tenga que hablar u obrar a ley de Mesías.

Así lo entendió María y no insistió; pero, al mismo tiempo, tan cabal cuenta se dió de que la repulsa de su Hijo no era absoluta — ¿no era este el significado de las palabras “aún no”? — y tan poco se turbó su confianza, que hizo a los que servían esta expresa recomendación: “Haced todo lo que El os diga.”

Había allí, en el vestíbulo o en el patio, seis enormes ánforas de piedra, de dos o tres *metretas* (184) de cabida cada una. Si, como parece probable, se trata del *metretés* ático, que equivalía a unos 40 litros, cada ánfora podría contener de 80 a 120 litros, y las seis juntas, de 480 a 720 litros. El narrador advierte que estas ánforas servían para las abluciones y purificaciones litúrgicas de los judíos. En efecto, según más adelante nos dirá San Marcos (185), “los fariseos y todos los judíos no comen sin lavarse antes las manos muchas veces, guardando la tradición de los mayores, y cuando vuelven de la plaza no comen, si antes no se lavan, y observan muchas cosas que tienen por tradición, como el lavar las copas y las vasijas de barro y de metal y los lechos y divanes”. Era, pues, necesaria una gran prevención de agua en todos los hogares israelitas, y más aún cuando se daba un gran festín.

De improviso, dice Jesús a los que servían: “Llenad de agua las ánforas.” Había, pues, llegado ya su hora; una voz interior se lo había advertido y obedeció puntualmente. Entre esta orden y la respuesta que había dado a su Madre no había transcurrido sino un tiempo brevísimo; pero, según alguien ha dicho, “no se mide por la duración del tiempo un cambio de condiciones morales y espirituales”. Resplandecía tal majestad en la persona del Salvador, que los servidores, por extraordinaria que les pareciese su petición, obedecieron sin vacilar; demás de que ya estaban prevenidos por la adver-

(184) Palabra griega que significa “medida” y designaba en aquella época la mayor medida de capacidad que había para líquidos.

(185) Marc., VII, 3-4.



tencia de María. Las ánforas, que, al menos en gran parte, habían quedado vacías, por las abluciones de los convidados, fueron llenas "hasta el borde", circunstancia consignada por el evangelista para indicar la magnitud del milagro. Unos instantes después, volvió a decir Jesús: "Sacad ahora y llevad al maestresala." Cuando el convidado o servidor encargado de este menester hubo probado el líquido que se le ofrecía, y cuya procedencia ignoraba, comprobó que era un vino excelente. Sabedor de que no se había puesto a su disposición más que la clase de vino cuyo repuesto se había agotado, supuso que el recién casado habría querido dar a sus huéspedes una alegre sorpresa con la súbita presentación de esta bebida de mejor calidad. Acercóse, pues, a él, y le dijo familiarmente: "Todo hombre sirve primero el buen vino, y después que han bebido bien (186), entonces da el que no es tan bueno: mas tú has guardado el buen vino hasta ahora." Comprobaba así a su modo y sin darse cuenta de ello la realidad del prodigio, el cambio de sustancia obrado por la sola voluntad del tautomaturo. Algunos intérpretes racionalistas se han escandalizado de lo que ellos llaman "un milagro de lujo"; nosotros, por el contrario, admiraremos la regia munificencia del regalo nupcial de Jesús.

El narrador, cuya habitual brevedad ya hemos señalado, pasa en silencio la admiración de los testigos del prodigio, el agradecimiento de los esposos y la averiguación de lo sucedido que, ciertamente, hubo de hacer el maestresala, y se contenta con hacer notar que fué el "principio de las señales", es decir, de los milagros del Salvador, y mencionar el venturoso resultado de este estupendo prodigio: "Sus discípulos creyeron en El." Poniendo así de manifiesto su poder creador, atestiguaba Jesús la verdad de su misión, la grandeza de su naturaleza, y procuraba a sus discípulos, cuya fe era ya muy viva, un nuevo motivo para creer en El y unírsele más estrechamente.

(186) A la letra: "cuando se está embriagado." Pero llano es que no se necesita tomar esta expresión a la letra en la presente circunstancia.

## CAPÍTULO III

### Ministerio preliminar de Nuestro Señor en Jerusalén, en Judea y Samaria (1).

Era conveniente que la primera manifestación pública del Mesías se efectuase en Jerusalén, capital de la teocracia, centro de la vida religiosa y moral de Israel, y particularmente en el Templo, que era a modo de palacio real del verdadero Dios. Allí, pues, se manifestará primeramente Jesús por un vigoroso acto de autoridad, por sus milagros y por su predicación. Pero el poco venturoso éxito de este primer acto será no oscuro presagio de los reiterados contratiempos que le esperaban en Jerusalén, y veremos levantarse ya en la lejanía la sombra de la cruz. Tras de una breve permanencia en la metrópoli judía, se retirará el Salvador a Judea por espacio de varios meses, acompañado de sus primeros discípulos: período de calma, pero oscuro, al que sólo dedican unas frases los relatos evangélicos. Al dejar Jesús la Judea para volver a Galilea y comenzar su ministerio propiamente dicho, atravesará la Samaria, deteniéndose en ella dos días, ganando para su causa una humilde población: modesto preludio de cosas mucho mayores.

### I.—JESÚS CELEBRA EN JERUSALÉN LA PRIMERA PASCUA DE SU VIDA PÚBLICA (2)

Inmediatamente después del milagro de Caná, acompañado Jesús de su madre, de sus "hermanos" (3) y de sus primeros discípulos, fuese a Cafarnaún, ciudad importante entonces, si-

(1) Joan., II, 13—IV, 42.

(2) Joan., II, 13—III, 21.

(3) Sus primos (t. II, vol. I, págs. 53-57, y Apénd. V).



tuada en la orilla N. O. del lago Tiberiades, probablemente en el sitio, cubierto de ruinas, que actualmente lleva el nombre de *Tell-Hum* (4). Al principio, el camino sigue la elevada meseta, revestida de verdor, sobre la cual está edificada la aldea de Caná. Luego se levantan las montañas a la izquierda. Más lejos se yergue el *Kurun Hattin*—los “Cuernos de Hatin”—, especie de espolón muy original, del que más adelante daremos noticias, con ocasión del Sermón de la Montaña. De repente, a mano derecha, hacia el Este, se despeja el panorama, y ante la vista se ofrece, brillante como un espejo, el hermoso lago que tan importante lugar ocupa en la vida pública del Salvador. Las curvas del camino, que desciende serpenteando, permiten verlo ya de un lado, ya de otro. Las montañas que cierran sus riberas orientales parecen muy próximas, aunque en realidad están a 8 ó 9 kilómetros de distancia. La ribera occidental, mucho más interesante, comiéntase a ver poco a poco. Yendo de Sur a Norte nos encontramos con Tiberiades y sus termas, la llanura de Genesaret, los lugares en otro tiempo ocupados por Magdala, Bethsaida, Cafarnaún, Corozáin. Ya tendremos ocasión de describir circunstanciadamente esta región, singularmente bendecida por Jesús, que en adelante la considerará como su segunda patria. Contemplado desde lo alto, el lago, por su aspecto general, trae al espíritu el recuerdo del de Bourget, en Saboya.

Para ir de Caná a Cafarnaún había que caminar unas siete u ocho horas. No parece que Jesús habitase por entonces en esta última ciudad, donde sólo algo después debió de establecer su residencia definitiva (5). Ahora probablemente no iba más que para unirse a la caravana de peregrinos que allí se formaba, con ocasión de la Pascua, para ir a Jerusalén, donde, según hemos dicho, se proponía inaugurar su ministerio público. Esta observación sugiere naturalmente otra: pasados tres años justos, en Jerusalén, y con ocasión de otra fiesta de Pascua, será inmolado, como la víctima ofrecida por los pecados del mundo.

(4) Más adelante discutiremos el emplazamiento de Cafarnaún. *Tell-Hum* está al Oeste y como a una hora de marcha de la desembocadura del Jordán en el lago.

(5) Cf. Matth., IV, 13-17.

En las visitas hechas al Templo en años anteriores había notado Jesús con pena deplorables abusos que se habían introducido en el espacioso patio llamado de los Gentiles y en las galerías de que estaba cercado. En tanto que duraba su vida oculta y vivía en lo exterior como los demás judíos, no había intentado ponerles remedio. Mas ahora que su ministerio mesiánico está ya inaugurado, va a vengar el honor de su padre, gravemente ultrajado en el lugar más santo de la tierra por la culpable tolerancia y, lo que aun es más grave, con la connivencia de un sacerdocio que no sabía respetar la casa de Dios.

Los innumerables sacrificios que se ofrecían en las fiestas religiosas, especialmente durante la solemnidad pascual y su octava (6), exigían millares de víctimas, sin contar la harina, el vino, el aceite y la sal, que eran la materia de los sacrificios incruentos. Era, pues, razonable que se facilitase su adquisición a los peregrinos que venían de regiones más o menos lejanas (7). Pero lo que había comenzado siendo servicio hecho por motivo de caridad, a la vez que de religión, degeneró en abuso escandaloso. Permitíase a los mercaderes situarse hasta en el recinto sagrado, con sus bueyes, sus terneras, sus vacas, sus corderos, sus cabras y sus jaulas con palomas o tórtolas y demás objetos del culto que ponían a la venta. El patio de los Gentiles se había convertido así en verdadero ferial (8). Imaginémonos los ruidosos e interminables altercados en que, a la usanza oriental, se enzarzaban compradores y vendedores; los gritos de los animales, aquel extraño comercio y toda aquella baraunda cerca del santuario, y tendremos idea de la escandalosa profanación que se cometía. Pero los sacerdotes y los levitas o, cuando menos, algunos de ellos sacaban de este escándalo beneficios tan cuantiosos, que ellos mismos tenían interés en mantenerlo en toda su magnitud.

En el mismo atrio, sentados cerca de sus mesitas, donde

(6) Solamente los corderos, cuya carne era el elemento principal del festín de Pascua, alcanzaban una suma enorme.

(7) Act., II, 7-11.

(8) Véanse curiosos y lamentables pormenores, según el Talmud, en Edersheim, *The Life of Jesus*, t. I, págs. 368-372.



se veían escudillas con monedas de oro, plata, cobre de todas dimensiones y valores, se hallaban los cambistas o banqueros que, con un recargo de 5 y hasta de 10 por 100, cambiaban por monedas judías las griegas, las romanas o cualesquiera otras que por sus efigies o emblemas paganos no podían ser aceptadas para el tesoro del templo. Muchos peregrinos, sobre todo los que venían de lejanas tierras, aprovechaban su viaje para pagar el impuesto de medio siclo o de un didracma (9) que todo israelita llegado a los veinte años debía pagar anualmente para el culto. Y aun eso era ocasión de repugnante mercantilismo y de desenfrenadas ganancias usurarias.

Mas he aquí que, al menos por un momento, van a cesar tan lamentables abusos. Lleno Jesús de indignación, aunque dueño siempre de sí mismo, cogió del suelo algunas cuerdas que habían servido para atar los animales, hizo con ellas un látigo y, sacudiendo con él a diestra y a siniestra, expulsó del sagrado recinto a los animales y a los mercaderes, y después volcó las mesas de los cambistas, cuyas monedas de oro, plata y cobre rodaron por el suelo en todas direcciones. Fué aquella una escena indescriptible. A los que vendían palomas díjoles, señalando sus jaulas: “Quitad esto de aquí, y no convirtáis en casa de tráfico la casa de mi Padre.” Estas últimas palabras se dirigían por igual a todos los culpables que profanaban indignamente el templo. Con tal lenguaje explicaba y justificaba el Salvador el movimiento de cólera que le había impulsado a obrar de aquel modo. ¿No tiene un hijo derecho y aun obligación de mirar por el honor de la casa paterna? Entre la incontable muchedumbre que presenció este rápido drama nadie opuso a Jesús mínima resistencia. Aquella majestuosa y repentina aparición de la santidad indignada llenó de espanto a todos los asistentes. Demás de que la voz de su propia conciencia acusaba a los profanadores. Fué éste uno de aquellos milagros de orden moral de que más adelante hablaremos (10).

El enérgico proceder del Maestro recordó a sus discípulos un texto de los Salmos, cuya significación le aplicaron inme-

(9) Cf. Matth., XVII, 23.

(10) Véase L. Cl. Fillion, *Les miracles de N. S. Jésus-Christ*, t. II, páginas 311-334.

diatamente (11): “El celo de tu casa me devoró.” Ese celo hirviente, que en El ardía como un fuego sagrado, había de costarle la vida, pues ocasionó entre El y las autoridades religiosas de su pueblo un primer conflicto que, exacerbado poco a poco, hasta convertirse por parte de éstas en odio violento, sólo con la muerte del Salvador había de terminar. En efecto; las autoridades—sin duda algunos sacerdotes de las clases superiores, o bien los altos funcionarios levíticos encargados de la policía del Templo (12)—no pudieron disimular su vivo descontento al saber que Jesús se había tomado licencia de ejercer el oficio de reformador en los propios dominios de ellos, condenando así públicamente su inercia culpable o, mejor dicho, su connivencia directa. Advertidos al momento o atraídos por el tumulto que la escena de la expulsión había provocado, preguntaron con aspereza a Nuestro Señor: “¿Qué señal nos muestras en abono de lo que haces?” No se atrevían a censurar directamente el acto en sí mismo, pues era loable y justificado; pero esperaban poner a Jesús en aprieto, exigiéndole un milagro inmediato, a guisa de letras credenciales. Pues ellos no le habían dado licencia, debía probar con un prodigio manifiesto que la tenía de Dios, el verdadero Señor del Templo.

Respondióles el Salvador con serena dignidad: “Destruid este Templo, y en tres días lo reedificaré.” Ya que del santuario se trataba, del santuario toma la “señal” que se le pedía. Pero de industria se expresó en términos oscuros y enigmáticos, por lo que las autoridades no acertaron a penetrar su verdadero sentido. Interpretándolos a la letra, como si Jesús se refiriese al edificio material que ante ellos se levantaba, respondieron irónicamente: “En cuarenta y seis años ha sido edificado este Templo, y ¿tú lo vas a levantar en tres días?” No era posible encarecer mejor la enorme diferencia que había entre los muchos años que millares de obreros emplearon en construir el Templo y los tres días que decía Jesús bastarle para volver a levantarlo, si fuese derribado. Por el

(11) Ps. LVIII, 10. Varios otros pasajes de este cántico se aplican a Nuestro Señor en el Nuevo Testamento. Cf. Joan., XV, 25; XIX, 28; Act., I, 20; Rom., XI, 9; XV, 3.

(12) Act., IV, 1; V, 24-26; Josefo, *Bell. jud.*, II, xvii, 2; VI, v, 3.



historiador Flavio Josefo (13) sabemos que aquel edificio grandioso, comenzado el año déeimoctavo del reinado de Herodes, mucho antes, por consiguiente, del nacimiento del Salvador, distaba aún mucho de estar concluído. No lo estuvo hasta el año 63 ó 64 de nuestra Era, en los días de Agripa II, poco antes de ser destruído por los romanos (14). Pero, añade el evangelista, Jesús se refería al “templo de su cuerpo”. Su carne sacrosanta era, en efecto, santuario vivo de la divinidad. La muerte lo destruyó en el Calvario; pero al tercer día volvió a ser reedificado—“despertado”, según el sentido literal del texto griego (15)—, por la resurrección.

He aquí un primer ejemplo del método pedagógico con que Nuestro Señor, cuando se halle ante auditorios mal dispuestos, presentará la verdad como debajo de un velo que más o menos la disimule. Por lo demás, en otras circunstancias todavía remitirá a sus enemigos a la “señal” de su resurrección, a “la señal del profeta Jonás”, como El mismo la llamará un día (16). ¿No es ésta, de hecho, la prueba más irrefragable de su mesianidad y de su divinidad? Y ¿no es también admirable que desde la primera Pascua de su vida pública prediga lo que en ésta ha de suceder?

Mas no fueron solas las autoridades jerárquicas quienes entendieron mal el sentido de la respuesta del Salvador. Tampoco lo comprendieron los discípulos, según ingenua confesión del autor del cuarto Evangelio. Fué preciso que pasasen varios años para que llegasen a creer que su Maestro moriría víctima de sus enemigos; ¿cómo, pues, podían entonces tener idea de su resurrección? Pero, a la luz de los acontecimientos, sobre todo al gozar de las apariciones personales del divino Resucitado, acordáronse de aquellas palabras que habían despertado su atención y admiraron su perfecto cumplimiento. Como dice el evangelista, “creyeron en la Escritura”, que desde mucho tiempo atrás había profetizado la resurrección del

(13) *Ant.*, XV, XI, 1. Véase también más arriba t. I, pág. 166.

(14) El año 70 de nuestra Era. Josefo, *Ant.*, XX, IX, 7.

(15) El mismo verbo *ἐγείρω* se emplea acá y allá en los escritos del N. T. para significar la resurrección de los muertos. Cf. Joan., XII, 1; Act., III, 15; IV, 10; XIII, 30; Rom., IV, 24. Por otra parte, los autores clásicos lo emplean también en el sentido de “construir” un edificio.

(16) Cf. *Matth.*, XII, 39-40; XVI, 1-3.

Mesías (17). Pero también otros se acordaron de esta misma respuesta, cuando en el tribunal del Sanedrín se buscaban testimonios contra Jesús para condenarlo a muerte, y, falsificando su sentido, se la reprocharon como blasfemia (18).

Una palabra más acerca de la expulsión de los vendedores. En los Evangelios sinópticos leemos (19) que en los postreros días de Jesús acaeció un hecho muy semejante al que, según San Juan, ocurrió al comienzo de la vida pública. ¿No se referirán las dos narraciones a un mismo incidente, que los evangelistas, por razones de conveniencia, habrían colocado en diversos lugares? O, al contrario, ¿habrán de considerarse los dos episodios como históricamente distintos? En nuestros días, lo mismo que en tiempos antiguos, los intérpretes están divididos en dos pareceres distintos. Sin embargo, la mayor parte de los comentadores católicos se han declarado por la segunda sentencia (20). Se apoyan en las siguientes razones, que nos parecen convincentes: 1.<sup>a</sup> Parece inexplicable que si, en realidad, no hubo más que una sola expulsión, la hayan atribuído los narradores fechas tan distintas y aun contradictorias. 2.<sup>a</sup> A pesar de la semejanza general y de algunos puntos comunes, cada una de estas narraciones tiene su fisonomía propia y presenta variantes de sustancia (21), sobre todo en lo que concierne a las palabras pronunciadas por Jesús y a las consecuencias inmediatas de su enérgica intervención. 3.<sup>a</sup> La repetición de semejante acto nada tiene de improbable, “ni de parte de los judíos, que, pasada la primera impresión, no tardaron en volver a su deplorable costumbre, bajo la tolerante mirada de la casta sacerdotal, ni de parte de Jesús mismo, que quiso señalar el comienzo y el fin de su ministerio con una manifestación de su celo religioso” (22). Por

(17) Cf. *Ps.*, XV, 10; *Is.*, LIII, 10-12; *Luc.*, XXIV, 26-27, 44-46.

(18) *Matth.*, XXVI, 60-61; *Marc.*, XIV, 58; *Luc.*, XV, 29; Cf. *Act.*, VI, 11-14.

(19) *Matth.*, XXI, 12-13; *Marc.*, XI, 15-17; *Luc.*, XIX, 45-46.

(20) La siguen también muchos teólogos protestantes. Véase, entre otros, F. Godet, *Commentaire sur l'Evangile de S. Jean*, 2.<sup>a</sup> ed., t. II, páginas 244-245; A. Plummer, *A Commentary on the Gospel according to St. Matthew*, pág. 287; Wohlenberg, *Das Evangel. des Markus erklärt*, página 300.

(21) Puede el lector comprobarlas por sí mismo con la ayuda de los comentarios.

(22) L. Cl. Fillion, *L'Evangile selon S. Jean*, págs. 40-41.



lo demás, el incidente cuadra muy bien con cada uno de los lugares en que se narra, mientras que los partidarios de la identidad andan perplejos y divididos para determinar su verdadera época.

A la narración de la expulsión de los mercaderes del Templo agrega el evangelista un boceto característico, trazado de mano maestra, que resume la estancia, por lo demás cortísima (23), que Jesús hizo entonces en Jerusalén. Si bien rehusó a los directores religiosos de su pueblo la señal milagrosa que con arrogancia le pidieron, hizo entonces muchos prodigios, aunque ninguno de ellos nos ha sido narrado circunstanciadamente. Muchos de los que fueron testigos "creyeron en su nombre" y lo reconocieron por Mesías. Pero, según la profunda observación del narrador, el taumaturgo, cuya sabiduría era tan grande como su poder, "no se fiaba de ellos (24), porque los conocía a todos, y porque él no había menester que se le diese testimonio de hombre alguno, porque sabía por sí mismo lo que había en el hombre". Con aquella su penetrante mirada, que a menudo se menciona en el cuarto Evangelio (25), y semejante a esa otra con que Dios escudriña lo más hondo de las conciencias y de los corazones (26), Nuestro Señor conocía las disposiciones íntimas de sus nuevos partidarios y veía cuán débil y superficial era su fe. No se forjaba, pues, ilusiones sobre la firmeza de aquella adhesión, que pronto se transformaría en frialdad, apenas se percatasen de la oposición entre la conducta de Jesús y los prejuicios mesiánicos que ellos profesaban. Por eso El, de tan admirable bondad, y a quien hemos visto tan afectuosamente familiar desde el primer momento con los adictos discípulos que había hallado cerca del Precursor, se mostraba desconfiado respecto de aquellos amigos sin consistencia.

Esto no obstante, hubo en Jerusalén una persona en quien Jesús produjo una impresión más seria. Llevaba el nombre

(23) No se debió de prolongar mucho más allá de la octava Pascua.

(24) En el texto griego tiene mayor realce la antítesis por el empleo del mismo verbo: "Ellos creyeron"; pero él "no creyó".

(25) Joan., I, 49-50; IV, 19-29; VI, 61-64; XI, 4, 15; XIII, 11; XVI, 19; XXI, 17.

(26) Cf. III Reg., VIII, 39; I Par., XXVIII, 9; Eccli., LXII, 17, 20; Jer., XVII, 9-10; etc.

griego de Nicodemo, frecuente entonces entre los judíos (27). Aunque la fe en Nuestro Señor, tanto en Palestina como después en los países griegos (28), hizo sus primeras conquistas casi siempre en las clases populares, contábase este personaje entre los principales del judaísmo, pues era miembro del Sanedrín (29). Al mismo tiempo estaba afiliado al partido de los fariseos, lo cual aumentaba su autoridad. En fin, el título de "maestro de Israel", que le dará Nuestro Señor, induce a sospechar que era doctor de la Ley. Más aún que la mayor parte de sus colegas, había quedado asombrado de los milagros de Jesús, y, sin considerarlo aún expresamente como Mesías, veía en El por lo menos un hombre de rara santidad sobre quien Dios había derramado particulares bendiciones. Deseoso de conversar con El, fué a buscarle; pero temiendo que este paso le pusiese en riesgo ante sus colegas, cuya enemiga se había granjeado ya Nuestro Señor, movido por un sentimiento de temor y prudencia humana, escogió la noche para verle en la casa donde moraba durante el tiempo de la fiesta (30). Jesús, que sabía cuán ferviente discípulo había de ser un día Nicodemo y con cuánto valor había de compensar su debilidad presente (31) aquella alma honrada y recta, le acogió con gran bondad.

Algunas reflexiones preliminares sobre la conversación que se dignó celebrar con su nocturno visitante serán tanto más útiles cuanto ella nos ofrece el primer discurso seguido del divino Maestro en el cuarto Evangelio. A pesar de su riqueza y de su profundidad, no es sino un breve sumario, pues en su forma actual apenas habría durado algunos minutos. Pero, como en todas las circunstancias análogas, el evangelista ha sabido transmitirnos lo más esencial y característico de las palabras del Salvador, sin que éstas hayan perdido ni aun su

(27) El Talmud, con una ligera modificación, le menciona con el nombre de *Nakdimôn*.

(28) I Cor., I, 26-27.

(29) Así ha de traducirse aquí la expresión "príncipe de los judíos". Cf. Joan., VII, 50.

(30) Quizá en la que el discípulo amado parece que poseyó en Jerusalén, según Joan., XIX, 27.

(31) Joan., VII, 50-52; XIX, 39-42.



colorido exterior (32). El tema general de la conversación será la necesidad de un renacimiento, de una regeneración espiritual para hacerse miembro del reino de Dios. De este gran pensamiento pasará Jesús a otros puntos fundamentales de la fe cristiana, y, levantando el velo que cubría lo por venir, mostrará al Mesías debajo de la figura de una víctima que generosamente se sacrifica por la salvación del mundo. Toda la escena es admirable por su sencillez, por su dignidad y por su apacible serenidad. Según su costumbre, Jesús se esforzará, aunque con escaso resultado al principio, en elevar el espíritu de su interlocutor a regiones superiores. ¡Qué honor le hizo revelándole maravillas tan admirables y abriéndole tan grandiosos horizontes!

Podemos representarnos a los dos interlocutores sentados uno cerca de otro en modesto diván, en un aposento severamente amueblado al modo oriental e iluminado apenas por una pequeña lámpara de barro, puesta sobre un candelero. Previos los saludos acostumbrados, Nicodemo dijo respetuosamente a Jesús: "Rabbi (33), sabemos que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no estuviere con él." Exordio significativo. Enseñanos que otros israelitas de las clases superiores habían experimentado, como Nicodemo, la influencia de los milagros y de la predicación de Jesús: de ahí el plural "sabemos". En consecuencia, le reconocían el derecho de enseñar en materia de religión, aunque no hubiese recibido ningún título oficial, sino que Dios mismo lo acreditaba directamente con el poder de hacer milagros de que le había investido.

Respondió el Salvador: "En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios" (34).

(32) Hase preguntado a veces cómo tuvo San Juan conocimiento de las circunstancias de esta conversación. Fácil es la respuesta: acaso por el mismo Jesús, o, posteriormente, por Nicodemo; pero aun es más natural suponer que con los otros discípulos asistió a la escena que tan bien describe.

(33) Cf. Joan., I, 49.

(34) El adverbio griego *ἀνωθεν* puede tomarse aquí en dos sentidos: "de arriba" (acepción literal), y por consiguiente del cielo, o también "de nuevo", como traduce la Vulgata, *denuo*. En cualquiera de los dos casos, el pensamiento es el mismo en el fondo, pues la regeneración de que habla Jesús no puede venir sino del cielo, de Dios mismo.

es decir, ser admitido a formar parte de él. Los comentadores han hecho notar que esta respuesta, más que al lenguaje externo de Nicodemo, se refiere a su pensamiento íntimo. ¿Qué es necesario practicar, había querido decir éste, qué condiciones se deben practicar para gozar de los bienes del reino que el Mesías va a fundar en breve? Ante todas cosas, le dice Jesús, es preciso regenerarse espiritualmente y que, por la intervención divina, se transforme íntimamente todo el ser moral.

Nicodemo, que no lo ha comprendido, pide una explicación: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al seno de su madre y nacer otra vez?" Permanece aún en el terreno puramente natural cuando Jesús quiere levantarlo a las altas regiones de lo sobrenatural (35). Con todo, por diversos pasajes del Antiguo Testamento, hubiera podido saber que hay una renovación espiritual del alma y del corazón (36). ¿No daban sus correligionarios a los prosélitos el nombre de "niños recién nacidos?" (37). Mas cegábanle sus prejuicios farisaicos. Fuera de que quizás fingía defender lo falso por saber la verdad. Replicó Jesús: "En verdad, en verdad te digo que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios." He aquí otra regla del método pedagógico de Jesús. A una explicación que se le pide, responde con repetir casi las mismas palabras, pero recalcándolas y dándoles otro giro para hacerlas más claras. El renacimiento que exige como condición para entrar en el reino de Dios consiste, pues, en el bautismo, que se compone de dos elementos: uno material, el agua; otro espiritual y divino, el Espíritu Santo. Ahora bien; este bautismo es precisamente el que el Precursor había anunciado como institución reservada al Mesías, en oposición a su simple bautismo de agua, incapaz de borrar los pecados (38). Con una comparación fundada en la ley de las semejanzas

(35) San Agustín: *Spiritus ei loquitur, et carnem sapit*.

(36) Ps. L, 9-12; LXXXV, 4-5; Ez., XI, 19, 20; XXXVI, 26-28; etc.

(37) Véase Lightfoot, *Horae hebr. et talmud. in Evang.*, t. I, pág. 984.

(38) Ya los doctores cristianos más antiguos, como San Justino, *Apol.*, I, 61; San Ireneo, *Fragm.*, 35; San Cirilo de Jerusalén, *Cat.*, I, 4, reconocían que Jesús se refería aquí al bautismo cristiano. Véase el Concilio de Trento, sesión VII, can. 2, de *Baptismo*.



explica Jesús la necesidad de la regeneración por medio del bautismo cristiano: "Lo que es nacido de carne, carne es, y lo que es nacido de espíritu, espíritu es." La "carne" significa aquí la naturaleza humana con sus instintos corrompidos; el "espíritu", la naturaleza espiritual con sus instintos celestiales y aspiraciones superiores. Pero, como vigorosamente dice San Pablo (39), la carne y la sangre no pueden entrar en el reino de Dios. Preciso es que Espíritu Santo las transforme y espiritualice; esta transformación se efectúa por el bautismo.

Yendo aún más lejos, acude el divino Maestro a una expresiva imagen para declarar la posibilidad, la realidad y la índole inmaterial del renacimiento cristiano: "El viento sopla donde quiera, y oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va: así es todo el que ha nacido del espíritu." El viento es, en efecto, uno de los seres más sutiles de nuestro mundo actual, y aun hoy, con todos los progresos de la Meteorología, encierra más de un misterio. Su presencia se nota por su zumbido y por sus efectos. La nueva vida que con el bautismo nos infunde el Espíritu Santo es también misteriosa, y en los más de los casos sólo por sus resultados se manifiesta.

Mas Nicodemo no comprendía aún; por lo menos lo confiesa ingenuamente: "¿Cómo puede hacerse esto?" Respóndele Jesús, no sin cierta ironía: "¿Eres tú maestro en Israel e ignoras estas cosas?" Como doctor de la Ley y encargado de instruir a los demás, debiera conocer, siquiera en su conjunto, estas noticias, que, según hemos dicho, se leen en varios lugares del antiguo Testamento. ¿Tenía, como tantos otros, una venda sobre los ojos cuando leía las Escrituras? (40). Por dicha suya, ha dado con el verdadero "Maestro en Israel", quien con delicada bondad va a hacerle en un instante inefables revelaciones sobre su naturaleza superior, sobre el oficio que acá en la tierra había de cumplir y sobre los resultados de su venida al mundo.

Aquí el diálogo se transforma en elocuente monólogo, y el doctor de la Ley guarda silencio, contentándose con escuchar con respetuosa atención. El pensamiento de Jesús toma como

(39) I Cor., XV, 50.

(40) Cf. II Cor., III, 13.

nuevo vuelo para elevarse a las más altas regiones. Citaremos íntegramente esta admirable página, en la que todo se enlaza estrechamente como los anillos de una cadena.

"En verdad, en verdad te digo que lo que sabemos, eso decimos, y lo que hemos visto, lo atestiguamos; y no recibís nuestro testimonio. Si cuando os he dicho cosas terrenas no creéis, ¿cómo creeréis cuando os hablare de las celestiales? Nadie ha subido al cielo sino quien del cielo ha descendido, el Hijo del Hombre, que está en el cielo.

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre, para que cualquiera que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna (41). Porque de tal manera ha amado Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque no ha enviado Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El.

Quien en El cree no es juzgado; mas el que no cree ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito de Dios. Y este es el juicio: vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque quienquiera que obra mal aborrece la luz, y no viene a la luz, por temor de que sus obras sean reprendidas. Mas el que obra según la luz viene a la luz, para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios."

No nos es posible explicar aquí por menudo estas palabras de incomparable riqueza; tarea es esa de los comentadores. Bastará indicar en pocas palabras el orden general de las ideas e insistir en algunos puntos particulares. Tres principales ideas se desenvuelven sucesivamente (42): no obstante que Jesús trae al mundo una doctrina nueva, superior a cuanto hasta entonces se había conocido, merece ser creído por su palabra, porque viene del cielo; morirá un día en la cruz por la redención del género humano; por desventura, no todos los hombres se salvarán, porque no todos querrán creer en el Hijo de Dios, ni hacer las obras que El manda; pero los que se pierdan, ellos mismos serán culpables de su condenación.

El segundo de estos razonamientos es de una belleza sumamente conmovedora. Nos muestra con anticipación la cruz de Jesús levantada como señal infalible de salvación. El hecho histórico en que ve el Salvador un palpable símbolo de su

(41) Sin razones suficientes suponen algunos exégetas que el discurso de Nuestro Señor se termina en estas palabras, y que lo restante es una serie de reflexiones añadidas por el evangelista. Véase Fillion, *L'Evangile de S. Jean*, págs. 56-57.

(42) Los hemos hecho notar en la traducción por medio de párrafos aparte.



muerte en el Calvario acaeció en el desierto de Farán, durante el cuadragésimo y último año de las peregrinaciones del pueblo hebreo. Como éste, fatigado de tanto peregrinar, hubiese lanzado al cielo una de aquellas quejas blasfemas que tan caro había pagado en más de una ocasión, castigóle Dios enviándole muchedumbre de serpientes abrasadoras, cuyas mordeduras sembraban por doquier la muerte. Presto hubieron de arrepentirse los culpables e implorar la divina clemencia, que no les fué rehusada. Pero plugo al Señor vincular la salud a una señal exterior. De orden suya, “hizo fabricar Moisés una serpiente de bronce y la puso sobre un poste, y cuantos habían sido mordidos por las serpientes y la miraban conservaban la vida” (43). La serpiente de bronce era, pues, como se le llama en el libro de la Sabiduría, un “símbolo de salvación” (44), con la ventaja de exigir y excitar la fe, virtud tan amada siempre de Dios. Una mirada de fe y de contrición dirigida al divino Crucificado había de producir resultados aun más admirables (45): “para que quienquiera que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna”. Este es el fin noble y generoso de la muerte del Salvador, cuya razón última, soberanamente inefable, no es otra que el amor infinito de Dios, que para salvar “al mundo”, es decir, al linaje humano, caído y gravemente culpado (46), no vaciló en sacrificar a su Unigénito, haciéndole morir en una cruz. Sin temor de exagerar se puede decir que este pasaje es uno de los más bellos y consoladores de toda la Biblia y que la palabra de Jesús, sin perder su sencillez habitual, adquiere aquí una majestad incomparable.

Y tanto mayor es la dulzura de estas líneas cuanto más terribles son las que siguen. A pesar del valor infinito del sacrificio expiatorio ofrecido a Dios por el Mesías, no todos los hombres se salvarán. Mas el Cristo—y este pensamiento es

(43) Num., XXI, 4-9.

(44) Sap., XVI, 6.

(45) En otros lugares del cuarto Evangelio, Joan., VIII, 28, y XII, 32-33, mencionará de nuevo Jesús esta “elevación” misteriosa, con la que, según dice expresamente San Juan, hace alusión al modo de su muerte.

(46) Cf. Joan., I, 10; VI, 33, 51; VII, 7; XII, 31; XVII, 14, 25; XV, 18-19; etc.

de una delicadeza exquisita—no quiere ejercer otra función que la de Salvador; la de juez que condena no se aviene ni con su amor ni con el de su Padre; si muchos pecadores son condenados para siempre, no sólo tendrán que culparse únicamente a sí mismos, sino que sus propias obras y su propia conciencia pronunciarán su condenación.

¿Cuál fué la conclusión práctica de la conversación de Jesús con Nicodemo? El evangelista no lo dice expresamente; pero no es arriesgado el suponer que el alma sincera y leal del “maestro de Israel” quedó vivamente impresionada y recibió favorablemente la buena semilla que poco a poco había de germinar, crecer y fructificar, hasta convertirlo en discípulo del Salvador y en amigo de su cruz. Ello es que un día le oiremos defender a Jesús ante el Sanedrín, que había dado orden de prenderlo sin previo juicio. “¿Por ventura nuestra Ley—exclamó noblemente—condena a un hombre sin primero oírle y sin saber qué es lo que ha hecho?” (47). Y asimismo sin temor alguno se ocupará, en compañía de José de Arimatea, de la sepultura de Jesús y rendirá a su sagrado cuerpo los últimos honores con una piadosa prodigalidad, reveladora del profundo afecto que hacia El sentía (48).

## II.—LARGA PERMANENCIA DE JESÚS EN JUDEA (49)

Poco fructuoso había sido, en conjunto, el ministerio preliminar de Cristo en Jerusalén. Un alma, que un día sería grande en el Cristianismo, había recibido la influencia de Jesús, pero de un modo todavía incompleto. Cierta número de partidarios se había reunido en torno del Salvador; mas su fe era sólo externa, y no podía contar con ellos. El resultado positivo era harto menguado. En cambio, desde su primera manifestación mesiánica, Jesús había suscitado contra sí y contra su obra a los directores religiosos de la nación. Había visto, pues, cumplirse en términos generales lo que poco ha decía El a

(47) Joan., VII, 50-51.

(48) Joan., XIX, 39-41. Acerca de la historicidad de todo este episodio, véase el apéndice XI.

(49) Joan., III, 22-36.



Nicodemo: "Vosotros no recibís nuestro testimonio." Ante semejante acogida, apresuróse Nuestro Señor a dejar la ciudad incrédula. Y, con todo eso, el fin que se había propuesto estaba conseguido: había inaugurado su oficio en la metrópoli de la teocracia y en el Templo mismo; se había manifestado como Mesías con un acto vigoroso de autoridad, con su predicación y con sus milagros. No había sido, pues, del todo estéril su permanencia.

Se alejaba de Jerusalén; pero, no queriendo todavía dejar la Judea, se retiró a un distrito rural de esta provincia (50), que el evangelista no nombra. Su permanencia en Judea debió de continuarse por unos ocho meses (51), durante los cuales ni El ni los jóvenes galileos que le habían seguido a Caná, a Cafarnaún y a Jerusalén estuvieron inactivos. El anunciaba el próximo advenimiento del reino de Dios a las turbas que poco a poco se le reunieron, y que pronto serían muchedumbre numerosa; ellos, con su licencia, y bajo su dirección, conferían el bautismo a quienes lo solicitaban. Lo cual parece dar a entender que, sin estar de asiento en población alguna, Jesús y sus compañeros no se alejaron de las riberas occidentales y meridionales del Jordán.

Desde los primeros siglos, teólogos y comentadores vienen preguntándose, sin llegar a concertarse, si el rito que entonces administraban los discípulos del Salvador era ya el bautismo cristiano, el bautismo "en el Espíritu Santo" anunciado por el Precursor. Muchos lo afirman; pero en todo tiempo ha habido quienes apadrinasen la opinión contraria (52), que, si

(50) En el texto griego, las palabras *ἰουδαίας γῆν* (Vulg., *terram Judaeam*), designan la campiña, en oposición a la ciudad.

(51) Se ha calculado este tiempo de manera que parece plausible, en conformidad con una observación que Jesús hizo a sus discípulos cuando, dejada la Judea, se dirigía a Galilea (Joan., IV, 35): "¿No decís vosotros: cuatro meses aún, y viene la siega?" Si se toman estas palabras a la letra, como la siega se hace de ordinario en Palestina a fines de abril, dedúcese que el Salvador debió de pronunciarlas hacia el fin de diciembre. Como la Pascua se celebraba en la primera luna de abril, habrían transcurrido, pues, ocho meses, acerca de los cuales los sinópticos guardan silencio, mientras que San Juan se contenta con decir, en pocas líneas, que Jesús se asoció por entonces al ministerio de su Precursor. Sea de ello lo que fuere, el imperfecto *διέτριβεν* (Vulg., *demorabatur*), "permanecía", significa aquí una estancia prolongada.

(52) Entre otros, Tertuliano, *De bapt.*, XI, San Juan Crisóstomo, *Sau* León.

no estamos engañados, es la que hoy prepondera. Se funda, en efecto, en excelentes razones. Si el narrador hubiese querido significar el sacramento del bautismo, ¿no lo habría indicado en alguna manera, para evitar una confusión lamentable en el espíritu de sus lectores, a quienes tantas veces ha hablado del bautismo de Juan? Más aún: algunas páginas más adelante (53), después de citadas aquellas palabras, un tanto oscuras, de Nuestro Señor: "Si alguno cree en mí, de su vientre correrán ríos de agua viva", las explica añadiendo: "Esto decía del Espíritu Santo, que habían de recibir los que creyesen en El; porque aun no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado." De esta observación parece colegirse claramente que el bautismo cristiano, por el que tan abundantemente a las almas se comunica el Espíritu Santo, no fué instituido sino después de la resurrección de Jesús. Y de hecho San Mateo (54) no coloca la institución de este sacramento sino algunos días antes de la Ascensión. El rito, pues, que entonces administraban los discípulos de Jesús apenas difería del bautismo del Precursor, y, como éste, simbolizaba la necesidad de la conversión, para tener parte en el reino del Mesías. Por eso, evidentemente, el Salvador se abstenía de bautizar por sí mismo. Si lo hubiese hecho, habría supuesto, con razón, que confería el bautismo "en el Espíritu Santo" (55). Jesús va a tomar bien pronto de Juan Bautista el tema general de su predicación (56); no es, pues, de extrañar que tomase también su bautismo durante este período, más o menos largo, de su ministerio preliminar.

Así, pues, Jesús y Juan, entrambos acompañados de sus íntimos discípulos, ejercieron por entonces simultáneamente su ministerio en forma casi idéntica. Mas ya no estaba el Precursor en Betania de Perea, en la ribera izquierda del Jordán (57), sino en la derecha, "en Ennon, cerca de Salim", donde se había establecido "porque tenía allí mucha agua",

(53) Joan., VII, 38-39.

(54) Matth., XXVIII, 15.

(55) Acerca de esta cuestión véase Suárez, *Opera omnia*, París, Vives, t. XX, págs. 326-333; Knabenbauer, *Comment. in Evang. sec. Joan.*, 2.<sup>a</sup> ed., págs. 152-153.

(56) Matth., IV, 17; Marc., I, 15.

(57) Joan., I, 28.



como lo exigía su bautismo por inmersión. Desgraciadamente, no es posible determinar con certeza la situación de estas dos localidades, cuyos nombres eran y son aún frecuentes en Palestina (58). Unos, siguiendo a Eusebio y a San Jerónimo (59), las sitúan a ocho millas romanas al Sur de Escitópolis o Bethsan; otros, con San Epifanio y el sabio palestinólogo americano Robinson (60), al Este y no lejos de Sichem o Naplusa; otros, por fin, en la Judea meridional, en el sitio antiguamente ocupado por las aldeas que en la Vulgata llevan los nombres de Selim y Aen (61). La más verosímil de estas opiniones parece la primera, aunque tenga (igual que la segunda) el grave inconveniente de colocar la residencia temporal del Bautista en un distrito que pertenecía a los samaritanos, tan hostiles a los judíos.

Las muchedumbres seguían acudiendo en gran número cerca del Precursor. Pero el rumor que en Jerusalén se había levantado en torno del nombre de Jesús se extendió por toda la Judea y aun fuera de sus confines; así es que iban a buscarlo muchedumbres cada vez más numerosas, con lo que su fama amenazó eclipsar bien pronto la de Juan. Comenzaba para éste el crepúsculo vespertino; una radiante aurora amanecía para Jesús. Cuando estos sucesos, acerca de los cuales ningún pormenor nos da el evangelista, llegaron a noticia de los discípulos del Precursor, sintiéronse éstos recelosos. Una ocasión casi trivial avivó aun más sus celos. Llegóse a ellos un día cierto judío (62) — un israelita cualquiera, según unos; un personaje, según otros (63) —, y entabló con ellos viva disputa “acerca del bautismo, bien fuese el administrado por el Precursor, bien fuese el que administraban los discípulos de Jesús. No es dificultoso de adivinar el origen de la querella. El judío desconocido debía de ser un partidario recién con-

(58) “Ennon” se deriva del hebreo *’ain*, que significa “fuente”.

(59) *Onomasticon*, en las palabras Ennon y Salim. Véase también San Jerónimo, *Epist.*, LVI, *ad Evang.*

(60) *Neue bibl. Forschungen in Palästina*, pág. 400.

(61) *Jos.*, XV, 32.

(62) *’Ioudaioi*, en singular, según la lección más acreditada. La Itala, la Vulgata, etc., han leído *’Ioudaion*, en plural, “judíos”.

(63) Apóyanse éstos, aunque con escasa probabilidad, en el hecho de que, en el cuarto Evangelio, la palabra “judíos” denota ordinariamente a los jefes religiosos del pueblo.

quistado por el Salvador. Al encontrarse con los discípulos de Juan, llevado de su celo de neófito, suscitó el tema del bautismo conferido por una y otra parte, poniendo en segundo lugar el del Precursor. Dió en lo vivo. Aquellos discípulos, tan aficionados a su maestro, fuéronse a buscarlo inmediatamente, y, con turbación y amargura que se trasluce en sus palabras, le dijeron: “*Rabbi*, mira que aquel que estaba contigo de la otra parte del Jordán (64), y de quien tú diste testimonio, bautiza ahora, y todos van a El.” Bautiza; este hecho — falso en sí mismo, ya que Jesús en persona no bautizaba — los indignó de singular manera, pues consideraban el bautismo de penitencia como invención y especial prerrogativa de Juan. Y no les molestaba menos que quien así parecía usurpar los derechos de su maestro y en sus propios dominios moverle competencia, debía, según creían, su reputación y sus triunfos al testimonio que el mismo Juan tan generosamente había dado de El. “Todos van a El.” Al hablar de este modo exageraban notablemente; pero éste suele ser el lenguaje de los celos, que no pueden soportar las ventajas obtenidas por un rival; ahora bien, las de Jesús eran considerables.

¡Qué mal conocían estos discípulos, de espíritu estrecho, a su maestro y su alma nobilísima! Su respuesta, que no deja de tener semejanza con la que había dado a los delegados del Sanedrín, fué digna de su carácter leal, humilde y desinteresado, y es para nosotros de tanto mayor precio cuanto contiene el último y más hermoso de los testimonios que el Precursor dió del Mesías. Se compone de dos partes, la primera de las cuales establece entre Jesús y el mismo Precursor un nuevo parangón, que pone muy de relieve la superioridad del Cristo.

Nada puede el hombre recibir si del cielo no le fuere dado. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de El. El que tiene esposa, es el esposo: mas el amigo del esposo, que está con El, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así, pues, mi gozo es cumplido. Menester es que El crezca y que yo mengüe.

Así, pues, muy lejos de presentarse como rival de Jesús, colócase el Precursor muy por debajo de El, en todos los ór-

(64) En Betania de Perea.



denes. Todo buen suceso, comienza diciendo, viene de Dios; la creciente influencia de Jesús es, pues, una confirmación celestial de su superioridad. A continuación Juan apela a los recuerdos aun recientes de sus propios discípulos, ante los cuales —¿cómo tan pronto lo olvidaron?— había afirmado más de una vez que él no era más que el heraldo y servidor del Mesías. Después, para mejor señalar la primacía de Jesús, recurre a una metáfora admirablemente expresiva y bella, tomada de los usos nupciales de sus compatriotas. En muchos lugares del Antiguo Testamento (65) la alianza que el Dios de Israel había contraído con su pueblo se compara con el matrimonio, que es la unión más íntima que las criaturas humanas pueden contraer entre sí. También Jesús empleó esta imagen (66), que, a su vez, utilizarán los apóstoles para representar al divino Maestro como místico esposo descendido del cielo para celebrar sus bodas con la Iglesia (67). Ahora bien, en las ceremonias nupciales de los judíos confiábase un oficio importante al que Juan Bautista acaba de llamar “el amigo del esposo” (68). El disponía todo lo concerniente a los preliminares del matrimonio; concertaba la cantidad de dinero que el futuro marido debía pagar al padre de la novia; concluido el tiempo de los esponsales, transmitía a los novios sus recíprocos mensajes, ya que el uso no les permitía verse antes del matrimonio; él, en fin, preparaba la fiesta de las bodas y la presidía. Mas por honroso que este papel fuese, era de suyo secundario y transitorio. Con todo eso el Precursor no ambicionaba otro, y se tenía por muy venturoso y feliz en cumplirlo. La conclusión de su elocuente comparación derrama clarísima luz sobre sus sentimientos de abnegación y de profunda humildad. “Es necesario — una necesidad según el plan divino—que El crezca y que yo mengüe.” Juan ha comprendido que se acerca ya el término de su carrera, y está pronto

(65) Is., LIV, 6; LXII, 5; Ez., XVI, 1-63; Os., II, 18-19; etc.

(66) Matth., IX, 15; XXV, 1-12; Marc., II, 19.

(67) II Cor., XI, 2; Eph., V, 32; Apoc., XIX, 7; XXI, 2, 9.

(68) En hebreo se le llamaba *shoshben*. Véase Buxtorf *Lexicon talmudicum*, en esta palabra; Lightfoot, *Horae hebr. et talm. in Evangelium*, t. I, pág. 998; Schoettgen, *Horae hebr. et talm. in N. T.*, t. I, págs. 333-340; Weber, *System der altsynagog. palästin. Theologie*, págs. 50-51. La comparación parecida desempeñaba entre los griegos el “paraninfo”.

a dejar lugar al Cristo, cuya venida ha preparado con todas sus fuerzas.

En la segunda parte de su contestación elévase aún a más altas regiones. Puede resumirse de este modo: El origen celestial de Jesús le pone muy por cima de todos los seres creados. De ahí nacen la perfección y certeza de su doctrina. Es el Hijo de Dios, y como tal posee la soberanía universal. Dichosos, pues, los que a El se adhirieren por la fe y las obras, y malaventurados los que rehusan creer en El.

El que (69) es de la tierra, terreno es, y de la tierra habla. El que viene del cielo, sobre todos es. Y lo que vió y oyó, eso testifica: y nadie recibe su testimonio (70). Quien recibe su testimonio certifica (71) que Dios es veraz. Porque Aquel a quien Dios ha enviado, las palabras de Dios habla: porque Dios no le da el espíritu por medida (72). El Padre ama al Hijo, y todas las cosas puso en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

“El Padre ama al Hijo.” Estas sublimes palabras explican cómo Dios Padre no ha puesto límites a su generosidad para con Jesucristo, en el que se ha complacido. Son un nuevo eco de la revelación que el Precursor había recibido en el momento del bautismo de Jesús: “Este es mi Hijo muy amado.”

Los fariseos, aquellos rígidos observadores de la ley, huraños y turbulentos, que se habían inquietado por los éxitos del Precursor y de su bautismo, supieron también que la popularidad de Jesús crecía tan rápidamente, que sus partidarios iban siendo más numerosos que los de Juan. Con ello comenzó

(69) Como en las últimas líneas del discurso de Jesús a Nicodemo, también aquí ven algunos exégetas reflexiones añadidas por el evangelista. Sus argumentos no son convincentes. Véase L. Cl. Fillion, *L'Évangile de S. Jean*, pág. 62.

(70) Hipérbole evidente, como lo eran también, en sentido contrario, las palabras de los discípulos del precursor: “Todos van a él.” Casi en continuación reconoce Juan Bautista que distaba mucho de ser estéril la predicación de Jesús.

(71) En griego, *εσφράγισεν* “puso su sello” (Vulg., *signavit*). Figura tomada de la antiquísima costumbre de poner el sello en un documento para autenticarlo y confirmarlo. Cf. Joan., VI, 27; Rom., IV, 11; XV, 8, etc.

(72) A sus demás representantes, aunque sean profetas o apóstoles, no concede Dios sus dones sino con tasa; no derrama sobre ellos su Espíritu sino parcialmente y con un fin especial. Cf. I Cor., XII, 7-11. Respecto a su Cristo, “plégole que en El habitase toda la plenitud (de dones celestiales)”. (Col., I, 19.)



a roerles viva envidia, que manifestaron, sin duda, por medio de recriminaciones y de amenazas. Llegada que fué esta noticia a conocimiento de Nuestro Señor, consideróla como providencial aviso de que no debía prolongar por más tiempo su estancia en Judea, donde el partido farisaico gozaba de poderosa influencia. Aunque su vida, de presente, no estuviese en peligro, dejó esta provincia y tomó el camino de Galilea. Más de una vez le veremos, en el curso de esta historia, recurrir a idéntico expediente en circunstancias análogas (73). Hasta tanto que no llegue su "hora" se guardará de exasperar a sus enemigos, para no poner en contingencia su ministerio. Se alejará de ellos, dejando de voluntad un terreno demasiado ardiente y yéndose a otros parajes más favorables a su celo. Practicaba así de antemano el consejo que más adelante dará a sus apóstoles para el tiempo de sus misiones: "Cuando os persiguieren en una ciudad, huid a otra" (74). Después nos darán a conocer los sinópticos un segundo motivo de esta apresurada partida: Juan acababa de ser encarcelado por Herodes Antipas, y Jesús iba a trasladar a Galilea su ministerio propiamente dicho.

### III. — JESÚS EN SAMARIA. SU CONVERSACIÓN CON LA SAMARITANA JUAN PUESTO EN PRISIÓN POR HERODES.

Como ya dijimos más arriba, las caravanas galileas que se dirigían a Jerusalén para celebrar las solemnidades religiosas, o que, después de las fiestas, volvían a su país, solían dar un considerable rodeo para evitar vejaciones y molestias que para ocasiones tales les reservaban de ordinario los samaritanos (75). El mismo Jesús se conformó, al menos una vez, con esta costumbre, cuando su último viaje a la capital judía (76). Pero, en el caso presente, prefirió tomar el camino más corto, que va directamente de Sur a Norte, atravesando la Samaria, cuyo territorio está enclavado entre Judea y Galilea. Al se-

- (73) Cf. Marc., III, 7; VII, 24; Joan., VII, 1; X, 39-40; XI, 54; etc.  
(74) Matth., X, 25.  
(75) Josefo, *Ant.*, X, v, 1; *Vita*, 52.  
(76) Matth., XIX, 1; Marc., X, 1.

gundo día probablemente de su viaje, tras de fatigoso caminar por ásperos caminos frecuentemente montuosos, llegó, en compañía de sus fieles discípulos, al corazón del país samaritano, cerca de la aldea llamada Sicar (77), situada a corta distancia del campo que, muchos siglos atrás, había legado Jacob a José, su hijo predilecto. "Y estaba allí—continúa el evangelista—la fuente de Jacob, y Jesús, cansado del camino, estaba así (78) sentado sobre la fuente. Era como la hora de sexta", es decir, el medio día.

Esta descripción, tan viva y dramática, sirve de introducción a una de las narraciones más primorosas de la vida del Salvador. Toda la delicadeza, toda la ingenuidad y toda la sinceridad del evangelista San Juan se muestran en ella y subyugan al lector. El escenario, esbozado solamente por el sagrado cronista, y que aun hoy apenas ha cambiado, era digno del episodio que iba a suceder, pues el paisaje donde entonces se hallaba Nuestro Señor era uno de los más notables de toda la Palestina. Sus pormenores se imprimen hondamente en la memoria de quien quiera que se pare en él, aunque no sea sino por pocas horas.

Caminando de Jerusalén hacia el Norte, después de la habitual parada de *Khan Lubban*, se llega a la llanura de *El Makh-nah*, superior en extensión a todas las otras que existen entre las montañas de Efraín. Es un vasto trigal, sin cercados ni lindes que lo dividan, y cuya monotonía sólo se interrumpe por numerosos olivos plantados acá y allá. Después de haberlo atravesado casi en línea recta, el camino tuerce de improviso hacia la izquierda, obligado a contornear un contrafuerte del monte Garizín, que avanza en dirección del Sudeste. Allí, entre esta montaña y el Ebal, que se levanta enfrente, comienza el estrecho y riente valle en medio del cual está construída Nablusa, la antigua Siquem. La desnudez casi completa de estas dos montañas, relativamente gigantescas, hace resaltar mejor, sobre todo en primavera, el esplendoroso verdor de este

(77) En la ortografía de este nombre seguimos la mejor lectura del texto griego: Συχάρ, en vez de Συχάρ.

(78) Esta parece ser la traducción más exacta del adverbio οὕτως (Vulg., sic), "así", que por sí solo es un cuadro vivo. Los antiguos comentaristas griegos lo traducían, en efecto, por ἀπλῶς, ὡς ἔτυχε, "sencillemente, sin afectación".



vallecico, regado por abundosas fuentes. “Camina uno a la sombra del follaje, a lo largo de aguas vivas, encantado por las melodías de multitud de pajarillos” (79). En los huertos y vergeles que rodean a Naplusa hay una vegetación exuberante. Los principales árboles frutales que en ellos se cultivan son el almendro, la higuera, el azufaifo, el naranjo, el limonero, el nogal y el albaricoquero.

Pero volvamos al relato evangélico. Siguiendo a San Jerónimo (80) y a algunos antiguos peregrinos o viajeros (81), se ha identificado a veces Sicar con la célebre ciudad de Siquem, que, desde que fué reconstruída por Vespasiano, lleva el nombre de Naplusa (82). Pero en el día de hoy todos están conformes en rechazar semejante identificación y en reconocer la Sicar del Evangelio en la humilde aldehuela de *Askar*, que, a diez o doce minutos de camino del pozo de Jacob, se divisa al pie del monte Ebal. Claramente distinguen las dos localidades el historiador Eusebio (83), el Peregrino de Burdeos (en 333) y otros autores antiguos, y no hay razón alguna seria para poner en duda esta tradición. El Talmud menciona también, cerca de Siquem, una aldea llamada Sukar o Sikar, con una fuente de idéntico nombre, que no puede haber sido otra que el pozo de Jacob (84).

Este pozo es como el punto central del episodio que estamos estudiando. Es uno de los monumentos mejor acreditados de la geografía evangélica, y una de las más preciadas reliquias, así de la historia israelita como de la de Cristo. Sin contar las tradiciones judía, cristiana y mahometana, constantes siempre en este particular, puede alegarse en abono de su autenticidad un argumento indiscutible de orden físico. “En Oriente las fuentes y los senderos son puntos de partida segurísimos para las investigaciones históricas y geográficas. Las fuentes, en efecto, no cambian de lugar, y, en estos países cálidos y secos,

(79) Van de Velde, *Reise durch Syrien*, t. I, pág. 291. Cf. A. Stanley, *Sinai and Palestine*, segunda edic., págs. 233-235.

(80) *Quaest. in Gen.*, XLVIII, 22.

(81) Arculf en 700, Saewulf hacia 1102, Maundeville en 1372, etc.

(82) Neapolis: de dos palabras griegas que significan “Nueva ciudad”. Es el mismo nombre que Nápoles.

(83) En su *Onomasticon*, en la palabra Sychar.

(84) Neubauer, *Géographie du Talmud*, págs. 169-170.

donde el agua es siempre rara, la dirección de los caminos está casi constantemente determinada por la posibilidad de hallar, al fin de cada etapa, agua abundante para los hombres y los animales de transporte” (85). He ahí, pues, una seguridad más en favor del pozo de Jacob.

Hállase muy cerca del camino que va de Jerusalén a Naplusa, hacia la mano derecha y casi inmediatamente después de la vuelta del camino de que antes hemos hablado, a unos dos kilómetros de la antigua Siquem. Por desgracia, ha perdido su fisonomía primitiva. Cubierto en el siglo III por un santuario que poco a poco ha caído en ruinas, y que los griegos ortodoxos acaban de reconstruir, no está ya al aire libre, como en otro tiempo. “Un brocal antiguo rectangular, de 1,15 m. de largo por 0,75 m. de ancho, con una abertura circular, que tiene profundas estrías, causadas por la cuerda al sacar el agua, está colocado sobre el orificio practicado en la bóveda que recubre el pozo” (86). Su profundidad actual es de 25 m. A gran costa lo había abierto Jacob en el suelo calcáreo. Su agua es excelente. Magníficos plátanos, tenidos por muy antiguos, le hacían sombra en tiempo del Peregrino de Burdeos. Entre este pozo y la aldea de Sicar se ve también el campo que el patriarca Jacob había comprado a los habitantes del país y legado al más amado de sus hijos (87). En este campo se enseña el sepulcro de José, humilde monumento, medio en ruinas, pero muy venerado en la región (88).

Todos estos recuerdos debían de ocupar el alma de Nuestro Señor mientras, sentado en el arcón del pozo, aguardaba la vuelta de sus apóstoles. Muy cerca también de allí, en Siquem, había erigido Abraham el primer santuario de la teocracia, en forma de un altar consagrado al Dios de la promesa y de la revelación (89). Posteriormente, conforme a la orden intimada por Moisés antes de su muerte (90), Josué había construído, a su vez, un altar en la cumbre del monte Ebal, e

(85) Lortet, *La Syrie d'aujourd'hui*, pág. 204.

(86) L. Heidet, en F. Vigouroux, *Dict. de la Bible*, t. III, col. 1.080.

(87) Cfr. Gen., XXXIII, 18-20; XLVIII, 21-22.

(88) José, antes de morir, había pedido que sus restos mortales fuesen transportados más tarde a este lugar, y su deseo se cumplió después de la salida de Egipto. Cf. Gen., L, 24; Jer., XXIV, 32.

(89) Gen., XII, 6-7.

(90) Deut., XXVII, 4-7.



inmolado gran número de víctimas en honor de Jehová (91).

¿Había quedado Jesús completamente solo? Así parece indicarlo la fórmula general empleada por el cronista: "Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar víveres." Probablemente, sin embargo, según conjetura de muchos intérpretes modernos, que Juan, convertido ya en amigo especialísimo de Jesús, se hubiese quedado con el amado Maestro. Esta circunstancia explicaría, en parte, la índole tan animada y minuciosa de su narración.

De improviso, por el sendero que conducía del pozo a Sicar, llegó una mujer, joven aún, que con una ánfora de barro sobre la cabeza o sobre el hombro venía a renovar su prevención de agua, a la hora de la comida principal del día. Provista de una larga cuerda, que hizo deslizar a lo largo del brocal, pronto llenó su cántaro. Comenzando entonces a hablar, dícela Jesús: "¡Dame de beber!" Después de un largo y penoso viaje, estaba realmente sediento. Pero ante todas cosas, tenía sed de aquella alma, tristemente extraviada por la senda del mal, y a la que ardientemente deseaba traer a mejores sentimientos. ¡Dame de beber! Con estos términos tan sencillos se entabló uno de los más sublimes diálogos de la literatura sagrada. Según costumbre suya, el Maestro ingiere una lección completamente celestial en un vulgar incidente. Antes le hemos visto conversar con un sabio de Israel, miembro del Sanedrín judío; ahora instruye a una mujer del pueblo, a una pecadora. ¡Cuán diferentes interlocutores! También hay gran diferencia en el asunto de la conversación, en las verdades reveladas por el divino Maestro; y con todo, es el mismo el método general de instrucción y análogos los procedimientos pedagógicos. "En ambos casos, Jesús saca provecho de las circunstancias inmediatas; pasa admirablemente de lo natural a lo sobrenatural; se complace en repetir, aunque desenvolviéndolas, las palabras que aún no han sido del todo comprendidas, a fin de excitar así la atención y la fe; procura conmover después de haber convencido. Modelo de todo en todo divino del modo que se ha de tener en convertir las almas" (92).

(91) Jos., VIII, 30.

(92) L. Cl. Fillion, *L'évangile de S. Jean*, págs. 71-72.

A la demanda de Jesús, responde la mujer, llena de extrañeza: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?" Había distinguido la nacionalidad de Nuestro Señor por algunas particularidades de su vestir, como las franjas, o quizás por su pronunciación. Los samaritanos, de hecho, pronunciaban de modo diverso que los judíos ciertas vocales y las letras guturales. Su extrañeza, según explica el evangelista, provenía de que los judíos no tenían trato, es decir, trato amistoso y familiar, con los habitantes de Samaria (93). Tan cierto era el hecho, y a tanto llegó la mutua rivalidad de ambos pueblos, que, tiempo después, no podía un judío comer el pan ni beber el vino de los samaritanos sin contraer mancha legal. Mas esta severa prohibición no existía aún en tiempo de Jesús, ya que sus discípulos habían ido en busca de víveres a Sicar.

Sin responder a la pregunta de la samaritana, porque le habría llevado a un terreno estéril, replicó el Salvador: "Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú, de cierto, le pidieras a El, y te daría agua viva." Con este lenguaje, metafórico en parte, quería excitar en el espíritu de aquella mujer un presentimiento de la dignidad de quien la estaba hablando. El "don de Dios" consistía probablemente en la insigne merced de la Providencia concedida a la samaritana, procurándola una conversación con el Mesías mismo. El "agua viva", aquí como en otros lugares de los Libros Sagrados (94), es el agua corriente de los manantiales, por oposición al agua estancada de las cisternas, y tanto más preciada en Palestina, cuanto más raramente se la encuentra. En este lugar (95) simboliza la abundancia de gracias que el Espíritu Santo difunde en las almas y la vida sobreabundante que el Cristo trajo al mundo.

Cada vez más admirada, responde la mujer: "Señor, no

(93) Acerca de la hostilidad que reinaba entre los dos pueblos, y que aún subsiste entre sus descendientes, véase el tomo I, págs. 109-110, y también Josefo, *Ant.*, XV, II, 2; XX, VI, 1; *Bell. jud.*, XII, 3; Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes zur Zeit Jesu Christi*, tercera edición, tomo II, págs. 22-23.

(94) Gen., XXVI, 19; Lev., XIV, 5; Jer., II, 13; Zach., XIV, 8, etc.

(95) Y también un poco más adelante en el cuarto Evangelio, Joan., VII, 35-37.



tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva?" Permanece obstinadamente en el dominio de lo sensible, pues no era aún capaz de elevarse más alto. Pero, cuando menos, la respuesta de Jesús ha producido en ella un primer efecto: indúcela a sospechar que se halla en presencia de uno que es mucho más que los otros judíos. Siéntese dominada de cierto respeto, que se manifiesta por el honorífico título de Señor que ya da a Jesús y que repetirá luego otras dos veces. Pero ¿cómo podía El procurarla agua de fuente? La del pozo de Jacob poseía, sí, esta cualidad; mas Jesús — y la samaritana lo había notado fácilmente — no tenía a mano ni la cuerda, ni el saquito de cuero, ni la diminuta ánfora que los viajeros solían llevar consigo en Palestina (96) para sacar el agua necesaria de los pozos que hallasen a lo largo de los caminos.

Con cierta altivez, en tono de ironía y de incredulidad, añadió la samaritana: "¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, del cual bebieron él, y sus hijos y sus ganados?" Fuese cual fuese la categoría de su interlocutor, creía ella que no podía ser superior al ilustre patriarca a quien los habitantes del distrito debían aquel pozo, y que con aquella agua se había dado por contento. Considerar y proclamar a Jacob como antepasado suyo era para los samaritanos, según refiere Flavio Josefo (97), punto de orgullo nacional, aunque, en realidad, la mayor parte de ellos eran de origen pagano.

Reasumiendo, para desenvolverla, la alegoría del agua viva, dijo entonces Jesús: "Quienquiera que beba de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; porque el agua que yo le daré, se convertirá en él en fuente de agua que saltará hasta la vida eterna." Si bien con este lenguaje tampoco respondía Jesús directamente a la pregunta de la samaritana, contestaba, cuando menos, a su pensamiento íntimo: ¿A qué agua te refieres? Dejando a un lado los puntos secundarios, que habrían inte-

rrumpido o desviado inútilmente el curso del diálogo, va derecho al principal y encarece la índole especial, soberanamente preciosa, del agua mística que El podía procurarle. El agua ordinaria, aun extraída del pozo de Jacob, no apaga la sed sino por algunas horas: la samaritana misma, con su ánfora, era manifiesta prueba de ello. El agua que El da apaga la sed para siempre (98). Posee un privilegio maravilloso: en el seno de quien la tiene se trueca en fuente abundante, inexhausta, que jamás cesará de refrigerarle, y que finalmente le llevará a la vida eterna, donde le sumerge como en un océano sin linderos. Imagen riquísima de las gracias inagotables de que es inundada el alma creyente y unida a Cristo cuando ha recibido al Espíritu Santo.

Convencida ya del poder de quien la habla, pero engañándose aún respecto de la naturaleza del agua que en tan elogiosos términos se la describe, dice la mujer, no sin emoción: "Señor, dame de esa agua, para que ya no tenga sed ni venga aquí a sacarla." Ahora ya no presenta objeciones, sino que, invertidos los papeles, es ella quien hace a Jesús la demanda con la que él mismo había entablado la conversación. Su imaginación y sus deseos estaban vivamente interesados. Querría tener abundante repuesto de este agua bienhechora. Pero ¿por qué venía tan lejos, cuando más cerca de Sicar había varios manantiales? Acaso porque prefería el agua del pozo de Jacob a todas las otras; acaso también por la situación irregular en que vivía y por el consiguiente temor de los sarcasmos de sus compañeras si iba a llenar su cántaro al mismo sitio y en las mismas horas que ellas.

Hasta aquí Jesús se ha dirigido sobre todo a la inteligencia de la samaritana. Mas he aquí que, dando de pronto a la conversación un giro inesperado, se dirige derechamente a su conciencia. "Ve—le dice—, llama a tu marido y ven acá con él." ¿Pedía Jesús realmente a la samaritana que le condujese aquel hombre, según se ha supuesto? Ciertamente no. Su verdadero fin era sacudir fuertemente, para despertarla, a aquella alma dormida en el mal. Confusa y sonrojada respondió: "No tengo marido." Esta respuesta era ambigua, ya que podía

(96) Los griegos daban a este instrumento el nombre de *ἀντήριον* (San Agustín, *hauritorium*). Los discípulos, al alejarse, no se habían cuidado de dejárselo a su Maestro.

(97) *Ant.*, XI, VIII, 6.

(98) Cf. Apoc., VII, 16-17.



significar simplemente: No estoy casada. Posible es que la Samaritana escogiese hábilmente estos términos con la esperanza de eludir cualquiera otra pregunta de parte de Jesús. Pero el Salvador, con su pronta respuesta, le demostró que leía hasta en lo más hondo de su corazón y de su vida reprensible: "Bien has dicho: no tengo marido; porque cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido: verdad has dicho en eso." Bien fuese que se hubiera casado cinco veces por sucesiva muerte de sus maridos, bien los hubiera tenido por obra del divorcio, con que en aquellos relajados tiempos tan fácil y tristemente se menospreciaban los lazos matrimoniales (99), era sobrado evidente la ligereza de costumbres de aquella mujer.

Dió la saeta en el blanco. En vista de revelaciones tan concretas y verdaderas, no quedaba a la culpable sino el confesar sencillamente su vergüenza. Y lo hizo al punto, pues no carecía de cierta franqueza, según hemos visto por su conversación, mas sólo de manera implícita e indirecta: "Señor, veo que eres profeta." Ella sabía, en efecto, que los profetas leían frecuentemente en el fondo de los corazones, y Jesús acababa de mostrarle que poseía este privilegio. La ciencia sobrehumana del Salvador había producido en ella impresión profunda, y hasta le había inspirado un comienzo de fe.

Y pues era profeta, propúsole inmediatamente un problema religioso, que sus correligionarios discutían desde hacía varios siglos, y que no le era a ella indiferente. "Nuestros padres—continuó—adoraron en este monte, y vosotros (los judíos) decís que Jerusalén es el sitio en donde se debe adorar." Algunos comentadores no han querido ver en estas palabras más que un hábil subterfugio para desviar una conversación que, como fácilmente se adivina, la era muy desagradable. Nosotros preferimos creer, con la mayor parte de los intérpretes, que la Samaritana se proponía un fin serio al hacer a Jesús esta pregunta. Al pronunciar las palabras "en este monte", debió de incidir con la mano el Garizim, que allí, al lado, se erguía junto al sitio donde acaecía esta escena. Tenía este monte importancia excepcional en la religión de aquellos

a quienes la mujer llama "nuestros padres", es decir, los antiguos samaritanos. Unos trescientos años antes de nuestra Era habían construido en la cumbre del Garizim un templo, que fué destruido el año 128 por el gran sacerdote Juan Hircano I, sucesor de los Macabeos (100), y cuyas ruinas subsisten aún parcialmente. Desde esta cima, situada en el centro de Palestina, gózase de un panorama espléndido en todas direcciones. Al Sur, abarca la vista los montes de Efraim; al Este, las alturas que se levantan como un muro y cierran el horizonte al otro lado del Jordán; al Oeste, hasta la llanura de Sarón y el Mediterráneo; al Norte, las montañas de Sebaste o Samaria, sobre las cuales asoma, a lo lejos, el cono nevado del Hermón. Aún después de la destrucción de este templo, continuaron los samaritanos considerando al Garizim como centro de su culto.

Hoy mismo, su reducida comunidad, ya muy menguada (101), que reside en la ciudad de Naplusa, donde tiene una pequeña sinagoga, le llama el monte santo, se vuelve hacia él para orar, le atribuye todo linaje de tradiciones legendarias y va cada año a inmolar y comer en su cumbre el cordero pascual. Para justificar esta veneración, alegan los samaritanos aquel pasaje del Deuteronomio en que Moisés ordenó a los hebreos que, después que hubiesen atravesado el Jordán, erigiesen sobre el Garizim (102) un altar en honra del verdadero Dios. Pero, en realidad, lo que el texto hebreo auténtico menciona en ese pasaje es el monte Ebal, y sólo por deliberado fraude de los copistas se lee el nombre de Garizim en el célebre manuscrito del Pentateuco que poseen los samaritanos (103).

Sin querer entablar una controversia sobre el punto en litigio, se allana Jesús por esta vez a seguir a su interlocutora al terreno elegido por ella, ya que le facilitaba las grandes revelaciones que iba a hacer. Respondió con tono patético:

(100) Josefo, *Ant.*, XIII, ix; 1. Véase Schürer, *Gesch. des jüd., Volkes zur Zeit Jesu Christi*, tercera edic., t. I, pág. 264, 492, 651; t. II, página 16, etc.; Felten, *Neutestam., Zeitgeschichte*, 1910, t. I, págs. 43-47.

(101) No cuenta actualmente más que unos 170 miembros. Véase Baedeker, *Palästina*, séptima edic., 1910, pág. 204.

(102) Deut., XXVII, 4.

(103) Véase Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, t. V, col. 1.421-1.424.

(99) Matth., XIX, 3. Véase el t. I, pág. 146.



"Mujer, créeme, viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Mas se acerca la hora, y es ya venida, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Tales adoradores son los que el Padre busca. Dios es espíritu, y es menester que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y en verdad."

¡Cuán grandioso horizonte abre Jesús con este lenguaje para un porvenir cercano, y a qué alturas tan sublimes eleva la cuestión! Pronto, respondió en primer término, cesará todo particularismo religioso, y doquiera reinará un culto superior, perfecto, que derribará cualesquiera barreras levantadas por el espacio, por el tiempo, por las nacionalidades y por la diversidad de lenguas, y abrogará así el culto de los judíos como el de los samaritanos. Será el cumplimiento literal del oráculo de Malaquías (104): "Desde Oriente hasta Poniente, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y sacrificios, una ofrenda pura, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos." Cuarenta años apenas después de pronunciada la profecía del Salvador, habíase ya cumplido íntegramente en lo tocante al templo de Jerusalén, que, reducido a un montón de ruinas por obra de los romanos, corrió la misma suerte que en otro tiempo había cabido al templo de Garizim. Por más que el culto israelítico hiciese mucha ventaja a todos los demás, era de suyo incompleto e imperfecto, y debía, a su vez, ceder su puesto a la nueva religión establecida por el Cristo. Esta sola creará entre Dios y los hombres lazos paternales de un lado y filiales de otro, en tanto que así los judíos, como los samaritanos, habían rendido y rendían aún sus homenajes más al "Señor" que al "Padre".

Después de esta respuesta general, Jesús resuelve directamente, conforme a la historia de la revelación, el problema propuesto por la samaritana. Hasta entonces, solos los judíos habían practicado el culto grato a Dios. El templo de Jerusalén era el único santuario legítimo. Con no aceptar más que el Pentateuco y rechazar todas las otras partes de la Biblia, se habían apartado de la voluntad divina. Su religión era un culto cismático, y el Garizim no tenía derecho alguno a su

(104) Mal., I, 11.

veneración supersticiosa. "La salvación viene de los judíos": ¿no eran éstos, efectivamente, el pueblo por Dios escogido entre todos para conservar el tesoro de la revelación? ¿No eran ellos por quienes se había transmitido la promesa de la redención? Y sobre todo, ¿no había de salir de su linaje el Mesías para salvar al mundo entero? ¡Privilegio glorioso de Israel, que también San Pablo se complace en recordar con noble orgullo! (105).

Pero he aquí que ha comenzado el nuevo orden de cosas anunciado por Jesús: "Se acerca la hora, y es ya venida..." ¡Con qué dulce firmeza debió de pronunciar estas proféticas palabras! El Cristo, con el pequeño grupo de sus discípulos, había inaugurado ya el culto "verdadero" el culto de los "verdaderos adoradores", tan expresivamente significado por las palabras "en espíritu y en verdad". Dos cualidades esenciales lo ensalzaban, pues, por cima del de todas las otras religiones. "En espíritu", es decir, interior, espiritual, de arte que ante todo consiste en una adoración del espíritu y del corazón (106). "En verdad", y no en figura, como sucedía ordinariamente en el culto judaico, donde los homenajes del pueblo a su Dios se expresaban por medio de sacrificios simbólicos, en tanto que la religión de Cristo posee la realidad en vez de la sombra e inmola al soberano Señor la víctima por excelencia (107). Con estas condiciones, el nuevo culto se amoldará perfectamente a la naturaleza de Dios, que, siendo "espíritu", sólo se satisface con una adoración ante todo espiritual. Ya en la Antigua Alianza se había entrevisto, a veces, este culto superior (108); pero a la Nueva estaba reservado el realizarlo perpetuamente (109).

(105) Rom., I, 16; II, 10; III, 1; IX, 4-5; etc.

(106) En griego, πνεύματι, por oposición a ἐν σαρκί, "en la carne". En el mismo sentido dice San Pablo: "Dios, a quien sirvo en mi espíritu." Rom., I, 9; Cf. Eph., VI, 18.

(107) Cf. Hebr., X, 1.

(108) Ps. XXXIX, 7-8; XLIX, 7-23; L, 18-9; Is., I, 11-20; XXIX, 13; Am., V, 20-26; Joel, II, 13; etc.

(109) Los neocríticos, sin dejar de admirar este pasaje como "uno de los más bellos del Nuevo Testamento" (Heitmüller, *Die Schriften des N. T.*, t. II, pág. 233), han falseado a veces su sentido, cual si aquí reprobese Jesús el culto externo y, por consiguiente, las iglesias, los altares, los sacramentos, los ritos sagrados y el sacerdocio. Esta conclusión es absolutamente ilegítima. No; Jesús, que iba con regula-



La mujer a quien se dignó Jesús hacer estas observaciones era, ciertamente, incapaz de comprender todo su sentido. Al menos entendió que esta gran reforma estaba vinculada a la venida del Mesías, pues también sus correligionarios, igual que los judíos, esperaban un redentor, a quien llamaban *Taheb*, "el que restablece" (110). Imaginábanselo ante todas cosas como profeta eminente, conforme a aquellas palabras de Moisés: "El Señor me dijo: Yo les suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandaré" (111). Por esto se contentó la Samaritana con responder: "Yo sé que ha de venir el Mesías, y cuando El viniere nos declarará todas las cosas." Dícele Jesús, majestuosa y sencillamente: "Yo lo soy, yo que contigo estoy hablando." Revelación sublime con que quiso honrar la fe naciente y la buena voluntad de aquella mujer. En su trato con los judíos se abstendrá durante mucho tiempo de aplicarse directa y claramente el título de Mesías, para precaver abusos a que los habrían inducido sus extravagantes esperanzas mesiánicas. Como de parte de los samaritanos no existía tal inconveniente, Jesús no vaciló en presentarse a ellos como Mesías.

A este punto llegaba la conversación cuando tornaron los discípulos con los víveres que habían ido a buscar a Sicar, o quizás a Siquem. Su primera impresión, al ver a su Maestro hablando con una mujer, fué de extrañeza, pues por obra de los escribas y fariseos se observaba entre los judíos de entonces una extremada severidad en las relaciones exteriores

ridad a Jerusalén a celebrar en el templo las fiestas religiosas de su pueblo, no pensó nunca en abolir el culto externo. Hasta el fin de los tiempos este género de adoración será necesario, por las condiciones mismas de nuestra naturaleza. Puesto que constamos de cuerpo y de alma, justo es que todo nuestro ser rinda homenaje al Señor. Solamente los espíritus celestiales pueden contentarse con un culto puramente espiritual. Además, comoquiera que el hombre vive en sociedad, debe ofrecer a Dios adoración pública. Por último, Jesús instituyó sacramentos y un sacerdocio que a nadie es lícito suprimir. Lo esencial es que la religión no sea simple cuestión de gestos y de fórmulas, en las que ninguna parte tenga el espíritu. Otros errores del racionalismo, a propósito de este episodio, se exponen en el Apéndice VI.

(110) Véase Zahn, *Das Evang. des Johannes*, segunda edic., pág. 248. Según otros—aunque menos propiamente—"el que vuelve", o "el que convierte o cambia".

(111) Deut., XVIII, 17-18.

de hombres con mujeres. Rabino hubo que llegó hasta a enseñar que no se debía saludar a una mujer (112). Por ventura era ésta la primera vez que Jesús hacía uso ante sus apóstoles de semejante licencia. Pero tanto le respetaban y tan elevada idea tenían de su conducta, que ninguno de ellos, según expresamente advierte el narrador, se atrevió a interrogarle acerca de este particular.

A su llegada, la Samaritana se alejó silenciosamente; pero tan conmovida estaba, que se olvidó de llevar su cántaro. Volvióse apresurada a Sicar, y deseando comunicar su alegría y también su fe a cuantos encontraba, decíales: "Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho." Palabras bien significativas en sus labios. No le había dicho Jesús todo lo que ella había hecho; pero, al menos, había puesto el dedo en la triste llaga de su alma, y esta intuición psicológica había sido el principio de su conversión. Y agregaba: "¿No será, por ventura, el Mesías?" No lo dudaba ella; pero en asunto de tanta gravedad no se atrevía a declarar su creencia exteriormente de un modo absoluto. Ello no obstante, sus noticias produjeron al punto extraordinario efecto. La mayor parte de los habitantes de la aldea se encaminaron sin perder momento hacia el pozo de Jacob para ver de cerca al misterioso extranjero.

Entre tanto, el Salvador había trabado nueva plática, esta vez con sus discípulos. "Maestro, come", le habían dicho, colocando ante El los manjares que habían traído. Pero quien poco ha olvidara su sed, olvida ahora su hambre; su pensamiento se cernía en regiones mucho más elevadas. "Yo tengo para comer—les respondió—un manjar que vosotros no conocéis." Como antes la mujer, tampoco ahora los apóstoles comprendieron la significación superior de estas palabras, que interpretaron a la letra. "¿Le habrá dado alguno de comer?", se preguntaban. Preciso fué que Jesús les explicase brevemente su pensamiento: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y cumplir su obra." No había, pues, querido hablar en su primer respuesta de un manjar material, sino de un ali-

(112) *Kiddusin*, 70, 1. Cf. *Pirké Aboth*, I, 5, edic. Fiebig, 1906, páginas 2-3; *Erubin*, 53, b; *Joma.*, 66, b. Véanse también las colecciones de Lightfoot y de Wünsche, in h. l.



mento místico, que consistía en cumplir fiel y filialmente la voluntad de su divino Padre. Al trazar el retrato moral de Nuestro Señor indicamos ya con cuánta prontitud y amor se conformó siempre y en todas partes con esta voluntad santísima (113).

Luego añadió estas consoladoras palabras acerca del glorioso porvenir de su obra y de la generosa recompensa reservada a sus colaboradores:

“¿No decís vosotros: cuatro meses aún, y vendrá la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, que ya blanquean para la siega. Y el segador recibe su jornal y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra y el que siega. Porque aquí se verifica el proverbio: Uno es el que siembra y otro es el que siega.”

Vimos arriba que la primera de estas expresiones: “¿No decís vosotros: cuatro meses aún...?”, nos ayuda a fijar aproximadamente la fecha del tránsito de Jesús por Samaria, que debió de ser, cuando más tarde, a mediados de enero. Tomando ocasión de esas palabras de los discípulos, y pasando de la realidad a la figura, el pensamiento de Jesús se eleva de repente. No, les dice, no pasará tanto tiempo antes de la próxima recolección. Bastábales, según observación de San Juan Crisóstomo y de San Agustín (114), levantar los ojos para ver en la dirección de Sicar un campo simbólico, cuyas espigas estaban ya maduras: los habitantes de la aldea, que se acercaban, animados de las mejores disposiciones y semejantes a rica mies. El segador no tenía sino tomar la hoz en su mano para hacer la recolección.

Llevando adelante su hermosa alegoría, el Salvador, que contemplaba en su espíritu el futuro ministerio de sus apóstoles y de sus sucesores, los anima a ser segadores celosos, describiéndoles las ventajas que hallarán en coadyuvar a esta laboriosa tarea. No amontonarán sus gavillas los obreros de Cristo en graneros materiales, sino en el cielo, y Dios mismo será quien les dé la recompensa. Aquí abajo acaece con fre-

(113) En más de una ocasión, en los días más ocupados de su ministerio, le veremos tan dedicado al servicio de Dios y de las almas, que no tendrá tiempo de tomar su alimento. Cf. Marc., III, 20; etc.

(114) En sus comentarios, *in h. l.*

cuencia que “el que siembra en lágrimas”, en el temor, por causa de los temibles riesgos que corre el grano arrojado en la tierra, no tiene la fortuna de “recoger en la alegría” (115); mas en estotro campo de las almas, el que siembra y el que recoge se regocijan juntamente en el cielo, donde reciben la dicha eterna por salario. Pero guárdense los predicadores del Evangelio de envanecerse de los frutos alcanzados, pues muchas veces los deben, en parte, al menos, al trabajo de sus predecesores, que los prepararon, sin llegar a gozar de ellos.

Esto decía Jesús cuando llegaron los habitantes de Sicar. Aunque muchos de ellos le tenían ya por el *Taheb*, por sólo el testimonio de la Samaritana—pues tanto como a ella les habían impresionado las revelaciones que Jesús le había hecho—, deseaban todavía verle y conocerle más de cerca. Le rogaron, pues, que permaneciese entre ellos algún tiempo, a fin de completar su instrucción. Con su bondad acostumbrada accedió Jesús a esta petición tan natural y legítima, y permaneció dos días enteros en su aldea, con lo que se aumentó notablemente el número de los que en El creían, aunque no parece efectuarse en Sicar milagro alguno. Al hablar de El decían a la que había sido ocasión primera de su fe: “Ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que El es verdaderamente el Salvador del mundo.” ¡El Salvador del mundo! No podían dar a Jesús nombre más exacto. El ministerio que se había dignado ejercer entre ellos, a pesar de que eran odiados de los judíos, les dió a entender que no traía la salvación sólo a un pueblo privilegiado, sino a todos sin excepción alguna. Digna de notar es su diligencia en afiliarse entre los discípulos de Cristo, y ella es también su mayor elogio. La cual diligencia contrasta con la incredulidad de los jefes religiosos de Israel, con la indiferencia de los habitantes de Jerusalén y con la fe superficial con que tantos otros judíos parecían haberse unido a Jesús (116).

(115) Ps. CXXV, 5-6. Locución proverbial, que también se halla en la literatura clásica. Cf. Hesíodo, *Theog.*, 599; Aristófanes, *Equit.*, 39.

(116) Fué ésta la única ocasión en que Nuestro Señor predicó la buena nueva en Samaria. Pronto prohibirá también a sus discípulos evangelizar esta provincia (Matth., X, 5). Pero, antes de volverse al



Por esta época del regreso de Nuestro Señor a Galilea, aunque no se puede precisar la fecha, tuvo lugar la prisión del Precursor, cuya ocasión exponen brevemente los sinópticos (117). No se contentaba Juan Bautista con recordar a las turbas sus obligaciones morales y religiosas y prepararlas para recibir al Mesías. Aquel hombre intrépido, que no había temido censurar severamente a los directores de Israel, reprochó también a Herodes Antipas "todas las cosas malas que había hecho" (118), y, sobre todo, protestó enérgicamente contra un público escándalo que se había introducido en la corte del débil y frívolo tetrarca. Casado con la hija de aquel Aretas IV, rey de los árabes nabateos de Petra, mencionado por San Pablo en una de sus epístolas (119), habíase atrevido, con desprecio de las leyes divinas y de las humanas, a unirse descaradamente con Herodías, princesa ambiciosa, de condición violenta, apasionada, casada también ella, y que era a un tiempo sobrina y cuñada suya, pues Aristóbulo, su padre, hijo de Herodes el Grande por la princesa asmonea Mariammé, había sido hermano de Antipas, y su marido, Herodes-Filipo (120), hijo del rey Herodes por otra Mariammé, hija del gran sacerdote Simón, era también hermanastro del mismo tetrarca Antipas. Filipino y Herodías se habían casado hacia el año 10 antes de nuestra Era, y de su matrimonio nació

cielo, levantará su prohibición (Act., I, 8), y el diácono Felipe y después los mismos apóstoles irán a hacer numerosas conversiones (Act., VIII, 4-25).

(117) Matth., XIV, 3-5; Marc., VI, 17-20; Luc., III, 19-20. El relato de San Marcos es el más completo de los tres. San Lucas se contenta con un simple sumario; pero el lugar en que coloca el incidente es más conforme con la cronología. San Mateo y San Marcos no cuentan la prisión de Juan sino con ocasión de su martirio.

(118) Luc., III, 19.

(119) II Cor., II, 32.

(120) No debe confundirse este príncipe con su hermanastro, el tetrarca de Iturea, que llevaba también el nombre de Filipino, y que San Lucas mencionó más arriba, III, 1. Josefo (*Ant.*, XVII, 1, 2, etc.) le llama simplemente Herodes, por su nombre de familia; San Lucas le designa con su nombre personal, Filipino. No hay, pues, contradicción entre ambos escritores. Verdad es que causa extrañeza el ver a dos hermanos de un mismo nombre; pero el caso no es inverosímil, como ya dijimos al hablar de la Santísima Virgen. Otros dos hijos del rey Herodes, Antiper y Antipas, llevaban casi idénticos nombres, y fácil era distinguir a los dos Filipos, que, por otra parte, no eran hijos de la misma madre.

Salomé, que tan triste papel ha de representar en el martirio del Bautista.

Herodes-Filipo, desheredado por su padre en el orden político, pero con bienes de fortuna suficientes, se había retirado a Roma, donde vivía como persona particular. La orgullosa Herodías soportaba muy a duras penas esta inferioridad de su marido. Así es que cuando su tío Antipas, ido a Roma por negocios de Estado, la declaró su pasión criminal, anhelosa ella de brillar en la corte del Tiberiades, se dejó fácilmente seducir. Mas antes de acompañar al tetrarca a Palestina, exigióle que repudiase a la hija del rey Aretas. Advertida ésta en secreto, se refugió en casa de su padre, quien, tiempo después, vengó esta afrenta declarando la guerra a Antipas e infiriéndole una humillante derrota (121), en la cual muchos judíos vieron un justo castigo con que Dios tomaba la defensa de la moral, tan groseramente ultrajada. De los pormenores genealógicos antes mencionados resulta, en efecto, que la unión de Antipas y de Herodías era un doble incesto y un doble adulterio, pues, por una parte, ambos eran casados, y, por otra, la ley judía vedaba expresamente el matrimonio entre cuñado y cuñada y entre tío y sobrina (122). Además, por su elevada categoría, su conducta era, más aún, "una violación ruidosa, cínica, de la ley conyugal" (123).

Contra tal impudencia, que, con sobrado motivo había suscitado la indignación pública, hubo de protestar muchas veces (124) el Bautista con su célebre *Non licet*, "No te es lícito...", que lanzó, quizás, al rostro mismo del tetrarca. Con idéntica intrepidez y severidad había reprendido Elías, su modelo, a Acab y Jezabel (125).

Su valor en defender los derechos de la moral ultrajada fué cruelmente castigado, pues Antipas, " viniendo a colmo

(121) Esta guerra fué también en parte causada por un litigio de fronteras. Cf. Josefo, *Ant.*, XVIII, v, 1.

(122) Lev., XVIII, 10, 16; XX, 21; Josefo, *Ant.*, XVIII, v, 4.

(123) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. I, pág. 452.

(124) Esto indica el empleo del imperfecto en las redacciones de San Mateo y de San Marcos: ἔλεγεν (Vulg., dicebat), "decía". En la de San Lucas, el participio ἐλεγχόμενος (Vulg., cum corripetur), puede interpretarse de la misma manera.

(125) III Reg., XXI, 17-24.



de sus maldades" (126), lo hizo encerrar en un calabozo de la fortaleza de Maqueronte, construída como nido de águilas en uno de los parajes más agrestes de la Perea meridional, al Oriente del Mar Muerto.

El historiador Josefo nos describe por menudo (127) esta plaza fuerte, cuyas ruinas han visitado muchos palestinólogos contemporáneos (128). Levantada por el príncipe asmoneo Alejandro Janeo (129) y destruída después por Gabinio cuando las guerras de Pompeyo (130), había sido reconstruída y notablemente agrandada por Herodes el Grande, quien la convirtió en baluarte de la Transjordania, para contener las incursiones de los salteadores árabes. En la última guerra de los judíos contra Roma, resistió valerosamente los ataques de Lucilio Baso; pero, forzada a capitular, fué de nuevo destruída. De ella sólo queda hoy un montón de ruinas. Componíase de dos partes: de una ciudad protegida por murallas y sólidas torres y de una ciudadela encaramada sobre una cima rocosa mucho más elevada. Esta, "rodeada de profundos valles, estaba defendida por un cinturón de murallas de 160 codos (84 metros), en cuyo interior se hallaba el palacio real. De él sólo subsisten los cimientos, que se elevan a 1 ó 2 metros sobre el suelo; en el interior se ve un pozo profundo, una gran cisterna abovedada y dos subterráneos" (131). Desde este observatorio se divisa casi toda la ribera occidental del Mar Muerto, la meseta de Judea hasta cerca de Hebrón, las ciudades de Belén y Jerusalén, el desierto de Judá y el oasis de Jericó, en medio del cual se columbra el Jordán como un hilo de plata. La altura es de 1.150 metros sobre el nivel del Mar Muerto y unos 740 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Su antiguo

(126) Luc., III, 20.

(127) Bell. jud., VII, VI, 1-2.

(128) Seetzen, *Reisen durch Syria, Palaestina.*, 1854-1859, t. II, págs. 330-334; Tristram, *The Land of Moab*, 1873, págs. 253-265. Véase también G. A. Smith, *Historical Geography of Palestine*, págs. 569-570; Chauvet e Isambert, *Syrie, Palestine*, pág. 507; F. Parent, *Machacroux*, París, 1868; Due de Luvnes, *Voyage d'exploration à la mer Morte... et sur la rive gauche du Jourdain*, 1894. Atlas, pl. 36-39; el P. Abel, *Une croisière autour de la mer Morte*, 1910, págs. 32-40.

(129) Acerca de este príncipe véase el t. I, pág. 129, nota 2.

(130) Josefo, Bell. jud., I, VIII, 5.

(131) Chauvet e Isambert, *loc. cit.*

nombre se reconoce aún fácilmente en la actual forma árabe de *M'kaur*.

Josefo (132), al hablar del encarcelamiento del Precursor, parece atribuirlo a motivos políticos. Temía quizás Antipas, dice, que usase Juan de su poderosa influencia para empujar a los judíos a una rebelión. Pero esta noticia es inexacta, o, por lo menos, incompleta; la verdadera causa fué la que nos dicen los evangelistas. Ni aun con tan duro trato se aplacaron el odio y deseo de venganza de Herodes. Aquella Jezabel del Nuevo Testamento, aquella Cleopatra judía, como se la ha llamado, deseaba la muerte inmediata del Bautista, y para lograrla no cesaba de importunar al tetrarca (133), que al principio estuvo a punto de ceder. Pero temió, y con razón sin duda, provocar el disgusto de sus súbditos, que eran muy adictos al Precursor. Además, por viciado que estuviese, tenía en grande aprecio al siervo de Dios, en quien reconocía "un hombre justo y santo", y hacia el cual sentía una especie de veneración religiosa. Por lo cual, sabiendo, por otra parte, que ya nada tenía que temer de él, lo protegió durante algún tiempo contra la desaforada hostilidad y las reiteradas asechanzas de Herodías (134). Y a más llegaba aún: cuando residía en Maqueronte, lo visitaba en su calabozo, o lo hacía subir a su palacio, lo escuchaba con agrado y seguía sus sabios consejos en muchos puntos, comoquiera que la verdad recobra sus fueros a intervalos hasta en almas tan corrompidas como la del tetrarca. Así también Félix, uno de los gobernadores romanos de la Palestina después de Pilato, visitará un día a San Pablo en su prisión de Cesarea (135).

(132) Ant., XVIII, v, 2.

(133) Los imperfectos empleados en el sagrado texto indican muy bien esta sacrílega porfía.

(134) El verbo griego ἐμίσην parece que está bien interpretado en la Vulgata: *insidiabatur ei*. Otros le dan el sentido de "odiar", o de "irritarse contra".

(135) Act., XXIV, 24-26.



## SEGUNDO PERIODO

Desde el principio de la predicación de Jesús  
hasta la segunda Pascua de su vida pública

### CAPITULO PRIMERO

#### Glorioso principio.

I.—EL SALVADOR ANUNCIA EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO  
DE DIOS (1).

“Y cuando oyó Jesús—dice San Mateo—que Juan había sido entregado (al tetrarca Antipas), se retiró (2) a la Galilea.” La prisión del Precursor fué, pues, para Cristo como una señal con que Dios le avisaba que había llegado la hora de inaugurar su ministerio propiamente dicho (3). Hasta entonces Jesús había permanecido, digámoslo así, en posición secundaria; en adelante va a desempeñar en toda su plenitud la función de Mesías. La moderada actividad que había desplegado en Jerusalén, en Judea y en Samaria no era más que labor de preparación y transición.

Según felicísima expresión de San Lucas, resolvióse el Salvador a este grave y solemne paso y a ir a Galilea, que había de ser centro de su predicación y a modo de cuna de su Iglesia, “impulsado por la poderosa virtud del Espíritu Santo” (4). Ninguna otra provincia de Palestina se acomodaba mejor a la realización de este designio. Tampoco le habría

(1) Matth., IV, 12; Marc., I, 14-15; Luc., IV, 14-15; Joan., IV, 43-45.

(2) En griego: ἀνεχώρησεν. El autor del primer Evangelio emplea muchas veces este verbo para expresar la idea de una fuga en presencia del peligro. Aquí el peligro procedía de los fariseos, de quienes era de temer que pusiesen obstáculos a la actividad de Jesús.

(3) Decía San Jerónimo a este propósito, *Comment. in Matth.*, IV, 15: *Joanne tradito, recte ipse (Jesus) incipit praedicare; desinente lege, consequenter oritur evangelium.*

(4) A la letra: “por la fuerza del Espíritu.”



sido posible gozar en ninguna otra parte de independencia tan completa. En Galilea, alejada de Jerusalén y de la Judea, donde los fariseos señoreaban sin contraste, Jesús estaría, por algún tiempo, a cubierto de la hostilidad que éstos habían manifestado ya contra su persona y contra su obra. Sus habitantes, de índole viva y franca, eran como suelo generoso, en que presto germinaría el buen grano de la doctrina mesiánica y daría frutos excelentes.

De hecho, los comienzos del Salvador fueron allí muy halagüeños y prometedores. Tuvieron, como alguien ha dicho, “un carácter de primavera”. Fué aquel un período “soleado”, de divino ardor de parte de Jesús y de jubilosa confianza por parte de las turbas, que acudían a El y de El se dejaban guiar. No bien llegó a Galilea, su reputación, que le había ya precedido desde hacía algunos meses, se esparció por toda la provincia, por obra, en parte, de los relatos que de sus milagros habían hecho los galileos que los habían presenciado en Jerusalén durante la última Pascua (5). Su predicación, pronto comenzada en las sinagogas, en los días de sábado y fiestas religiosas, no hizo sino acrecentar su glorioso renombre (6). San Marcos nos ha conservado la riquísima sustancia de esta predicación en una bella frase rimada, de cuatro miembros:

El tiempo se ha cumplido,  
y el reino de Dios se acerca.  
Convertíos (7),  
y creed en el Evangelio.

Todo el programa del Mesías está contenido en estas pocas palabras, que, después de indicar la idea fundamental del cristianismo—el establecimiento del reino de Dios en la tierra—, señala en compendio las condiciones preliminares y esenciales de la salud traída por el Mesías: la fe y la conversión o penitencia. ¡Qué profundidad en la primera proposición: “El tiempo se ha cumplido!” Este tiempo eran los largos

(5) Joan., II, 21; III, 2; IV, 45.

(6) El participio de presente *δοξαζόμενος* empleado por San Mateo indica un hecho continuado.

(7) En griego: *μετανοεῖτε* (Vulg., *poenitemini*). Más arriba hemos explicado, pág. 134, el sentido de esta expresión.

siglos por espacio de los cuales Dios había encaminado el curso del mundo a preparar el advenimiento de su Cristo. Transcurridos ya estos siglos, es llegada la hora en que el Señor va a poner por obra los decretos que su amor le ha sugerido desde la eternidad para levantar al caído linaje humano. Había terminado la Era antigua; una nueva va a comenzar con la predicación de Aquel que es centro de gravedad de toda la historia del mundo. En este mismo sentido hablará San Pablo de “la plenitud de los tiempos” (8).

Antes que Jesús había anunciado también el Precursor el próximo establecimiento del reino de Dios y la necesidad de la penitencia (9); pero entre ambas predicaciones había una diferencia importante, pues Jesús, como observa San Marcos (10), añadía a la suya un elemento nuevo. No sólo decía a sus oyentes como Juan Bautista: “Convertíos”, sino que agregaba esta recomendación esencial: “Creed al Evangelio.” Predicaba, dice también San Marcos, “el Evangelio de Dios” (11). He aquí, si vale la expresión, su especialidad, su privilegio, en tanto que Juan, anunciando asimismo la “buena nueva” por excelencia (12), ya que predecía el advenimiento del Mesías, era ante todo el predicador de la penitencia. Tomando una comparación del canto litúrgico, podríase decir que Juan Bautista había entonado la antifona y que Jesús, prosiguiéndola, la modulaba en un tono más cálido y melodioso.

¿Pero qué cosa era aquel “reino de los cielos”, aquel “reino de Dios”, cuyo establecimiento Jesús, después de Juan Bautista, y los apóstoles con su Maestro (13) después de El, no cesaron de predicar y propagar con todas sus fuerzas?

(8) Gal., IV, 4; Ef., I, 10.

(9) Matth., III, 2.

(10) Marc., I, 15.

(11) Marc., I, 4. Es la lectura más acreditada, en vez de “el Evangelio del reino de Dios”. El Evangelio de Dios es aquel cuyo autor y fuente es el mismo Dios. San Pablo gusta de emplear también esta expresión (Rom., I, 1; XV, 16; II Cor., XI, 7; II Thess., II, 8-9. Cf. I Petr., IV, 17).

(12) “Evangelizaba al pueblo”, dice San Lucas, III, 18.

(13) Matth., X, 7; Luc., X, 9.



Por ser elemento principal de la doctrina predicada por el Salvador (14) importa explicar su naturaleza.

Acabamos de mencionar dos nombres con los que a cada paso se le llama en los Evangelios. Comencemos por examinarlos. El primero, "el reino de los cielos" (15), no se usa fuera del Evangelio de San Mateo (16). San Marcos y San Lucas sólo emplean el segundo (17), que se lee también en tres lugares del Evangelio de San Mateo (18) y en el de San Juan (19), y después en varios pasajes de los *Hechos de los Apóstoles* (20), en las epístolas de San Pablo (21) y en el Apocalipsis (22). Por donde se ve ya que la idea de este reino celestial y divino constituye como la trama de la revelación evangélica. El reino de Dios fué el tema de las primeras predicaciones de Jesús; de él habló frecuentemente en toda su vida pública, y de este mismo asunto habló a sus discípulos horas antes de su muerte (23).

Ninguna de las dos locuciones ofrece dificultad. El reino de los cielos es, como frecuentemente han repetido los Padres, un reino instituido por el cielo, que tiende y conduce al cielo. Celestial por su origen, lo es también por su fin, por sus leyes, por su consumación y, finalmente, por su rey, que es el rey eterno de los siglos. El reino de Dios, bien distinto de los de la tierra, es un reino fundado por este supremo Señor.

(14) Ha sido estudiado con mucho ahinco en nuestros días, a veces en tratados harto extensos, pues los neocríticos han construido sobre este terreno, según veremos, algunas de sus más destructoras teorías. Nos contentaremos con citar aquí algunos de esos trabajos. Autores católicos: B. Bartmann, *Das Himmelreich und sein König*, 1904; un artículo de la *Revue Biblique*, año 1899, págs. 346-360; Mgr. Batiffol, *L'enseignement de Jésus*, en 16.º, 1905, págs. 139-188. Autores protestantes: M. Lutgert, *Das Reich Gottes nach den synoptischen Evangelien*, 1895; J. Orr, el artículo "Kingdom of God" en Hastings, *Dictionary of the Bible*, t. II, págs. 844-856. Autores racionalistas: J. Weiss, *Die Lehre Jesu*, 2.ª ed., 1901, págs. 209-212, 269-302.

(15) Βασιλεία τῶν οὐρανῶν. (Vulg., *regnum coelorum*).

(16) Treinta y cuatro veces, según Geden, *A Concordance of the Greek Testament*, 2.ª ed., págs. 141-142.

(17) Βασιλεία τοῦ Θεοῦ San Marc., 14 veces; San Luc., 32 veces, según la misma concordancia.

(18) Matth., XII, 28; XXI, 31-43.

(19) Joan., III, 3-5; XVIII, 36.

(20) Act., I, 3; VIII, 12, 14, 22; etc.

(21) Rom., XIV, 17; I Cor., IV, 20; VI, 9, 10; Col., I, 13; etc.

(22) Apoc., XII, 10.

(23) Matth., XXVI, 29; Marc., XIV, 25.

un reino en el que El sólo ejerce legítimo señorío. Pero conviene hacer notar que la palabra griega βασιλεία, calcada en la hebrea *malkut*, estaría mejor traducida aquí por "gobierno" o "reinado" que por "reino". Del reinado de Dios, de su gobierno real, pues, es de lo que Jesús quiso hablar, por lo menos de ordinario; por lo demás, trátase de un simple matiz. Suele admitirse que las dos locuciones "reino de los cielos" y "reino de Dios" (24) son equivalentes, dado que San Mateo usa entrambas, sin poner distinción alguna entre ellas. Según el parecer de los mejores intérpretes, la primera, "reino de los cielos", fué la forma primitiva, la que Nuestro Señor empleó más a menudo, si ya no exclusivamente, pues — según veremos — era entonces muy usual entre los judíos. San Marcos, San Lucas y San Pablo la habrían modificado ligeramente, a fin de hacerla más inteligible de los cristianos grecorromanos.

El *regnum caelorum* es una idea religiosa capital, que, simplemente enunciada al principio en los libros del Antiguo Testamento, se desenvolvió pronto, y con más rapidez aún, aunque casi siempre de modo peligroso, creció en los escritos rabínicos, para manifestarse finalmente en plena luz en la Nueva Alianza. Una simple ojeada a la literatura religiosa de Israel y después a los Evangelios, nos mostrará con clara luz este triple hecho.

Es, en primer lugar, verdad averiguada que la idea del reinado absoluto de Dios forma como la sustancia del Antiguo Testamento en todas las fases de su historia. Muéstrase ese dominio desde el principio de la existencia del mundo. No bien creó Dios seres libres, capaces de conocerle y amarle, existió de hecho un reino cuyo único Señor era El. Todo era suyo y dependía de su providencia. Fué al principio un reino santísimo, mientras Adán y Eva permanecieron sumisos a las órdenes divinas; mas, por desventura, con la desobediencia de éstos, el pecado entró en él. El mundo se hubiera transformado en reino de Satán si el Creador, por su inmensa misericordia, no hubiese apercibido el remedio para salvar al

(24) Continuaremos empleando indistintamente ambos términos, a los que ya están acostumbrados nuestros lectores.



mísero linaje humano, esa *massa damnata*, como le llama San Agustín. Merced a esta divina traza, comenzó el reino del Cristo, en un sentido amplio, con la primera profecía mesiánica (25). Pero hubo dos largos períodos de preparación, el de los patriarcas y el de la teocracia judía. Durante la era patriarcal estuvo como latente en el alma de los que el libro del Génesis llama “hijos de Dios” (26), y que constituían la parte mejor de la humanidad primitiva. Se manifestó después más claramente en la teocracia (27) cuando plugo al Señor escoger a los hebreos por su pueblo predilecto y concertó con ellos, en el Sinaí, una alianza solemne, con lo que, mucho más que antes, fué su rey de modo particularísimo. Por sí mismo dictó a Moisés la legislación con que quería gobernarlos. A lo largo de su historia les renovó sus órdenes por medio de los profetas. Sus directores, fuesen jueces o reyes, “se sentaban en el trono del reino de Jehová” (28) en nombre de él y como representantes suyos. El gobierno divino era fundamento de toda la teocracia; el Señor tenía su palacio en el templo de Jerusalén, y los sacerdotes y los levitas eran sus primeros cortesanos.

Pero, sobre todo desde David, esta idea se particulariza más aún y el reino de Dios se presenta más ostensiblemente como reino del Mesías, cuyo esplendoroso cuadro esbozaron los oráculos proféticos. Según éstos, había de ser un reino espiritual, desembarazado de cualesquier elementos políticos y terrenos, y tan vasto como el mundo, pues todos los reyes de la tierra y todas las naciones habían de iluminarse con su luz. Aun al tiempo de las humillaciones del destierro, cuando todo parecía para siempre perdido, proclamaban los profetas el futuro restablecimiento de este reino venturoso (29). Después del destierro la noción del reino de los cielos — la *malkût shamaim*, como se le llama en hebreo; la *malkûta dishemayya*, conforme a su nombre arameo — se hizo más viva que nunca.

(25) Gen., III, 14-15.

(26) Gen., VI, 2.

(27) Felicísima expresión, que se remonta, según creemos, a Flavio Josefo, *C. Apion.*, II, 16. Significa: gobierno de Dios.

(28) I Par., XXVIII, 30.

(29) Véase, sobre todo, Dan., II, 44; VII, 13-17; Jer., III, 13-17; XXX, 16-23; Soph., III, 8-20; Zach., XIV, 9.

Los rabinos lo mencionan con frecuencia (30); los libros apocalípticos lo invocan con vehementes deseos (31). En su oración de la mañana y de la tarde todo israelita piadoso rezaba y reza aún una fórmula por la que “toma sobre sí el yugo del reino” (32). El reino de los cielos estaba en el pensamiento de todos, de él se hablaba en todas las conversaciones; era una idea corriente. Pero hartos hemos comprobado en diversas ocasiones cómo se la había falseado gradualmente. Con todo, algunas almas santas, ya lo hemos dicho también, la habían conservado en toda su pureza, bien que de modo incompleto, aun para ellas, antes que Jesús la propusiese solemnemente.

No era, pues, difícil entender al Salvador, cuando hizo resonar por toda la Galilea “el Evangelio del reino”, como quiera que esta buena nueva había sido anunciada hacía ya mucho tiempo, y que poco antes la había proclamado el Precursor con ardiente celo. Pero era menester rectificar lo que había tomado mal camino en el espíritu del pueblo, llevar a perfección lo que era bueno, levantar a esferas superiores lo que no había sido revelado aún en toda su extensión, y, para esto, volver al magnífico ideal de los profetas y aun sobrepasarlo. Por eso Jesús, rechazando las mezquinas y vulgares ideas de la mayor parte de sus compatriotas, desembarazando la noción del reino de Dios de las quimeras de la escatología judaica, protestando singularmente contra la pretensión de los fariseos y escribas de dar a las esperanzas mesiánicas una tendencia puramente exterior y política y de convertirlas en monopolio de su nación, no cesó de poner de manifiesto su naturaleza espiritual y su índole universal.

Baste recordar algunos textos que, entre otros muchos del mismo género, ponen de relieve esta doble condición. A la pregunta de Pilato: “¿Eres tú rey?”, Jesús dió respuesta afirmativa, pero añadiendo que su reino no era de este mundo (33), es decir, que ante todo era interior, y que, mucho más que a

(30) Véase Lightfoot, t. I, págs. 212-214; Schoettgen, t. II, páginas 1.141-1.143; Weber, *System der altsynag. paläst. Theologie*, págs. 75-88; Bousset, *Religion des Judentums*, págs. 195-201.

(31) Véase el libro de Henoch, XLVI, 3; XLVIII, 2; los *Oracles sybill.*, III, 698-726, 766-783; los *Salmos de Salomón*, XVII, 23-25; etc.

(32) *Pirké Aboth*.

(33) Joan., XVIII, 36 y 37.



los territorios, se refería a los espíritus y a los corazones. De ahí que las obligaciones impuestas a los ciudadanos de su reino son principalmente espirituales, y consisten en cualidades morales y en virtudes, como se ve por las Bienaventuranzas, por el conjunto del Sermón de la Montaña y otros pasajes de los Evangelios (34). De ahí también que este reino se establece ante todo en las almas, y no por conquistas exteriores. Su ecaticidad no es menos evidente; solos Satán y sus ángeles no podrán entrar en él. El derecho de prelación para el ingreso habíase reservado a los judíos, como pueblo teocrático; pero Jesús les advierte, como antes lo había hecho Juan Bautista, que si no cumplen las condiciones requeridas “les será quitado el reino y dado a una nación que produzca sus frutos” (35), y esta nación estará formada por paganos y aun por pecadores, con tal que se avengan a cambiar de vida (36).

Por otra parte, en la doctrina del Salvador, el reino de los cielos se presenta, en lo tocante a su establecimiento, ora como presente y ya fundado, ora como un acontecimiento futuro. La expresión es, pues, algo compleja, a causa de su riqueza misma; pero es fácil distinguir sus varias facetas, que manifiestan otros tantos aspectos del reinado descrito por Jesús. Su fundación real data del instante mismo en que Nuestro Señor comenzó a predicarlo. Por eso decía Jesucristo: “El reino de Dios no vendrá con muestras exteriores, ni se dirá: Helo aquí, o helo allí. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros” (37). Así, decía también: “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece violencia” (38). Y en otro lugar (39): “Si yo arrojo los demonios por el espíritu de Dios, ciertamente a vosotros ha llegado el reino de Dios.” Mas, como el reino divino estaba destinado a alcanzar crecimiento cada vez mayor, Jesús lo describe también como una realidad futura, por ejemplo, en varias parábolas

(34) Matth., XVIII, 4; XXVIII, 26; etc. Véase también I Petr., II, 1-10.

(35) Matth., XXI, 43.

(36) Matth., XXI, 31.

(37) Luc., XVII, 20-21. Otra prueba de que este reino es espiritual. Pero también puede traducirse: “está entre vosotros”.

(38) Matth., XI, 12; Luc., XI, 20.

(39) Matth., II, 28. Véase también Marc., X, 15; Luc., XVIII, 17; etc.

bolas de las llamadas del reino de los cielos, que representan los progresos más o menos rápidos de este crecimiento (40). Más aún: tal como fué establecido por Jesús durante su vida mortal, el reino de Dios sólo estaba en el primer período de su ser. A esta fase, que se continuará hasta el fin del mundo, y durante la cual el pecado continúa subsistiendo al lado del bien (41), sucederá otra mucho más perfecta, que será el período de consumación, el período que hoy suele llamarse *escatológico* (42), porque no comenzará sino al fin de los tiempos, cuando Cristo retorne glorioso para el juicio universal (43). Entonces, destruidos ya la muerte y el pecado, y regenerada la naturaleza entera, el Cristo, según doctrina de San Pablo (44), resignará sus poderes — sin dejar por eso de ser rey — en manos de su Padre celestial, y el reino de Dios brillará en todo su esplendor, en toda su santidad, y su duración será eterna.

En espera de esta venturosa eternidad, el reino de Dios se presenta acá en la tierra, según nos lo declaran varios pasajes de los Evangelios, como sociedad especial, cuyas primeras bases estableció Jesús durante su vida mortal, y a la que dió un poderoso organismo. Esta sociedad, cuyos miembros no están unidos entre sí ni con los lazos de la sangre y de la raza, ni con el de la lengua, ni con el de un territorio común o de intereses materiales, es su Iglesia. Jesús asentó los fundamentos de ella sobre una roca incommovible (45); dióle rectores y cabezas en la persona de San Pedro, de los demás apóstoles y de sus sucesores; le dejó su Espíritu y su sabia legislación; la dotó con sus gracias y sacramentos, y le prometió su asistencia hasta el fin del mundo (46). Ella pelea con El y por El hasta que se transforme en Iglesia triunfante y viva para siempre junto a El, feliz y gloriosa. Ella le pertenece, ya que El es su fundador y la dirige de lo alto de los cielos. Por eso se le atribuye, al par que a su Padre, el gobierno de este reino

(40) Matth., XIII, 24-30, 31-33; Marc., IV, 26-29.

(41) Matth., XIII, 47-50; etc.

(42) De las palabras griegas *ἐσχατος* y *λόγος* “cosas últimas”.

(43) Cf. Matth., XIII, 40-43; XIX, 28-29; XXII, 29-30; XXIV, 29-35; Marc., XIII, 24-34; Luc., XXI, 25-33; Joan., V, 28-29; etc.

(44) I Cor., XV, 24-28.

(45) Matth., XVI, 17-19.

(46) Matth., XXVIII, 20.



rústico, pero real, cuya historia acabamos de describir compendiosamente (47).

Tales son los principales aspectos del reino anunciado por Juan Bautista y por Jesucristo. En suma, “un análisis de ciento diez y nueve pasajes, en que se hallan las palabras *reino de los cielos* y *reino de Dios*, demuestra que estas locuciones significan en conjunto el gobierno divino tal como se ha revelado en el Cristo y por el Cristo, y tal como se presenta visible en la Iglesia. Se desenvuelve poco a poco, a pesar de los obstáculos que encuentra; triunfará cuando llegue el segundo advenimiento de Cristo; en fin, alcanzará su perfección en el mundo venidero” (48). En todas estas formas lo invocamos muchas veces al día, siempre que, al rezar la hermosa plegaria que nos legó Nuestro Señor, repetimos con toda nuestra alma: *Adveniat regnum tuum*, “venga a nos el tu reino” (49).

## II. — LA CONCIENCIA MESIÁNICA DE JESÚS; SU PROGRAMA.

¿Con qué título se presentaba Jesús a sus compatriotas cuando les anunciaba el advenimiento del reino de los cielos? En la iglesia católica y entre los protestantes llamados ortodoxos cualquier niño, por poco instruido que esté en el catecismo, responderá sin titubear que el Salvador, desde el primer instante en que apareció en la escena histórica, tuvo entera y cabal persuasión de ser el Mesías; por eso se llama JESUCRISTO (50). Unos cincuenta años ha a nadie se le habría pasado por las mientes hacer semejante pregunta, aunque más de una vez se hubiese negado la mesianidad de Nuestro Se-

(47) Matth., XIII, 41; XVI, 28; XX, 21; Eph., V, 5; Col., 1, 13; II Tim. IV, 1; etc.

(48) Edersheim, *The Life of Jesu*, t. I, pág. 270.

(49) Matth., VI, 10; Luc., XI, 2.

(50) Todos nuestros lectores saben que la palabra “Mesías” es de origen hebreo (*maschiah*), en arameo *meschihha*, forma sobre la que está calcada la de *Μεσσίας*, de donde viene la latina *Messias*, y que quiere decir “Ungido”. Los griegos la tradujeron literalmente por *Χριστός* de donde proceden *Christus* y *Cristo*. Entre los antiguos hebreos los reyes eran consagrados con una unción religiosa, como nos lo enseñan diversos pasajes de la Biblia, Jud., IX, 8; I Reg., X, 1; XVI, 1, 13; III Reg., I, 39; IV Reg., IX, 1-10; etc. Por lo que toca al Mesías sólo se trata de una unción moral.

ñor (51). Los errores acerca de este particular, que se han multiplicado rápidamente (52), nos obligan a ahondar en su estudio.

Cuando Jesús fué a pedir el bautismo de Juan, y cuando luego inauguró su predicación, ¿qué concepto tenía de sí mismo? ¿Eran ya por entonces claras y bien determinadas sus ideas acerca de la naturaleza y condiciones del oficio que se preparaba a cumplir? ¿Poseía plenamente lo que, con un nombre bárbaro, procedente de Alemania, se ha convenido en llamar “la conciencia mesiánica”? (53). Como críticos serios, no acudiremos, para dilucidar este hecho capital, a hipótesis psicológicas cimentadas en sofismas y en prejuicios. Puesto que se trata de un hecho histórico, ha de ser estudiado ante todo a la luz de los documentos históricos, y, por consiguiente, en el caso actual, a la luz de los Evangelios, cuya autenticidad y veracidad están, por otra parte, demostradas. Ahora bien, para quien los lea atenta e imparcialmente, su respuesta no es dudosa.

Los relatos de la infancia tienen por fin principal e inmediato mostrar en Jesús al Mesías desde hacía mucho tiempo prometido a Israel. Las dos genealogías, el anuncio del ángel a Zacarías y después a la Virgen de Nazaret, los episodios de los pastores de Belén y de los Magos, la presentación en el Templo, los cuatro cánticos, todo es una afirmación solemne de la dignidad mesiánica del Niño Jesús. Por su especialísima significación es digna de notar la contestación de Jesús a su madre y a su padre adoptivo, cuando lo hallaron en medio de los doctores judíos: “¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?” (54). Ellas contienen una revelación, no por indirecta menos clara, de la “conciencia mesiánica” del Salvador.

✓ Después de largos años de vida oculta, Jesús deja Nazaret para inaugurar su ministerio. En esta nueva situación es donde principalmente va a manifestar su pensamiento acerca de su misión. Para conocerlo estudiaremos sus palabras y sus

(51) Entre otros, por Reimarus, Strauss y Renán.

(52) Apuntaremos los principales en el apéndice XIV.

(53) *Das messianische Bewusstsein*.

(54) Luc., II, 49.



actos, bien así como la conducta de sus discípulos y la de las turbas respecto a El. Mas para que nuestra demostración nada pierda de su fuerza, impórtanos distinguir, en orden al tema de que ahora tratamos, dos fases sucesivas de la vida pública de Nuestro Señor. Se extiende la primera desde su bautismo a la confesión de Simón-Pedro y dura unos dos años; la segunda, desde esta confesión hasta la ascensión del Salvador a los cielos. Aunque por espacio de estos dos períodos la persuasión mesiánica de Jesús se manifiesta de muy diverso modo, no ha padecido variación alguna.

En la primera fase, es decir, durante la parte más notable de su actividad en Galilea, es cierto que Jesús evitó presentarse abiertamente como Mesías. Siguiendo con atención los relatos sagrados, compruébase fácilmente que procedió entonces con gran reserva respecto a su misión especial. Y así, algunas veces mandaba imperiosamente guardar silencio a los posesos que proclamaban su dignidad (55), y aun a los enfermos a quienes sanaba (56). Fácil es descubrir el motivo de esta prohibición. En beneficio de su causa misma, procuraba Jesús evitar cuanto pudiera despertar en las muchedumbres judías, tan propensas entonces a extraviarse respecto del mesianismo, las esperanzas políticas, las ideas falsas y el peligroso entusiasmo que hemos notado y hemos de notar todavía. Veremos estallar estos locos sueños de manera peligrosa con ocasión de la primera multiplicación de los panes (57), y, si Jesús no hubiese acudido a evitarlos, otro tanto habría sucedido tras cada uno de sus milagros principales. Por esto obraba con tanta discreción y prudencia, no revelando al principio su dignidad de Mesías sino en raras circunstancias y en oportuno momento.

Así y todo, desde el principio de su vida activa, siempre que en ello no había peligro, muchas veces se presentó el Salvador claramente como el Cristo. Su respuesta a Juan Bautista, que al principio rehusaba bautizarlo: "Deja ahora, por-

(55) Cf. Marc., I, 25, y Luc., IV, 35; Marc., I, 34, y Luc., IV, 41; Marc., III, 10-12.

(56) Matth., VIII, 4; IX, 30; XII, 16; Marc., V, 43; VII, 36-37; VIII, 26; Luc., VIII, 36; etc.

(57) Joan., VI, 14-15.

que así nos conviene cumplir toda justicia" (58), es ya una afirmación de su oficio mesiánico. La que, de allí a poco, dió a Natanael: "Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre" (59), tampoco deja ningún lugar a duda. Aún más terminante es su revelación a la Samaritana (60). La expulsión de los vendedores del templo (61), la autoridad con que acabamos de verlo predicar el reino de los cielos, la aplicación que a sí mismo hará en la sinagoga de Nazaret de un oráculo profético que sólo al Mesías se refería (62), el poder que se atribuye de perdonar los pecados (63), el modo de hablar de la misión que le ha sido confiada (64) y de sus relaciones personales con el Padre (65), el supremo derecho que se apropia acerca del sábadó (66) y de otros puntos de la ley mosaica (67), el conjunto del Sermón de la Montaña, donde habla como verdadero legislador, la superioridad que proclama tener sobre el templo (68), sobre Salomón (69) y sobre los profetas (70); su respuesta de palabra y de obra a la pregunta de los enviados del Precursor (71), su compasivo llamamiento a los afligidos (72), la autoridad judicial de que se afirma investido (73), sus instrucciones a sus discípulos cuando los envía a predicar en su nombre (74), sus innumerables milagros y el don de hacerlos que otorga a sus apóstoles (75), sus maldiciones contra las ciudades incrédulas del lago (76), la manera con que El

(58) Matth., III, 15.

(59) Joan., I, 51.

(60) Joan., IV, 26.

(61) Joan., II, 23-25.

(62) Luc., IV, 16-21.

(63) Matth., IX, 2-6; Luc., VII, 4-7.

(64) Marc., I, 38; Luc., IV, 46.

(65) Matth., XI, 25-27; Luc., X, 21-24, y muchos pasajes del cuarto Evangelio.

(66) Matth., XII, 8; etc.

(67) Matth., V, 17, 22, 28, 31, 34; etc.

(68) Matth., XII, 6.

(69) Matth., XII, 42.

(70) Matth., XII, 41.

(71) Matth., XI, 36.

(72) Matth., XI, 28-29.

(73) Matth., VII, 22-23; X, 14-15; etc.

(74) Matth., X, 5-42.

(75) Matth., X, 8; etc.

(76) Matth., XI, 20-24.



mismo se proclama centro de la nueva religión (77), los sacrificios que exige a todos sus adherentes (78), la entereza de su actitud frente a sus enemigos (79), todo esto revela en El desde los primeros días de su vida pública, la persuasión y la certidumbre de poseer una dignidad que, en un judío, no podía entenderse otra que la de Mesías.

Los demonios mismos reconocían en El esta dignidad y la publicaban muy alto. Su príncipe, Satanás, la había columbrado pronto, y por eso había acudido a tentar a Jesús en cuanto Mesías. Juan Bautista la había proclamado también antes y después de la manifestación del Salvador. Los primeros discípulos la habían al menos presentido desde sus primeras relaciones con Jesús (80), aunque necesitaron bastante tiempo para llegar a reconocerla plenamente, y sobre todo para aceptar la índole espiritual de su reino. Durante esta misma fase de su ministerio, las turbas judías rindieron a Jesús homenajes que únicamente a un ser superior, al Libertador esperado, podían convenir. Dios mismo, por último, a continuación del bautismo de Jesús, lo reconoció no sólo como su Ungido, sino como su Hijo muy amado.

Tendríamos que citar casi todo el Evangelio si quisiéramos mencionar todos los hechos y todas las palabras que, en la época de que tratamos, atestiguan la conciencia mesiánica de Nuestro Señor (81). Añadamos que El mismo, tan humilde, tan veraz, tan real y tan santo, aceptó siempre y sin protesta los homenajes de significación claramente mesiánica que se le rendían: nueva prueba de que no dudaba tener derecho a ellos. Es, pues, verdad averiguada que desde el principio de su ministerio público — si bien con la reserva arriba indicada, que duró los dos primeros años — procedió de manera que sólo al Mesías era conveniente: los documentos evangélicos lo enseñan en todas sus páginas.

En la fase siguiente la persuasión mesiánica de Jesús se

(77) Matth., X, 38-39; etc.

(78) Matth., XVI, 24-28; Marc., VIII, 34, 38; Luc., IX, 23-27; etc.

(79) Matth., XII, 25-45; XV, 1-9; XVI, 1-4; Marc., III, 23-30; VII, 5-13; etc.

(80) Joan., I, 41, 45, 49; Luc., V, 8; etc.

(81) Véase M. Lepin, *Jésus Messie et Fils de Dieu*, 4.<sup>a</sup> ed., págs. 77-216, donde esta doctrina se demuestra con tanta fuerza como claridad.

manifiesta con fuerza y esplendor aun mayores. Abrese este período, según hemos dicho, con la confesión de San Pedro (82). Cuando ya los apóstoles habían vencido sus groseros prejuicios acerca del Mesías, El mismo los excita a confesar su fe. Con este fin les propuso aquella célebre pregunta: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”. Respondió Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.” El Salvador no sólo acepta francamente el título de Mesías, sino que felicita a Simón-Pedro por su intuición sobrenatural, y le recompensa prometiéndole que sería su vicario acá en la tierra y cabeza de su futura Iglesia. Desde entonces no temió ya manifestarse como Mesías ante sus discípulos. Con todo, para evitar el entusiasmo inoportuno de las turbas, les recomendó que fuesen muy circunspectos en hablar de su dignidad, hasta después de su muerte (83). Además, juzgándolos aún harto imperfectos para penetrar la naturaleza de su misión, puso como un contrapeso a la revelación de su gloria con hablarles a menudo de sus humillaciones y de su muerte (84). Respecto del pueblo, continuó guardando todavía por algún tiempo gran reserva; mas no tanta, que en algunas ocasiones no se manifestase claramente como Mesías (85). Levantó, al fin, todos los velos cuando se acercó su “hora”, pues convenía entonces hacer una tentativa oficial y pública para dar a conocer su dignidad. De ahí su entrada triunfal en la ciudad santa, pocos días antes de su muerte: triunfo que tanto de parte de El cuanto de las turbas fué una grandiosa manifestación mesiánica. En sus discusiones del martes santo con las diversas categorías de sus adversarios, tampoco hizo misterio de su oficio mesiánico (86). La descripción de su segunda venida y del juicio final nos lo representa igualmente ceñida su cabeza con la corona mesiánica (87). Sus respuestas a las pregun-

(82) Matth., XVI, 13-20; Marc., VIII, 27-30; Luc., IX, 18-21.

(83) Matth., VI, 20; Marc., VIII, 30; Luc., IX, 21.

(84) Matth., XVI, 21; XVII, 21-22; XX, 18-19; etc.

(85) Al ciego de nacimiento, Joan., IX, 35-38; a los judíos en los pórticos del templo, Joan., X, 24-30.

(86) Véase, en particular, la parábola de los pérfidos viñadores, Matth., XXI, 33-46.

(87) Matth., XXIV-XXV; Marc., XIV; Luc., XXI.



tas de Caifás (88) y de Pilato (89) son aún más categóricas.

A la vista de tantas pruebas, no cabe, pues, dudar que Jesús se creyó el Mesías; que ejerció funciones de Mesías durante todo su público ministerio, y que si, por algún tiempo, procedió con reserva en sus manifestaciones mesiánicas, esta reserva misma formaba parte de su sabia pedagogía, que, viendo las dificultades de una revelación demasiado repentina o demasiado general, las vencía suave y hábilmente.

Varios títulos que, sin género de duda, denotaban al Mesías, y que Jesús se daba a sí mismo o permitía que otros se los diesen, en particular los de "Hijo de David", "Hijo de Dios" e "Hijo del hombre", añaden nueva certeza a la conclusión que acabamos de sacar. En otra parte explicamos el primero de estos nombres (90); el segundo será materia de un estudio especial en sazón oportuna; trataremos aquí del tercero, que ya por tres veces hemos oído de boca del Salvador (91), y que tan apto era a un tiempo para ocultar como para revelar su dignidad mesiánica.

La forma de esta locución es notable y completamente semítica: de ella diremos algo más adelante. Pero su empleo en los Evangelios es aún más extraordinario. Léese en ellos ochenta veces — treinta en el primer Evangelio, catorce en el segundo, veinticinco en el tercero y doce en el cuarto —, y siempre como título que Jesús se aplica a sí mismo, sin que nunca se lo atribuyan sus discípulos ni las turbas (92). Además, con una sola excepción (93), en ningún otro libro del Nuevo Testamento, fuera de los Evangelios, se la halla. Es, por tanto, una apelación del todo personal y propia del Salvador.

Igual que la fórmula "reino de los cielos", el nombre de "Hijo del Hombre" se presenta en diversas formas, según las ocasiones en que se emplee. Nuestro Señor se sirve de ella, o

(88) Matth., XXVI, 63-64; Marc., XIV, 61-62.

(89) Matth., XXVII, 11; Marc., XV, 2; Luc., XXIII, 3; Joan., XVIII, 37.

(90) Tomo I, págs. 297-299 y apéndice XVI.

(91) Joan., I, 51; II, 13 y 14.

(92) En Joan., XII, 34, los judíos preguntan: "¿Quién es ese Hijo del Hombre?" Pero no aplican directamente este nombre a Jesús.

(93) Act., VII, 8.

como título que expresa humillación e inferioridad, o como nombre de poderío y de grandeza. Así, este término nos muestra a Jesús sometido a todas las necesidades humanas (94), sin una piedra donde reclinar su cabeza (95), venido a este mundo para servir y no para ser servido (96), traicionado por uno de los suyos (97), destinado a padecer toda suerte de malos tratamientos. Jesús, casi invariablemente, se da este nombre, cuando predice su pasión y muerte (98). Pero, de otra parte, al llamarse de este modo, no ocultaba Jesús, en muchas ocasiones, su intención de reivindicar una dignidad, una autoridad y una gloria singularmente elevadas. Desde el principio de su ministerio público anuncia a sus discípulos que verán a los ángeles del cielo subir y bajar sobre el Hijo del hombre (99). El Hijo del hombre, dice en otra ocasión (100), tiene el poder sobrehumano de perdonar los pecados. Es dueño del sábado (101). Ha venido para rescatar y salvar a los pecadores (102). Tiene derecho de interpretar y modificar la ley de Moisés en puntos importantes (103). Es el divino Salvador que, con su palabra, pone los fundamentos del reino de Dios (104). Será el juez supremo al fin de los tiempos (105). Sobre todo, a título de Hijo del hombre — ¡con qué fuerza y majestad lo proclamará ante Caifás! (106) — vendrá Jesús en su segundo y glorioso advenimiento (107).

Este nombre tan interesante no lo inventó Jesús, como tampoco el del reino de los cielos. Los Santos Padres supieron

(94) Matth., XI, 19; Luc., VII, 34.

(95) Matth., VIII, 20; Luc., IX, 58.

(96) Matth., XX, 28; Marc., X, 15.

(97) Matth., XXVI, 24; Marc., XIV, 21; Luc., XXII, 22.

(98) Matth., XVII, 12, y Marc., IX, 12; Matth., XVII, 22, y Luc., IX, 44; Matth., XX, 18, Marc., X, 33, y Luc., XVIII, 31-33; Matth., XXVI, 45, y Marc., XIV, 41. Con todo, después de su resurrección, Jesús, en lugar del título de Hijo del hombre, empleará dos veces el de Mesías; Luc., XXIV, 26, 46.

(99) Joan., I, 51.

(100) Matth., IX, 6; Marc., II, 10; Luc., V, 24.

(101) Matth., XII, 8, y en los pasajes paralelos.

(102) Luc., XIX, 10.

(103) Marc., II, 27-28.

(104) Matth., XIII, 37, 41.

(105) Matth., XXV, 31-33; Luc., XXI, 36; Joan., V, 27.

(106) Matth., XXVI, 64; Marc., XIV, 62; Luc., XXII, 69.

(107) Matth., XXIV, 4, 27; Marc., VIII, 38; XIII, 26; Luc., XII, 40; XVII, 24.



muy bien indicar sus verdadero origen (108), relacionándolo, por lo común, como aun lo hacen la mayor parte de los comentadores, con una célebre profecía de Daniel (109): "Miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí que sobre las nubes del cielo vino como un Hijo del hombre, se adelantó hacia el Anciano de los días, y presentáronle delante de él. Y diósele dominación, gloria y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron a él. Su dominación es dominación eterna, que no pasará, y su reino jamás será destruído." Este oráculo se refiere ciertamente al Mesías. A El se lo aplicaba ya la literatura judía apocalíptica del siglo I antes de nuestra Era, especialmente el libro de Henoc (110), donde figura un personaje sobrehumano llamado también el Elegido de Dios, al que es concedido sentarse en el trono divino y ejercer una dominación topoderosa en el mundo entero.

La significación mesiánica de la dicción "Hijo del hombre" es también exigida por muchos de los textos evangélicos que la contienen, y que, interpretados de otro modo, perderían toda fuerza. Pero es asimismo cierto que en tiempo de Jesús esta misma expresión no era usual entre los judíos para denotar al Mesías. Sólo algunos iniciados le atribuían este sentido superior, desconocido para el común del pueblo (111). Era, pues, de hecho un nombre vago y hasta oscuro. Y por eso precisamente lo empleaba Jesús para medio ocultar, según el método pedagógico que hemos descrito, sobre todo delante de las turbas, lo excepcional y único de su persona y de su obra. Este título lo ocultaba y lo revelaba a un mismo tiempo. No convenía, por la razón que ya apuntamos, que desde el principio se presentase paladinamente como Mesías; pero, a la vez, era preciso preparar a sus compatriotas para que como tal lo reconociesen algún día. Llamándose con ese título extraordinario y misterioso de Hijo del hombre, ocultaba en parte su oficio

(108) Cf. S. Justino, *Dial. c. Tryph.*, 76, 100; Tertuliano, *Adv. Marc.* IV, 10; San Epifanio, *Haer.*, 57; Eusebio, *Hist. eccle.*, I, 2; etc.

(109) Dan., VII, 13-14. En este pasaje el Hijo del hombre no representa, según pretenden los neocríticos, al pueblo de Israel idealizado, glorificado, sino a un ser individual, dotado por Dios de gran poder para luchar victoriosamente contra los grandes imperios paganos, figurados por cuatro animales monstruosos en los versículos precedentes.

(110) Véanse los capítulos XXXVII-LXXI.

(111) Véase Joan., XII, 34, texto citado ya más arriba.

principal, y al propio tiempo excitaba la curiosidad y la atención, provocaba las investigaciones y las preguntas, recordaba a los espíritus serios el oráculo de Daniel, y por esta manera, poco a poco, los conducía a ver en El al Mesías prometido, sin necesidad de manifestárseles abiertamente. Expresión, pues, era ésta muy adecuada para su fin y para sus intentos (112).

Síguese de lo dicho que, cuando Jesús comenzó a anunciar el advenimiento del reino de los cielos, primero con cierta reserva en Jerusalén, Judea y Samaria, y después con ardiente celo en Galilea, tenía firmísima persuasión de ser el Mesías. Y en esta conformidad, creyérsele superfluo inquirir si tenía un programa bien definido y cuál este programa era. Pero como también sobre esto hay gran debate en nuestros días, no será inútil decir cuál sea el pensamiento católico acerca de este particular.

Ciertamente que sí; cuando Jesús inauguró su ministerio tenía un plan de acción bien determinado, infinitamente perfecto e infinitamente sabio, como trazado desde la eternidad en los divinos consejos. Todas sus líneas estaban especificadas de antemano, y el Cristo, que al mismo tiempo que hombre era el Verbo del Padre, sabía, antes de poner manos a la obra, lo que debía hacer y de qué modo había de ejecutarlo.

Puédese decir, en términos generales, que todo su programa consistía en un gran principio fundamental: cumplir en todo y siempre la voluntad de Dios. Esta fué su regla viva e incesante. Como afirmó en muchas circunstancias, el *dei—oportet*, "conviene"—de esta voluntad santa no se apartaba jamás de su pensamiento (113). Para obedecer al Padre había "venido", y había sido "enviado" acá abajo (114). En cuanto a los pormenores, no tenía sino confiarse a la dirección del Espíritu Santo. Pero en muchos casos la voluntad del Padre celestial se había manifestado ya en el discurso de los siglos que precedieron a la encarnación, por voz de los profetas de Israel;

(112) Ha sido estudiada con diligencia en todos sus aspectos y de modo muy interesante por M. F. Tillmann, *Der Menschensohn, Jesu Selbstbezeichnung für seine messianische Würde*, 1907.

(113) Matth., XVI, 21; XXVI, 34; Marc., VIII, 31; Luc., II, 49; IV, 43; IX, 22; XVII, 25; XXII, 37; XXIV, 7, 44; Joan., III, 14; XX, 9. Cf. Act., II, 23; III, 18; IV, 28. Estos textos merecen ser meditados.

(114) Matth., X, 40; XV, 24; XXI, 37; Marc., IX, 27; XII, 6; Luc., IX, 48; X, 16; XX, 13; Joan., V, 23, 24, 30, 36, 38; VI, 29, 38-40; etc.



por manera que las líneas principales de la vida del Cristo estaban ya trazadas. De ahí esta doble fórmula que muy de ordinario leemos en los Evangelios: "Esto sucedió para que se cumpliese tal profecía (115). Así se cumplió lo que había sido predicho..." (116). Así, al expirar, podrá decir Jesús con sentimientos de amor y de triunfo: *Consummatum est*, "Todo está cumplido" (117).

Programa bien sencillez y, al mismo tiempo, clarísimo. Los evangelistas nos lo revelan a cada instante. San Juan, sobre todo, se agrada de mostrarnos a Jesús caminando sereno con cabal conocimiento de causa, con paso firme, libremente no obstante el *oportet* divino, hacia el fin que se le había señalado, hacia su "hora", en que este fin había de quedar virtualmente cumplido. ¡Y qué suave armonía en esta vida admirable! Al estudiar la vida de los grandes hombres, aun los dotados de mejores calidades morales, los más inteligentes, y hasta los más santos, se teme por momentos verlos desfallecer ante las dificultades y los peligros. Jamás se experimenta sensación semejante al estudiar a Jesús. Desde sus primeros pasos siéntese uno seguro de que nada le hará desfallecer, de que nada le desviará de su camino. Maravilloso concierto reina en toda su vida terrestre. Los acontecimientos se entrelazan según orden preestablecido, que ningún obstáculo podrá turbar.

Aun se puede expresar más compendiosamente el designio general del Salvador, el ideal que tuvo de continuo ante sus ojos. Su fin, su plan era fundar el reino de los cielos, y así procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. ¿Qué otro intento más propio del Mesías? Las palabras de Jesús y toda su conducta muestran que tal era en verdad su constante anhelo. Así como tuvo siempre certidumbre de ser el Cristo redentor, de igual manera, al penetrar respetuosamente en su pensamiento, vémosle plenamente conocedor de su obra y de los medios adecuados para llevarla a deseado término. Todo lo tiene previsto, sabe cuanto debe hacer y lo hace con toda la perfección que de El podía esperarse.

(115) Matth., I, 22; II, 15, 23; IV, 14; VIII, 17; XII, 17; XIII, 35; XXI, 4; XXVI, 56; Marc., XIV, 49; Joan., XII, 38; XIII, 18; XV, 25; XVII, 12; XVIII, 9, 32; XXI, 24, 36.

(116) Matth., II, 17; XXVI, 54; XXVII, 9; Luc., XXIV, 44.

(117) Joan., XIX, 30. Cf. Luc., XXIV, 44.

### III.—JESÚS CURA AL HIJO DE UN PALATINO.—FIJA SU RESIDENCIA EN CAFARNAÚN Y LLAMA DEFINITIVAMENTE A CUATRO DISCÍPULOS (118).

Reanudemos ya el hilo de nuestra historia, que la necesidad de explicar ideas generales de gran importancia nos obligó a cortar.

Los cuatro evangelistas, según hemos visto, han esbozado, cada cual a su modo, el comienzo del ministerio activo de Nuestro Señor en Galilea, inmediatamente después del encarcelamiento del Precursor. San Mateo y San Marcos nos han transmitido el resumen de su predicación; San Lucas y San Juan nos han dado breve noticia de su buen suceso. Todo presagiaba una brillante carrera, de la cual vamos a ser testigos por algún tiempo.

Cuando por primera vez volvió de Judea a Galilea después de su bautismo y de sus tentaciones, hizo Jesús en Caná su primer milagro (119). Gracias al mismo evangelista sabemos que, al volver ahora por segunda vez a Galilea, hizo alto nuevamente en esta población y obró otro prodigio no menos señalado que el cambio del agua en vino. Vivía entonces en Cafarnaún un personaje de cierta categoría, cuyo oficio es difícil determinar con exactitud. La palabra con que en griego se le nombra (120) parece indicar que era un funcionario agregado a la casa civil o militar de Herodes Antipas. Se le ha identificado tal vez con Cusa, intendente del mismo prín-

(118) Joan., IV, 46-54; Matth., IV, 13-17, 18-22; Marc., I, 16-20; Luc., V, 1-11.

(119) Joan., II, 1-11.

(120) Βασιλικός, es decir, "real". Lo que puede significar: de estirpe real, o bien: empleado en el servicio del rey (aquí, del tetrarca Herodes Antipas, a quien el pueblo atribuía el título de rey. Cf. Matth., XIV, 9; Marc., IX, 13). San Juan Crisóstomo vacila entre las dos significaciones. Pero la primera no tiene aquí fundamento alguno; es, pues, necesario atenernos al uso clásico, según el cual la palabra βασιλικός denota funcionarios, civiles o militares, de distintos grados, que estaban al servicio de la persona de un rey o de un príncipe. Josefo lo emplea con frecuencia, y siempre a propósito de tropas reales. San Jerónimo, *Comment. in Is.*, LXV, I, proponía se tradujera por *palatinus*, servidor de palacio. La Vulgata ha seguido la lección de algunos manuscritos griegos, que ponen βασιλίσκος *regulus*; a la letra, reyezuelo, jefe (de tribu, etc.).



cipe, cuya mujer, llamada Juana, era una de las piadosas galileas que después acompañaron a Jesús en sus misiones evangélicas y acudían generosamente a sus necesidades (121). Pero esto no pasa de simple suposición.

Tenía este funcionario un hijo, todavía joven (122), acometido de un violento acceso de esas fiebres malignas que, en verano y más aún en otoño, tantas víctimas causan, aun hoy día, en aquella región tropical, pantanosa a trechos y plagada de mosquitos. En tal forma se había agravado el mal, que se temía una muerte próxima. Pero la noticia de la vuelta de Jesús había cundido rápidamente por la región, y el padre, tan hondamente afligido, tuvo la feliz inspiración de ir a implorar su socorro. ¿Era por ventura uno de los galileos que con sus propios ojos habían contemplado los milagros por Nuestro Señor hechos en Jerusalén? (123). Comoquiera que fuese, la fama del primer prodigio efectuado en Caná había repercutido en toda la región.

Desde las orillas del lago subió, pues, a todo andar, el regio funcionario, el prolongado repecho que va a terminar en la elevada meseta donde Caná está situada (124), y apresuróse luego a ir en busca de Jesús, y con vivas instancias le suplicó (125) que bajase con él a Cafarnaún a sanar al moribundo. Quizás suponía que la presencia del taumaturgo era condición necesaria para la curación. Jesús le dió una severa respuesta, que sería para causar extrañeza, si no supiésemos que gustaba a veces de poner a prueba la fe de quienes le dirigían peticiones de este género (126). “Si no veis señales y prodigios — le dijo — no creéis.” Señales y prodigios (127): aquí, igual que

(121) Luc., VIII, 1-3.

(122) En Joan., IV, 49, se le nombra con el diminutivo *παιδίον*, *pucillus*. Al principio del relato leemos *υἱός* con artículo, “el hijo”; de donde se puede concluir que era hijo único.

(123) Joan., II, 22-23; III, 2; IV, 45. La mayor parte de ellos habían sido probablemente testigos de milagros de curaciones.

(124) Ya indicamos antes la distancia que separaba a estas dos poblaciones. La diferencia de nivel es de unos 800 metros. Véase nuestro *Atlas géographique de la Bible*, pl. XVIII, perfil II.

(125) El imperfecto *ῥωτά* (Vulg., *rogabat*) indica repetición, insistencia.

(126) Matth., XV, 23-24; XVII, 16; etc.

(127) En griego: *σημεῖα καὶ τέρατα*.

en otros pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento (128), se juntan estos dos sustantivos para realzar la idea. El segundo encarece la condición de obras admirables propia de los milagros; el primero alude a la verdad de orden superior, a cuya demostración se enderezan. Al hablar de este modo, Jesús no miraba solamente al que le suplicaba, como se colige del empleo del plural: “Si no viereis... no creéis.” Su reproche recaía sobre los judíos en general, que, en todo el curso de su historia, no habían cesado de reclamar en todas formas milagros de Dios o de sus representantes. De ahí aquella expresión de San Pablo (129): “Los judíos piden milagros.” Sin remontarnos muy atrás, ¿no los hemos visto, desde el comienzo de la vida pública del Salvador, atraídos, con miras puramente humanas, por sus milagros? (130). Primero ver, después creer: he aquí lo que la mayor parte de ellos querían; creer en la misión de Jesús, no tanto por su testimonio personal y por su predicación como por su poder de hacer milagros. Ahora bien, este género de fe era, en muchos casos, superficial, imperfecto, y el divino Maestro tenía buenas razones para desconfiar de su eficacia (131). Sin querer rebajar la fuerza probatoria de sus milagros, que constituían una de sus cartas credenciales (132), prefería, y algún día lo dirá claramente (133), a aquellos que creyesen sin haberlos visto, como los samaritanos de Sicar.

Sostenido por el amor paterno soportó el funcionario animosamente la prueba. Lejos de abatirse por estas duras palabras, reiteró humildemente su petición en términos aun más conmovedores: “Señor, ven antes que mi hijo muera.” “Vete — le replicó Jesús, cuya negativa había sido no más que aparente —; tu hijo vive.” Puesto que el hijo estaba moribundo, el hablar de este modo era anunciar su curación. Pero, empleando esta fórmula, Jesús sometía la fe del suplicante a una nueva prueba, ya que no aceptaba el bajar con él a Cafarnaún,

(128) Deut., XXVIII, 46; Neh., IX, 10; Is., VIII, 18; Matth., XXIV, 24; Marc., XIII, 22; Heb., II, 19; Rom. XV, 19; etc.

(129) I Cor., I, 22.

(130) Joan., II, 23-25; III, 2-11; IV, 35.

(131) Joan., II, 23-24.

(132) Joan., V, 36; X, 38; XIV, 11.

(133) Joan., XX, 29.



y se contentaba con curar al paciente desde lejos. Con todo, creyó el padre, y dejó Caná para volver a su residencia. Es de imaginar la alegría y emoción profundas que reinarían en la casa cuando el enfermo recobró de improviso la salud. Despacháronse al punto varios servidores al encuentro del padre con encargo de anunciarle la venturosa nueva. Lo encontraron en la larga cuesta que descende de Caná a Cafarnaún. Sus primeras palabras fueron para informarse de la hora en que se había producido la mejoría (134). Esta comprobación le fué sugerida por la fe, no por la duda. Le respondieron los servidores: "Ayer, a la hora séptima—según nuestro modo de contar las horas, a la una de la tarde (135)—le dejó la fiebre." La cesación de la fiebre en aquellas circunstancias, equivalía a la desaparición del peligro de muerte. Reconoció el padre que aquélla era precisamente la hora en que Jesús le había dicho: "Tu hijo vive", y tuvo entonces, digámoslo así, una prueba palpable del milagro, con que su fe subió un grado más en el camino hacia la perfección. Halló el mejor medio de manifestarla y de dar testimonio, al mismo tiempo, de su reconocimiento al que había obrado en su favor, a distancia, por sola su voluntad, un prodigio tan grande: no contento con creer él mismo que Jesús era el Mesías, hizo particioneros de su fe a "toda su casa", es decir, a su mujer, a su hijo y a sus criados. También, meses antes, el cambio del agua en vino en Caná había producido un aumento de fe en algunas almas bien dispuestas (136).

(134) El griego usa aquí una locución muy elegante *κοιμήσας τὸν υἱόν*. Es el *belle habere* de los latinos.

(135) Esta indicación cronológica ha originado desde tiempo ha una dificultad. Parece extraño que el funcionario real, a quien es razón suponer impaciente de volver a su casa para saber el resultado de la promesa de Jesús, estuviese aún en camino al día siguiente, siendo así que su entrevista con el Salvador debió de ocurrir a la una de la tarde. Hanse imaginado toda suerte de motivos que habrían retardado su partida. Pero la necesidad de dar algún descanso a su cabalgadura hubo de retenerle algún tiempo en Caná. Llegada la noche, tuvo que caminar con lentitud, y no se encontró con sus servidores sino después de media noche. También se propone otra solución: el encuentro del amo y de los servidores habría ocurrido al ponerse el sol, la tarde misma del milagro; pero como entre los judíos empezaba el día a la hora en que el sol desaparece del horizonte, bien se podía decir "ayer" sin que hubiera transcurrido noche alguna.

(136) Joan, II, 11.

Jesús se hallaba entonces en aquella aldea no más que de paso, pues se disponía a realizar un proyecto de grande importancia. Si la humilde aldea de Nazaret, oculta entre las montañas, privada de medios fáciles de comunicación, había sido lugar adecuado para una vida de retiro, otra cosa se requería ahora que el Cristo había inaugurado ya su ministerio. Era menester a Jesús un teatro más extenso, más populoso, más fácilmente abordable, menos alejado de los puntos vitales de Galilea. Pronto veremos a Nazaret, que por espacio de largos años le había albergado, tratarle de odiosísima manera con ocasión de una amigable visita, y hacerse indigna de tenerle por más tiempo en su seno. Pero, aunque allí hubiese hallado más favorable acogida, no podía Jesús en adelante continuar residiendo en ella habitualmente. Resolvió, pues, desde el principio de su ministerio en Galilea, instalarse en un centro más adecuado a las nuevas condiciones de su vida. Hallólo en la ciudad de Cafarnaún (137). Estaba ésta construída en la ribera septentrional del lago de Tiberiades, en el camino que unía la Siria, o, mejor dicho, todo el Oriente con el Mediterráneo y Egipto, en la parte más poblada, la más rica y la más frecuentada de toda Palestina. Tenía un puesto de aduana (138), una guarnición (139) y, por lo menos, una sinagoga (140). Por su misma situación había llegado a ser centro de un comercio muy floreciente. Desde este centro podía difundirse fácilmente hasta muy lejos la noticia de la predicación y de los milagros del Salvador, y Jesús mismo podría evangelizar en todas direcciones, a través de la Galilea entera, acompañado de sus fieles discípulos. De aquí se entiende por qué otorgó Jesús a esta ciudad el honor de escogerla, digámoslo así, por su cuartel general, adonde volvía tras cada uno de sus viajes de evangelización. Por eso también los evangelistas la consideran a veces como la "propia patria" (141).

(137) En griego, según los mejores manuscritos y los mejores críticos, *Καφαρναούμ*, *Capharnaum* en la Vulgata. La lectura *Καπερναούμ*, "Capernaum", es inexacta.

(138) Matth., IX, 9; Marc., II, 14; Luc., V, 17.

(139) Matth., VIII, 5; Luc., VII, 2.

(140) Luc., VII, 5.

(141) Cf. Matth., IX, 1: *οἰα-πόλις*.



Aunque tan célebre en la historia evangélica, no se halla mencionada Cafarnaún en ninguno de los libros del Antiguo Testamento. Posible es que su fundación fuese relativamente reciente. Pero no era desconocida de los talmudistas (142). Tuvo la gran desdicha de no corresponder a las múltiples gracias de que la colmó Nuestro Señor, por lo que un día hubo de pronunciar contra ella terrible maldición (143), que tan a la letra se ha cumplido, que hoy es imposible determinar con exactitud el emplazamiento de la ciudad incrédula. Los más hábiles palestinólogos están en desacuerdo acerca de este punto, sin que haya esperanza de que se resuelva el litigio en tanto no se hagan considerables excavaciones en los lugares sobre que versa la discusión.

Si el lector consulta un puntualizado mapa de la región más próxima al lago (144), verá en la ribera noroeste un primer nombre, *Tell-Hum*, como a cinco kilómetros de la desembocadura del Jordán. Un poco más al Sur, siguiendo la playa, hallará el de *Khan-Miniyeh*. Entre estos dos nombres se dividen las opiniones de geógrafos y de exégetas. En favor de *Tell-Hum* se alega: 1.º, la semejanza general de su nombre: *Tell*, palabra árabe, que sirve ordinariamente para significar un montón de ruinas, habría reemplazado al hebreo *Cafar*, “aldea” (145); *Húm* sería contracción de *Nahum*; 2.º, las indicaciones de algunos peregrinos antiguos, entre otros de Teodosio, en 530 de nuestra Era; 3.º, algunas ruinas muy notables, particularmente las de una magnífica sinagoga, que bien pudiera ser la que, a sus expensas, construyó el centurión romano, amigo de los judíos (146). En *Khan-Miniyeh* no se ven ruinas propiamente dichas, si bien cuando en estío baja el nivel de las aguas del lago quedan al descubierto cerca de la orilla restos de construcciones, que se suponen haber sido un puerto. El argumento más favorable a *Khan-Miniyeh* es el que ofrece el historiador Josefo. Menciona como existente en este paraje una abundosa fuente, a la que da el nombre de

(142) Neubauer, *Géographie du Talmud*, pág. 221.

(143) Matth., XI, 23-24.

(144) Véase nuestro *Atlas géograph. de la Bible*, pl. XI.

(145) El equivalente del *Kefr* árabe, tan frecuentemente empleado.

(146) Luc., VII, 5.

*Kepharnome* (147), y, en efecto, a media hora de camino al Norte de *Khan-Miniyeh*, hay una fuente que hoy se llama *Ain-el-Tabigha*, y que no es otra que la *Heptapogon*, o “Siete-Fuentes”, de los autores antiguos. Nada semejante se halla en los alrededores de *Tell-Hum*. Pero Josefo no dice que esta fuente manase cerca de Cafarnaún. Por otra parte, el mismo Teodosio cuenta que, viniendo de Tiberiades y de Magdala, pasó por las “Siete-Fuentes” antes de llegar a Cafarnaún, de donde se sigue que la tradición situaba entonces esta última ciudad en *Tell-Hum* y no en *Khan-Miniyeh* (148).

San Mateo, fiel a su propósito de demostrar que Nuestro Señor realizó los antiguos oráculos, ve en esta elección de Cafarnaún por residencia el cumplimiento de un célebre vaticinio de Isaías (149), que cita libremente según el texto hebreo, abreviándolo, pues no transcribe sino las palabras que más directamente hacían a su intento: “El país de Zabulón y el país de Neftalí, el camino del mar, el país del otro lado del Jordán, la Galilea de los Gentiles. El pueblo que estaba sentado en tinieblas ha visto una gran luz, y a los que moraban en la región de la sombra de la muerte les ha nacido luz.”

Esta profecía está tomada del “Libro de Emmanuel” (150), que en bellísimo y tierno lenguaje describe la salvación que había de procurar a los israelitas el divino Emmanuel, el hijo de María, el Mesías. La página que precede a las líneas citadas por San Mateo pone ante nuestros ojos la Palestina invadida y asolada por terribles conquistadores, primero los asirios y después los caldeos y los sirios que, habiendo penetrado por la parte septentrional, lo llevaban todo a sangre y fuego. A los infelices habitantes de estos distritos del Norte, más probados que los otros por aquellas bárbaras invasiones, anuncia el profeta una futura compensación, y los convida

(147) *Bell. jud.*, III, x, 8. Cf. *Vita*, 72.

(148) Esta cuestión ha sido muy estudiada en nuestros días, mas sin poder llegar a una solución cierta. Entre los partidarios de *Khan-Miniyeh*, lo mismo que entre los del *Tell-Hum*, se hallan palestinólogos distinguidos. Los del *Tell-Hum* parecen actualmente ser los más numerosos. Véase en los Diccionarios de la Biblia, en la palabra Cafarnaún, una exposición muy amplia de los argumentos en pro y en contra de cada una de estas dos opiniones.

(149) Is., IX, 1-2 (hebr., VIII, 23—IX, 1).

(150) Se da este nombre a los capítulos VII-XII de Isaías.



a mirar al Mesías redentor que los consolará abundantemente, cuando entre ellos establezca su morada. El es quien está aquí significado, como en otros varios pasajes de los Sagrados Libros (151), debajo de la figura de una luz resplandeciente, que disipará las tinieblas de los padecimientos de la manera que el sol desvanece las nieblas más espesas. Cinco regiones se nombran: el país de Neftalí, que equivale en este sitio a la parte más septentrional de la Galilea; el país de Zabulón, o la parte meridional de esta misma provincia; el camino del mar, o sea el distrito situado al Oeste del lago de Tiberiades, en dirección del mar Mediterráneo; la parte de allá del Jordán, o la Perea del Norte; la Galilea de los Gentiles, es decir, la región galilea contigua a Tiro y Sidón (152).

No se proponía, pues, el Salvador permanecer establemente en un lugar, como Juan Bautista, y aguardar allí a las gentes para anunciarles el advenimiento del reino de los cielos. El mismo irá en busca de aquellos a quienes tan ardientemente desea salvar, consiguiendo al principio prósperos sucesos. La mayor parte de los rabinos judíos, en particular los más ilustres y más sabios, juntaban en torno suyo discípulos, a quienes educaban lentamente, preparándolos así para continuar su obra (153). Poco después de su bautismo, Jesús había reunido también algunos jóvenes, los más de los cuales, según parece, habían tenido por primer maestro a Juan Bautista (154). Retúvolos a su lado por lo menos mientras duró parte de su ministerio preliminar en Jerusalén, en Judea y en Samaria (155); mas no parece que todos quedaron en su compañía de modo estable. Comoquiera que fuese su vocación, había sido no más que transitoria, como por vía de prueba, por lo que los evangelistas hacen caso omiso de ellos desde la vuelta de Jesús a Galilea. Habían tornado, pues, a sus ordinarias ocupaciones. Mas ya Cristo va a llamar definitivamente a cuatro de

(151) Is., XLII, 6; LIX, 6; LX, 1-3; Luc., I, 78; Joan., I, 9; VIII, 12; etc.

(152) Véase nuestro *Atlas géographique de la Bible*, pl. X.

(153) Tomo I, pág. 182; Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes*,... tercera edic., t. II, págs. 423-426.

(154) Joan., I, 29-51.

(155) Joan., II, 1, 11, 12, 22; III, 22; IV, 1, 27, 33.

ellos, primer núcleo del colegio apostólico que más adelante instituirá.

He aquí en qué circunstancias acaeció esta vocación decisiva, que señala una fecha importante en la vida pública del Salvador. Fué como un compendioso drama, compuesto de dos escenas, la primera de las cuales nos ha sido conservada por San Lucas (156) y la segunda por San Mateo y San Marcos (157).

Un día que Jesús caminaba por las orillas del lago, vióse al punto rodeado de numerosa muchedumbre, en quien sus primeras predicaciones habían despertado ávidos deseos de volver a escucharle. Dos barcas estaban amarradas en la playa, y los pescadores a quienes pertenecían lavaban y limpiaban sus redes, como es costumbre después de cada pesca, para quitar las hierbas, el lodo y los guijarros que se han introducido entre sus mallas. Patrón de una de ellas era aquel mismo Simón a quien Jesús había hallado tiempo antes a orillas del Jordán, y a quien había prometido el nombre simbólico de Pedro (158). La otra era propiedad de Zebedeo, cuyos dos hijos, Santiago y Juan, habían de adquirir también celebridad grandísima. Estrechado por la creciente muchedumbre que se apretaba en torno de El, subió Jesús a la barca de Simón, a quien rogó que, remando un poco, se apartase algo de la orilla; después, sentándose, habló a las turbas desde aquella improvisada cátedra, suavemente mecida por las olas (159). Ya los escritores cristianos más antiguos gustaban de hacer notar que la elección de la barca del futuro San Pedro fué deliberado acto de parte de Jesús, que en varias circunstancias de su vida pública, y mucho antes de la gloriosa confesión de Cesarea (160), quiso significar que tiempo vendría en que le invistiese de elevadísima función. "Por esto la barca de Pedro" se considera como figura de la Iglesia de Cristo,

(156) Luc., V, 1-11.

(157) Matt., IV, 18-22; Marc., I, 16-20.

(158) Joan., I, 42.

(159) Otras veces, y con idéntico motivo, habló también Nuestro Señor a las turbas desde una barca de pescador. Cf. Marc., III, 9; IV, 1.

(160) Matth., XVI, 16-19.



y como tal fué más de una vez representada en los antiguos monumentos (161).

Cuando hubo cesado de hablar al pueblo, Jesús dijo a Simón: "Entra más adentro y echad vuestras redes para pescar." La primera de estas dos órdenes se enderezaba al patrón de la barca; la segunda, a todo el equipo de ella, compuesto de varios pescadores (162). Replicó Simón respetuosamente: "Maestro (163), toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada; mas en tu palabra soltaré la red." Hecho experimentado desde muy antiguo (164) es que, en general, la noche es el tiempo más propicio para la pesca. Pedro estaba, pues, persuadido de que otro nuevo conato en pleno día no ofrecía apenas probabilidad alguna de éxito venturoso. Mas el deseo de Jesús era para él un mandato, y quiso obedecer sin dilación. Su lenguaje muestra que estaba muy lejos de esperar un milagro y que, a no escuchar más que su opinión personal, no hubiera vuelto a comenzar la pesca.

Ayudado de sus compañeros, lanzó al punto la red. En todos los mares se hallan a veces enormes bandadas de peces, y tal sucede, en particular, en el lago de Tiberiades. Para quien no lo haya visto, es casi increíble lo numeroso y apretado de estas bandadas. No es raro que ocupan un *arpent*—51 áreas—y aun más, y cuando los peces avanzan lentamente en masa, saltando por cima del agua, tan juntos van unos de otros, que parece como si una violenta lluvia azotase el espejo de agua (165). Precisamente en una de estas bandadas, que el poder de Jesús había conducido al punto deseado, o cuya presencia le había revelado su ciencia divina, lo cual parece más probable, cayó la red de Pedro. Tantos entraron en ella en un instante, que al tiempo de sacarla del

(161) Véase F. X. Kraus, *Real Encyklopädie der christlichen Alterthümer*, t. II, págs. 731-732.

(162) Luc., V, 9, leemos: "El (Simón Pedro) y todos los que con él estaban."

(163) En griego: ἐπιστάτα (Vulg., *praeceptor*). San Lucas suele emplear en vez de este título el de *Rabbi*. Cf. Luc., VIII, 24, 45; IX, 33, 49; XVII, 13.

(164) Aristóteles, *De animal. histor.*, XIX, 10; Plinio, *Hist. nat.*, IX, 23. Cf. Tristram, *Natural history of the Bible*, 5.<sup>a</sup> edic., pág. 289.

(165) Tristram, *op. cit.*, pág. 285. Véase también Lortet, *Poissons et reptiles du lac de Tibériade*, 1883, y *La Syrie d'aujourd'hui*, 1884, páginas 504-511.

agua comenzaron las mallas a romperse y amenazaban rasgarse del todo, por lo que Pedro y sus compañeros hicieron señas a los hijos de Zebedeo, que no lejos estaban en la otra barca, para que a prisa viniesen en su ayuda. Tan abundante fué la pesca, que presto las dos embarcaciones se llenaron de peces, y tanto era el peso de la carga, que se hundían en el agua hasta los bordes, y casi corrieron riesgo de irse al fondo.

Por más hechos que estuviesen a excelentes redadas en aquel lago tan abundante en pescado, Simón y los que con él estaba no titubearon en juzgar por milagro aquella pesca extraordinaria. Harto conocían que ni a caso fortuito ni a sus esfuerzos personales debía achacarse, sino únicamente al sobrenatural concurso de Jesús. Así es que Pedro se arrojó a los pies del Salvador, exclamando: "Señor (166), apártate de mí, pues soy un hombre pecador." Así hablaba movido del religioso terror que la vista de semejante prodigio le había causado y de la eminente santidad que este milagro manifestaba en el taumaturgo.

Después de haberle tranquilizado con una palabra bondadosa: "No temas", añadió Jesús: "De aquí en adelante serás pescador de hombres vivos" (167). Sentencia profunda con que indicaba la índole simbólica del prodigio que en favor de Simón-Pedro acababa de ejecutar, y también elocuente presagio de los magníficos éxitos que algún día había de alcanzar en el desempeño del eminente oficio que le estaba reservado. La mística red del príncipe de los apóstoles se llenará de innumerables almas, que él tendrá la dicha de ganar para la causa de Cristo (168).

Muy poco después de esta escena contemplaban las riberas del lago otra semejante, pero aún más decisiva, pues acabó con un formal llamamiento que Jesús hizo a Pedro y Andrés y a los dos hijos de Zebedeo, y al cual ellos puntualmente obedecieron. San Mateo y San Marcos (169) lo refieren en términos tan sencillos cuanto dramáticos.

(166) Esta vez da a Jesús el título de *κύριος*, muy superior al de *Rabbi*.

(167) Tal es la significación completa de la palabra griega *ζωγρῶν*.

(168) Véase San Juan Crisóstomo, *Hom. XIV, in Matth.*, San Ambrosio, *Expositio in Luc.*, V, 4; San Agustín, *Quaest. evangel.*, II, 2; etc.

(169) Matth., IV, 18-22; Marc., I, 16-20.



Caminando Jesús por las orillas del lago (170), cerca, sin duda, de Cafarnaún, vió a Simón y Andrés, su hermano, ocupados en pescar por medio de una red especial, llamada esparavel, que, hábilmente lanzada por cima del hombro, ya desde la orilla o ya desde una barca, cae en círculo sobre el agua, se hunde rápidamente por el peso de los plomos que lleva atados y envuelve cuanto encuentra debajo de sí. Y les dijo: "Venid en pos de mí (171), y yo haré que seáis pescadores de hombres." Con una fórmula semejante llamó Elías en otro tiempo a su discípulo Eliseo (172). Anunciando a los dos elegidos que los haría pescadores de hombres, hacía Jesús, a usanza oriental, un juego de palabras. Las funciones que, después de haberlos preparado gradualmente, les confiará, no carecerán, ciertamente, de semejanza con el oficio en que hasta entonces se habían ejercitado. Por lo demás, esta misma era la significación de la promesa poco antes hecha a Simón-Pedro. Por idéntica manera había el Señor transformado antaño al pastorcillo David en pastor de Israel (173). Sin vacilar un instante, Simón y Andrés dejaron sus redes y siguieron a Jesús.

Un poco más lejos vió el Salvador a otros dos hermanos, Santiago y Juan, que, en su barca, estaban remendando las redes para una nueva pesca. Llamólos también a ellos, y, con la misma prontitud y generosidad que Simón y Andrés, le siguieron. "Y al punto — dice San Marcos —, dejando en la barca a Zebedeo, su padre, con los criados, siguieron a Jesús." ¿Quiso el evangelista, con mencionar al padre de los nuevos discípulos, poner de relieve su entero desasimiento? Posible es; pero también los otros dos hermanos, para corresponder a su vocación, habían renunciado a todo — ya se lo recordará algún día Pedro a Nuestro Señor (174) —, y no era menor su mérito.

De hallarse varios criados en la barca de Zebedeo se ha concluído que era regularmente acomodado: conjetura confirmada por la mención de Salomé, madre de Santiago y de Juan,

(170) Παράγων dice San Marcos, "pasaba". San Lucas, περιπατῶν "paseándose".

(171) En griego, con rara energía: Ἀεῦτε, ὀπίσω μου. A la letra: "aquí, detrás de mí".

(172) IV Reg., VI, 1.

(173) Ps., LXXVII, 70-71.

(174) Matth., XIX, 27; Marc., X, 28; Luc., XVIII, 28.

entre las santas amigas de Nuestro Señor (175). Por lo demás, es probable que también Simón y Andrés, sin ser ricos, gozasen de cierto bienestar, ya que, según San Lucas (176), eran "socios" de Zebedeo y de sus hijos, y juntos se repartían las ganancias de su pesca (177).

Admiremos la doble conquista que acaba de hacer Cristo, a quien los antiguos dieron, con este motivo, el título de divino pescador (178). Entre los doce apóstoles formarán un grupo muy característico y serán los más íntimos amigos de Jesús. Desde el momento en que los llamó a sí definitivamente, hubieron de renunciar al ejercicio de su profesión, incompatible en adelante con su nuevo género de vida. Pero este penoso oficio había sido excelente escuela para prepararse a ser dignos discípulos del Mesías. En él habían aprendido la paciencia y el animoso trabajar. Llevaban al nuevo edificio una fe viva en la misión divina del Maestro, cuyas obras conocían desde tiempo atrás, corazones amantes y generosos y una firme y acrisolada voluntad (179).

(175) Luc., VIII, 3.

(176) V, 7, 10; πατόχοι, κοινωνοί.

(177) Acerca de los pescadores del lago Tiberiades, sus ganancias, su organización, véase Schwalm, *La vie privée du peuple juif à l'époque de Jésus-Christ*, págs. 152-156. Se hacía un tráfico considerable de peces del lago, no sólo en toda la región, sino mucho más lejos y hasta en Jerusalén, por lo que eran muchos los pescadores. Cf. Josefo, *Vita*, 12. Tariquea, al Sur del lago, poseía una importante manufactura de salazón. Varias localidades del litoral llevaban nombres significativos: Bethsaida, "Casa de la Pesca"; Migdol-Nunia, "Torre del Pez", etc.

(178) Acerca de este símbolo y del del pez (ἰχθύς), que dió origen a tantos frescos y esculturas en las Catacumbas y en otras partes, véase Pitra, *Spicilegium Solesmense*, III parte, págs. 419-425; Martigny, *Dictionn. des antiquités chrétiennes*, segunda edic., págs. 622-623, 653-659; F. X. Kraus, *Real Encyclopädie der christl. Alterthümer*, t. I, páginas 516-528.

(179) En las páginas que preceden hemos separado el relato de San Lucas de los de San Mateo y San Marcos, aunque muchos comentadores —cuya opinión nosotros mismos habíamos compartido hasta ahora— juzgan que todos tres se refieren a un mismo incidente. Hay ciertamente entre ellos grandes semejanzas en cuanto al tiempo, lugar, personas y fin. Y, sin embargo, considerados más atentamente, manifiestan serias diferencias, que el lector podrá comprobar fácilmente por sí mismo. El punto esencial de las narraciones de San Mateo y de San Marcos consiste en el llamamiento a los cuatro discípulos, que es precisamente lo que se echa de menos en el tercer Evangelio. Añadamos que, según los dos primeros sinópticos, Jesús estaba solo en la playa, en tanto que San Lucas nos le muestra rodeado de considerable muchedumbre, a la que dirige la palabra, después de haber subido a la barca de Simón. Además, el mismo San Lucas asocia a esta predicación una



La pesca milagrosa que hemos descrito, seguida de otra más preciosa todavía, ofrécenos coyuntura favorable para describir, siquiera lo hagamos sumariamente, el célebre lago, que tanto lugar ocupará en la vida pública de Jesús. Geógrafos, historiadores y viajeros le han dedicado páginas ya elocuentes, ya simplemente eruditas, pero dignas de él (180). Diversos nombres ha llevado en la historia de la revelación. En tiempos antiguos se le llamaba "mar de Kinnereth" (181). Desde la época de los Macabeos, lago o mar de Gennesar (182), o de Gennesaret (183). San Juan evangelista es el único que le da el nombre de "mar de Tiberiades" (184), al que corresponde el árabe que actualmente lleva de *Bahr Tabariyeh*. San Mateo y San Marcos dicen habitualmente: "mar de Galilea" (185). Cada uno de estos nombres provenía de alguna circunstancia secundaria. *Kinnereth* era una ciudad que antiguamente hubo en la ribera occidental; Gennesar o Gennesaret, una llanura fértil y graciosa, también al Oeste del lago (186). En la misma ribera, al Sur de Gennesar, se halla todavía la importante ciudad de Tiberiades.

A consecuencia de una depresión volcánica, que alcanzó a casi todo el valle del Jordán, la cuenca del lago está unos 210 metros debajo del nivel del Mediterráneo. Este origen volcánico está demostrado por las rocas y sedimentos de basalto

pesca milagrosa, de la que nada dicen los otros dos evangelistas. Si termina su narración con la fórmula: "Arrimando las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron (a Jesús)", es que, queriendo pasar en silencio la historia de la vocación propiamente dicha, quería, sin embargo, dar a conocer su resultado.

(180) Véase en especial Fl. Josefo, *Bell. jud.*, III, x, 7; A. Stanley, *Sinai and Palestine*, págs. 368-380; Chauvet e Isambert, *Syrie, Palestine*, 1887, págs. 454-456; Tristram, *The Land of Israel*, tercera edición, págs. 406-424; Lortet, *La Syrie d'aujourd'hui*, págs. 501-525.

(181) I Mach., XI, 67; Γεννησάρ en el texto griego (Vulg., *Gennesar*). Cf. Josefo, *Ant.*, XIII, v, 7; XVIII, II, 11; *Vita*, 65; *Bell. jud.*, II, xx, 6; III, x, 7. Plinio, *Hist. nat.*, V, 15, dice "Gennesara"; los Targums ponen *Guinesar* o *Guinnesar*.

(182) Num., XXIV, 11; Jos., XIII, 27. Los Setenta traducen este nombre por Ξενεράθ, la Vulgata por *Cenereth*.

(183) Luc., V, 1.

(184) Joan., VI, 1; XXI, 1.

(185) Matth., IV, 18; Marc., I, 16, etc. Es también de notar que estos dos evangelistas nombran al lago con el vocablo general θάλασσα "mar", al modo hebraico. Lo propio hace San Juan. San Lucas es el único que emplea el término, más correcto, de λίμνη.

(186) Algún día acompañaremos a Jesús allí.

que abundan en toda la región, por las fuentes termales de las orillas del lago (187) y también por los cráteres frecuentes en el Djaulan, en la meseta que se levanta al Este del lago. Este parece aún más profundamente encajonado cuando se le contempla desde lo alto de las montañas vecinas (188). Su longitud de Norte a Sur es de 21 kilómetros y medio; su mayor anchura, entre Kersa, al Este, y Magdala, al Oeste, de nueve kilómetros y medio; su superficie alcanza 170 kilómetros cuadrados. Por la pureza de la atmósfera sus dimensiones parecen menores de lo que en realidad son. Desde las alturas que dominan *Tell-Hum* y desde toda la costa oriental se le ve en toda su extensión. Su forma es la de un óvalo irregular, que se estrecha hacia Sur. Hásela comparado con la de un harpa; de donde vendría, según algunos autores, la antigua denominación de *Kinnereth*, pues los hebreos llamaban *kinnor* a un harpa pequeña, frecuentemente mencionada en los Salmos. El Jordán entra en el lago por el Norte y, después de atravesarlo, sale por el Sur. Su profundidad no es muy grande, pues frente a Tiberiades es de unos 45 metros; más al Sur, hacia la punta meridional, oscila entre 20 a 25 metros. Pero a veces llega, excepcionalmente, a 240 metros (189). El nivel de las aguas varía, según las estaciones, en unos dos metros, elevándose rápidamente en las épocas de lluvias y en primavera, cuando se derriten las nieves del Hermón (190).

El lago está magníficamente encuadrado entre las montañas que lo encierran por el Este y por el Oeste. Aquéllas y éstas tienen muy diferente aspecto. Las del Este son más compactas y forman como un muro gigantesco, de unos 600 metros de altura, especie de contrafuerte de la meseta de Basán, y que se prolonga después en dirección del Sur. Su cima, regular y continua, parece una línea recta, que corta el horizonte. Acá y allá están desgarradas por el lecho de algunos torrentes de invierno. Las del Oeste son más variadas y de aspecto más pintoresco: separadas, recortadas, se escalonan unas tras otras, formando una interesante ramificación, cuya base, aun en las

(187) La principal es la de *Amman*, cerca de Tiberiades. Véase Lortet, *La Syrie d'aujourd'hui*, págs. 513-514.

(188) Pág. 186.

(189) Lortet, *l. c.*

(190) Cf. Jo., III, 15.



talladas a pico, se detiene siempre a cierta distancia del lago, dejando libre una playa más o menos extensa, a lo largo de la cual iba un camino en antiguos tiempos. Este cuadro presenta un interés tanto mayor cuanto apenas ha sido modificado desde la época de Jesús. Al Norte el paisaje está dominado por “la blanca cúpula del Hermón”, que, “cuando está iluminada por los rayos del sol poniente, se refleja de maravillosa manera en las azuladas ondas del lago” (191). El agua, en efecto, es ordinariamente “de un hermoso azul, aunque de un tinte algo opaco. Por la tarde reproduce el color del cielo, el de un brillante zafiro. Durante el día se ven muchas veces zonas coloreadas que forman en la superficie grandes bandas rectas o curvas, ocasionadas por las corrientes, o por vientos ligeros, que rizan la superficie y la hacen centellear de un modo particular” (192).

No es maravilla que un calor intenso, tropical a veces, se sienta en verano en esta profunda cuenca, donde un europeo con dificultad puede entonces residir. En trueque, no se conoce allí el invierno propiamente dicho, y la nieve no se ve sino muy raras veces. Por término medio no llueve más que unos sesenta días al año, y nunca en los meses de junio, julio, agosto y septiembre. En consecuencia, más aún que en cualquiera otra región de la Palestina, hácese allí al aire libre gran parte de la vida. En los Evangelios veremos muchedumbres que, con ser aún tiempo de primavera, no pasaban cuidados por estar toda la noche a la intemperie (193).

No puede negarse a este lago, inmortalizado por Nuestro Señor, el elogio de una real belleza, siquiera no sea la de los grandes lagos de Suiza, Saboya e Italia septentrional. Más arriba hemos indicado (194) la impresión que produce cuando se lo ve de repente, yendo de Nazaret y de Caná. Recorriendo sus orillas, o navegando en sus ondas, se admiran igualmente sus esplendores. Se ha dicho que sus paisajes no son pintorescos. Tal como esta región es actualmente sobrepuja aún en encantos naturales a todas las demás de Palestina. Su prin-

(191) Lortet, *La Syrie d'aujourd'hui*, pág. 502.

(192) *Ibid.*, pág. 505.

(193) Matth., XV, 32; Marc., VIII, 2-3; etc.

(194) Pág. 186.

cipal defecto, o mejor dijéramos su casi único defecto, consiste en su impresionante desnudez, en su inmensa soledad, en su profundo desamparo. Tiempos hubo en que el fértil suelo de varias de sus riberas y alrededores, industriosamente cultivado, producía lozana vegetación, propia de los trópicos, y rendía cosechas tan ricas como variadas, que se sucedían por el curso de la mayor parte del año. Aun hoy, en primavera, el país entero, sin exceptuar las montañas, se cubre de verdor y de polícromas flores (195). Pero en estío y en otoño todo se agosta, se seca, se torna del color gris de la ceniza. Antaño rodeaban al lago, como espléndida corona, ciudades, aldeas, casas de campo y otras hermosas construcciones; hoy por doquiera no se ve sino un desierto. Sólo queda una ciudad, floreciente aún, es cierto, y algunos pobres lugarcillos diseminados, como Medjdel, la antigua Magdala, al Noroeste, y Semak al Sur. Había antes vida, movimiento y tráfico intenso a lo largo de los caminos y sobre las aguas del lago, surcadas por centenares de embarcaciones. A todo aquello ha sucedido casi por todas partes la muerte. La antigua prosperidad universal ha se trocado en pobreza y desolación. Cuando se piensa en aquel ayer, compréndense los elogios tributados al lago por Josefo, que lo convierte en una porción del paraíso, y por los rabinos, que nos presentan a Dios mismo celebrando sus encantos: “Yo he creado, dice el Señor, siete lagos en el país de Israel, pero uno solo he escogido para mí: el lago de Tiberiades” (196). Es verdaderamente la “joya de Galilea” (197). No es posible negar su belleza; pero es una belleza de índole especial, una belleza serena, suave, noble y silenciosa, de la cual el peregrino católico goza con emoción, buscando en todas partes las huellas de Jesús.

(195) M. Lortet, *La Syrie d'aujourd'hui*, pág. 512, señala esta circunstancia, que también llamó nuestra atención: “La playa está cercada, sobre todo hacia la llanura de Gennesaret, de magníficas matas de adelfas, que crecen enteramente en el agua, y forman enormes matas cubiertas de miríadas de flores. Nada tan alegre como este rosado cinturón, que se refleja en las aguas azules y transparentes.” En la misma parte de la playa se ven también bosquecillos de papiros, de varios metros de altura.

(196) *Midr. Tehillin*, 4.

(197) *La Palestine, Guide historique et pratique*, por varios profesores de Notre Dame de France, en Jerusalén, segunda edic., pág. 482.



## IV. — UNA JORNADA DE JESÚS EN CAFARNAÚN (198).

Una jornada, en efecto, casi completa del Salvador, al principio de su ministerio en Galilea, nos describen aquí San Marcos y San Lucas, y en parte San Mateo. Jornada laboriosa, santamente ocupada por la oración, la predicación y las buenas obras. Gracias a cuatro breves narraciones, y, a pesar de su brevedad, llenas de vida y suficientemente esbozadas, podemos imaginar cuál era entonces la vida de Nuestro Señor (199). Es un día de sábado. La mañana se pasa en la sinagoga de Cafarnaún. Después del oficio religioso, retírase Jesús con sus cuatro discípulos a casa de Simón-Pedro, y allí permanece las primeras horas de la tarde. Puesto ya el sol, cura todos los enfermos que le llevan de la ciudad. Al día siguiente, muy de mañana, está ya en oración a orillas del lago, y desde allí comienza su primer viaje de misionero.

Ninguno de los sinópticos indica el lugar preciso donde ocurrió la doble escena que terminó con la vocación de los primeros discípulos; pero hubo de ser a corta distancia de Cafarnaún, por cuanto San Marcos nos muestra luego después a Jesús entrando en esta ciudad con aquellos a quienes acababa de conquistar. El día siguiente era sábado; el Maestro y sus discípulos fueron, pues, a la sinagoga para asistir al oficio matutino (200). Ya antes dijimos algo de estos edificios y de la importancia que entonces tenían en el judaísmo (201). En la época de Nuestro Señor no había en Palestina lugar habitado por judíos que no tuviese la suya. Estaban construídas con suntuosidad proporcionada a las riquezas de cada población, y, cuando era posible, de tal modo orientadas que, al orar, los fieles estuviesen mirando hacia Jerusalén. En el fondo había una especie de armario, provisto de una cortina: era el

(198) Matth., VIII, 14-17. Marc., I, 21-39; Luc., IV, 31-44.

(199) El Dr. Fr. Delitzsch ha ampliado estos cuadros en un interesante folleto, *Ein Tag in Kapernaum*, en 16.º, 1871.

(200) Pronto tendremos ocasión de describir sus ritos principales.

(201) Se las llamaba en hebreo *beth-hakkeneset*, "casa de reunión", que equivale poco más o menos al vocablo griego *συναγωγή*, sobre el cual se ha calcado el latino *synagoga*.

*tebah*, el "arca", donde se guardaban los libros sagrados. Hacia el medio de la sala levantábase una plataforma donde tenían su asiento el presidente de la sinagoga y los miembros más respetables de la Asamblea. En esta misma tribuna se hallaba el pupitre del lector. Los restantes muebles eran lámparas, cepillos para las limosnas, alacenas para las trompetas y otros objetos litúrgicos. Los fieles se situaban frente a la tribuna; los hombres a un lado y las mujeres al otro, separados por una valla; en ocasiones las mujeres se colocaban en galerías especiales. Celebrábanse las reuniones varias veces por semana, pero singularmente los días de sábado y de fiesta.

En nuestros días se han descubierto preciosos restos de algunas sinagogas en la Galilea septentrional, especialmente en *Kefr Bîreh*, en *Meinûn*, en Cades, en Irbid, y, cosa más interesante para nosotros, en la misma Cafarnaún (202). Estudiando las espléndidas ruinas de este último edificio, se ha comprobado que medía 24 metros de longitud por 18 de anchura. "Por un amplio portal se entraba en una gran nave rodeada de una galería por Este, Norte y Oeste. Todavía están en su lugar la mayor parte de las basas de las diez y seis columnas que soportaban el techo. Los restos del entablamento y del friso, adornados con profusión de esculturas, y los enormes materiales de piedra amarillenta que yacen en el suelo impresionan vivamente al espectador (203). Según parecer de muchos entendidos, no es improbable que estos restos sean los de aquella sinagoga que el centurión romano de Cafarnaún había construído a sus expensas, para testificar la mucha estima que hacía de la religión de los judíos (204).

Tanto como al ejercicio del culto propiamente dicho destinábanse las sinagogas a la enseñanza religiosa: de aquí que Jesús hablase frecuentemente en ellas y que en ellas pronunciasen varios de sus más importantes discursos (205). Allí, so-

(202) Véase Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, cuarta edic., t. II, páginas 445-446; Chauvet e Isambert, *Syrie, Palestine*, págs. 459, 467. V. Guérin, *Galilée*, t. I, págs. 198-201, 227-231, 241-242; t. II, páginas 95, 100-101, 357-358, 429-430, 441, 447-449, etc.

(203) *La Palestine...*, por varios profesores de N. D. de France, en Jerusalén, segunda edic., pág. 493. Las esculturas imitan el follaje. Los materiales son de hermosa piedra calcárea, parecida al mármol.

(204) Cf. Luc., VII, 4-5.

(205) Luc., IV, 16-17; VI, 25-60; Joan., VI, 25-66.



bre todo el sábado, estaba seguro de hallar un auditorio numeroso, de ordinario bien dispuesto, ya que se reunía para honrar e invocar a Dios. Aun sin tener título de doctor podía predicar fácilmente en las sinagogas, pues los judíos, en este punto, concedían gran libertad a sus correligionarios. Todo israelita bien opinado y suficientemente instruido obtenía fácilmente del *rosch hakkeneset*, o cabeza de la sinagoga, la necesaria licencia. Los extranjeros que ocasionalmente asistían a la reunión solían ser invitados a decir a sus hermanos algunas palabras de edificación (206): costumbre de que los apóstoles, a ejemplo de su Maestro, se aprovecharon ampliamente para sembrar el buen grano del Evangelio.

Ocupó, pues, Jesús aquel día la cátedra de la sinagoga de Cafarnaún. No nos dicen los escritores sagrados cuál fué el tema de su discurso; pero, con lenguaje expresivo, encarecen la impresión que sintieron los oyentes. Grande, en efecto, fué la admiración de éstos (207). Es que Jesús, dicen a un tiempo San Marcos y San Lucas, enseñaba "con autoridad", y "no como los escribas", añade San Marcos como por vía de comparación. ¡Qué diferencia, en efecto, entre los dos métodos de enseñanza! De un lado el divino Legislador, que interpretaba sus propias leyes; el Verbo encarnado, la Sabiduría increada, que hablaba derechamente a las almas para instruir las, para convencerlas, para consolarlas y animarlas al bien. De otro, fríos legistas, órganos impersonales de una tradición las más de las veces puramente humana y de entidad ninguna, que en vez de vivificar los textos sagrados que pretendían explicar los ahogaban debajo de la masa de sus comentarios quisquillosos, nimios, precedidos casi siempre de la trivial fórmula: "Rabi tal dice..., Rabi tal dijo..." No obstante haber pasado diez y nueve siglos, la doctrina del Salvador sigue siendo espíritu y vida en los escritos evangélicos que nos la han transmitido; la de los escribas y rabinos, reproducida por el Talmud en todas formas, no ilumina la inteligencia ni, mucho menos,

(206) Act., XII, 15, etc.

(207) En griego: ἐξέπλησσοντο (Vulg., *stupebant*). A la letra: "estaban como sobrecogidos de estupor, fuera de sí".

caldea los corazones, y menester es cierto valor para leer algunas páginas seguidas (208).

Mas he aquí que un accidente imprevisto va a redoblar la admiración de los asistentes a la sinagoga de Cafarnaún. Hallábase entre los fieles uno de aquellos "endemoniados" o "posesos del demonio" que tan tristemente abundaban por entonces en Palestina. Como lo indican los distintos nombres que a estos malaventurados se dan en los evangelios (209), y más aún las dolorosas circunstancias que en estos mismos libros nos refieren acerca de su terrible condición, los endemoniados eran presa y víctima de los demonios, que, habiendo entrado en ellos, ejercían en su espíritu y en sus miembros una dominación usurpada, esclavizándolos, absorbiéndolos, si es lícita la expresión, y como transformándolos en sí mismos en cierta manera. Por lo que, si bien la voluntad, ese hogar sagrado e inviolable del alma, continuaba perteneciendo a los poseídos, éstos eran habitualmente dóciles instrumentos que los espíritus malignos manejaban a su talante. Pero tenían intervalos de lucidez, en los cuales tornaban a ser dueños de sí mismos. Entonces se los ve arrojarse a los pies de Jesús solicitando de El su liberación; mas después se levantan y le colman de injurias, como si en ellos hubiese dos personas, de las cuales una padece a pesar suyo la dura esclavitud del demonio, en tanto que la otra impera como cruel tirano y se arroga el derecho de torturar a un mismo tiempo al cuerpo y al espíritu.

A veces no un demonio solo, sino varios, se apoderaban de la misma persona (210). Acaecía también que la posesión diabólica iba acompañada de variedad en enfermedades o dolencias físicas; tal fué el caso del joven lunático, que al mismo

(208) Dentro de poco trataremos más de propósito el hermoso tema de la elocuencia de N. S. Jesucristo.

(209) En el texto griego, el más frecuente de estos nombres es δαίμονιζόμενος, cuya perifrasis, *daemonium habens*, empleada por la Vulgata, no expresa toda su fuerza. A propósito del mismo hecho que aquí estudiamos, San Lucas, IV, 33, emplea una locución extraordinaria: "Un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundó." San Marcos, I, 23, dice a la letra: "Un hombre en (poder de) un espíritu inmundó."

(210) Cf. Marc., XVI, 9, y Luc., VIII, 2 (María Magdalena); Marc., V, 9, y Luc., VIII, 30 (Los posesos de Gerasa).



tiempo era epiléptico (211); el de los posesos de Gerasa, visiblemente acometidos de locura furiosa (212), y el de la mujer "encorvada", que padecía una parálisis parcial (213).

No ha de ser motivo de extrañeza que los posesos, raros, según parece, entre los hebreos en el discurso de la Antigua Alianza, se multiplicasen de golpe y en número extraordinario en tiempo del Salvador. "Es que el reino de las tinieblas reunía todas sus fuerzas para hacer frente a su vencedor, que acababa de entrar en la historia. Pero Dios tenía su plan, que era hacer reconocer, por un sonado triunfo sobre los demonios, la venida del reino de Dios en el Cristo y con el Cristo" (214). Esto precisamente vamos a comprobar desde la primera victoria de este género que Jesús va a reportar sobre el demonio, y en la que su altísima figura se nos presenta con esplendentes colores.

Cuando los posesos estaban sosegados no se les prohibía asistir a los oficios de la sinagoga; por eso hallamos uno de ellos en la de Cafarnaún, en la mañana de aquel sábado. Mas no bien terminó el Salvador su discurso, cuando aquel infortunado exclamó a voces: "¡Ah! (215), ¿qué hay entre ti y nosotros, Jesús de Nazaret? Has venido a perdernos (216). Sé quién eres: el Santo de Dios." Palabras de angustia, y también de profunda aversión, que expresan tres verdades bien averiguadas: Nada hay de común entre Jesús y los demonios, según clara confesión de ellos mismos (217); Ha venido expresamente para quebrantar la cabeza de la antigua serpiente y para derrocar su imperio; Es el Santo por excelencia, el consagrado, es decir, el Mesías (218).

Lenguaje digno de notar, ciertamente. Por boca del po-

(211) Matth., XVII, 14-20; Marc., IX, 13-28; Luc., IX, 37-44

(212) Matth., VIII, 28-35; Marc., V, 1-20; Luc., VIII, 26-39.

(213) Luc., XIII, 10-12.

(214) F. Delitzsch, *System der bibl. Psychologie*, segunda edic., página 305.

(215) La palabra griega *ἔα* podría ser aquí el imperfecto del verbo *ἐάω*, y en este caso significaría "Deja(nos)". Mas antes representa una exclamación, el *eahh* hebreo, "ah, ¡ay!"

(216) Los más calificados críticos suprimen aquí en el texto el signo de interrogación.

(217) Cf. II Cor., VI, 14-15.

(218) Cf. Joan., VI, 69 (Vulg., 70), donde Pedro dice a Jesús, según la lección más autorizada: "Tú eres el Cristo, el Santo de Dios."

seso, el demonio habla primero **en** singular, "yo sé...", y luego en plural, "perdernos", según que expresa su pensamiento individual o el de todos los espíritus infernales. No tenemos por qué extrañarnos de que **todos** ellos conozcan la dignidad mesiánica de Jesús: la voz del Padre mismo cuando el Salvador fué bautizado y los reiterados testimonios de Juan Bautista se lo habían revelado claramente. He aquí, pues, como dice el apóstol Santiago (219), que también ellos "creen y tiemblan".

El Santo de Dios, ya se **entiende**, no podía aceptar este testimonio, aunque forzado e **involuntario**, de un espíritu "impuro" (220), es decir, radicalmente malo, cuyo intento no es otro que arrastrar a los hombres al pecado. Con tono severo (221) le intima dos órdenes **tan** breves cuanto perentorias: "Enmudece (222) y sal de ese hombre." Forzoso le fué al demonio obedecer al punto; mas **no** soltó su víctima sin intentar perjudicarla una postrera vez y **sin** manifestar su odio. Sacudió al poseso con tal violencia, que lo arrojó en tierra en medio de la asamblea; después **le** dejó, lanzando un grito de rabia.

Comoción indecible, mezcla de religioso terror ante lo sobrenatural y de admiración **causada** por el milagro, apoderóse de todos los asistentes; mas presto triunfó el sentimiento de admiración, y los testigos **del** prodigio comenzaron a decirse unos a otros: "¿Qué es **esto**? Es una doctrina nueva, acompañada de poder (223). **Man**da con imperio aun a los espíritus impuros, y ellos le obedecen." Después de haber admirado el poder moral de la doctrina **de** Jesús, pásmanse ahora del

(219) Jac., II, 19.

(220) Este epíteto (en griego *ἀκαθάρτος*, Vulg., *immundus*) va asociado al nombre del demonio, según la concordancia griega de Geden, dos veces en San Mateo, once en San Marcos, seis en San Lucas y dos en el libro de los Hechos. En todas ellas tiene la significación general que le hemos dado.

(221) El verbo *ἐπειμήσειν* (Vulg., *comminatus est* en San Marcos e *increpavit* en San Lucas), frecuente en los Evangelios, denota una amenaza, a la que no hay derecho **a** resistir.

(222) En el texto griego se emplea un verbo que significa "abozalar, amordazar": metáfora enérgica, tomada del bozal que se pone a ciertos animales para impedir que muerdan.

(223) No están de acuerdo los **exégetas** respecto a la puntuación e interpretación de este pasaje; pero **sus** divergencias no se refieren más que a simples matices.



poder irresistible que ejercía también sobre los demonios. Una palabra suya había sido bastante para poner en fuga uno de esos seres tan difíciles de domeñar. Fué ésta probablemente la primera curación de este género obrada por Jesús, y nunca cosa semejante se había visto u oído, por lo cual la fama de tan gran milagro, debidamente comprobado por la numerosa asistencia, cundió con celeridad por toda la Galilea (224).

Dejada la sinagoga, fué Jesús derechamente a casa de Simón-Pedro, para pasar en recogimiento lo restante del sábado. Esta humilde morada era, probablemente, la que servía al Salvador de habitación cuando residía en Cafarnaún (225). El futuro príncipe de los apóstoles estaba casado: dícenoslo aquí, aunque de modo indirecto, el evangelio al hacer mención de su suegra, y más directamente San Pablo (226) y la tradición eclesiástica (227). Aunque natural de Bethsaida (228), debió de fijar su residencia en Cafarnaún con ocasión de su matrimonio.

Cuando Jesús y sus cuatro discípulos entraron en la casa, la suegra de Simón estaba en cama, "acometida de una gran calentura", observa San Lucas, para quien este pormenor de medicina tenía aquí particular importancia (229). Ya hemos observado (230) que en ciertas épocas del año esta enfermedad es muy frecuente en las riberas del lago de Tiberiades. Quizá el acceso de fiebre fué no sólo violento, sino repentino. Ello fué que los discípulos resolvieron llamar la atención de su Maestro sobre aquel triste caso, y que El, deseoso de recompensar su generosa abnegación y de darles una especial prenda de su afecto, accedió sin demora al deseo manifestado. Acercándose al lecho en que la enferma descansaba, inclinóse sobre ella, la tomó por la mano y la levantó suavemente, al mismo

(224) Marc., I, 21-28; Luc., IV, 31-37.

(225) En este caso, a ella se referiría la expresión "la casa", en los pasajes de Marc., II, 1; IX, 33; X, 10.

(226) I Cor., IX, 5.

(227) Clemente de Alejandría, *Strom.*, III, VI, 52; VII, 19-63; Eusebio, *Hist. eccl.*, III, 30.

(228) Joan., I, 44.

(229) San Mateo y San Marcos se contentan con decir que la enferma estaba πυρεσσουσα (Vulg., *febricitans*), acometida de fiebre.

(230) Cf. Thomson, *The Land of the Book*, 1876, pág. 238.

tiempo que mandaba (231) a la fiebre que la dejase. Desapareció la enfermedad al momento, y tan completa fué la curación, que la dueña de la casa pudo preparar por sí misma prontamente la comida, por lo común más suntuosa en la tarde del sábado, y servir con diligencia a sus huéspedes. Fué como un doble milagro, pues cuando cesa una fiebre intensa, bien por sí misma, bien por influencia de los remedios, suele dejar a quien había acometido en tal estado de postración y debilidad, que no desaparece sino lentamente.

En esta ocasión la ciudad entera quedó como sobreco-gida al conocer el suceso, y apenas el sol traspuso el horizonte señalando el fin del sábado y de su descanso obligatorio, diéronse prisa los habitantes a aprovechar la presencia del taumaturgo tan bueno y poderoso, para alcanzar de El otros beneficios. Una verdadera procesión de dolientes, de enfermos, de endemoniados que iban o eran llevados a Jesús, ocupaba las calles: "Toda la ciudad—cuenta San Marcos, que sabía por San Pedro esta circunstancia inolvidable—se había juntado a la puerta" de la casa. La generosidad del Salvador correspondió a esta ardorosa confianza. "Curó todos los enfermos", dice San Mateo, y San Lucas añade que hacía estas maravillosas curaciones con sólo imponer las manos. Con una sola palabra lanzaba también a los demonios, que, muy a pesar suyo, abandonaban los cuerpos de los posesos, gritando al taumaturgo: "Tú eres el Hijo de Dios." Pero Jesucristo les imponía severamente silencio absoluto. Así hubo no sólo este día, sino durante todo este primer período del ministerio activo de Cristo, una admirable efusión de su poder taumatúrgico, pues los sinópticos, además de algunos casos aislados, señalan en varias ocasiones curaciones obradas en masa (232).

A estas múltiples curaciones refiere San Mateo un oráculo de Isaías (233) que las había predicho: "Para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: El mismo tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias." El ilustre profeta, al describir por adelantado los padecimientos que había

(231) De nuevo topamos aquí el verbo ἐπιτίμωσεν.

(232) Matth., IV, 24-25; VIII, 23; XII, 15; Marc., III, 10-12; Luc., VI, 18-19.

(233) Is., LIII, 4.



de soportar el Servidor de Jehová, es decir, el Mesías, indicaba también sus felices consecuencias para el linaje humano, cuyos innumerables pecados habían excitado la cólera de Dios y provocado su venganza. El Cristo se ofreció a su Padre como víctima propiciatoria, y de este modo llevó sobre sí, y por tanto quitó, primeramente nuestros crímenes, y después los castigos de toda especie — entre otros, las dolencias y enfermedades físicas y morales — que habían atraído sobre nosotros. Curando los enfermos y expulsando los demonios cumplía, pues, también Jesús su oficio providencial.

## CAPÍTULO II

### Recorre Jesús la Galilea, predicando el Evangelio y obrando milagros.

#### I. — OCASIÓN Y RESUMEN DE ESTA PRIMERA MISIÓN (1).

No obstante la natural fatiga consiguiente a jornada tan laboriosa, el celoso Pastor de las almas, al día siguiente, muy de mañana, no acabada aún la noche del sábado al domingo (2), estaba ya de pie, e, inadvertido de todos, dejaba calladamente la casa. “Particularidad notable del lago de Gennesar es estar cercado de soledades desiertas. Estos solitarios lugares, ya situados en las mesetas, ya escondidos en los barrancos que abundan cerca de la playa, ofrecían adecuados refugios para el reposo y la oración” (3). A uno de ellos se recogió Jesús, y al punto su alma quedó sumida en la oración. Para unirse más completamente con su Padre celestial por medio de una ardiente oración (4), dejó la casa de su futuro apóstol; pero también para hurtarse a los aplausos de los habitantes de Cafarnaún, cuya admiración y alborozo se había sobreexcitado con los milagros de la víspera. Quería sobre todo, según lo mostrará el curso de la narración, poner por obra, sin tardanza, un gran designio que en su espíritu tenía trazado.

Entre tanto, los discípulos, notada su ausencia, y llenos de

(1) Matth., IV, 23; Marc., I, 35-39; Luc., IV, 42-44.

(2) Exprésalo muy bien San Marcos con una locución raramente usada: *πρωὶ ἔννοχα λίαν* (Vulg., *diluculo valde*).

(3) Stanley, *Sinay and Palestine*, pág. 318.

(4) Acerca de las oraciones de Nuestro Señor Jesucristo véase la página 96. Al revés de lo que de ordinario sucede, no es San Lucas, sino San Marcos, quien menciona la hecha a orillas del lago.



inquietud (5), pusiéronse a buscarlo, guiados por Simón-Pedro. “Todos te andan buscando”, le dijeron, no bien lo hallaron. En efecto, apenas llegada la aurora, las turbas habían acudido a ver al poderoso y misericordioso taumaturgo. Pero el Hijo de Dios no se había encarnado sólo para dispensar sus bendiciones a una comarca privilegiada; por lo que respondió a sus discípulos, recordándoles que otros muchos hijos de Israel tenían también derecho a su predicación y a sus beneficios: “Vamos a las aldeas y ciudades cercanas” (6) pues menester es que les predique también el Evangelio del reino de los cielos, porque para esto he sido enviado” (7). Tal era, en verdad, la primera función que su Padre celestial le había confiado: anunciar el próximo establecimiento del reino de los cielos y colocar sus fundamentos.

Tres veces, cuando menos, veremos a Cristo emprender viajes de predicación por Galilea. El que en este pasaje mencionan los sinópticos comenzaba su bienhechora serie (8). Fué de considerable extensión, según se infiere de las expresiones con que los tres evangelistas esbozan compendiosamente este período de intensísimo trabajo. “Discurría Jesús por toda la Galilea — dice San Mateo — enseñando en las sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.” En este breve, pero elocuente resumen, hallamos los elementos ordinarios del ministerio de Jesús: de un lado, la predicación, cuyo teatro solían ser las sinagogas, y cuyo tema principal era el reino de Dios; de otro, la curación milagrosa de los enfermos y posesos (9). Merced a este santo consorcio procedía Jesús a un tiempo mismo como médico de las almas y como médico de los cuerpos. Sus reiterados milagros disponían los corazones a recibir con fruto sus enseñanzas, cuya verdad atestiguaban. Arro-

(5) Κατεδίωξαν αὐτόν, dice enérgicamente San Marcos (Vulg., *persecutus est eum*). Fué una verdadera “persecución”, pero en buen sentido.

(6) San Marcos emplea aquí otra expresión particular, χωροπόλεις (a la letra, las “aldeas-ciudades”), que designa todas las localidades pequeñas y grandes.

(7) Lo mismo expresa San Marcos, diciendo: “Para esto he venido.” Cf. Joan., III, 2; VIII, 42; XIII, 3; XVI, 27-28, 30; XVII, 8; etc.

(8) El principio de otros dos se menciona en San Mateo, IX, 35, y en San Lucas, VIII, 4-3.

(9) San Marcos subraya esta última circunstancia.

jando a manos llenas en los entendimientos la semilla de la divina palabra, evitaba que el fruto de los prodigios quedase reducido a un resultado tan sólo superficial y transitorio.

La Galilea entera fué, pues, evangelizada. Según una indicación que sólo trae San Lucas (10) — si realmente es auténtica —, Jesús habría ido en su primera misión mucho más allá de los límites de esta provincia. Habríase extendido también esta misión a la Judea, es decir, a la Palestina en general, conforme al significado que a veces da a este nombre el tercero de los sinópticos (11). Carecemos de noticias respecto de la ruta seguida por el divino Misionero y por sus discípulos. De las palabras “Vamos a las aldeas y ciudades cercanas” puédese inferir que las poblaciones más próximas de Cafarnaum — Bethsaida, Corozáin, Magdala, Dalmanutha — fueron evangelizadas las primeras. Tan considerable trabajo exigía ciertamente varias semanas, y por ventura meses. Los términos empleados por los evangelistas, en especial el uso del imperfecto, y del participio junto con el imperfecto (12), indican duración no escasa.

## II.—CURACIÓN DE UN LEPROSO. JESÚS ES ODIOSAMENTE RECHAZADO POR SUS PAISANOS DE NAZARET.

Después de esta solemne manifestación que nos describen los tres sinópticos, causa cierta extrañeza que no recuerden más que un solo hecho de esta importante misión (13). Es, al menos, un caso de curación extraordinaria que atrajo grandemente la atención. Cerca de una ciudad que no se nombra, un

(10) Luc., IV, 44, no pocas autoridades competentísimas en achaques de crítica textual han recibido la lectura: “en las sinagogas de la Judea” (en vez de la Galilea); pero otros sabios críticos prefieren leer: Γαλιλαίας.

(11) Cf. Luc., I, 5; VII, 17; XXIII, 5; Act., X, 37; etc.

(12) San Mateo: “Recorría toda la Galilea enseñando..., predicando... y curando.” San Marcos y San Lucas dicen a la letra: “Estaba predicando...” San Marcos, II, 1, dirá, al mencionar el término del viaje, que tuvo lugar “después de días”, fórmula muy vaga, pero que bien puede expresar aquí un intervalo considerable.

(13) Matth., VIII, 2-4; Marc., I, 40-45; Luc., V, 12-16. La narración de San Marcos es muy animada y completa; la de San Mateo no es más que un breve resumen.



desventurado israelita acometido de lepra, olvidando el precepto de mantenerse a cierta distancia de los pasajeros (14), o violándolo atrevidamente con la esperanza de obtener su curación, se aproximó a Jesús—los tres narradores señalan la sorpresa que causó su inopinada aparición—, se puso de rodillas y se prosternó luego delante de El. Las palabras que se escaparon de sus labios, corroídos ya por el mal, no fueron menos humildes y conmovedoras que su actitud: “¡Señor—exclamó—, si quieres puedes purificarme!”

Purificarme: era la expresión técnica que desde tiempos de Moisés usaban los judíos para significar la curación de la lepra, ese mal repugnante y terrible, que ha sido siempre uno de los más dolorosos azotes de Egipto, donde tuvo origen, de la Palestina, de Siria y de otros países bíblicos, y que también ha penetrado en varias regiones de Europa (15). Ampliamente se halla descrito en el capítulo XIII del Levítico; los relatos de los viajeros y los informes de los médicos nos dan a conocer todas sus tristes circunstancias (16).

1.º En cuanto al cuerpo. Desde la piel, a la que acomete en primer lugar, se introduce lentamente en el interior del organismo, invadiendo las carnes, los músculos, los tendones, el sistema nervioso y hasta los mismos huesos, que carcome y en parte destruye. De este modo son invadidos los miembros, unos tras otros, con atroces padecimientos físicos y morales. Los labios y la nariz desaparecen; el rostro y el cuerpo se cubren de úlceras purulentas y fétidas; se desprenden las falanges de los dedos, y a veces hasta las manos y los pies. Este estado espantoso puede durar bastantes años, ya que los órganos esenciales no son acometidos sino gradualmente. Los leprosos viven, pues, muriendo. Y lo más horrible del caso es que su mal es incurable, como lo sospechaban ya los antiguos hebreos (17), y como lo reconocen hoy los médicos más peritos.

(14) A cuatro codos, al tenor de la regla fijada por los rabinos. El codo equivalía a 0,525 m.

(15) Especialmente en Noruega. Pero hay también algunos leprosos en Francia, y aun en el mismo París.

(16) Véase en particular H. Lenoir, *Traité pratique et théorique de la lèpre*, in folio, 1886; Dom Sauton, *La Léprose*, 1901; H. Lesêtre, art. *Lèpre*, en F. Vigouroux, *Dict. de la Bible*, t. IV, cols. 176-177; L. Cl. Fillion, *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, t. II, págs. 123-130.

(17) Cf. IV Reg., V, 7.

De aquí que los rabinos mismos, que para todas las enfermedades recomiendan remedios, ninguno indican para la lepra.

2.º En el orden social. Como este mal se tenía entonces por contagioso (18), había ordenado el legislador hebreo rigurosísimas disposiciones para aislar en cuanto posible a los que de ella estuviesen acometidos. Una vez comprobada, tras diligente examen, la existencia de la terrible enfermedad, eran declarados legalmente impuros y apartados de las ciudades. Para darse a conocer desde lejos, tenían que llevar vestidos desgarrados, ir con la cabeza desnuda, cubierta la barba con un velo, advertir de su proximidad a los pasajeros, gritando: *Tamé, tamé*, “Impuro, impuro” (19). Así desamparados, convertíanse en parias de la sociedad, quedando reducidos las más de las veces a mendigar, como aun se ve hoy a las puertas de Jerusalén. Para hacer su vida más tolerable solían reunirse en pequeños grupos y ponían en común sus miserias (20).

3.º En el orden religioso no eran los leprosos propiamente excomulgados entre los judíos. Permitíaseles asistir a las ceremonias del culto en las sinagogas, pero en condiciones harto humillantes: debían entrar los primeros, salir los últimos y colocarse en lugar aparte (21). Pero el concepto que generalmente se tenía de las causas de su enfermedad no era sino para aumentar su desconsuelo. Dábase por cosa averiguada que mal tan horrible tenía que ser castigo de Dios, merecido por grandes pecados (22). De ahí viene el nombre hebreo de la lepra *tzara'at*, “golpe” dado por Dios, azote divino.

San Lucas, como médico que era, apunta una circunstancia que manifiesta cuán triste era la situación del infortunado que venía a arrojarse a los pies del Salvador. Estaba “lleno de lepra”. Sus pies, sus manos, sobre todo su rostro, mostraban las huellas visibles de su enfermedad. Pero su confianza en la omnipotencia de Jesús era firmísima: “Si quieres, puedes limpiarme”, curarme. Pero “¿querría” el taumaturgo?

(18) Discútese este punto entre los médicos; la opinión afirmativa es la más común y parece la más probable.

(19) Lev., XIII, 45-46; Num., V, 2; IV Reg., VII, 3; XV, 5.

(20) IV Reg., VII, 3; Luc., XVII, 12.

(21) Edersheim, *The Life of Jesus*, t. I, págs. 494-495.

(22) Tal opinión pretendía hallar apoyo en algunos hechos bíblicos. Cf. Num., XII, 9-15; IV Reg., XV, 5; II Par., XXVI, 19-21.



¿Vendría en ello? El leproso, aunque no tuviese certidumbre, lo esperaba, y su indirecta súplica no tenía otro fin que conmover el corazón del buen Maestro e inclinar favorablemente su voluntad.

Cumplióse de contado el intento, como nos enseña San Marcos, el evangelista más puntual para anotar los sentimientos del Salvador. Los rabinos judíos, no creyendo haber hecho lo bastante con agravar las rigurosas reglas dictadas por Moisés respecto de los leprosos, estaban muy lejos de mostrar a estos infortunados la compasión de que, a fuer de hombres y correligionarios, eran merecedores. Tal de ellos hubo que se ufana- ba de arrojarles piedras, para apartarlos de su camino. Otros huían y se escondían apenas los divisaban. Otros ni aun les consentían lavarse la cara (23). ¡Qué diferente la conducta de Jesús! Al ver y oír al desventurado que de aquel modo le suplicaba, sintió hacia él profunda compasión (24), que manifestó con su ademán y con sus palabras. “Alargando la mano, le tocó” (al leproso). El texto de la ley prohibía este contacto; pero “cuando la caridad se junta con el poder puede ponerse sobre la ley” (25) en cosas tan secundarias. Al mismo tiempo pronunció el Salvador estas dulces palabras, que como eco respondían a la súplica del leproso: “Quiero, sé limpio.” La lepra quedó curada “al punto”, como lo observan los tres evangelistas. Era un milagro de primer orden, ya que, juntamente con la horrible enfermedad, desaparecieron hasta sus huellas y los estragos que había producido en el rostro y miembros de aquel infortunado.

Pero de golpe múdase la escena, cuando Jesús, en tono se- vero (26), intima al leproso curado estas dos órdenes: “Mira

(23) Edersheim, *op. cit.*, t. I, 495. El célebre Rabbi Meir decía que no comería un huevo de gallina comprado en una calle habitada por un leproso.

(24) Σπλαγχνισθεῖς leemos en el texto griego. El autor de la epístola a los Hebreos menciona también por tres veces los sentimientos de compasión de Cristo. Cf. Hebr., II, 17; IV, 15; V, 2. Véase también Phil., I, 8.

(25) Wohlenberg, *Das Evangel. des Markus ausgelegt*, pág. 70.

(26) Así se colige del empleo que hace San Marcos del verbo ἐμβριμῆσάμενος (Vulg., *comminatus est*), que tanto en la lengua de los clásicos como en la de los escritores sagrados significa ordinariamente severidad del lenguaje o de los actos. Cf. Matth., IX, 30 (pasaje análogo a éste); Marc., XIV, 5; etc.

que a nadie lo digas; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu curación lo que Moisés prescribió, para que le seas testimonio.” Poco ha hemos oído, a propósito de la expulsión de un demonio, el primero de estos mandatos. Sabía Jesús muy bien que no era posible impedir que se dilatase la fama de ya que de ordinario los obraba en presencia de muchos testigos (27). Ni podía tampoco desear que quedasen desconocidos, pues tenían por fin el acreditarlo como enviado de Dios y dar mayor autoridad a su predicación. Y de otro lado, ¿cómo con- tener totalmente los impulsos de gratitud de todos aquellos a quienes tan grandes beneficios otorgaba? Mas, cuando me- nos, esforzábale por amortiguar el rumor de sus señalados hechos, para no dar ocasión de agitaciones profanas y polí- ticas. Sucudiese luego lo que sucediese, su fin, en parte al menos, quedaba conseguido, pues el mismo silencio que im- ponía era buena prueba de que no buscaba la admiración de la muchedumbre. En el caso actual, preveía que el leproso, de natural ardiente, intentaría enardecer los ánimos, y que viéndose curado del todo se creería dispensado de satisfacer a las obligaciones legales que le quedaban por cumplir. De ahí la otra recomendación, no menos apremiante, con que Jesús recordaba a este hombre que antes de tornar a la so- ciedad de las gentes estaba obligado, en primer término, a hacer comprobar su curación por medio del sacerdote encár- gado de este oficio en la región, y en segundo lugar, a ir a Jerusalén para ofrecer las víctimas de antiguo prescritas por Moisés: para los ricos, una oveja de un año y dos corderos; para los pobres, un cordero y dos palomas (28). Con razón “quería evitar Jesús que el ejercicio de su poder taumatúr- gico pareciese contrariar a prescripciones importantes de la ley. Ahora bien; la ley contenía una orden urgente, pues era ne- gocio de devolver al leproso curado sus privilegios sociales, y este derecho estaba reservado a los sacerdotes. Al Salvador mismo le importaba esta comprobación oficial, puesto que, a la vez que testimonio irrecusable para los sacerdotes de su res-

(27) Cf. Matth., IV, 23-24; VIII, 16; IX, 6; XI, 4; XII, 15-16, 22-25; XIV, 1, 21, etc.

(28) Pueden verse en el Levítico, XIV, 1-32, los ritos de la purifi- cación de los leprosos.



peto a la ley de Moisés, de cuya violación no tardarían en acusarle, lo sería también de su dignidad mesiánica, demostrada hasta la evidencia por sus milagros" (29).

Para mejor expresar Jesús la importancia que concedía a esta su doble intimación, según otra expresión enérgica que leemos también en San Marcos (30), lo "arrojó" de su lado. Cuanta había sido la bondad mostrada al leproso antes de sanarlo, tanta es ahora la severidad después de haberlo curado. Empeño inútil cuanto al primero de los dos mandatos, pues el enfermo, apenas dejado el lugar donde estaba el taumaturgo, comenzó a contar y publicar el prodigio que en favor suyo había sido hecho. Esta indiscreción, por lo demás tan natural, tuvo embarazosas consecuencias para el Salvador, que no podía ya entrar abiertamente y en pleno día en las ciudades sin provocar, mal de su grado, aclamaciones populares que le eran molesta carga y aun en parte estorbaban su ministerio, por lo que vióse moralmente constreñido a renunciar por algún tiempo a sus designios de activísimo apostolado en poblaciones importantes. Pero también amaba la vida de retiro, y la practicó recogiendo a lugares solitarios, donde gozoso se entregaba a la oración. Con todo, a medias no más andaba oculto, pues aun entonces las turbas, deseosas como estaban, nos dice San Lucas, "de oírle y de ser curadas de sus enfermedades, lo graban dar con su retiro". Y él las acogía con su bondad inagotable.

En este lugar juzgamos puede colocarse un doloroso y significativo incidente que San Lucas, con ligera transposición, narra al principio de la vida pública (31), pero que, ciertamente, hubo de acaecer después, comoquiera que en él se alude a numerosos y resonantes milagros poco hacía efectuados por Jesús en Cafarnaún. Por aquel tiempo fué, pues, el Salvador a Nazaret, la humilde aldea "en que se había criado", según que lo recuerda el cronista. Allí más que en sitio alguno quisiera Jesús derramar sus divinos favores; pero precisamente

(29) L. Cl. Fillion, *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, t. II, págs. 132-134.

(30) Ἐξέβαλεν (Vulg., *ejecit*). Esta circunstancia se corresponde con ἐμβρωπησάμενος y completa el cuadro, tan dramático ya de suyo.

(31) Luc., IV, 16-30. En San Mateo, XIII, 53-58, y en San Marcos, VI, 1-16, hallaremos un episodio muy semejante a éste, pero con bastantes diferencias para que no podamos identificarlos.

en Nazaret, "su patria", es donde se van a manifestar los primeros chispazos de la contradicción, que no podían menos de estallar en Galilea, como antes en Judea, contra la persona y la obra del Mesías.

El primer sábado después de su llegada fué Jesús, según costumbre suya, a la sinagoga, donde tantas veces había orado, para asistir al oficio divino. Una tradición que parece antigua dice que este edificio estaba al Norte de la actual basílica de la Anunciación, subiendo hacia el centro de la ciudad, en el sitio mismo donde hoy se levanta la iglesia de los griegos melquitas (32). Sigamos los principales ritos de la reunión (33). Una vez que el *rosch hakkenéset* o cabeza de la sinagoga y sus asesores oficiales ocuparon sus sitios en la tribuna levantada delante del arca santa, "el delegado de la comunidad"—cuyo nombre en hebreo era *seliahh tsibbur*—comenzó el rezo de las oraciones de costumbre. Primero dos "bendiciones", dirigidas una al Creador de todas las cosas, y en especial de la luz, que vela sobre su obra para conservarla y renovarla de continuo, y otra al Dios de Israel, que, después de haber elegido a su pueblo entre todas las naciones, lo colmó de gracias y le dió su ley (34). Se recitó luego el *Schema* (35), célebre entre los judíos, compuesto de tres pasajes del Pentateuco (36), que ponen de relieve la unidad del verdadero Dios y excitan a los fieles a pensar constantemente en El. Después de otra "bendición", que celebra a Jehovah en cuanto rey de Israel y salvador suyo, el oficiante, colocándose ante el arca, comenzó, en nombre de toda la concurrencia, la hermosa plegaria conocida con el nombre hebreo de *Schemóneh 'Esréh*, es decir, "diez y ocho", porque, al principio, estaba formada de diez

(32) *La Palestine...*, por varios profesores de N. D. de France, en Jerusalén, segunda edic., págs. 454-455.

(33) Véase Edersheim, *The Life of Jesus*, t. I, págs. 438-448; Schürer, *Geschichte des jüd. Volkes*, tercera edic., t. II, págs. 450-463.

(34) El texto de estas "Bendiciones" se ha aumentado en el transcurso del tiempo; pero el fondo ha permanecido sustancialmente el mismo.

(35) Este nombre le viene de su primera palabra, que significa: "Escucha".

(36) Deut., VI, 4-9; XI, 13-21; Num., XV, 35-41. Está mandado a todo israelita rezar dos veces al día, por la mañana y por la tarde, esta especie de profesión de fe, a la que alude claramente Flavio Josefo, *Ant.*, IV, VIII, 13.



y ocho *eulogias* o alabanzas dirigidas al Señor (37). Pero, al tenor de la costumbre de los días de sábado, no recitó más que las tres primeras y las tres últimas *eulogias*. Los asistentes se asociaban a estas diversas plegarias respondiendo *Amen* cuando el ritual lo prescribía. Mientras duraba el *Schemoneh 'Esréh*, de pie todos, se volvían hacia el arca y, por consiguiente, hacia Jerusalén.

Seguían a estas plegarias dos lecturas, tomadas ambas de la Biblia: la primera del Pentateuco, es decir, de la Ley; la segunda de los libros proféticos (38). Aquella se llamaba simplemente *paraschah* o “división”; ésta *haphataráh*, “acción de despedir” (39), porque después de ella no había ya más lecturas litúrgicas de la Biblia en el oficio de aquel día. El texto sagrado se leía en hebreo, y verso por verso, cuando se trataba de la Ley, se traducía inmediatamente al arameo por el *meturgeman* o “traductor”. De los libros proféticos se leían de ordinario tres versos seguidos, que al punto se traducían también. Toda la concurrencia escuchaba en pie estas lecturas; luego se sentaba para escuchar la explicación que de ellas se hacía.

El día en que Jesús honró con su presencia la sinagoga de Nazaret, todo había sucedido como acabamos de referir, hasta que se llegó a la lectura tomada de los profetas. En este momento, Jesús se adelantó para leer. ¿Había sido especialmente invitado por el jefe de la sinagoga, o bien se ofreció El mismo, ya que el uso lo consentía? Dificultosa es la respuesta; mas el texto de San Lucas parece favorecer a la segunda hipótesis. Comoquiera que fuese, Jesús subió lentamente las gradas de la tribuna y ocupó el pupitre del lector. Entrególe al punto el *hhazzan* o sacristán el libro, o, mejor dicho, el “rollo” (*imegui-*

(37) En su forma actual contiene hasta diez y nueve. Se halla en todos los Eucologios judíos, porque es la “plegaria” israelita por excelencia, como se la suele llamar. La duodécima Eulogia fué añadida a petición de Gamaliel II (hacia el fin del siglo I de nuestra Era), contra los *Minnim* (“apóstatas”), es decir, contra los judíos que se habían hecho cristianos. Varios Padres citan este hecho con indignación. Cf. San Epifanio, *Haer.*, XXIX, 9; San Jerónimo, *Comment. in Is.*, V, 18-19, etcétera. En el texto actual, en vez de *Minnim* se lee *malsinim*, “calumniadores”. Véase Schürer, *op. cit.*, t. II, págs. 463-464; J. Derenbourg, *Histoire de la Palestine*, págs. 345-346.

(38) Cf. Act., XIII, 15; XV, 21.

(39) Expresión de sentido análogo al de nuestra palabra *missa*.

*lláh*)—pues los volúmenes sagrados de los judíos no consistían en cuadernos superpuestos y cosidos juntamente, sino en bandas rectangulares de pergamino, cosidas una con otra a lo largo y enrolladas en uno o dos cilindros de madera—que contenía los vaticinios de Isaías (40). Habiendo desenrollado (41) el pergamino, Jesús “halló”, es decir, según la significación más natural de este verbo, halló providencialmente (42), un dulcísimo vaticinio de Isaías, que pinta con vivos colores, por medio de expresivos ejemplos, la misión bienhechora y consoladora del Mesías y su predilección hacia los afligidos y los humildes. He aquí el oráculo, tal como lo leemos en la narración de San Lucas: “El Espíritu del Señor sobre mí; por eso me ha consagrado con su unción. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón, a anunciar a los cautivos la redención y a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos, a publicar el año favorable del Señor y el día del galardón” (43).

La cita está hecha libremente conforme la traducción de los Setenta (44); pero expresa muy bien el sentido del texto original. Al mencionar “el año favorable del Señor”, el profeta aludía al gran año jubilar de los hebreos, que se celebraba cada cincuenta años, y traía alivio y consuelo a muchos afligidos, a quienes libraba de la esclavitud o restablecía en la posesión de sus bienes (45). Era, pues, en este sentido, un año de singulares beneficios: razón por la cual se alega aquí como tipo de la era mesiánica y de sus múltiples bendiciones.

Leído este pasaje reposada y claramente, volvió Jesús a enrollar el pergamino, y se lo entregó al sacristán. Sentóse después en la silla del lector, indicando de este modo que se disponía a hablar para explicar el texto sagrado. Solemne era

(40) Véase L. Cl. Fillion, *Atlas géographique de la Bible*, segunda edición, pl. LXVII, fig. 8; pl. LXVIII, figs. 1, 2, 4; pl. LXX, figs. 2 y 3.

(41) Ἀναπτύξας (Vulg. *revolvit*): la expresión es exactísima.

(42) Actualmente, el pasaje leído por Nuestro Señor forma parte de la *haphtarah* de la fiesta de la Expiación o del Gran Perdón. Pero no quiere decir esto que se celebre aquel día esta solemnidad en Nazaret, pues el ciclo de las lecturas bíblicas en las sinagogas es posterior a la época de Jesús.

(43) Is., LXI, 1-2.

(44) Señalamos las principales divergencias con el hebreo en nuestro comentario del *Evangelio de S. Luc.*, pág. 114.

(45) Véase Lev., XXV, 8-55.



el momento, y San Lucas lo da a entender admirablemente, mostrándonos fijas en Jesús las miradas de todos (46). Sus oyentes, impresionados de antemano, preguntábanse qué iría a decir sobre texto tan notable aquel joven cuya reputación de predicador y taumaturgo les había llegado, primero de Jerusalén y después de Cafarnaún, si bien hasta entonces sólo se había mostrado en la pequeña aldea debajo de las apariencias de un modesto y pacífico artesano. ¡Con qué elocuencia y con qué piedad no debió de comentar este magnífico tema! ¡Cuán grato nos fuera conocer todo su discurso! Pero el evangelista no nos ha conservado más que su cortísimo exordio: “Hoy vuestros oídos han escuchado el cumplimiento de estas palabras” (47). Lo cual significaba: Yo mismo soy el Mesías redentor y consolador anunciado por Isaías. Estaba, pues, abierto “el año favorable del Señor, y todos podían recoger sobreabundantes beneficios”.

Pero ya que San Lucas no nos ha conservado el discurso de Jesús, descríbenos en términos dramáticos el efecto que produjo en la concurrencia. “Todos—dice—le rendían testimonio (48) y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca.” Palabras de gracia, es decir, aquí como en otros pasajes de la Escritura (49), palabras bellas y graciosas, agradables de oír, tanto por el fondo como por la forma. Los paisanos de Jesús eran muy quienes para apreciarlas, pues sabemos por documentos fidedignos—los Evangelios, el libro de los Hechos, los escritos de Filón y de Josefo—que gustaban oír predicar y que no faltaban entre ellos oradores populares (50). Sino que éstos, más de una vez, al pronunciar estos sus discursos, no se cuidaban tanto de la santificación de sus oyentes cuanto del aumento de su fama personal.

Por desgracia, los habitantes de Nazaret parece se dejaron llevar más de la gracia exterior de la palabra de Jesús que de

(46) El verbo ἀτενίζω indica una mirada penetrante, y la dicción ἵσαν ἀτενίζοντες supone la continuación de esta mirada. Véase un cuadro semejante, Act., VI, 15.

(47) También se puede traducir: “Hoy se ha cumplido esta palabra que acabáis de oír.”

(48) Testimonio en todo favorable.

(49) Ps., XLIV, 3; Eccl., X, 12; Eccl., XXI, 19; Col., IV, 6.

(50) Edersheim, *Life of Jesus*, t. I, pág. 446.

los conceptos que expresaban. Ellos mismos nos van a decir qué fué lo que admiraron y lo que les había tenido como suspensos de los labios del predicador. Comunicándose sus impresiones cuando el Salvador cesó de hablar, se decían unos a otros: “¿No es éste el Hijo de José?” Erales recio de entender cómo aquél a quien consideraban como hijo del humilde carpintero—tan secreto había permanecido su nacimiento virginal—y que no había recibido instrucción especial ni había cursado en academia alguna podía hablar con aquella gracia y distinción: rasgo que denota en ellos una ligereza imperdonable (51).

¿Percibió Jesús estas superficiales observaciones entre el murmullo de los que las expresaban, o las conoció solamente porque, con su ciencia divina, leía en los corazones? Comoquiera que fuese, respondió a tan extraño prejuicio con tanta serenidad y sabiduría como firmeza. Reanudando su discurso, les dijo: “Sin duda que me aplicaréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo. Las grandes cosas que hiciste en Cafarnaún, hazlas también aquí, en tu patria.” El satírico proverbio que Nuestro Señor mismo, a guisa de objeción, pone en boca de sus paisanos corría entonces con variedad de formas así entre los judíos como entre los romanos y los griegos (52). Se aplica a los que se toman la misión de socorrer a los otros estando ellos mismos necesitados de la ayuda de los demás. Ahora bien; Jesús acababa de presentarse en cierto modo como hábil médico, capaz de curar todas los males. ¿No podía respondersele: Si tú eres realmente el Salvador de Israel, comienza por mejorar tu propia posición, cuya oscuridad y pobreza de todos aquí es conocida? Para esto, haz entre nosotros milagros semejantes a los que has hecho en Cafarnaún; entonces nos convenceremos.

(51) Como San Agustín antes de su conversión, embelesado con la “suavidad del lenguaje” de San Ambrosio, pero indiferente respecto al fondo mismo de su predicación, según cuenta él mismo, *Expos. in Ezech.*, XXXIII, 32.

(52) En los Fragmentos de Eurípides (Fr. 247): “Médico para otros, y él cubierto de úlceras.” Ovidio, *De re amat.*, 216: *Et fateor, medicus turpiter aeger eram*. Cf. Cicerón, *Epist. ad divers.*, IV, 5: “Médico, cura tu cojera”, decían los rabinos (Tanchum, IV, 2, y Bereschit rabba, 23). Según Wünsche, *Neue Beiträge*, pág. 426, dicen aún corrientemente los judíos: *Rōfē*, *velōlō*, “Médico, y no para sí.”



Tras una corta pausa, Jesús añadió: "En verdad os digo, que ningún profeta es acepto en su patria. En verdad os digo, que muchas viudas había en Israel en días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, y hubo grande hambre en toda la tierra; mas a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta (53), en el país de Sidón. Y muchos leprosos había también en Israel en tiempos del profeta Eliseo; mas ninguno de ellos fué curado, sino Naamán el Sirio."

Al proverbio que tácitamente le aplicaban responde, pues, el Salvador con otro perfectamente apropiado al caso (54). No se extraña de la opinión en que le tienen sus compatriotas. "La familiaridad engendra desprecio"; de ahí que quien ha vivido en la intimidad de otro, aunque sea éste un gran profeta—ya lo supo Jeremías bien a costa suya (55)—, sea por lo común menos idóneo y esté menos dispuesto para reconocer sus buenas cualidades. Dicho esto, responde Jesús a la petición, más o menos explícita, de milagros hecha por los habitantes de Nazaret. No; no los hará entre ellos, y justifica su negativa con dos ejemplos sacados de la historia de dos ilustres profetas de antiguos tiempos: Elías (56) y Eliseo (57), que en caso parecido al suyo habían obrado prodigios en favor de personas extrañas a Israel y no en beneficio de sus conterráneos. Los milagros del Mesías habían de ser recompensa de la fe; no estaban ligados a circunstancias puramente geográficas.

Aun sin haber hecho Jesús expresa aplicación de estos ejemplos a sus conciudadanos, la alusión era bastante clara para ser entendida. ¿Luego valdremos nosotros, se dijeron, menos que la pagana de Sarepta y que el leproso Naamán? Comparación semejante escandeció a aquellos galileos violentos y apasionados. Varias voces lanzaron gritos de muerte contra aquel que a sus ojos no era más que un audaz provocador.

(53) Hoy Surafend, a orillas del Mediterráneo, a 35 kilómetros al Sur de Sidón.

(54) S. Matth., XIII, 57, y San Marc., VI, 4, lo citarán a su vez, con ocasión de otra visita de Jesús a Nazaret. Véase también Juan IV, 44.

(55) Jer., XI, 21; XII, 6.

(56) III Reg., XVII, 8-16.

(57) IV Reg., V, 2-14.

Toda la concurrencia se sumó a este intento sanguinario, y manos brutales se apoderaron de Cristo, y maravilla fué que no cometiesen allí mismo un horrendo atentado, que trae a la memoria el asesinato judicial ejecutado en el diácono Esteban por una turba furibunda (58). Fanáticos e insensatos, arrastran al Salvador fuera de la sinagoga, y de allí fuera de la población, hasta llegar cerca "de la cumbre de la montaña en que estaba construída su ciudad", y ya se disponen a despenarle desde allí. Sino que Jesús, desasiéndose de sus manos, tranquilo, majestuoso, pasó por medio de ellos, sin que nadie se atreviese a arrojarle de nuevo sobre El para detenerlo. *Ibat*, "iba": palabra que por sí sola es todo un cuadro.

¿Qué había sucedido? ¿Bastaron, como suponen muchos autores, la dignidad de la actitud de Jesús, la nobleza de su semblante y de su mirada para atemorizar a aquellos frenéticos? Creemos que no, pues cosa clara es—y han acertado en reconocerlo así varios exégetas racionalistas (59)—que la intención de San Lucas fué referir un milagro propiamente dicho. Pero fueron demasiado lejos algunos de nuestros antiguos exégetas al decir que Jesús hirió instantáneamente de ceguera o de parálisis a los bárbaros homicidas, pues nada de esto contiene la narración. Hubo un verdadero milagro, un milagro de orden moral, que consistía en la victoria obtenida por la voluntad de Jesús sobre la de sus enemigos, reduciéndolos a impotencia. A esta categoría de prodigios perteneció también la expulsión de los vendedores del templo, y otros varios milagros nos señalarán aún los evangelistas (60).

"Según tradición local, la montaña de donde los judíos quisieron precipitar a Jesús, después de haberlo echado de la sinagoga, se halla en la extremidad del barranco que desde Nazaret desciende directamente al Sur, hacia la gran llanura de Esdrelón. En la puntiaguda roca que se levanta a plomo

(58) Act., VII, 57. En condiciones semejantes tuvo lugar en Jerusalén el martirio de Santiago el Menor. Cf. Josefo, *Ant.*, XX, IX, 1. San Juan, VII, 59, y X, 31, cita dos tentativas de los judíos para apedrear a Nuestro Señor. Al obrar de este modo creían manifestar celo por la religión mosaica.

(59) Entre otros, H. J. Holtzmann, J. Weiss, Loisy.

(60) Véase a este propósito L. Cl. Fillion, *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, t. I, págs. 35-36; t. II, págs. 311-334.



al Este de dicho barranco, y que se divisa desde lejos, cuando se viene de Djenin o de Caifa" (61). Esta roca, llamada "Monte de la Precipitación", se yergue sobre la llanura unos 200 metros. Pero, si era muy a propósito para la sumaria ejecución que intentaban los enemigos de Jesús, ofrece el grave inconveniente de estar situada a más de tres kilómetros de Nazaret y ser difícilmente accesible por varios lugares. Antes el texto evangélico supone que el precipicio estaba muy cerca de la ciudad, y la roca perpendicular, de unos 20 metros, que se ve cerca de la iglesia de los Maronitas, en el límite N. O. de Nazaret, podría muy bien haber sido el teatro de esta escena final, tan bien descrita por San Lucas (62).

(61) *La Palestine...*, por varios profesores de N. D. de France, en Jerusalén, segunda edic., pág. 457.

(62) Stanley, *Sinay and Palestine*, pág. 367; Robinson, *Researches in Palestine*, t. II, págs. 329-330. Con todo, no pasa de hipótesis. Comoquiera que fuese, no faltan precipicios en Nazaret o en las regiones inmediatas.

## CAPÍTULO III

### Comienzo del conflicto de Jesús con los fariseos.

Desde el comienzo de su vida pública halló Jesús oposición, primero de parte de la casta sacerdotal (1) y después de parte de los fariseos (2). Hasta ahora, en Galilea, todo ha sucedido a medida de su deseo; pero aun ahí va a empeñarse la lucha entre El y la secta farisaica. Vamos a asistir a las primeras escaramuzas de esta contienda, que sólo terminarán con la muerte del Salvador, vencido en apariencia, vencedor en realidad. La curación de un paralítico y la vocación de San Mateo ofrecerán la ocasión que ávidamente buscaban los fariseos para presentarse como enemigos declarados.

#### I.—CURACIÓN DE UN PARALÍTICO EN CAFARNAÚN (3).

Después de su predicación por Galilea, volvió Jesús a Cafarnaún, su "propia ciudad", como la llama San Mateo en esta ocasión. Presto se extendió la noticia de su regreso, con lo cual la casa donde habitualmente moraba—probablemente la de Simón Pedro, como antes se ha dicho (4)—fué invadida por tanta muchedumbre de gentes, que rebosaba por los alrededores y obstruía por entero el paso. Ocupaba, pues, la muchedumbre no sólo las habitaciones del piso bajo, sino también el patiecillo de la parte anterior de la casa, aislado de la calle por un muro, y, en fin, la calle misma, a la que

(1) Joan., II, 13-20.

(2) Joan., IV, 1-3.

(3) Matt., IX, 1-8; Marc., II, 1-12; Luc., V, 17-26. El relato de San Mateo es muy sumario; San Marcos y San Lucas multiplican los pormenores concretos y pintorescos.

(4) En San Marcos se lee: ἐν οἴκῳ sin artículo (εἰς οἶκον según otra lección).



daba la puerta del patio. Esta afluencia de gente recordaba la de aquel sábado en que habían desfilado por la casa de Pedro tantos dolientes y enfermos, a quienes el buen Maestro devolvió la salud. Como inmediatamente después de aquellas curaciones había partido, temíase no hiciese ahora otro tanto, y todos se daban prisa por llegarse a él.

El infatigable celo del Salvador aprovechó esta propicia coyuntura para hacer oír “la palabra” (5), es decir, la palabra por excelencia, el Evangelio, a todos aquellos oyentes ávidos de escucharle. San Lucas añade otra circunstancia característica: “Y el poder del Señor (el poder del mismo Dios) obraba para sanarlos.” Lo que significa que por entonces, por ventura en aquella misma hora, multiplicaban los milagros las manos de Jesús, que, gozando de la omnipotencia divina, podía usar de ella según su agrado. Mas sea cual fuere el sentido de esa expresión, ella prepara al lector para el gran milagro que va a seguir. El mismo San Lucas señala aún otro pormenor significativo. Entre los asistentes que se apretaban en torno a Jesús, ocupando los primeros asientos, nos muestra a los doctores de la Ley, que habían venido de todos los pueblos de Galilea y de Judea, y aun “de Jerusalén”, que era su principal centro. Allí están con intenciones ciertamente hostiles, con el fin de espiar la conducta y enseñanza de Jesús, cuya fama, cada vez más dilatada por toda Palestina, ha excitado y avivado sus mezquinos celos.

El augusto predicador fué interrumpido inopinadamente por un caso extraordinario, que San Marcos y San Lucas refieren de dramática manera. Cuatro hombres, que llevaban un paralítico tendido en un mísero camastro, se presentaron a la entrada de la casa (6). ¿Mas cómo atravesar con tal carga las apretadas filas de la muchedumbre? Dolorosa decepción debieron de experimentar al principio; pero su ardiente deseo,

(5) Τὸν λόγον, dice San Marcos.

(6) En toda la narración emplea San Marcos la palabra griega κράβατος, de la que los latinos hicieron grabatus. San Mateo dice κλίνη, “lecho”. En San Lucas κλίνη alterna con el diminutivo κλινιδιον, “lecho pequeño, camilla”. El grabatus era el lecho de los pobres, y se componía de una simple red de cuerdas sujeta a una armadura de madera o de hierro, y sobre ella, un jergoncillo. Véase A. Rich, *Diction. des antiquités romaines et grecques*, trad. franc., pág. 302.

o, mejor, su firme voluntad de llegar adonde Jesús estaba, sugirióles al punto un medio de vencer la dificultad. Por la escalera exterior que de ordinario tienen las viviendas de Palestina (7), o por medio de una escalera de mano, subieron, cargados siempre con el enfermo y su lecho, a la terraza del edificio (8). En Oriente, los techos de las habitaciones son generalmente de construcción muy ligera: cañas o ramaje en lugar de tablas, una capa de arcilla apisonada, y a veces también tejas, como en el caso presente, son sus materiales. No tuvieron, pues, que hacer los que llevaban al enfermo sino levantar algunas tejas, y, quitando arcilla y cañas, abrir una boca suficiente para que por ella pudiesen pasar el enfermo y su cama. La operación era muy sencilla, y los daños fáciles de reparar. Y hecho esto, por el orificio abierto deslizaron al paralítico, mediante cuerdas, de manera que vino a quedar delante de Jesús, en medio de la asamblea (9).

No es para descrita la impresión que semejante espectáculo debió de causar en el ánimo de los asistentes. Desagradaba profundamente al Salvador la incredulidad; pero nunca se mostró insensible a la fe de los suplicantes, y la que entonces se manifestaba era tan intensa, tan conmovedora, que casi podría llamarse heroica. Eralo la fe de los portadores, que no descaeció ante ningún obstáculo. Eralo también la fe del enfermo, que a todo se había allanado, que pacientemente había sufrido las duras sacudidas de una peligrosa operación. Ni ellos ni él querían quedase malograda una ocasión que quizás no volverían a hallar: confianza inquebrantable que los tres evangelistas señalan con idéntica locución: “Viendo Jesús la fe de ellos.” Sin dejar al paralítico tiempo para presentar su petición—¿no la expresaban ya bien claramente todas las circunstancias mencionadas?—, díjole el Salvador con inefable bon-

(7) Cf. Marc., XIII, 15; L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, 2.<sup>a</sup> ed., pl. XII, figs. 3, 10.

(8) Cicerón, *In M. Anton. orat. Philipp.*, II, 18, 45, menciona una operación del mismo género.

(9) Cf. Tristram, *Eastern Customs*, págs. 34-35. Véase en Delitzsch, *Ein Tag in Kapernaum*, págs. 40-46, y en Edersheim, *Life of Jesus*, t. I, páginas 501-504, algunas curiosas variantes de interpretación, pero que explican todas las circunstancias de los relatos evangélicos.



dad: “Ten confianza, hijo (10); perdonados te son tus pecados.”

Pero ¿por qué esta fórmula de absolución, cuando antes bien se esperaba un milagro de curación? ¿No reprobará Jesucristo mismo más adelante, respondiendo a preguntas de sus apóstoles (11), la sentencia de los rabinos de entonces, según la cual todo padecimiento físico o moral es castigo de uno o más pecados, de tal manera, que no hay librarse de la enfermedad sin antes recibir de Dios el perdón de los pecados que la ocasionaron? (12). Sí; pero entonces el divino Maestro asentará un principio general, en tanto que aquí se trata de un caso particular. Hay, ciertamente, casos en que una vida viciosa tiene por inmediato castigo una enfermedad corporal, y la experiencia enseña que, en particular, la parálisis es más de una vez triste consecuencia de la inmoralidad (13). Perdonando los pecados al enfermo que le había sido conducido en circunstancias tan singulares, atestiguaba Jesús que ellos habían sido la causa verdadera de su enfermedad. Dábale así ánimo a aquel desgraciado, que, conocedor de sus miserias morales, temía, sin duda, a causa de ellas, no poder alcanzar su curación ni con el valimiento de medianero tan poderoso como Jesús. Por esto el prudente taumaturgo comenzó combatiendo el mal interior, para suprimir la causa antes de hacer desaparecer el efecto. De esta suerte le otorgaba un doble favor, purificando al alma antes de curar al cuerpo.

Estas palabras de Cristo, que son el nudo del episodio, van a originar la lucha que antes hemos mencionado. Oído que le hubieron los fariseos y escribas que en son de espías presenciaban la escena, se escandalizaron, y al punto concibieron en sus ánimos hostilidad contra Jesús. “¿Cómo este

(10) San Lucas sustituye este consolador y alentador nombre con el genérico: “ἄνθρωπε, “hombre”.

(11) Joan., IX, 1-3.

(12) Tratado *Nedarim*, 41, a. Véase Wünsche, *Neue Beiträge...*, páginas 120-121.

(13) Cf. Joan., V, 14. Acerca de esta enfermedad véase L. Cl. Fillion, *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ*, t. II, págs. 142-144. San Mateo y San Marcos designan al paralítico de Cafarnaún con la expresión popular παραλυτικός. San Lucas emplea, según costumbre, un término médico παραλελυμένος. Cf. Hobbart, *The medical Language of St. Luke*, pág. 6; Harnack, *Lukas der Arzt*, págs. 127-129.

hombre (14)—se decían en sus adentros—habla así?; blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?” Es verdad que en la Biblia (15) la remisión de los pecados se considera como prerrogativa divina, y que no se halla en el judaísmo fórmula de absolución que reconozca a hombre alguno, por más santo y grande que sea, el poder de purificar las almas manchadas. Pero ¿no había demostrado Jesús bastantísimamente que El estaba muy por cima de todos los demás hombres? No; no ha usurpado los derechos de Dios, y va a demostrarlo. “Conociendo (16) en su espíritu” (es decir, de manera sobrenatural, sin auxilio de los sentidos) el malévolo juicio que los fariseos y los escribas habían formado de El, les dijo, antes que pudiesen comunicarse sus mutuas impresiones: “¿Por qué pensáis el mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levántate, toma tu lecho, y anda?”

La disyuntiva era bien sencilla, pero también hábil, pues no dejaba a los injustos acusadores medio de evadirse. De suyo, ambas cosas son igualmente fáciles, si sólo se mira a pronunciar las palabras. Son por extremo difíciles si se trata de su ejecución, y, en este caso, la remisión de los pecados presentaba una dificultad especial. Fácil será a cualquier impostor atribuirse de palabra el poder de perdonar los pecados; pero ¿quién, a no sentirse investido de un poder superior, osará pretender que con una palabra puede curar las enfermedades del cuerpo, y en particular una parálisis más o menos inveterada? (17). El argumento era decisivo, irrefutable; ¿qué les quedaba a los fariseos sino disimular su rencor mediante un humillante silencio? Entonces Jesús, después de haber esperado en vano respuesta, les dijo: “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados: Yo te mando (dice al paralítico), levántate,

(14) El nombre οὗτος (Vulg., *hic*), citado por los tres evangelistas, significa aquí marcado desdén.

(15) Ex., XXXIII, 7; Is., XLIII, 25; XLIV, 22; etc.

(16) El participio ἐπιγινώσκων, usado por San Marcos y por San Lucas, denota un conocimiento perfecto.

(17) Como observa San Jerónimo, *Comment. in Matth.*, IV, 5: *interdicere et facere, multa distantia est; utrum sint paralytico peccata dimissa, solus noverat, qui faciebat.*



toma tu lecho, y vete a tu casa" (18). Milagro que con tal claridad y con tanta solemnidad se anuncia, adquiere al punto valor de una demostración, si realmente se ejecuta. Ahora bien; la palabra del "Hijo del Hombre" no se pronunció en vano, pues el paralítico, obedeciendo a las tres órdenes de Jesús, se levantó inmediatamente, cogió al hombro su lecho y se partió a su casa, glorificando a Dios. El mísero camastro que había sido signo de su enfermedad se trocaba de este modo en prueba de su curación.

A la vista de lo sobrenatural, tan de cerca contemplado, los testigos del prodigio quedaron de momento sobrecogidos de religioso temor. Pero, elevándose luego a más altos sentimientos, dejaron desbordarse su admiración, y, como el paralítico, glorificaban a Dios, que, añade San Lucas, "había concedido semejante poder a los hombres" en la persona de su Cristo. "Maravillas hemos visto hoy", decían profundamente conmovidos. De los fariseos y escribas nada más dicen los narradores; pero no es difícil adivinar los movimientos de ira que levantaría la derrota en sus corazones. Ni olvidarán ni perdonarán. Empeñada está ya la lucha; la proseguirán con ardor, hasta que, aparentemente, queden victoriosos.

## II. — VOCACIÓN DEL PUBLICANO LEVÍ.

Después del gran milagro en el que Jesús tan bien había juntado la lógica con la acción, dejando la casa en que había acaecido el prodigio, salió de la ciudad y se fué hacia la playa del lago. Allí le alcanzó una considerable muchedumbre, a la que, según costumbre suya, distribuyó el pan de la palabra. Terminado su discurso, continuó caminando a lo largo de la orilla. Ya hemos dicho que la ciudad de Cafarnaún, por su misma situación junto a una de las vías más comerciales del mundo, era depósito y lugar de paso de enorme cantidad de mercancías que se transportaban de Oriente a Occidente y viceversa. Pero nada pasaba sin pagar. Había, pues, allí, igual

(18) Es de notar que estas palabras de Nuestro Señor nos han sido transmitidas por los tres sinópticos de modo idéntico, hasta con ese raro paréntesis que las interrumpe.

que en Jericó, un importante puesto de aduana, a cargo de considerable número de publicanos o peajeros. Uno de estos funcionarios estaba entonces sentado en su bufete—quizás una simple mesa al abrigo de unas tablas—, desde donde vigilaba el trajín del camino y del puerto. San Marcos y San Lucas le dan el nombre de Leví (19); pero es más conocido con el de Mateo, que le da el primer Evangelio (20). Leví era el nombre judío; Mateo o *Mattai*, es decir, "don de Dios", probablemente el nombre cristiano que le impuso Jesús, si ya no tenía, como otros judíos, dos nombres distintos.

Díjole Jesús: "Sígueme", invitándole así a hacerse discípulo suyo, en el sentido estricto de este vocablo. Con palabras idénticas había llamado el Salvador a Pedro y Andrés, a Santiago y Juan, cuando estaban en pleno ejercicio de sus funciones habituales. Idéntico fué también el resultado: "Levantándose, dejó todas sus cosas y le siguió." También aquí fué inmediato y completo el sacrificio, mas con esta diferencia: que si los pescadores podían tornar a su oficio cuando lo desearan, era moralmente imposible al publicano volver a ocupar su puesto, después de haberlo desamparado de aquel modo. Pero este llamamiento de Jesús y el generoso sacrificio de Leví estaban ya, ciertamente, preparados. No era la primera vez que el Maestro y el nuevo discípulo se trataban en esta ciudad de Cafarnaún, adonde volvía el Señor de cuando en cuando. Comoquiera que fuese, aunque la conversión del publicano hubiera sido obra de un instante, este fenómeno psicológico estaría en perfecta consonancia con el admirable poder de atracción que Jesús ejercía sobre los entendimientos y los corazones (21).

Más de admirar es que Jesús no vacilase en elegir por discípulo íntimo, y luego por apóstol, a un hombre que pertenecía a una corporación justamente desacreditada (22), y cuyos

(19) Añade San Marcos que era hijo de Alfeo, pero de un Alfeo que no se ha de confundir con el padre de Santiago el Menor (Matth., X, 3; Marc., III, 17; Luc., VI, 15; Act., I, 13).

(20) Matth., IX, 9. La identidad de Leví y de San Mateo fué negada en la antigüedad por el gnóstico Heracleón y por Orígenes, y después por muchos otros, aunque sin serias razones.

(21) Véase San Jerónimo, *Comment. in Matth.*, IX, 9.

(22) Véase el t. I, págs. 155-156.



miembros eran tenidos en opinión de pecadores públicos. Pero Jesús, en juzgándolo útil a su obra, tenía la santa osadía de hacer cara a los prejuicios de sus compatriotas, y aquí mismo vamos a oírle cómo justifica su conducta (23).

Poco después de esta escena de orillas del lago, dió Leví en su casa, en honor de su nuevo Maestro, un solemne convite, al que invitó también, para despedirse de ellos, a sus antiguos colegas y a cierto número de amigos. A pedir de boca vino esta ocasión para que los fariseos manifestasen nuevamente su animadversión contra Jesús. Sentarse a la mesa con publicanos y otros pecadores públicos (24) constituía, según ellos, un verdadero escándalo; cuanto más que, conforme las costumbres orientales, la participación en una misma comida establece por sí sola intimidad de relaciones (25). Con todo, no se atrevieron a dirigirse a Jesús en persona, pues habíales enseñado la experiencia a temer sus réplicas contundentes. Fueron, pues, en busca de sus discípulos, y les preguntaron: “¿Por qué vuestro Maestro come y bebe con los publicanos y con los pecadores?”

El Salvador, que había oído la insidiosa pregunta de sus adversarios, quiso darles por sí mismo la respuesta: “No son —les dijo— los sanos quienes tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. Id, pues, y aprended qué cosa sea: Misericordia quiero y no sacrificio; porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.”

Nada que desear dejaba esta corta apología. Se compone

(23) Matth., V, 46-47; XI, 19; XVIII, 17; XXI, 31-32; Luc., III, 12; VII, 29, 34; XV, 3; XVIII, 9-14; XIX, 7, etc. Ciento cincuenta años después tomará Celso ocasión de la vocación del publicano Leví para lanzar contra el Cristianismo groseras injurias. Cf. Orígenes, *Contr. Cels.*, I, 62.

(24) Los tres narradores distinguen dos categorías de invitados en la ocasión presente. San Mateo y San Marcos: “publicanos y pecadores”; San Lucas: “publicanos y otros”. La palabra “pecadores” debe interpretarse aquí conforme las ideas farisaicas. Cf. Matth., XI, 19, y Luc., XV, 1, donde igualmente aparecen juntas estas dos expresiones. Pero puede significar también pecadores propiamente dichos, o, al menos, hombres que procedían con harta libertad respecto de tal cual precepto embarazoso.

(25) Por eso los rígidos observantes de la ley mosaica, aun después de su conversión al Cristianismo, eran extremadamente quisquillosos en este punto. Cf. Act., XI, 3; Gal., II, 12. Los rabinos prohibían a sus discípulos comer en compañía del “pueblo de la tierra”, es decir, de la plebe sin instrucción (*Berachoth*, 43, 2); mucho más con hombres de conducta sospechosa.

de tres partes: de un proverbio popular, de un texto sacado del Antiguo Testamento y de una razón de congruencia. El proverbio, que se halla con algunas curiosas variantes en las literaturas clásicas, expresa un hecho de cotidiana experiencia. “Los médicos —decía también Pausanias (26)— no acostumbran a estar junto a los sanos, sino junto a los enfermos.” Si los convidados entre quienes entonces se hallaba Jesús eran pecadores, ¿no era éste lugar adecuado para El, como médico que era de las almas? (27). Las palabras “Misericordia quiero y no sacrificio” están tomadas de la profecía de Oseas (28). Significan, en forma paradójica, que Jesús cooperaba mucho mejor a los designios de Dios acogiendo con mansedumbre a los pecadores que no mostrándose con ellos duro e inexorable, a la traza de los escribas y fariseos. Los sacrificios cruentos eran necesarios, puesto que la ley los exigía; pero el Señor de Israel hacía mucho mayor aprecio de la misericordia para con el prójimo, aunque éste fuese culpable. En fin, ¿no era oficio del Mesías convertir y salvar a los pecadores? Algún día desenvolverá Jesús este pensamiento en la parábola de la oveja perdida y hallada de nuevo (29).

Estaban entonces en Cafarnaún algunos discípulos de Juan Bautista, que, imitando la austeridad de vida de su maestro, practicaban ayunos frecuentes y rezaban a horas fijas largas oraciones. También los fariseos, y en general los israelitas piadosos, ayunaban a menudo, como nos lo dicen los Evangelios (30) y el Talmud (31). Hacíanlo de ordinario los lunes y los jueves, porque, según la tradición, en dichos días había subido Moisés al monte Sinaí (un jueves) y había bajado (un lunes). Aunque la legislación mosaica no prescribía a los hebreos más que un solo ayuno cada año, en la fiesta del Gran

(26) Plutarco, *Apophthegm. Lacon.*, 230. Cf. Dion Cass., *Or.*, VIII, 5; Jülicher, *Gleichnisreden Jesu*, t. I, págs. 176-177.

(27) San Agustín, *Serm. LXXXVII*: *Jacet toto orbe terrarum, ab oriente usque ad occidentem, grandis aegrotus; ad sanandum grandem aegrotum descendit omnipotens medicus*. Cf. San Justin., *Apol.*, I, 15.

(28) Os., VI, 6. La fórmula de citación: “id y aprended”, es empleada con frecuencia por los rabinos.

(29) Matth., XVIII, 10-14; Luc., XV, 1-7.

(30) Matth., VI, 16-17; Luc., II, 37; XVIII, 12.

(31) Véase Schürer, *Gesch. des jüd. Volkes*, 4.<sup>a</sup> ed., t. II, págs. 489-491, t. III, págs. 104-105, 116-117.



Perdón (*Yôm Kippur*), o de la Expiación (32), esta práctica de penitencia y de duelo era tan natural que por sí misma se recomendaba como obra buena a las almas piadosas; por lo que varias veces se la menciona en los escritos del Antiguo Testamento (33). Por ningún caso pensó Jesús en abolirla, y la Iglesia primitiva no sólo la conservó, sino que la impuso después a los cristianos (34).

El día del gran convite dado por Leví coincidió precisamente, según nos dice San Marcos, con un ayuno de devoción de los discípulos del Bautista y de los fariseos. Ello ponía más de relieve la diferencia, y la ocasión era propicia para hacerlo notar. Acercándose a su vez al Salvador los discípulos de Juan (35), le hicieron esta pregunta: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia en tanto que tus discípulos no ayunan?” ¿Había sido sugerida esta consulta por la malevolencia, con la esperanza de poner en aprieto a Nuestro Señor? No es improbable, dado que los discípulos del Precursor se nos han mostrado ya antes movidos por sentimientos de envidia (36). La compañía de los fariseos pudiera confirmar esta suposición.

Interpelado Jesús de este modo, pues se le consideraba responsable de la conducta de sus discípulos, dará, en lenguaje familiar y atrevido a la vez, todas las explicaciones deseables. “¿Podéis por ventura hacer ayunar a los amigos del esposo — les respondió — mientras el esposo está con ellos? Mas días vendrán en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán en aquellos días.”

Esta primera parte de su respuesta esclarece ya toda la cuestión. La imagen, tan expresiva cuanto graciosa, que él toma de las ceremonias nupciales de los judíos, era tanto

(32) En septiembre u octubre. Cf. Lev., XVI, 29-31; XXIII, 27-32; Num., XXIX, 7; Act., XXVII, 9. Más adelante se introdujeron otros, en recuerdo de varios dolorosos sucesos, acaecidos cuando Jerusalén fué destruída por los caldeos. Véase Nowack, *Lehrbuch der hebr. Archäologie*, tomo II, págs. 201-202.

(33) I Reg., XXXI, 13; II Reg. XII, 16; Dan., X, 3; Joel, I, 14; II, 12, 15; etc.

(34) Act., XIII, 2-3; Tertuliano, *De jejuniis*, II; *Constitut. apost.*, V, 18.

(35) La redacción de San Marcos parece indicar que se presentaron en compañía de algunos fariseos.

(36) Joan., III, 26.

más eficaz cuanto poco antes la había empleado el mismo Precursor en presencia de varios de sus propios discípulos, representando al Mesías como a místico esposo, bajado del cielo para celebrar sus bodas con la Iglesia (37). Los amigos del esposo son, naturalmente, los discípulos de quienes Jesús se acompañaba, pues su principal oficio será conducirle, puras y santas, las almas que formarán su Iglesia, su celestial esposa (38). Entonces era el tiempo de las bodas, y, por consiguiente, tiempo de fiesta y alegría. El ayuno, al contrario, es manifestación de tristeza y de duelo. ¿No fuera, pues, extraña inconsecuencia y burlería notoria condenar al ayuno a los convidados a la boda mientras duran las solemnidades nupciales? ¿No había una contradicción *in terminis*? Luego no había razonablemente derecho a imponer ayunos, sobre todo ayunos de pura devoción, a los discípulos de Jesús, mientras El, el Esposo divino, celebraba en su compañía las fiestas de sus desposorios. Pero, prosiguió el divino Maestro, contados están los días en que estará presente en medio de ellos. No tardará mucho en serles quitado violentamente (39), y “entonces” — Jesús pronunció este adverbio con especial énfasis —, entonces podrán ayunar sin inconveniente. Es de notar esta alusión a la pasión y muerte del Cristo, sobre todo asociada como está a la alegre comparación de las bodas. Pero Jesús tenía constantemente ante sus ojos, aun en medio de sus triunfos más brillantes, lo que El llamaba su “hora”.

El argumento era tanto más perentorio cuanto Jesús no censuraba los ayunos de los fariseos y de los discípulos de Juan Bautista. Contentábase con reclamar libertad para los suyos en cosa que la Ley de Moisés no prescribía. Para corroborar su tesis aduce nuevas consideraciones, no menos atractivas, presentadas en forma de breves parábolas, que en realidad son verdaderos principios. “Nadie — continuó — cose un remiendo de paño nuevo (40) en un vestido viejo: porque de otra ma-

(37) Joan., III, 29-31.

(38) II Cor., XI, 2.

(39) La idea de violencia se expresa claramente en el verbo griego ἀραβή (Vulg., *auferetur, ablatu fuerit*).

(40) El adjetivo ἄραβος (Vulg., *rudis*) significa a la letra paño no abatanado aún, y, por tanto, duro, tieso, sin flexibilidad. Al contraerse, sobre todo cuando se lave, forzosamente ha de producir el resultado a que alude el texto.



nera se lleva consigo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura (41). Y ninguno echa vino nuevo en odres viejos: de otra manera el vino nuevo romperá los odres, y se verterá, y perecerán los odres; mas ha de echarse el vino nuevo en odres nuevos, y así el uno y los otros se conservan. Ni nadie, en bebiendo vino viejo, quiere ya del nuevo; porque dice: Mejor es el viejo."

¡Qué sencillez y a la par qué fuerza de expresión! No repara Jesús en tomar sus comparaciones de los más humildes usos de la vida doméstica, para expresar con ellos elevadas verdades. Esta vez justifica el proceder de sus discípulos con un razonamiento sacado de la naturaleza misma de la institución a que en adelante pertenecerán. ¡Qué mujer entendida echará un remiendo de la manera costosa y ridícula que tan bien acaba de ser descrita? ¡Qué hombre cuidadoso de sus intereses llenará de vino nuevo, que aun está fermentando, los odres viejos (42), cuyo cuero, adelgazado por el uso, es incapaz de resistir el trabajo de fermentación? Tanto en sentido propio como en el figurado, no dicen bien un paño gastado y un paño nuevo, odres viejos y vino nuevo. Son cosas heterogéneas, que no sería cuerdo unir íntimamente. Un nuevo espíritu reclama formas nuevas. El espíritu cristiano, principalmente, no ha de ser embarazado en su fuerza de expansión, que es grandísima. Si para el envejecido judaísmo hubiera sido desastroso intentar rejuvenecerlo pegándole acá y acullá remiendos de tela nueva, cortadas de la religión de Jesús, hubiéralo sido igualmente para ésta querer confinarla, mas que sólo fuese temporalmente, en las anticuadas formas del mosaísmo. ¡Dense los fariseos y los discípulos del Precursor a sus frecuentes ayunos, si así les place! Los discípulos de Cristo

(41) Leemos en San Lucas, con una variante que realza aún más el pensamiento: "Nadie echa un remiendo de un vestido nuevo en un vestido viejo; pues el nuevo se rasgaría, y al viejo no le vendría bien el remiendo sacado del nuevo." En este caso, demás de la disonancia de semejante zurcido, habría doble pérdida, doble desatino, pues no sólo se desperdiciaría un trozo de paño nuevo, mas también un vestido nuevo, cortando de él un remiendo para el vestido viejo.

(42) En el Oriente bíblico se han utilizado siempre como recipientes para el agua, el vino, el aceite y otros líquidos, odres de piel, de dimensiones varias, que aparecen a menudo representados en los antiguos monumentos. Véase L. Cl. Fillion, *Atlas archéologique de la Bible*, p. XX, figuras 10, 13, 14, 15, 17.

se ocuparán en obras mejores; su Maestro se guardará de ingerir el germen de su Iglesia en el tronco medio podrido del judaísmo de los escribas, imposible ya de rejuvenecer. Los vestidos gastados y los odres viejos representan muy bien la teocracia del Antiguo Testamento, y en particular aquel conjunto de tradiciones y de austeras prácticas que se quisiera imponer a Nuestro Señor y a sus discípulos. Igualmente la tela nueva y el vino nuevo son figura muy expresiva del espíritu nuevo, generoso, que el Evangelio iba a traer al mundo. Una mezcla de dos religiones y de dos espíritus hubiera producido lamentabilísimas consecuencias. Harto se echó de ver, después de la muerte del Salvador, cuando los judaizantes crearon en la Iglesia primitiva un peligroso cisma, so pretexto de recomponer la religión del Sinaí, aplicándole trozos de tela tomados del Cristianismo.

La tercera comparación, "Nadie, en bebiendo vino añejo, quiere luego lo nuevo..." (43), expresa en el fondo la misma verdad. Así como se sufre más difícilmente la acritud del vino nuevo, cuando de ordinario se bebe vino añejo, más dulce y sabroso al paladar (44), de igual manera quien desde su infancia está hecho a las costumbres antiguas, o, mejor digamos, a un sistema religioso determinado, difícilmente se habitúa a un nuevo género de vida, y con más dificultad a una religión nueva. El vino viejo simboliza el judaísmo, y el vino nuevo figura el cristianismo. ¿No se dijera que esta vez Jesús excusa bondadosamente el proceder de sus adversarios, dándoles tiempo para acostumbrarse al vino nuevo del Evangelio? Como quiera que sea, ¡qué pedagogía tan excelente la suya!

(43) Tan sólo San Lucas la menciona.

(44) Eccli., IX, 10.



APÉNDICES



## APÉNDICES

### I. — EL EPISODIO DEL TEMPLO DE JERUSALÉN.

Aunque los racionalistas contemporáneos rechazan en bloque la historicidad de los relatos de la infancia, el episodio del Templo ha hallado gracia ante muchos de ellos (1). Y aun algunos como el Dr. Th. Keim (2), se ha erigido en su paladín, lo cual se explica porque este hecho lleva en sí mismo claras señales de verdad. Todo en él es verosímil, espontáneo, natural, hasta la maternal queja de María y la admiración que a ella y a José les causaron, tanto la presencia de su Hijo, cuya habitual reserva les era conocida, en medio de los doctores, como su respuesta de tan profundo sentido (3). Un estudio atento e imparcial descubre hasta en los menores detalles las señales de una historia verídica; ni uno solo hay que tenga visos de leyenda (4).

Con todo, algunos neocríticos se muestran vacilantes (5), y los más, siguiendo su habitual sistema, dan a la cuestión una respuesta francamente negativa (6). En abono de su sen-

(1) Citemos entre otros O. Holtzmann, *Leben Jesu*, págs. 76-77, y R. Otto, *Leben und Wirken Jesu*, p. 25. Una de las razones por que ha merecido su aceptación es el no haber en este relato elemento milagroso.

(2) *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, págs. 412-417. Y también hasta cierto punto K. Hase, *Geschichte Jesu...*, segunda edic., p. 280.

(3) M. Beyschlag, aunque semiracionalista, da esta respuesta a los críticos radicales que consideran este incidente como una leyenda poética: "Bien quisiéramos conocer al poeta de la Iglesia primitiva que fuera capaz de inventar las palabras que forman el centro de este relato." (*Leben Jesu*, cuarta edic., t. I, pág. 64.)

(4) H. Wendt (también racionalista), *Die Lehre Jesu*, segunda edición, p. 94: "Todos estos detalles van marcados con el sello de la verdad."

(5) Entre ellos Réville, que dice (*Jésus de Nazareth*, t. I, p. 411): "No nos atreveríamos... a ser garantes del carácter completamente histórico."

(6) Véase O. Pfleiderer, *Das Urchristentum*, 1887, págs. 425-427; H. J. Holtzmann, *Die Synoptiker*, tercera edic., p. 323; Loisy, *Evangelies sinoptiques*, t. I, p. 169; J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, páginas 400-401; etc.



tencia no saben (sino repetir los mismos sofismos que tantas veces hemos refutado. Siguiendo a Strauss (7), de cuyo arsenal sacan casi todas las armas de que se valen para atacar la enseñanza evangélica, recurren en primer término, según vieja costumbre suya, a supuestas "influencias" judaicas y paganas que habrían servido de base al episodio del Templo. El tema tratado aquí por San Lucas, dicen, es el mismo que hallamos en la vida de muchos héroes de la historia o de la leyenda, según el cual el temperamento propio del hombre maduro se halla ya por anticipado y en germen en las acciones y palabras del niño o del adolescente (8). Así, pues, Moisés y Samuel en la literatura judía, Ciro, Buda, Augusto y otros más en la literatura pagana, habrían sugerido la idea del incidente del Templo. Por nuestra parte nos contentaremos con responder que este "motivo", harto gastado ya, es tan vago y general, que no puede tener fuerza alguna probativa. Razón ha tenido Bernhard Weis para escribir (9) que "se atormentan" en vano los neocríticos para descubrir en este episodio paralelismos bíblicos o mitológicos. No es posible hallar elementos extraños en la narración de San Lucas sino introduciéndolos previamente.

Hase recurrido también a razones más particulares para poner en duda la veracidad del evangelista. Se alega, por ejemplo, la imaginada negligencia de María y de José y se les culpa de la momentánea desaparición del Niño. Se afirma que el "fervor religioso" que impulsó a Jesús a quedarse en Jerusalén y en el Templo después de la partida de sus padres, y más aún la respuesta que dió a María, son exageraciones manifiestas, y que no son explicables en el orden psicológico (10). Pero estas superficiales objeciones ya quedaron refutadas con la exposición que a su tiempo hicimos del relato evangélico. Extráñanse también algunos críticos de la inquietud expresada por María: ¿no sabía quién era aquel Niño y

(7) *Vie de Jésus*, t. I, págs. 368-370; *Nouvelle Vie de Jésus*, t. II, páginas 90-92.

(8) H. J. Holtzmann, *loc. cit.*; J. Weiss, *loc. cit.*; Pfeiderer, *The early Conceptions of Christianity*, trad. ingl., págs., 43-45; etc.

(9) *Leben Jesu*, t. I, pág. 207, nota.

(10) J. Weiss, *Die Evangelien des Markus und Lukas*, octava edic., (en el *Kurzgefasster Kommentar* de Meyer), págs. 341 y 344.

que ningún riesgo corría de perderse? A lo cual se les ha contestado muy agudamente que discurren "como si el corazón del hombre funcionase a la manera de un silogismo" (11).

Peor aún, en cierto sentido, que negar o no reconocer la historicidad del episodio entero o de las admirables palabras que encierra es falsear totalmente su significación y su alcance. Y esto es lo que hacen los racionalistas, que en el incidente del Templo ora ven "uno de los acontecimientos que instruyeron a Jesús, que lo iluminaron y que promovieron el desenvolvimiento de su conciencia religiosa" (12), ora afectan considerarlo como una muestra de su "virtuosidad religiosa", como "un rasgo de su piedad personal", que demostraría que más atraían al "joven aldeano" las severas discusiones de los doctores de Israel que el culto sacerdotal y pomposo del Templo...: "No es que odie al Templo; pero más será hombre de sinagoga que no devoto frecuentador del altar" (13).

Pero lo que principalmente alteran y falsean de distintos modos los racionalistas contemporáneos son las palabras de Jesús a su madre, en las que pretenden descubrir no sé qué sentimiento de desdeñosa frialdad y hasta de insubordinación respecto de sus padres (14). Toda energía será poca para protestar contra semejante acusación. La respuesta de Jesús nada tiene de contrario a la piedad filial. ¿No debía El traer a la memoria de María y de José, con toda sencillez y li-

(11) F. Godet, *Commentaire sur l'évangile de Saint Luc*, segunda edición, t. I, pág. 184.

(12) Stapfer, *Jésus-Christ avant son ministère*, segunda edic., pág. 57. Numerosos teólogos protestantes, de diversas escuelas, hablan en el mismo sentido. "Es el momento en que el botón o yema que se había desarrollado lentamente y que estaba encerrado hasta entonces rompe por primera vez sus verdes envolturas", escribía el Dr. J. P. Lange, *Das Evangelium des Lukas*, tercera edic., pág. 41. Y W. Beyschlag, *Leben Jesu*, cuarta edic., pág. 65: "Esta visita al Templo ha despertado en El alguna cosa muy íntima y muy elevada que estaba como adormecida."

(13) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. I, pág. 410. ¿Dónde ha aprendido esto M. Réville? Advirtamos también la contradicción que hay entre él y aquellos de sus colegas que atribuyen la emoción de Jesús adolescente a los esplendores del Templo y del culto.

(14) M. Niebergall llega hasta a decir, *Jésus in Unterricht*, pág. 16: "Aquí proyectan ya su sombra las dificultades futuras de Jesús con su familia: destino común de todos los personajes que han de abrir nuevos caminos."



bertad, lo que en su angustia parecían haber olvidado momentáneamente? Por lo demás, según ya dijimos, el evangelista mismo subraya el verdadero sentido de esta respuesta cuando, queriendo caracterizar la vida de Jesús durante los diez y ocho años de oscuridad que aun había de pasar en Nazaret, se contenta con estampar estas significativas palabras: "El les estaba sumiso."

Deformación más grave aún han hecho sufrir a las palabras del Hijo de María los secuaces de la escuela protestante liberal. ¿En qué sentido llamó a Dios su Padre? La palabra "Padre", según ellos, no tenía entonces en sus labios sino una significación generalísima. Nos recuerdan que ya diversos pasajes del Antiguo Testamento (15) establecían entre Dios y el pueblo teocrático relaciones paternales de una parte y filiales de la otra. En conformidad con esta "conciencia israelita", y sin ulterior significación, habría dado Jesús a Dios el título de Padre en este pasaje. "Desde que este Niño había aprendido, en el regazo de su piadosa Madre, a dirigir su mirada hacia el Dios del cielo y de la tierra, hacia el Dios de sus padres, sintióse Hijo de ese Dios que le rodeaba de su amor paternal" (16). Si un teólogo que se tiene por conservador, como le sucede al autor de las palabras que acabamos de citar, emplea semejante lenguaje, adivínase cuál será la interpretación de los críticos racionalistas. Los mismos de entre ellos que conceden la historicidad del episodio del Templo no se avienen a ver en la palabra "Padre" sino una alusión a la intimidad que reinaba entre Dios y Jesús, pero sin que a éste le hubiese pasado siquiera por la mente la idea de apropiarse la naturaleza divina. Pero ya hemos visto que no es lícito debilitar o desvirtuar de esa manera las primeras palabras del Niño Jesús, cuando tan a las claras se ve que las cita San Lucas precisamente como prueba resolutoria de su crecimiento en sabiduría y en gracia.

(15) Por ejemplo: Ex., IV, 22-23; Deut., XIV, 1-2; Jer., XXXI, 9, 20; Os., XI, 1; Ecel., XXIII, 1, 4. M. Dalman, *Die Worte Jesu*, t. I, páginas 151-152, cita ejemplos análogos recogidos en la literatura rabínica.

(16) B. Weiss, *Das Leben Jesu*, I, 269. El Dr. W. Beyschlag, que pertenece a la misma escuela semiracionalista, ha dicho también, *Leben Jesu*, cuarta edic., t. I, pág. 14: "No hay aquí... un oráculo concerniente al secreto metafísico de un origen sobrenatural, sino la expresión enteramente ingenua de una íntima relación con Dios; nada más."

## II. — SOBRE LA CIENCIA DEL ALMA DE CRISTO.

Habiendo propuesto la Sagrada Congregación de Seminarios y de Universidades (a la Congregación del Santo Oficio) esta cuestión: Si es seguro enseñar las siguientes proposiciones:

I. No consta que el alma de Cristo cuando vivía entre los hombres tuviese la ciencia que tienen los bienaventurados o comprensivos.

II. Ni se puede decir que es cierta la sentencia que establece que el alma de Cristo no ignoró nada, sino que desde el principio conoció en el Verbo todo lo pasado, lo presente y lo futuro, o sea todo lo que Dios sabe con ciencia de visión.

III. El parecer de algunos modernos sobre la limitación de la ciencia del alma de Cristo no es menos digno de ser recibido en las escuelas católicas que la sentencia de los antiguos sobre la ciencia universal.

Los Eminentísimos y Reverendísimos Señores Cardenales inquisidores generales en las cosas de la fe y de las costumbres, oído el voto de los Señores consultores, decretaron que se debía responder: *Negativamente*.

El jueves siguiente del mismo mes y año, en la acostumbrada audiencia concedida al Rvdo. Sr. Asesor del Santo Oficio, habiendo hecho relación de estas cosas al Ssmo. Sr. N. Papa, Benedicto XV, Su Santidad aprobó y mandó publicar la resolución de los Eminentísimos Padres.

Dado en Roma, en la Casa del Santo Oficio, 7 de junio de 1918.



### III. — EL DESENVOLVIMIENTO INTELECTUAL Y MORAL DEL NIÑO JESÚS.

No viendo los racionalistas contemporáneos en Nuestro Señor más que un hombre como los demás, o concediéndole, a lo sumo, las cualidades naturales de un genio superior y aun quizás único — de un *superhombre*, según su bárbaro neologismo —, natural es que no acierten a comprender que su desarrollo debió de verificarse en condiciones extraordinarias. Así, el profesor Karl Hase admira la formación “espíritual”, es decir, intelectual y moral de Jesús, y hasta descubre en ella elementos que le parecen inexplicables dentro de los ordinarios procedimientos de la educación (1). Pero repite en todos los tonos que esta educación consistió en “un desarrollo completamente humano”; que “no hay derecho alguno a considerarla como sobrenatural”; que si “es a la vez explicable e inexplicable, natural y maravillosa, es “en todo caso puramente humana” (2). Esta teoría ha llegado a ser como artículo de fe para los adeptos del protestantismo liberal o del llamado “cristianismo libre” (3). Los abanderados de esta escuela — como Keim, Welhausen, Holtzmann, Harnack, J. Weis, Jülicher, Augusto Sabatier, Alberto Réville, Loisy — y los *critici menores* tras ellos — entre otros, Crooker, A. Carpenter, J. Frenssen, E. Hühn, E. Stapfer y C. Guignebert — forman una sola mesnada para enseñarla y explotarla al por mayor y al por menor. Sólo en los matices difieren entre sí.

Mas no se contentan con este primer paso, puramente negativo y en patente contradicción con las narraciones evangé-

(1) En Jesús, dice, *Geschichte Jesu...*, segunda edic., pág. 292, “el genio religioso... eclipsaba todo otro genio. Por lo demás, las condiciones de su existencia no eran a propósito para que este género de genio llegase a su plena floración”.

(2) *Ibid.*, págs. 299-300. Cf. Strauss, *Vie de Jésus*, t. I, págs. 317-320.

(3) Vocablo nuevo, muy en moda desde hace algún tiempo, con el cual los racionalistas designan su partido.

licas, que afirman la divinidad de Jesucristo. Esfuérganse también por reconstruir, aunque para ello hayan de suplir al silencio relativo de los documentos sagrados. Para hacer luz sobre la naturaleza y modo de educación del Salvador han descubierto un doble medio. En primer lugar aplican a Jesús niño y adolescente las reglas generales que dirigían la formación intelectual de sus jóvenes paisanos; en segundo lugar, de su vida de hombre quieren inferir lo que debió de ser en los años de su infancia y juventud (4).

Algo, ciertamente, hay de aceptable en este procedimiento, ya que Jesús — como la narración evangélica atestigua — se desarrolló exteriormente como los demás niños, adolescentes y jóvenes de su país y de su época, no distinguiéndose en apariencia de ellos más que por carecer de los defectos de su edad y por la manifestación de cualidades más excelsas. Sino que los neocríticos han abusado en extremo de esta doble regla: primeramente — debemos insistir en este punto, que es capital — no teniendo cuenta con la naturaleza divina del Salvador y tratándole como puro hombre, aunque, por otro lado, le concedan excelentes cualidades; y además, descendiendo con frecuencia a tan prolijos pormenores, que, aun cuando no están desprovistos de toda ciencia (5), engendran fatigoso cansancio.

Citemos algunos pasajes del cuadro que J. Frenssen, pastor protestante que ha parado en incrédulo y novelista, traza de la formación y educación del Salvador (6): Jesús, dice, “tenía ojos muy profundos para recibir las tranquilas y bellas imágenes (de fuera) y un alma fuerte, delicada, para reflexionar inconscientemente sobre estas imágenes e interpretarlas con dulzura, con gracia... El iba con sus compañeros de juegos a las colinas cercanas, cuando se abrían en los campos las primeras flores. Todos reunidos, llenas las manos de flores, contemplaban la campiña extendida, allá lejos, hasta el mar azul que brillaba hacia el Oeste. Vió el campo de trigo, ya

(4) Cf. Crooker, *Supremacy of Jesús*, págs. 127-128; A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. I, pág. 336.

(5) Pero falta mucho para que sus descripciones merezcan siempre el epíteto de científicas. El lector se percatará de ello inmediatamente.

(6) En el opúsculo *Das Leben Jesu dargestellt*, 1907, págs. 10-21, extracto de la novela *Hilligenlei*, 1905, págs. 494-504.



blanco para la siega, en la ladera de la colina, y con otros niños, se detuvo a la puerta de la casa donde se festejaba la boda de una joven aldeana. Al día siguiente por la mañana oyó hablar a su madre de las doncellas de honor, que durante la noche habían recorrido la aldea con lámparas encendidas en la mano... Estuvo en los campos ayudando a los segadores a atar (las gavillas), y los cardos que con ellas se habían mezclado picaron las manos del trabajador... Vió venir por entre las casas de la aldea al pastor con su rebaño de ovejas, y mientras éstas avanzaban lentamente, escuchó al pastor, que, radiante de gozo, refería como había estado toda la noche buscando una oveja y la había encontrado por la mañana. El mismo día, muy tarde ya, llegó la vecina corriendo a contar que el hijo del labrador, joven de costumbres livianas, que tres años antes había dejado la casa paterna y el lugar en un movimiento de cólera..., había vuelto. En el crepúsculo de la tarde había permanecido horas enteras en la calle, vestido de harapos, y había contemplado las luces encendidas en la casa paterna. ¡Y qué harapos!, había añadido la vecina... Jesús era un niño tímido, circunspecto; andaba, por lo común, retraído, y miraba la vida con ojos de asombro. Jugaba, sin duda, con los otros niños; pero con frecuencia dejaba el grupo de los jugadores, como a pesar suyo, como si un ser invisible se le hubiese acercado para decirle: Retírate un poco. Entonces los ojos del niño se tornaban más inmóviles; un velo espeso venía a cubrirlos. Pero no proyectaba sombras en su alma... Entonces sus compañeros de juego se llegaban a despertarlo, diciéndose unos a otros: ¡Jesús sueña de nuevo; mirad cómo sueña! Y otra vez volvía a juntarse con los demás niños, turbados aún sus ojos por dulces recuerdos y ligeramente contraído el semblante por la tristeza."

En este mismo tono continúa J. Frensen, por espacio de seis páginas más, haciéndonos pasar con Jesús por la escuela y por la sinagoga. "Con semblante adusto y sombrío", leía el oficiante en alta voz los diez mandamientos de la ley de Dios. "El simpático niño escuchaba intimidado, sin poder comprender nada. Pero serenábase de nuevo cuando se leían los santos anales, que hablaban de los héroes de Israel, de los profetas y de su futuro libertador. Entonces su joven corazón se lle-

naba de sublimes y santas delicias." En estas lecturas pensaba hasta muy entrada la noche, "y se dormía dichoso, con los ojos encendidos".

El mismo autor, incansable, nos muestra a Jesús en el recogimiento de la familia. "En el umbral de la casa y en el hogar, escuchaba con alma enternecida, abierta a todas las impresiones, cuanto sus padres y vecinos creían e imaginaban acerca de los tiempos antiguos: sobre Dios, que, con muchos ángeles buenos, reside allá arriba en el cielo azul, y sobre el diablo, que, rodeado de muchos ángeles malos, también reside allá arriba, pero en el rincón más oscuro, detrás de las pesadas nubes grises... Dios y sus ángeles, el diablo y sus ángeles, bajan y suben día y noche, mezclándose, para el bien o para el mal, en el destino de los hombres. Toda enfermedad y toda enajenación mental es obra de los ángeles malos... En el demente que mora en la otra extremidad (de la aldea) habitan siete ángeles y espíritus del diablo, haciéndole lanzar gritos de rabia."

Así es, nos dice, como las ideas de su tiempo, verdaderas o falsas, penetraban una a una en el alma de Jesús niño y adolescente: "Hasta su muerte no rechazó ni despreció ningún rasgo de la fe o de la superstición de su pueblo." Después aprendió el oficio de carpintero. Su trabajo lo condujo fuera de Nazaret, de donde aun no había salido, y nuevos conocimientos penetraron en su espíritu. "Fué hasta la playa del mar, donde vió las barcas de los pescadores de perlas danzar sobre las olas agitadas; allá estaba el mercader, con su bolsa de cuero, esperando el resultado de la pesca. Atravesó la Palestina, y oyó las quejas contra la rapacidad del tetrarca Herodes; vió los soldados que saqueaban, y los publicanos que robaban. En Jerusalén presencié los abusos que, merced a la connivencia de los sacerdotes, habían penetrado en el Santuario mismo. Así se hizo su educación. Sus compatriotas le contemplaban con extrañeza, con preocupación. El mismo no sabía lo que dentro de sí pasaba. Era un pobre hijo de los hombres, lleno de inquietud, que tan pronto se alegraba como se entristecía de manera indecible; un hijo de los hombres, agitado por pensamientos divinos, como por violentos dolores; un genio que se formaba entre angustias y ansiedades."



¿Un genio? “No, ni siquiera eso: un simple soñador” (7).

¡Y a estas extrañas descripciones se las llama una reconstitución del desarrollo y de la formación del Salvador! ¡Son admirables los neocríticos! Después de rechazar la historicidad de los hechos más incontrovertibles del Evangelio, quieren que recibamos nosotros como dinero contante y sonante sus personales elucubraciones. Trayendo a cuento sin ton ni son la psicología, refieren a la infancia y juventud del Salvador todas sus parábolas y la mayor parte de sus sentencias, como si después le hubiera sido imposible hallar por sí mismo cosa alguna nueva. ¡Singular método que sólo puede servir como pretexto para ejercicios de una literatura por lo común bastante vulgar! (8).

A todas estas parrafadas y a todas estas descripciones preferimos la sencilla confesión de J. Weiss, que paladinamente reconoce su ignorancia (9): “No nos es posible espiar, digámoslo así, el desarrollo de Jesús.”

¿Quiere decir esto que haya de condenarse totalmente el método que acabamos de señalar? Ciertamente no. ¿Por ventura no hemos demostrado nosotros mismos, empleándolo en justa medida, que derrama alguna luz sobre el alma y la inteligencia de Jesucristo en el período de su formación? Sino que los racionalistas han abusado de él, dado que hablan cual si el Hombre-Dios se hubiese educado y desarrollado como los simples mortales.

No será por demás poner de relieve algunos puntos especiales sobre los que con más frecuencia han insistido los neocríticos. Al terminar la descripción de Nazaret y sus contornos,

(7) Esta expresión reaparece frecuentemente en la obra de M. Frensen para designar la naturaleza íntima de Jesús.

(8) M. Stapfer, antes profesor de la Facultad protestante de París, empleó abundantemente también este método en el volumen titulado *Jésus-Christ avant son ministère*. Supone que no ha cambiado nada en Palestina, y que lo que ocurre en la clase pobre y entre los labradores árabes sucedía de la misma manera en Nazaret y entre los judíos en general. Hace adornos sobre este fondo, según su fantasía, y compone sobre la educación de Nuestro Señor una novela con pretensiones de haber sucedido en realidad. Toda la historia contemporánea de los judíos y una gran parte de la teología rabínica de entonces pasan a nuestra vista, a propósito de la instrucción que debió de recibir Jesús y a propósito de la “mezcla de verdades y de errores” de que su espíritu “fué imbuído al principio” (pág. 51).

(9) *Die Schriften des N. T.*, pág. 36.

escribía Ernesto Renán (10): “Esta naturaleza, a un mismo tiempo riente y grandiosa, fué toda la educación de Jesús.” Aserción tan atrevida, que su mismo autor hubo de desmentirla indirectamente, unas páginas más adelante (11), olvidando que se contradecía a sí mismo: “Hillel—añadía—fué el verdadero maestro de Jesús” (12). Pero esta segunda afirmación no tiene más sólido fundamento que la primera, como lo ha demostrado el profesor Frantz Delitzsch en un interesante folleto (13). E igualmente infundada es la hipótesis propuesta por Karl Hase, cuando dice (14). “Verosímil es que Jesús se aprovechase de todas las escuelas y medios de formación de su tiempo que tuviese a mano.” ¿Pues no hemos oído a sus compatriotas (15) atestiguar que jamás había seguido los cursos de los doctores? Así que Alberto Réville, después de haber mencionado, harto equivocadamente, “la primitiva afición (de Jesús) hacia los escribas de Jerusalén”, con ocasión del episodio del Templo, creyó necesario añadir que este celo, “según iba llegando la edad del discernimiento, se había enfriado al aprender por experiencia, bien dolorosa para su corazón, que el rigorismo legal encubría con mucha frecuencia lamentables extravíos..., y que había seguramente escasa religión real en la puntillosa pedantería con que (estos doctores) trituraban la práctica religiosa del pueblo sometido a su influencia” (16). Repitémoslo una vez más: Jesús nada debió a los escribas.

Durante algún tiempo ha sido moda considerar a Nuestro Señor, por lo que a su educación y formación atañe, como más o menos tributario de alguna de las tres célebres sectas que por entonces imperaban entre los judíos: los fariseos, los saduceos y los esenios. Pero, sometida esta opinión a un examen sereno y profundo, viósele tan desprovista de razones, que apenas cuenta hoy con algunos partidarios (17). “No parece—dice

(10) *Vie de Jésus*, 1.<sup>a</sup> ed., pág. 30.

(11) *Ibid.*, pág. 34.

(12) Hillel, uno de los más ilustres doctores judíos, vivió en el reinado de Herodes, algún tiempo antes del nacimiento de Jesucristo.

(13) *Jesus und Hillel*, 2.<sup>a</sup> ed., 1867.

(14) *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 300.

(15) Joan., VII, 15.

(16) *Jésus de Nazareth*, t. I, págs. 424-425.

(17) M. Stapfer es uno de ellos, por lo menos parcialmente, en su



Strauss (18)—que los fariseos, tan enérgicamente combatidos después por Jesús, obrasen sobre El, como no fuese negativamente, por la repulsión que inspiraban su pedantería legal y su taimada hipocresía... Forzoso es pensar que la influencia de la secta farisaica en el desenvolvimiento de Jesús fué puramente negativa.” Conocía el Salvador a fondo sus perniciosas doctrinas, como se ve por el Sermón de la Montaña, por sus bien justificadas invectivas (19), por su lucha constante contra los principios destructores de la verdadera religión que aquéllos profesaban. Entre él y ellos hubo antagonismo en casi toda la línea; no fueron, pues, sus maestros. En cuanto a los saduceos, formaban un partido político ante todo, el partido de la casta sacerdotal (20), medio escéptico en materia religiosa, que bien pronto se asoció a los más encarnizados enemigos de Jesús y no contribuyó a su muerte con menor eficacia que los mismos fariseos. Es, por tanto, evidente que el desenvolvimiento intelectual del Salvador nada tuvo que ver tampoco con la secta de los saduceos.

“Con mucha frecuencia se ha relacionado a Jesús con el notable grupo de hombres piadosos que conocemos por el nombre de *esenios*” (21). Sobre todo a fines del siglo XVIII y principios del XIX se multiplicaron las tentativas de este género (22) y se nos presentó a Jesús como un esenio consumado. Apoyábanse en algunas semejanzas externas entre la doctrina y costumbres de Jesús y las de los esenios: por ejemplo, la doctrina del juramento, la comunidad de bienes que con sus discípulos practicaba el Salvador, el elogio del celibato, etcétera. Pero tan esenciales son las diferencias y tan superficiales las analogías, que esta opinión, vigorosamente combatida por los mismos directores del protestantismo liberal, está ya olvidada casi por completo. “Ninguna relación puede tener Jesús con los esenios”, escribía poco ha el Dr. Harnack (23).

libro citado arriba (págs. 131-140), donde habla de Jesús como si hubiera sido en su juventud discípulo de los fariseos y de los esenios.

(18) *Vie de Jésus*, t. II, pág. 320.

(19) Matth., XXIII.

(20) Cf. Act., V, 17.

(21) Bousset, *Jésus*, pág. 17.

(22) Véase L. Cl. Fillion, *Les Etapes du rationalisme...*, págs. 28-29, 31, 32-33, 88.

(23) *Das Wesen des Christentums*, ed. de 1903, pág. 21. Véase tam-

“Estos — continúa — evitaban escrupulosamente tratar no sólo con los que eran impuros (según la ley), sino también con los hombres relajados. Por esto vivían aparte de los demás hombres, practicando todos los días numerosas abluciones. En Jesús hallamos todo lo opuesto a este género de vida: busca a los pecadores y come con ellos. Esta divergencia fundamental prueba, por sí sola, que Jesús se mantuvo a distancia de la secta de los esenios. Su fin y sus medios diferían profundamente de los que ellos empleaban.”

Síguese de ahí — muchos racionalistas son los primeros en reconocerlo — que no hemos de buscar en los discursos de Nuestro Señor el eco de la teología de su tiempo o de las sectas contemporáneas. ¿Recibiría acaso en su juventud otras influencias judaicas fuera de las que acabamos de examinar? Así lo han creído muchos neocríticos, según los cuales Jesús se dejó arrastrar, más o menos, por la “corriente apocalíptica”, que “tan fuerte era entonces en el pueblo” (24). Ernesto Renán había expresado esta opinión (25). Pero hemos demostrado en otra parte (26) cuán errónea es. M. Stapfer (27), después de afirmar que el Salvador “sacó de estos escritos las sentencias verdaderas que contenían” — lo que ya es decir demasiado — observa, y con razón, “cuán extraño es al pensamiento de Jesús el aspecto fantástico, exagerado, de todas aquellas visiones apocalípticas.” “¿Qué distancia — añade — entre su enseñanza sencilla, popular, llena, sí, de imágenes, pero siempre apacibles y coherentes, y las construcciones de un falso simbolismo y de singular extravagancia de todos

bién Strauss, *Vie de Jésus*, t. I, pág. 322; K. Hase, *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., págs. 293-294; Th. Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, págs. 438-440; Bousset, *Jésus*, pág. 18; etc.

(24) H. von Soden, *Die wichtigsten Fragen im Leben Jesu*, pág. 109. Véase en el mismo sentido O. Schmiedel, *Die Hauptprobleme des Lebens Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., págs. 67-75; W. Baldensperger, *Die messianisch-apokalyptischen Hoffnungen des Judentums*, 2.<sup>a</sup> ed., passim.; J. Weiss, *Die Predigt Jesu von Reiche Gottes*, 2.<sup>a</sup> ed., y sobre todo A. Schweitzer, *Vor Reimarus zu Wrede*, págs. 221-256, 347-395.

(25) *Vie de Jésus*, págs. 37-38: “Puede ser que hubiese leído también el libro de Henoc, que entonces era tenido en igual reverencia que los Libros Santos, y los otros escritos del mismo género, que mantenían en mucha actividad la imaginación popular.”

(26) *Etapes du rationalisme...*, págs. 275-278.

(27) *Jésus-Christ avant son ministère*, págs. 110-111.



estos libros!" Jesús no bebió, ciertamente, en esas fuentes malsanas.

Pero aun se preguntaba Strauss (28): ¿no influirían en Jesucristo, durante su vida oculta, elementos no judaicos, extra-palestinos, que ensanchasen su horizonte mental y desarrollasen y completasen sus ideas? Su respuesta es nuevamente negativa, y con sobrada razón; pues ni el más minucioso examen de la vida y predicación de Jesucristo permite descubrir huella alguna de elementos de esta índole. Sin ningún fundamento histórico, ha dicho también Karl Hase (29), se ha enviado al "joven de Nazaret" a toda clase de escuelas no judías, que pudieran haber contribuido en algún modo a su formación intelectual. A los neocríticos que han renovado esa opinión, sin conseguir demostrarla más eficazmente que sus antecesores, podemos decirles, sin temor de ser desmentidos, que cuantas tentativas se han hecho para entroncar el desarrollo de Jesucristo con el helenismo (en especial con la filosofía de Alejandría), con el budismo, con el parsismo, etc., han fracasado por entero (30). Puédese afirmar con certeza —ha escrito uno de los más influyentes campeones de la escuela liberal (31)— que Jesús, en su desenvolvimiento, no sufrió ninguna influencia inmediata del mundo extrapalestino, ni de Buda o de Platón, ni de Filón o de sus predecesores.

Nosotros hablamos del influjo que la lectura y la meditación de los libros sagrados pudieron ejercer en la inteligencia y en el alma del Salvador mientras vivió retirado en Nazaret. Pero los neocríticos se han entregado, también en este aspecto, a grandes exageraciones. "La base del desenvolvimiento intelectual de Jesús fueron las Escrituras Sagradas de su pueblo", decía Strauss (32), y sus discípulos no se han olvidado de reproducir esta afirmación. Karl Hase, por ejemplo, escribe (33): "La Sagrada Escritura estudiada a fondo..., desde los patriarcas hasta los últimos profetas, he ahí el suelo sagrado sobre

(28) *Vie de Jésus*, t. I, págs. 322-323.

(29) *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 293.

(30) Remitimos también al lector a nuestras *Etapas du rationalisme*, páginas 296-319.

(31) H. von Soden, *Die wichtigsten Fragen...*, pág. 108.

(32) *Vie de Jésus*, t. I, pág. 319.

(33) *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 289.

que se cimentó la formación espiritual de Jesús." Hasta saben decirnos estos críticos cuáles son de entre la colección bíblica las partes de que más gustaba Jesús, como también las que le desagradaban, llegando a inspirarle repulsión: "Elegió en las Escrituras lo que era para El alimento especial del alma, y en este variado jardín de delicias halló sus pasajes predilectos. Primeramente en los Salmos y en Isaías. En Isaías, no precisamente donde se nos ofrece como predicador del juicio terrible, o donde habla como heraldo del futuro rey (34), sino antes bien donde trata del Ungido del Espíritu, del evangelizador de los pobres... También influyó poderosamente sobre él Jeremías, en cuanto predicador de la penitencia y de la piedad del corazón; a Oseas y a Malaquías alude en su predicación; igualmente a Zacarías y Daniel, cuando esta predicación toca a su término. Todos estos escritores, no menos que los libros históricos, a los que, por lo demás, alude más raramente, le inspiraron profunda fe en el Dios todopoderoso y sapientísimo, que guía a su pueblo" (35).

¡Qué manera tan humana de considerar a Jesús y su desenvolvimiento! Muy de otro modo que los teólogos racionalistas saben apreciar la Biblia y sus riquezas inspiradas los comentadores católicos, que, mejor que nadie, ven en ella el más adecuado instrumento de educación que jamás poseyó el mundo. Mas tampoco ignoran cuán grave error cometerían atribuyendo a los libros sagrados una influencia exclusiva o preponderante en la formación del Salvador.

Quede, pues, asentado que el medio en que vivió Nuestro Señor antes de manifestarse al mundo no basta para explicar su maravilloso crecimiento. Reconócenlo también nuestros adversarios en algunos momentos de sinceridad. He aquí cómo uno de ellos (36) resume sus confesiones: "Jesús llegó a la edad madura como miembro del pueblo judío, y como hijo de su tiempo. Esto no obstante, aun el más perfecto conocimiento de la vida judía de entonces, en medio de la cual creció Jesús, es del todo insuficiente para explicar su naturaleza de

(34) Naturalmente los escritores racionalistas hacen al Salvador uno como ellos; le transforman en crítico y en escéptico.

(35) O. W. Schidt, *Die Geschichte Jesu erzählt*, pág. 55.

(36) E. Hühn, *Geschichte Jesu*, págs. 13-14.



manera satisfactoria. Es una falta negar en redondo que haya sufrido la influencia de lo que le rodeaba; mas, por otra parte, ha de rechazarse resueltamente la opinión que no ve en Jesús sino un producto de su época." Por imperfecta que sea esta confesión, la registramos con agrado. El medio en que creció Jesús habría podido formar, con la ayuda de Dios, un profeta judío, un santo de la Antigua Alianza, un hijo de Moisés y de la Ley; pero no a Jesús, el Hombre-Dios, el hombre trascendental e ideal. Según la feliz distinción del Dr. Fairbairn (37), Nuestro Señor no recibió en su crecimiento ninguna influencia creadora, sino solamente influencias ocasionales. Era su temperamento "una obra demasiado elevada, para ser efecto de un simple factor empírico" (38).

(37) *Studies in the Life of Christ*, 13.<sup>a</sup> ed., pág. 58.

(38) M. Sanday ha hecho observar también, *Sacred Sites of the Gospels*, pág. 97, que "se debe recelar de tratar a Jesús, el Cristo eterno, como si hubiese estado sometido en el mismo grado que nosotros a las influencias exteriores".

#### IV. — LA MADRE DE JESÚS Y LOS NEOCRÍTICOS

No obstante haber conservado el protestantismo ciertas partes esenciales de la cristología de la Iglesia católica, desde sus comienzos rechazó totalmente el culto de María. Casi todos sus secuaces, aun los que ostentan el nombre de ortodoxos, han seguido esta misma ruta. "La fe en María — escribía poco ha uno de ellos (1) — es una de las encrucijadas en que los caminos del protestantismo y del catolicismo se separan para no volverse a reunir." Por esto podemos augurar cuál será el proceder de los racionalistas declarados. No sólo juzgan a María por mujer ordinaria, no sólo la tratan como si hubiese estado muy por bajo de su misión histórica, sino que llegan hasta acusarla de haberse mostrado enemiga de su Hijo, de no haber creído en El y de haber embarazado en más de una ocasión su ministerio. Así que Jesús, añaden, la desconoció en cierta forma, y aun la trató severamente en varias circunstancias, condenando por adelantado la "mariolatría" católica.

Conforme a nuestra costumbre, dejaremos hablar primeramente a algunos de ellos. Ernesto Renán, sin nombrar expresamente a la Santísima Virgen, hace recaer sobre ella una buena parte de los reproches que dirige a la familia del Salvador. "La leyenda — dice (2) — se complace en mostrar a Jesús desde su infancia en rebeldía contra la autoridad paterna (3). Cuando menos, es seguro que significaron para El bien poco las relaciones de parentesco. Al parecer, no le amaba su familia, y El se mostró en ocasiones duro para con ella. Como todos los hombres únicamente solícitos de una idea, tenía muy poca cuenta con los lazos de la sangre." Karl Hase (4) dis-

(1) Zöckler, en la *Real-Encyklopädie für Theologie und Kirche*, 3.<sup>a</sup> ed., t. XII, pág. 336.

(2) *Vie de Jésus*, 1863, pág. 42.

(3) En una nota se nos remite al texto de S. Luc., II, 42.

(4) *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., págs. 268-269.



tingue una triple forma legendaria y la forma idealizada por la Iglesia, que serían como otros tantos estratos sobrepuestos. La forma histórica, dice, la única verdadera, pone ante nuestra vista una Madre que no comprende ni a su Hijo ni su obra mesiánica. La forma legendaria es la que se nos ofrece en los dos primeros capítulos de San Lucas. “En la idealización de la Iglesia, la madre-virgen se ha convertido en la Madre de Dios y en la reina del cielo, con la corona de estrellas en torno a su cabeza y el dragón bajo sus pies.” Pero “la historia y el ideal se oponen mutuamente” (5). J. Frenssen es aún menos comedido al hablar de la Madre de Jesús. “Ella — osa decir (6) — vió crecer a sus hijos, lo cual no ha redundado en gloria suya. Es un hecho raro, pero cierto, que esta madre de un héroe no comprendió la nobleza intelectual de su Hijo.”

En apoyo de tamañas acusaciones alegan algunas palabras que Jesús pronunció en cuatro distintas ocasiones. Ya hemos examinado, con ocasión del episodio del Templo, uno de esos textos que nos oponen (7), y hemos visto que, a menos de ser interpretado arbitrariamente, nada dice que autorice a sospechar frialdad o desavenencia entre el Niño Jesús y sus padres (8). En tiempo y lugar oportunos explicaremos los otros tres textos de que los neocríticos fingen escandalizarse, y sin gran esfuerzo probaremos que tampoco tienen el sentido que por la fuerza se les quiere imponer. Por ahora baste con citarlos. El segundo en orden de tiempo se lee en el Evangelio

(5) H. J. Holtzmann, *Die Synoptiker*, pág. 31, pone también “a cuenta propia” de San Lucas “todo lo que en los relatos de la infancia sirve para realzar y celebrar a María como madre virginal del Hijo de Dios. Con San Lucas comienza su divina glorificación.” Igualmente Beyschlag, *Leben Jesu*, 4.<sup>a</sup> ed., t. II, pág. 50. Véase también Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, págs. 331-332.

(6) *Das Leben des Heilands dargestellt*, pág. 10. M. Soltan profiere blasfemias aún más groseras en su libro *Das Fortleben des Heidentums in der altchristlichen Kirche*, págs. 101-102.

(7) Lue., II, 49.

(8) Se pregunta uno cómo un teólogo protestante que se llama ortodoxo, tal como M. Nebe, ha podido escribir las siguientes líneas: “Jesús obtuvo en el Templo un triunfo como ningún otro niño lo había tenido. Los maestros de Israel lo miran con cordial complacencia; todas las miradas se dirigen a El con admiración cada vez mayor, cuando de repente llega su madre con una palabra de reproche. Si este niño no hubiese sido el manso, el humilde y obediente Jesús, se hubiera desarrollado entonces en el santuario de Dios la escena más desagradable.” *Die Kindheitsgeschichte Christi*, pág. 412.

de San Juan, con ocasión del milagro de Caná (9). “No tienen vino”, dice a su Hijo la compasiva María, queriendo evitar una humillación a los esposos. “Mujer — responde Jesús —, ¿qué nos va a mí y a tí? Aun no es llegada mi hora.” Pero su hora llegó casi al momento, y, a petición de su Madre, obró el cambio del agua en vino. Tiempo después, como anunciase al Salvador, rodeado entonces de numeroso auditorio, al que predicaba la buena nueva, que su madre y hermanos estaban allí, deseando verle, exclamó: “¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?” Después, paseando su mirada por el grupo de sus oyentes, añadió: “Ved aquí a mi madre y a mis hermanos; porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (10). Por la misma época una mujer judía, arrebatada por la predicación de Jesucristo, prorrumpió en esta cálida exclamación (11): “Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste!” “¿Bienaventurados—dijo Jesús a su vez — quienes oyen la palabra de Dios y la guardan!”

Estas cuatro sentencias del divino Maestro son del mismo orden y de parecida significación. Proclaman una cierta independencia que debía conservar respecto de sus parientes, cuando se trataba de su oficio de Mesías; pero no vemos en qué pudieran menoscabar la piedad filial que a su Madre debía, y de la que siempre le dió tiernas muestras hasta su último suspiro. Sin contar que las dos últimas sentencias se dirigían no tanto a su Madre como a sus oyentes, a quienes Jesús quería, según su costumbre, elevar a regiones morales de orden superior. A propósito de esto, un Evangelio apócrifo (12) nos ha conservado una de aquellas pepitas de oro de que habla San Jerónimo. Pone en boca de Nuestro Señor estas palabras, tan llenas de verdad: “Nunca he causado pena a mis padres.” Por otra parte, aunque María no siempre penetrase los misterios de la vida de su Hijo, porque Dios no le

(9) Joan., II, 4.

(10) Matth., XII, 46-50. Cf. Marc., III, 31-35; Lue., VIII, 19-21.

(11) Lue., XI, 27-28. Desde el punto de vista que nos ocupa, véase acerca de estos textos B. Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus? Jesus und seine Mutter in den heiligen Evangelien*, 1909.

(12) *Histoire de Joseph le charpentier*, XI.



había revelado aún todos los pormenores, cosa cierta es que su fe en El no se desmintió ni un solo instante ni padeció nunca la más ligera sombra. ¿Cómo habría sido esto posible, cuando tan íntimamente había sido asociada a su vida, y había conocido desde el primer momento su naturaleza divina y su misión de Redentor?

A los ultrajes de los teólogos racionalistas, no pocos, desgraciadamente, oponemos, pues, otros testimonios que honran a los escritores protestantes de quienes proceden. “Cualquiera virtud que haya poseído mujer alguna, creo que legítimamente no se le puede rehusar a María. La conveniencia misma de las cosas me obliga a creer que todas las gracias que una mujer puede atesorar, todas las cualidades que puede adquirir, fueron concedidas por adelantado a la que milagrosamente debía llevar al santo Niño en su seno, y después alimentarlo e instruirlo por modo tan íntimo... Debemos conceder a María todo aquello a que tiene derecho... sin temor de que lleguemos a formarnos una idea demasiado elevada de sus virtudes” (13). Por su parte, el neocrítico Alfred Resch escribía estas palabras (14): “Esa fisonomía única de María, la casta y pura Virgen, la piadosa y humilde esclava del Señor, se nos muestra en los Evangelios, sobre todo en el Evangelio de la Infancia, tan concreta, tan histórica, tan verdadera, que si no existiesen los sagrados relatos, ninguna imaginación humana hubiera sido bastante a representarla.”

(13) Alejandro Whyte, en *The Expositor*, año 1885, n. de febrero, página 125.

(14) *Kindheitsevangeliun*, pág. 342.

## V. — LOS HERMANOS DE JESÚS.

Como ya se ha dicho, los neocríticos y gran número de protestantes moderados aceptan y reproducen la teoría del Helvidio respecto de los “hermanos y “hermanas” de Jesús (1). A los argumentos que les hemos opuesto al tratar de la perpetua virginidad de la Madre de Cristo añadimos ahora esta sencilla observación. Si después del nacimiento de Jesús hubiese tenido María otros cuatro hijos, entre ellos Santiago y Judas, que ocuparon puestos importantes en la Iglesia primitiva, ¿cómo la tradición habría aceptado tan pronto y defendido con tanta tenacidad la creencia en su virginidad perpetua? Allí hubieran estado patentes los hechos para desmentirlo y reducir a la nada esta tradición. Pues con todo, la hemos visto claramente confirmada desde el siglo II, cuando aún vivían varios de los *Desposyni* o parientes del Salvador. Contra semejante leyenda habríanse levantado obstáculos insuperables. Tanta verdad es esto, que el más famoso escéptico francés del siglo XIX, Ernesto Renán, que al principio se había declarado por el error de Helvidio (2), cayó después en la cuenta de que esta posición era insostenible (3), y reconoció que no es probable que los hermanos y hermanas de que se habla “fuesen también hijos o hijas de María”. Insiste en esta excelente prueba: “Jesús en su juventud fué designado

(1) Véase K. Hase, *Geschichte Jesu*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 67; E. Reuss, *Histoire évangélique*, pág. 137; A. Loisy, *Evangelies synoptiq.*, t. I, pág. 291, y *Quelques Lettres*, pág. 155; Maurenbrecher, *Weihnachtsgeschichten*, página 6; S. Reinach, *Orpheus*, pág. 329: “La idea de que estos hermanos y hermanas eran primos o hijos del primer matrimonio de José es una sutileza de teólogos”; Pfannmüller, *Jesus im Urteil der Jahrhunderte*, página 6; B. Weiss mismo, *Leben Jesu*, t. I. págs. 270-271; etc. Ya Orígenes se entristecía de ver que muchos cristianos de su tiempo atribuían osadamente a María otros hijos además de Jesús (*Comment. in Matth.*, tomo X, 17).

(2) *Vie de Jésus*, 1863, págs. 23-25; *Vie (popular) de Jésus*, 1870, página 11.

(3) *Les Evangelies et la second génération chrétienne*, pág. 542.



en Nazaret con el nombre de Hijo de María... Esto supone que por mucho tiempo fué conocido como hijo único de viuda, ya que semejantes locuciones no se hacen usuales sino cuando falta el padre y la viuda no tiene otro hijo."

Recordemos además a los neocríticos el argumento sacado de la filología. Y añadamos con San Jerónimo (4), que los evangelistas tenían perfecto derecho para emplear el nombre de "hermanos" en su sentido amplio, ya que no habían vaciado en dar a José el título de padre, después de haber dicho y redicho en todas las formas que el nacimiento del Salvador había sido enteramente sobrenatural.

Objétasenos que casi siempre que los evangelistas mencionan a los "hermanos" de Jesús (5), nombran también a María o que se hallaba personalmente entre ellos. Pero puede explicarse este hecho, siguiendo a autores antiguos, con decir que después de la muerte de Cleofás, padre de Santiago, de José, de Simón, de Judas y de sus hermanas, su mujer e hijos se refugiaron en casa de José y de María, o también, que después de la muerte de José, la Santísima Virgen se habría retirado con su divino Hijo a casa de su hermana o de su cuñada; y más sencillamente aún que María, cuando Jesús la dejó, al inaugurar su ministerio, habría buscado asilo en el hogar de Cleofás. Esto presupuesto, entiéndese fácilmente que con frecuencia se acompañase de sus sobrinos, sobre todo cuando iba a reunirse con Nuestro Señor.

En cuanto a la incredulidad de una parte de la familia de Jesucristo respecto de su misión, atestíguela San Juan en términos tan claros que no puede ponerse en litigio: "ni aun sus hermanos — dice — creían en El" (6). Por esta falta de fe criticaban duramente su conducta y hubieran querido imponerle su propia voluntad (7). Cierta día, hasta intentaron sus parientes (8) apoderarse de El, pretendiendo que había perdido el seso (9). Jesús mismo parece haber hecho alusión a

(4) *Adv. Helvid.*, 16.

(5) *Matth.*, XII, 46-47; XIII, 35-36; *Marc.*, III, 31-32; VI, 3; *Luc.*, VIII, 19-20; *Joan.*, II, 12.

(6) *Joan.*, VII, 5.

(7) *Joan.*, VII, 2-3.

(8) *Marc.*, III, 21. Esta vez no se nombran directamente los hermanos: el evangelista emplea la expresión de sentido más general *οἱ παρ' αὐτοῦ*.

(9) Más adelante explicaremos este incidente.

esta actitud hostil, cuando decía a sus paisanos de Nazaret (10): "No hay profeta sin honra sino en su patria, y en su casa, y entre sus parientes." Mucho debió de sufrir con todo esto su alma delicada y amorosa; pero mucho también se exagera cuando se generaliza la observación de San Juan, como si ninguno de los parientes del Salvador hubiese creído en El, pues en la época a que el evangelista se refiere, dos de los "hermanos" del Salvador, Santiago y Judas, pertenecían al colegio apostólico. Según más arriba dijimos, tenía Jesús muy probablemente otros primos y otros parientes además de aquellos cuyos nombres nos han conservado San Mateo y San Marcos, y algunos de éstos, no los más próximos, debieron de ser los que sentían envidia, aversión e incredulidad respecto del Salvador (11). Además el autor del libro de los *Hechos* nos muestra (12) a los "hermanos de Jesús" en el cenáculo con María en unión de los apóstoles, de los discípulos y de las santas mujeres, esperando la efusión del Espíritu Santo después de la Ascensión del divino Maestro: de donde se sigue que el gran milagro de la Resurrección habría puesto fin a sus dudas anteriores.

(10) *Marc.*, VI, 4.

(11) El teólogo racionalista G. Volkmar, que es uno de los principales miembros de la Escuela de Tubinga, da en su *Jesus Nazarenus und die erste christliche Zeit*, pág. 32, una curiosa razón de estos sentimientos desagradables: "Se comprende muy bien que en la casa donde se trabajaba manualmente en trabajos muy rudos, para ganar el pan de cada día, un pensador solitario excitase bien pronto la admiración y pasase por un soñador que nada producía; después, que la piedad tradicional se escandalizase de la suya, ardiente como un volcán (!); en fin, que sus pretensiones a constituirse en Salvador del pueblo hayan parecido simplemente incomprensibles."

(12) *Act.*, I, 14.



## VI. — LA NATURALEZA HUMANA DE JESÚS.

Era de esperar que los racionalistas que rehusan creer en la divinidad de Jesucristo y no ven en El sino a un hombre como los otros, aunque adornado de extraordinarias perfecciones, hubiesen hablado en términos exactos de su naturaleza humana, y en particular de sus cualidades intelectuales y morales. Cuando menos, se han ocupado mucho de Jesús y de su personalidad. “La pregunta *¿Quién era Jesús?*, escribía uno de ellos (1), trae quizás más inquietos a los hombres de nuestra época que a los de ninguna otra generación... Hoy más que nunca se vuelven las miradas hacia Jesús.” Esto es verdad en gran parte; mas, por desventura, estas miradas, cuando se trata de los neocríticos, se ofuscan con harta frecuencia. De ahí tristes desengaños cuando se examinan los retratos que de El nos han hecho. Aun desde el punto de vista puramente humano, lo han desfigurado los más de ellos, dejándose llevar de falsos prejuicios, si ya no de ostensible antipatía. ¡Qué Jesús tan desfigurado el de Strauss, el de Renán, el de Keim, el de Alberto Réville, el de Loisy, el de Harnack, el de Bousset, el de J. Weiss y tantos otros! Es que, estando en El indisolublemente unidas la divinidad y la humanidad no es hacedero transformarlo en puro hombre sin borrar los principales rasgos de su retrato; además de que, suprimiendo arbitrariamente, por el método racionalista, muchos pasajes de los Evangelios, so pretexto de que han sido escritos bajo una acción exagerada de la fe o del ardiente amor de los cristianos, no se puede obtener tampoco más que un Jesús mutilado y desfigurado.

No es que los racionalistas de todos los matices escatimen habitualmente alabanzas al Salvador. Si los hubiéramos de creer, ellos serían “los hombres de Jesús” (2), sus mejores amigos, sus más excelentes defensores, y quienes lo han libra-

(1) P. Wernle, *Die-Quellen des Lebens Jesu*, pág. 1.

(2) G. Frenssen, *Das Leben des Heilands*, pág. 97.

do de los lazos y falsos adornos de que, según, su expresión, le había rodeado el cristianismo primitivo. Le ensalzan como “la personalidad más importante de la historia” (3), como el valeroso héroe que nos encadena en su propia vida y su propia esencia, como “la realización de nuestro ideal religioso, gloria de la humanidad y voz que Dios nos ha hecho oír” (4). Si no que, como alguien ha dicho, sus elogios no son más que ejercicios de estilo, párrafos hueros, encaminados a atenuar la desagradable impresión que producen sus teorías subversivas.

Después de esta idea de conjunto, sólo hemos de señalar aquí unos cuantos pormenores, de los que unos se refieren a la inteligencia del Salvador y otros a su fisonomía moral. Nadie, en el campo racionalista, ha movido duda seria acerca de las excepcionales dotes intelectuales de Jesús; antes bien hemos visto que los principales adalides de la escuela neocrítica coinciden con nosotros en admirar su fina penetración, lo adecuado de sus respuestas, su imaginación brillante y el vigor de su dialéctica; pero incurren en el gravísimo error de afirmar que las facultades intelectuales de Jesús se desarrollaron como las nuestras, y que como las nuestras se formaron también sus ideas bajo el influjo de los acontecimientos y del medio en que vivió.

Mucho más lejos aún han ido varios defensores de las teorías liberales más avanzadas, que en estos últimos años no se han avergonzado de timar a Jesucristo no sólo por un exaltado y un iluminado (5), sino por un insensato, por un loco propiamente dicho. Hasta han intentado demostrar esta odiosa blasfemia en obras especiales, que con harta razón han provocado desprecio y repugnancia (6).

Miembros de la escuela protestante llamada ultrarradical son también quienes han tenido la osadía, más sacrílega aún,

(3) Augusto Sabatier, en la *Encyclopedie des sciences religieuses* de Lichtenberger, t. VII, pág. 341.

(4) A. Meyer, *Was uns Jesus heute ist*, pág. 33. Es el estribillo obligado que R. von Delius canta con afectación melodramática en el opúsculo *Jesus, sein Kampf, seine Persönlichkeit und seine Legende*, 1909 páginas 105-125. Véase también nuestras *Etapas du rationalisme...*, páginas 206-209.

(5) Jülicher, *Die Gleichnisreden Jesu*, t. II, págs. 8-9; O. Holtzmann, *War Jesus Ekstatiker?*, 1903; J. Baumann, *Die Gemutsart Jesu*, 1908.

(6) Véanse nuestras *Etapas du rationalisme...*, págs. 243-244, 257-258.



de negar las cualidades morales del Salvador. Dejémoslos con sus rencorosas calumnias (7). Por lo general, los neocríticos se muestran respetuosos en orden a las cualidades morales de Jesús. Pero ya también en este punto caen en el error de suponer que sus cualidades y virtudes crecían realmente de continuo, semejantes, dicen, a la crisálida que poco a poco se transforma, hasta convertirse en un insecto completo en su especie (8). Los más enseñan también que el Salvador estuvo dotado de santidad eminente y que nunca cometió pecado. “Un solo sentimiento faltó en su vida — escribía Augusto Sabatier (9) —: el del arrepentimiento; su conciencia no recibió herida alguna.” Como un racionalista, cegado por prejuicios (10), pretendiera concluir de ciertos pasajes evangélicos, en particular de la parábola del hijo pródigo, que no hubiera podido Jesús emplear lenguaje tan apropiado y tan patético sino porque tenía personal experiencia del pecado, otro neocrítico más razonable (11) le respondió muy oportunamente que bien podía el alma tan pura y tan inocente de Nuestro Señor darse cuenta de las miserias de una vida culpable, aun siendo ella perfectamente santa. Así que nos ha causado penosa extrañeza el leer en una obra, que en general contiene hermosos pensamientos sobre el carácter de Jesús y que sin rebozo proclama su elevación moral (12), esta reflexión: “¿Quién podría afirmar que Jesús estuviese cierto de no haber incurrido en pecado durante toda su vida desde su infancia?” ¿Quién? Jesús mismo cuando preguntó a sus enemigos: *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (13). Y su Padre celestial, que puso el sello a esta confesión de inocencia proclamándola solemnemente en dos diversas ocasiones por medio de estas palabras: “Este es mi Hijo muy amado en quien yo me he complacido” (14).

(7) Hemos dado algunos ejemplos de ellas en el mismo volumen de las *Étapes du rationalisme...*, págs. 245-247.

(8) Hemos demostrado que su desarrollo no era sino exterior y aparente.

(9) *Encyclopedie des sciences religieuses* de Lichtenberger, t. VII, página 368.

(10) C. Schrempf, *Menschenlos*, 1900, pág. 75.

(11) O. Frommel, *Die Poesie des Evangeliums Jesu*, págs. 122-224.

(12) J. Ninek, *Jesus als Charakter*, pág. 248.

(13) Joan., VIII, 46.

(14) Matth., III, 17; XVII, 5.

## VII. — SAN JUAN BAUTISTA Y LOS NEOCRÍTICOS.

Pasó ya el tiempo en que los críticos racionalistas se atrevían a comparar al Precursor, por su vida mortificada y por su severa predicación, con un derviche musulmán o con un yogui de la India (1). En general, los teólogos liberales, aun rechazando como legendarias las páginas que San Lucas dedica al nacimiento del Precursor (2), comprenden hoy mejor a éste y respetan más su persona. Hasta llegan a atribuirle cierta influencia moral sobre Jesús, que ningún fundamento tiene en los relatos evangélicos, y que ciertamente no ejerció. Según ellos, no sólo fué la pública aparición de Jesús consecuencia y resultado de la de Juan (3), sino que este último fué quien “puso en el alma de quien era más que él la chispa que prendió el fuego” (4). “Era natural — continúan — que el hijo de Isabel fuera para el hijo de María “como un ángel del cielo”, pues la condición natural de éste, más delicada, forzosamente había de sufrir la impresión del recio carácter de Juan (5). Hasta creen saber que “Cristo vivió algún tiempo con el que se llama su Precursor”, y aun más: que fué uno de sus discípulos propiamente dichos (6). Mas un día, añaden, Jesús creyóse obligado a separarse de Juan, cuyas ideas sobre el ascetismo y sobre la manera de entender y predicar el advenimiento del reino de Dios no compartía; pero, aun hacien-

(1) Esta segunda comparación, de bastante mal gusto por cierto, es de Ernesto Renán, que, sin embargo, se preciaba de fino (*Vie de Jésus*, 1863, pág. 95).

(2) Véase en ellas, dice M. Neumann, *Jesús wer er geschichtlich war*, página 71, “las nubes de la leyenda decorativa”.

(3) W. Hess, *Jesus von Nazareth, in seiner geschichtlichen Lebensentwicklung*, pág. 11.

(4) Heitmüller, *Jesus*, pág. 91.

(5) O. Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 103; Th. Keim, *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, págs. 526-528.

(6) Neumann, *op. cit.*, pág. 79; Heitmüller, *Jesus*, pág. 93, etc.



do en adelante vida independiente, conservó lo mejor que su primo le había enseñado (7).

¿Para qué detenernos a refutar tales consejas, cuando están en abierta contradicción con los textos mismos en que se pretende apoyarlas? Los evangelistas determinan con perfecta claridad las respectivas cualidades de Juan y de Jesús, y nadie tiene derecho a prescindir de escritores tan graves para entregarse a hipótesis imaginarias, que falsean la verdadera historia. Jesús era el Mesías y Juan su precursor. Juan nada tuvo que enseñar a Jesús, y el Salvador, al separarse de Juan para cumplir su sobreexcelente oficio, no tuvo porqué dirigirle reproche alguno: todo lo contrario, según veremos en el curso de esta historia. Pero importaba a la teoría racionalista exaltar a Juan a expensas de Jesús, y deprimir, a su vez, a Juan, quitando a su ministerio todo su carácter sobrenatural. Juan Bautista, dicen, no pensaba al principio en hacerse predicador del Mesías; no se retiró al desierto sino para vivir allí a solas con Dios, y esperar el advenimiento del Mesías; pero el extraordinario concurso de gentes que pronto acudió a él determinó su vocación: “Como Isaías, como Jeremías, se sintió llamado” (8): lo que, poco más o menos, viene a decir que se imaginó que Dios mismo le llamaba.

En época aun no muy lejana, la escuela liberal se complacía en incluir a Juan Bautista, igual que a Jesús (9), en la secta de los Esenios, que tenían una colonia en el desierto de Engaddi, cerca del mar Muerto. Esta opinión, lanzada por el historiador judío Graetz (10) y adoptada por muchos racionalistas (11), es hoy casi unánimemente desechada (12). Y con razón, pues sólo se apoya en algunas semejanzas — la austeridad y cierta pureza de vida, el bautismo, el espíritu profun-

(7) Stapfer, *Jésus avant son ministère*, segunda edic., pág. 145. Cf. A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 11-12.

(8) J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 225. Cf. O. Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 89.

(9) Véase la pág. 317.

(10) En su *Geschichte der Juden*, t. III, pág. 268.

(11) Entre otros, por E. Renán, *Vie de Jésus*, pág. 97.

(12) A pesar de lo cual, ha hallado recientemente un defensor en el autor judío del artículo “Esenios”, publicado por la *Jewish Encyclopedia*. La ha refutado sabiamente Keim, *Geschichte Jesu*, t. I, páginas 483-484.

damente religioso —; pero tiene en contra profundas divergencias. Antes de ser rodeado por las turbas, Juan vivía en la soledad; los Esenios practicaban la vida común. Estos usaban vestidos blancos; la túnica de Juan era de un tejido áspero y grosero. Juan pertenecía al antiguo judaísmo y recordaba a los grandes profetas de Israel; los Esenios vivían casi totalmente fuera de las prácticas de la religión judía. Tales diferencias eran esenciales.



## VIII. — BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR.

Los neocríticos aceptan generalmente la realidad histórica de este episodio, al menos en cuanto a la ceremonia de la inmersión en el Jordán. Pero, según su costumbre, suprimen fríamente de la narración evangélica, como invenciones de época posterior, las manifestaciones sobrenaturales que constituyen su parte más principal. La abertura del cielo, el descenso del Espíritu Santo en figura de paloma, la voz del Padre celestial, no pudieron existir, aseguran, mas que en "la imaginación calenturienta" de Jesús (1), a quien la ceremonia del bautismo había impresionado vivamente. No fueron, insisten, sino una "visión interna" (2), contada más adelante por el Salvador a sus discípulos, y poco a poco transformada por éstos en manifestaciones externas, hasta convertir aquellos fenómenos en "un milagro demostrativo" (3), siendo así que únicamente habían sido "expresión figurada de las emociones que se desbordaban del alma de Jesús".

Ya dijimos que, según los documentos evangélicos lealmente

(1) O. Holtzmann, *War Jesus Ekstatiker?*, pág. 41.

(2) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 8. Cf. W. Hess, *Jesus in seiner Lebensentwicklung*, pág. 11; etc.

(3) A. Réville, *ibíd.*; Hess, *op. cit.*, págs. 11-12. Usener, en la *Encyclopaedia biblica* de Cheyne, t. III, columns. 3.348-3.349, va aún más lejos. Según él, nada particular sucedió entonces en el alma de Jesús. A este propósito construye todo un sistema: "Cuando después se llegó a la convicción de que Jesús era el Mesías..., se quiso demostrar que en el momento de su bautismo había recibido la unción del cielo y que entonces se había hecho en realidad el Cristo de Dios. Inventóse, pues, la voz celestial oída por Jesús; después..., el relato de este prodigio se desarrolló como se ve en San Lucas y San Mateo. Más adelante aún, pareciendo esto insuficiente, se imaginó el episodio del décimo-tercer año de Jesús (Luc., II, 41-51). Finalmente, para mejor probar que era Dios, Hijo de Dios, se forjaron los relatos de la infancia. Así nació la historia de la Natividad." Se inventó, se imaginó, se forjó...: nosotros preguntamos sencillamente a nuestros lectores de qué lado se hallan la invención y la imaginación. ¿Dónde están las pruebas de Usener y de sus colegas?

te interpretados, los tres fenómenos fueron externos y sensibles. San Mateo y San Marcos (4) dicen expresamente que Jesús "vió" abrirse los cielos y bajar el Espíritu Santo. Juan Bautista afirmó también solemnemente (5) que él había visto asimismo con sus propios ojos esta segunda manifestación. Y nada, absolutamente nada, induce a sospechar que ambos estuviesen entonces en estado de visión; antes todo inclina a creer que gozaban plenamente de su estado normal (6).

Es para admirar el proceder de estos racionalistas que toman en serio y tratan como históricos ciertos rasgos, claramente legendarios, añadidos por los Evangelios apócrifos—entre otros, el que hemos citado en la pág. 144, a saber, que Jesús fué a recibir el bautismo de Juan impulsado por su madre y sus hermanos—y rechazan de antemano, únicamente por milagrosas, circunstancias que reúnen todas las condiciones de autenticidad. Prueba evidente de que usan dos pesos y dos medidas.

Una objeción singularmente odiosa acerca del bautismo del Señor ha sido propuesta por Strauss (7). Al someterse a este rito, afirma, Jesús hizo pública confesión de la culpabilidad que le era común con los demás hombres, y consideró su inmersión en las aguas del Jordán como medio de obtener el perdón de sus faltas. Hoy nadie se atreve a reproducir en términos tan crudos esa sacrílega aseveración; pero todavía se repite algo atenuada. Así, por ejemplo, Neumann dice (8): "Si consideramos este suceso (el bautismo) con ojos no turbados por los teólogos, nos dice que Jesús manifestó de esa manera que era menester una transformación interior para la

(4) Matth., III, 16; Marc., I, 10.

(5) Joan., I, 32: *τεθεάρα*, "yo he contemplado".

(6) Según M. Neumann, *Jesus wer er geschichtlich war*, págs. 72-73, ni siquiera hubo visión. Los fenómenos narrados por los evangelistas no serían otra cosa que "impresiones" sentidas por Jesús en compañía del precursor. Las palabras "Tú eres mi Hijo muy amado" significarían que por aquel tiempo "la idea de que Dios es padre, y los hombres hermanos, y la tierra una casa paterna, se convirtió para él en certeza". ¿Qué dirían los neocríticos si los exégetas creyentes tratasen los textos con semejante licencia?

(7) *Das Leben Jesu kritisch bearbeitet*, 1835, t. I, págs. 371-374.

(8) *Jesus wer er geschichtlich war*, págs. 75-76. Cf. Giran, *Jésus de Nazaret*, pág. 64.



salvación de toda alma humana. El también quería, desde aquel momento, servir a Dios con un acrecimiento de fervor y con un vigor nuevo... Ciertamente, no le era necesario romper con el pasado, como Pablo, como Agustín, como Lutero (9); su piedad y su pureza eran perfume natural del alma de un héroe a quien Dios había bendecido; pero esto no implica que se sintiese exento de defectos, ni que estuviese plenamente satisfecho de sí mismo... Nada que sea humano debe considerarse ajeno a un hijo de los hombres."

Ya previnimos esta objeción al decir que el mostrarse solidario de nuestros pecados y tomarlos sobre sí fué lo que movió a Jesús a recibir el bautismo del Precursor. En cuanto a El personalmente, "lo que por excelencia caracteriza su vida y la distingue profundamente de todas las otras, es, según escribía un teólogo protestante (10), la ausencia de todo remordimiento y de toda necesidad de perdón".

Algunos neocríticos, que se han aventajado en el afán de descubrir por doquiera en los Evangelios huellas de las antiguas religiones paganas, alegan aquí un pasaje paralelo de la leyenda de Buda. Los padres del dios indio quisieron un día llevarlo al templo. El vaciló al principio, porque se sentía superior a todos los demás dioses; mas, al fin, condescendió para acomodarse a las costumbres recibidas. "La turba — exclamó —, arrebatada de admiración, me colmará de homenajes y de respeto; dioses y hombres dirán a una voz: El es el único Dios" (11). Pero tan vaga es la semejanza, que otros críticos, aun de los más liberales, no creen pueda mantenerse este imaginado paralelismo (12), y les sobra razón.

La mayor parte de los neocríticos reconocen, al menos, con nosotros que el bautismo de Jesús tuvo en su vida importancia especialísima, y que es "uno de los puntos culminantes de la historia" (13). Al recibirlo, dicen a porfía, fué cuando el

(9) *Commentaire sur l'évangile de S. Luc.*, segunda edic., t. I, pág. 236.

(10) Como se ha dicho antes, y como aun habremos de repetir, la santidad de Jesús fué sin mancha alguna.

(11) Van den Bergh van Eysinga, *Indische Einflüsse auf evangelische Erzählungen*, pág. 29.

(12) Cf. C. Clemen, *Religionsgeschichtl. Erklärung des N. T.*, págs. 245, 247; J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 281.

(13) O. Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 100.

Salvador, "ya Hijo de Dios por la íntima persuasión de su unión con el Padre celestial, tuvo la intuición suprema de su misión providencial, y se sintió ser el Hijo de Dios, el Mesías prometido a Israel" (14). Mas dejemos para más adelante, cuando tratemos *ex professo* este asunto, el rectificar lo que hay de erróneo en estas últimas palabras.

(14) A. Loisy, *Les évangiles synoptiques*, t. I, págs. 406-409.



## IX. — LA TENTACIÓN DE JESÚS.

Al decir de los críticos racionalistas, las tentaciones del Salvador no fueron más que un trabajo subjetivo, muy intenso ciertamente, pero sin realidad alguna fuera del alma de Jesús. Los evangelistas, dicen, suponen la realidad exterior de este incidente; pero se engañaron por influencia de la tradición, cuya “natural tendencia, en este caso como en otros muchos, fué el transformar en escena externa y hecho material lo que fué principalmente, y hasta se podría decir que únicamente, fenómeno interno que el historiador debe renunciar a describir” (1).

¿Será menester repetir que semejante interpretación es totalmente arbitraria? En cuanto a la tentación de Nuestro Señor, igual que acerca de su bautismo y demás sucesos de su vida, la tradición ha transmitido fielmente la verdad. Esas supuestas “tendencias” sólo existen en la imaginación de los neocríticos, que las han inventado como argumento fácil de proponer, pero imposible de demostrar. Atengámonos, pues, al testimonio de los evangelistas, que, según confesión de los mismos adversarios (2), se propusieron narrar un hecho real y tangible.

Puesto que los escritores sagrados no pudieron conocer más que de labios del mismo Jesús — San Mateo y San Juan de una manera directa; San Marcos y San Lucas, indirectamente, pero con entera seguridad — las circunstancias de la tentación en el desierto, ¿cómo hubieran caído (ellos y la tradición que representan) en el error que se les echa en cara? A esta pregunta suelen dar una respuesta desesperada. Jesús, dicen, dió sencillamente a sus discípulos una instrucción sobre la tentación en general, y sobre el mejor modo de vencerla; para dar

(1) A. Loisy, *Les évangiles synoptiques*, t. I, págs. 406-409.

(2) A. Loisy, *op. cit.*, t. I, pág. 418.

más fuerza a su exhortación, la dramatizó, poniéndose a sí propio en escena, si ya no se expresó en forma de parábola (3); en cualquiera de los dos casos, los oyentes de Cristo cayeron en extraño error dando cuerpo a lo que no pasaba de imagen, e introduciendo en la vida de su Maestro, como experiencia personal, esta complicada tentación.—Pero ellos mismos han comprendido que tal expediente es demasiado torpe.

Han buscado, pues, otros. Asiéndose a la redacción de San Marcos, donde, por su laconismo, el elemento milagroso se reduce a la presencia del demonio tentador y de los ángeles, pretenden que ella es la única auténtica, so pretexto de que “representa ciertamente el tema positivo, sobre el que trabajó luego la imaginación de los piadosos creyentes” (4). Pero ya hemos visto que la narración de San Marcos no tiene en modo alguno la significación que se le quiere atribuir. Es por extremo breve, porque el evangelista no juzgó oportuno descender a pormenores; por su misma brevedad es oscura. Así es que ha de completarse con las otras dos narraciones.

“Tendencias”, “imaginación”, “reflexiones dogmáticas”: ¿pero es verosímil que, a no ser real el caso, los primeros cristianos se atrevieran a someter al Mesías, al Hijo de Dios, hacia quien tanto amor y respeto sentían, a la prueba humillante de la tentación y que llegasen hasta ponerle en manos de Satan? (5). Fuera de esto, ¿cómo hubiera inventado la leyenda popular, de la cruz a la fecha, un relato cuyo arte exquisito, cuya perfecta psicología, cuya hermosa gradación y delicada reserva admiran los mismos neocríticos (6), así como los exégetas creyentes? (7). Sobre todo, las respuestas de Jesús son maravillosamente apropiadas a las sugerencias del demonio; todo el cuadro se muestra iluminado con luz digna de él.

A pesar de las dificultades que los neocríticos han suscitado contra la historicidad de la tentación del Salvador, admiten que las páginas evangélicas que la refieren contienen, al menos, “un núcleo de verdad”. Jesús, dicen, fué tentado

(3) P. W. Schmidt, *Das Leben Jesu ausgelegt*, págs. 244-246; etc.

(4) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 13.

(5) Cf. O. Holtzmann, *War Jesus Ekstatiker?*, pág. 48.

(6) J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 231; O. Holtzmann, *Leben Jesu*, pág. 118.

(7) Th. Zahn, *Das Evangelium des Matth. ausgelegt*, t. I, pág. 148.



en el desierto, mas no con ese aparato externo que describen San Mateo y San Lucas, ni siquiera en visión, como (sin motivo razonable) pensaron Orígenes, Teodoro de Mopsuesta y otros comentadores antiguos y modernos, sino de modo puramente psicológico. Tan hábiles son, que, no obstante haber pasado ya muchos siglos, creen poder reproducir las varias fases de ese proceso psicológico, harto más complicadas que las de los relatos sagrados. Fué la tentación, nos aseguran, una "crisis terrible para Jesús", pues "fuertes tempestades agitaron entonces todo su ser" (8), y su alma conoció "dramas íntimos", que nos describen en interminables páginas, que pronto fatigan el ánimo (9). Los neocríticos acusan a los evangelistas de haber materializado los hechos; ellos, en cambio, los espiritualizan hasta suprimir a Satanás, su diálogo con el Salvador, el pináculo del Templo, la elevada montaña y su maravilloso panorama, y los ángeles. Sólo nos dejan a Jesús frente a frente consigo mismo en el desierto.

Reconozcamos, con todo, que han entendido bien la índole general de la tentación: para ellos, como para nosotros, se refiere a la mesianidad de Jesús (10). ¡Pero cuántos errores en sus lucubraciones psicológicas sobre los sentimientos que Jesús debió de experimentar entonces! ¡Qué mal lo juzgan y en cuántas exageraciones caen! Como no admiten la existencia del demonio, la tentación de Nuestro Señor habría nacido en su propio espíritu, que le aconsejaba realizar el retrato de aquel Mesías glorioso, político, conquistador, completamente humano, que los más de sus compatriotas aguardaban: "De que la gran voz divina resonó en toda su alma (11), la naturaleza nacida del polvo sublevóse contra esta voz, y hubo de ser combatida y vencida hasta su último átomo" (12). "Ahora sabía ya que era el Salvador, el Cristo, y Dios acababa de conferirle la unción sagrada. Transformado en hombre nuevo por el bautismo, sintió deseo irresistible de refugiarse... por algún

(8) Neumann, *Jesus...*, págs. 81-82.

(9) Cf. Stapfer, *Jésus-Christ avant son ministère*, págs. 163-167.

(10) Loisy, *op. cit.*, págs. 423-424: "Estas tentaciones no son las que pueden alcanzar a todos los hombres... Nadie fuera del Cristo pudo ser tentado de este modo."

(11) Inmediatamente después del bautismo.

(12) Bousset, *Jesus*, pág. 5.

tiempo en el desierto. Erale menester trazar su plan de conducta. Quería estar a solas con su Padre celestial. Estaba resuelto a empeñar la lucha para la preparación del Reino; ¿pero cómo... y con qué armas? Esto es lo que no veía aún claro su espíritu, y... parece haber experimentado el temor de ser arrastrado a confundir el interés de su grandeza personal con el de la causa de Dios" (13).

La función de Mesías, a que ahora se creía llamado Jesús, prosiguen, era para El como "un salto en lo desconocido"; de ahí una sobreexcitación violenta en su espíritu (14) y tentaciones propiamente dichas. "Todo lo que en El había de respeto humano, de vanagloria e imperfecciones, luchó, con el vigor de un hombre robusto, contra lo que tenía de puro y santo; y este último elemento predominaba en El... Más de una vez corrió el peligro de mezclar tierra con lo que era santo" (15).

Perdónesenos el haber multiplicado estas citas, que, con variantes que corresponden al racionalismo más o menos extremado de sus autores, expresan en el fondo el mismo pensamiento. Ellas contribuyen a poner de relieve cuán falsa, arbitraria e irrespetuosa es esta psicología racionalista, cuya vaciedad y endebles queda patente con sólo leer los Evangelios. No, la tentación no se originó en el alma del Salvador, en sus disposiciones íntimas: eso era imposible. Toda ella vino de fuera, del demonio. Estas perplejidades que Jesús, en conversación consigo mismo, habría sentido en el desierto, esos sueños sin fin, esas discusiones acerca del ideal mesiánico, esos *Sí*, esos *Pero* y esos *Cómo*, nunca existieron. Vino el demonio a proponerle que faltase a su deber; triunfó El de sus pérfidas sugerencias, según cuentan San Mateo y San Lucas: de ahí no se debe salir, pues sólo ahí se halla la verdad (16).

Como era de esperar, también aquí se trae a cuento lo que

(13) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 12. Cf. Loisy, *Les évangiles synoptiques*, t. I, pág. 408; O. Holtzmann, *Leben Jesu*, página 107; P. W. Schmidt, *Geschichte Jesu ausgelegt*, págs. 59-60, etc.

(14) J. Weiss, *Die Schriften des N. T.*, t. I, pág. 68.

(15) Frenssen, *Der Heiland*, pág. 26.

(16) M. Guignebert, *Manuel d'histoire ancienne du christianisme*, páginas 179-180, reduce la tentación de Jesús a su mínima expresión: a un retiro de algún tiempo en algún lugar del desierto, para recogerse y "experimentar su vocación con abstinencias".



ciertos racionalistas consideran como elementos principales de los relatos evangélicos: la influencia del Antiguo Testamento y de diversas mitologías paganas. Principal defensor de que todo el relato fué compuesto de diversos pasajes del Antiguo Testamento, combinados entre sí, ha sido el Dr. Holtzmann (17). El ayuno de los cuarenta días, según él, tiene por tipo los de Moisés y Elías, que duraron precisamente el mismo tiempo (18), y también la estancia de Israel en el desierto por espacio de cuarenta años; las pruebas por que en este tiempo pasaron los hebreos, sirvieron de modelo a la tentación propiamente dicha de Jesús. Cabalmente entonces, se nos dice, recibió el pueblo teocrático el nombre de hijo de Dios (19). Alegan además el salmo II y aquellos sus célebres pasajes: "Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy... Yo te daré en herencia las naciones y en posesión los términos de la tierra." Observan, en fin, que Jesús tomó del Deuteronomio las tres respuestas que dió a Satán (20). —¿Pero quién fué tan hábil artista que con esos elementos heterogéneos forjase narración tan perfecta? Demás de que, según queda dicho, la Iglesia primitiva jamás habría pensado en inventar un incidente humillante para su fundador.

En cuanto a la interpretación mitológica, son muchos los críticos francamente racionalistas que la rechazan como nosotros. Esta explicación "debe descartarse como inútil e inverosímil", dice Loisy (21). Con todo, A. Réville (22) atribuye una significación mitológica a las fieras de que habla San Marcos, y a los ángeles mencionados por los tres sinópticos. Entre los elementos paganos que se pretende sirvieron de modelo a la tentación de Cristo, apuntaremos la tentación de Buda, la de Zarathustra, la de Hércules "entre los dos caminos" (23). Hasta en la religión babilónica se han buscado "paralelos" (24).

(17) *Hand-Commentar zum N. T., Die Synoptiker*, tercera edic., páginas 45-48.

(18) Ex., XXXIV, 28; III Reg., XIV, 8.

(19) Deut., VIII, 2.

(20) Véanse las págs. 151-160.

(21) *Les évangiles synoptiques*, t. I, pág. 427.

(22) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 14.

(23) Cf. Van den Bergh van Eysinga, *Indische Einflüsse...*, págs. 30-41; Gunkel, *Zum religionsgeschichtlich Verständnis des N. T.*, págs. 70-71; etc.

(24) Jeremías, *Babylonisches im N. T.*, págs. 94-95.

Contra estas hipótesis ha protestado Clemen en una obra especial dedicada a los ensayos de interpretación mitológica de los Evangelios (25). Por nuestra parte, no insistiremos más sobre este punto: ¡tan manifiesta es la imposibilidad de semejantes influencias paganas!

(25) *Religionsgeschichtl. Erklärung des N. T.*, págs. 246-247.



X. — LOS TESTIMONIOS DE JUAN BAUTISTA SEGÚN EL CUARTO EVANGELIO.

El Dr. Bousset ha hecho la siguiente afirmación (1): Juan “no anunció directamente que Jesús fuese el Mesías, como pretende la tradición cristiana. Profetizaba un Mesías que vendría, criba en mano, con el fuego del juicio. Jesús se presentó de manera bien distinta de la que Juan esperaba.” Después de leídas las narraciones evangélicas, serían para extrañar esas palabras, si no supiésemos que su autor no reconoce autoridad histórica al cuarto Evangelio.

Otros críticos de la misma escuela tratan de justificar esta opinión, añadiendo que, como el Precursor forzosamente había de profesar las ideas mesiánicas de sus contemporáneos, no es creíble que considerase al Cristo como Salvador de todo el mundo, cuanto más como Hijo de Dios.

Esta suposición es de todo en todo falsa. Para esbozar su retrato del Mesías tenía Juan Bautista documentos que no podían inducirle en error: los antiguos oráculos, cuya autenticidad los mismos neocríticos reconocen. Varias de estas profecías habían predicho claramente la divinidad del futuro Libertador (2), la redención obrada por El y la universalidad de esta redención (3). Fuera de que en los mismos sinópticos pueden leerse las protestas del Precursor contra el estrecho y egoísta particularismo de los judíos de entonces, que osaban afirmar que ninguna parte habían de tener los paganos en la redención mesiánica.

(1) En su *Jésus*, 4-5.

(2) Cf. Ps., II, 7; CIX, 3 (conforme a los Setenta y la Vulgata); Is., IX, 6; etc.

(3) En particular, Is., LII-LIII.

XI. — CONVERSACIÓN DE JESÚS CON NICODEMO.

La mayor parte de los neocríticos niegan la historicidad de este incidente. Nicodemo no fué, según ellos, más que un personaje ficticio, un personaje tipo, que simbolizaba a “los creyentes imperfectos que quisieran reconocer en Jesús, a causa de sus milagros, un doctor enviado por Dios, pero a quienes el Evangelio espiritual parecía, a primera vista, enigma indescifrable” (1). Todo el episodio, añaden, se encamina a demostrar que el Cristianismo no halló adeptos solamente entre la plebe, entre los ignorantes, los publicanos y pecadores de toda clase, sino también entre las clases superiores de la sociedad. En prueba de estas afirmaciones alégase que ninguno de los sinópticos menciona a Nicodemo; que éste desaparece totalmente del relato, sin que sepamos qué fué de él, ni qué provecho sacó de su entrevista con el Salvador; en fin, que Jesús, si es que quería ser entendido de su interlocutor, “no podía” hablarle del bautismo cristiano ni de su muerte en la cruz.

Pero el silencio de los sinópticos nada significa, ya que uno de los fines que San Juan se propuso al escribir su evangelio fué precisamente completar aquéllos. Si de pronto no sabemos el resultado de la conversación, el narrador nos lo indica bien claramente en el decurso de la historia (2). Como el Precursor había anunciado ya a las turbas judías el bautismo cristiano, nada impedía a Jesús hablar de él a un doctor de Israel. Igual derecho tenía de revelarle de antemano el misterio de su muerte. Así los argumentos de nuestros ad-

(1) Loisy, *Le quatrième évangile*, pág. 303. Véase también. H. J. Holtzmann, *Evangelium des Johannes*, segunda edic., págs. 70-71; Jean Réville, *Le quatrième évangile*, pág. 142; W. Bauer, *Das Johannesevangelium*, páginas 38-39, etc.

(2) Cf. Joan., VII, 50-52; XIX, 39-42.



versarios, uno tras otro, vienen a tierra. De otro lado, es notorio que el evangelista se propuso contar un hecho real y presentar a sus lectores un personaje real. Muéstralo suficientemente la breve introducción que precede a la narración del episodio, en la que indica el nombre de Nicodemo y la ocasión y fin del paso que éste daba: circunstancias totalmente superfluas, si sólo se tratase de una leyenda. Había entonces, aun entre los doctores de la Ley, los fariseos y demás directores religiosos de Israel, hombres a quienes atraían la persona, los milagros y la doctrina de Jesús, pero que, por la hostilidad de sus colegas, no se atrevían a manifestar públicamente sus sentimientos. La persona y el proceder de Nicodemo, tal como San Juan los describe (3), nada tienen, pues, de inverosímiles.

(3) Véase Lepin, *Valeur historiq. du quatrième évangile*, t. II, páginas 8-14.

## XII.—CONVERSACIÓN DE JESÚS CON LA SAMARITANA.

Tampoco perdonan los neocríticos a este episodio. En su conjunto, dicen, es “una creación literaria del evangelista”, si bien “han podido hallar lugar en él ciertas reminiscencias de la vida y doctrina de Jesús”, mas sin que sea posible puntualizarlas (1). El narrador, añaden, no intentó exponer un hecho histórico, sino describir, en forma alegórica, la índole puramente espiritual de la religión de Jesús y demostrar que ésta no está circunscrita por límite alguno nacional y local. A propósito de la supuesta alegoría, creen poder descender a algunos pormenores: la samaritana no es persona real, sino figura de su pueblo, cuyo culto era semipagano, con cierta mezcla de elementos mosaicos; los cinco maridos legítimos figuran las cinco divinidades de los pueblos, que, según la Biblia (2) fueron transportados de Babilonia a Samaria, en el siglo VIII antes de nuestra Era, para reemplazar a los israelitas del reino de las diez tribus, muertos o conducidos a la cautividad; el marido ilegítimo—¿quién lo creyera?—simboliza a Jehovah, a quien habían recibido en parte los samaritanos como su Dios, con mengua de sus otras divinidades. He ahí con qué se quiere sustituir la primorosa escena referida por San Juan. Sino que olvidan que en el texto bíblico en que se apoyan se habla no de cinco, sino de siete tribus.

Como habrá observado el lector, nada hay en todo el episodio de la samaritana que permita sospechar tratarse de una alegoría; antes bien, aun los menores rasgos llevan el sello de

(1) W. Bauer, *Das Johannesevangelium erklärt*, pág. 50; Heitmüller, *Die Schriften des N. T.*, t. II, pág. 225. Loisy, *Le quatrième évangile*, páginas 369-370; H. J. Holtzmann, *Evangel. des Johannes*, segunda edición, págs. 83-85; Jean Réville, *Le quatrième évangile*, págs. 155-456; etc. Renán suprimió todo el episodio, so pretexto de que era un trozo de teología apostólica, (*Vie de Jésus*, pág. 229, n. 1). Véase una excelente refutación en Lepin, *La valeur historique du quatrième évangile*, t. II, páginas 14-29.

(2) IV Reg., XVII, 23-24.



la realidad. El viaje de Jesús a través de Samaria para volver a Galilea; su parada cabe el pozo de Jacob a medio día, conforme la costumbre oriental, para tomar algún reposo y alimento; la llegada de la mujer para renovar su provisión de agua; el progreso del diálogo y su conclusión; la extrañeza de los discípulos; la permanencia de Nuestro Señor en Sicar y la conversión de los habitantes: todo esto a las claras denota hechos históricos. Demás de esto, nótese la precisión de los pormenores cronológicos ("Era la hora sexta"; Jesús se quedó "dos días" en Sicar) y la exactitud de la descripción topográfica que más arriba hemos señalado. Un escritor alegorista difícilmente habría conseguido tal perfección, ni lo habría intentado siquiera. No quieren admitir los neocríticos que Jesús tan presto se mostrase como Mesías a la samaritana y a sus compatriotas, y hallan demasiado elevadas las nociones que expuso a sus diversos oyentes; pero es el caso que también, según los sinópticos, Jesús manifestó bien pronto su mesianidad a algunos privilegiados, y, de otro lado, de creer es que no dejó de exponer circunstancialmente a la samaritana, como antes a Nicodemo, ciertos pensamientos que, en la forma compendiosa con que aparecen en el evangelio, serían superiores a su capacidad.

Los críticos racionalistas, según su costumbre, acuden a la mitología en demanda de argumentos confirmatorios (3). He aquí uno de los hechos que invocan: "Un día, Ananda, criado de Sakyamuni (Buda), después de haber recorrido por largo tiempo la campiña, encontró una doncella matangi, es decir, de la tribu de Chandalas, que estaba sacando agua, y le pidió de beber. Pero la joven, temiendo mancharle con su contacto, le advirtió que era nacida de la casta de Matanga (4) y que no la estaba permitido allegarse a un religioso. Respondió entonces Ananda: No te pregunto, hermana mía, ni por tu casta ni por tu familia; sólo te pido agua, si quieres dár-mela" (5). ¿Pero qué prueba esto? Fuera de que el encuen-

(3) Véase van den Bergh van Eysinga, *Indische Einflüsse auf evangel. Erzählungen*, págs. 49-53.

(4) La casta considerada como la más vil de todas.

(5) Pasaje tomado del *Divyavadana*, fol. 217, a, y citado por Burnouf, *Introduction à l'histoire du Bouddhisme indien*, t. I, pág. 205 (París, 1844).

tro, cerca de una fuente, de una mujer que va a sacar agua y de un viajero sediento es un hecho que se repite en todos los tiempos y en todos los países (6), las semejanzas son tan vagas, que no es posible creer en un plagio. ¿Qué parecido hay entre el discípulo predilecto de Buda y Jesús, entre la joven india y la samaritana? ¿Cómo con estos datos, que ciertamente no pudo conocer el evangelista, habría conseguido componer una historia que nos lleva a esferas tan distintas? (7).

(6) Véase en Lortet, *La Sirie d'aujourd'hui*, pág. 18, el interesante relato de un encuentro del mismo género cerca del pozo de Jacob.

(7) C. Clemen, *Religionsgeschichtliche Erklärung der Evangelien*, página 279, rechaza absolutamente toda idea de plagio.



## XIII.—EL REINO DE LOS CIELOS.

Los racionalistas contemporáneos están en lo cierto al reconocer que el reino de los cielos es la idea central y la más esencial en la doctrina de Jesús. Compréndese, pues, que la hayan discutido largamente (1). Por desgracia, en este terreno como en otros muchos, no han sabido despojarse de sus prejuicios filosóficos, y han convertido esta cuestión en base de violentos ataques contra la persona y la doctrina del Salvador. Sus errores se reducen a tres puntos principales: Jesús, dicen, compartió todos los errores de los judíos de su tiempo acerca de la naturaleza de este reino; sus ideas acerca de este particular se modificaron y transformaron considerablemente en el curso de su vida pública; creyó que el advenimiento del gobierno divino sobrevendría antes que él muriese, por medio de una catástrofe universal. Como el examen de esta última objeción estará mejor en su lugar cuando estudiemos el discurso escatológico del Salvador (2), sólo a las dos primeras responderemos aquí. Y ante todo, ¿puede decirse con verdad que “es difícil saber lo que entiende Jesús por las tradicionales palabras (3) “de reino de los cielos, de reino de Dios?” Ya hemos reconocido que esta locución es algo compleja, porque el reino celestial se presenta en los evangelistas con diversos aspectos. Pero, como quiera que se analicen los textos que exponen estas ideas: aisladamente, por grupos o en conjunto, lo cierto es que el concepto que de ellas resulta no carece de claridad. Para entender bien el pensamiento de

(1) Véase en particular: Baldensperger, *Die messianisch-apokalytischen Hoffnungen*, 1888, tercera edic., en 1903; J. Weiss, *Die Predigt Jesu vom Reiche Gottes*, segunda edic., en 1900; Titius, *Die Lehre Jesu vom Reiche Gottes*, 1895; L. Paul, *Die Vorstellung vom Messias und vom Gottesreich bei den Synoptikern*, 1895; Bousset, *Das Reich Gottes in der Predigt Jesu*, artículo publicado en la *Theolog. Rundschau*, octubre y noviembre 1902; B. Duhm, *Das kommende Reich Gottes*, 1910; H. J. Holtzmann, *Lehrbuch der neutestamentl. Theologie*, segunda edic., t. II, páginas 248-295.

(2) Matth., XXIV-XXV; Marc., XIII; Luc., XXI.

(3) Guignebert, *Manuel d'histoire ancienne du christianisme*, pág. 212.

Jesús basta distinguir, siguiendo a los mejores autores, entre las diversas fases del establecimiento del reino, no querer a todo trance colocar al principio lo que está reservado para el fin, y dejar a cada palabra su significación natural. Los neo-críticos, con sus teorías preconcebidas, han dado frecuentemente a los textos en cuestión un sentido que no tienen. Por lo demás, las graves y múltiples contradicciones que hay entre sus opiniones respectivas son ya una prueba de la endeblez de su sistema.

1. Volvamos a la primera objeción. Hela aquí en toda su crudeza: “Jesús adoptó las ideas populares, y habló de comer y de beber, de estar sentado a la mesa con Abraham, de descansar en el seno de Abraham, y de otros bienes sensibles (que se gozarán en el reino de los cielos). Y no cabe duda que contaba con una transformación que aniquilaría para siempre la enfermedad, especialmente la posesión diabólica, y que asimismo serían eliminados el dolor, la miseria y la muerte” (4). Sin embargo de esto, el autor de quien tomamos esta cita se digna admitir que Jesús no siguió hasta el fin a sus correligionarios por ese camino, y que no creyó en aquellas cepas maravillosas cada una de las cuales produciría 10.000 racimos de 1.000 granos justos cada uno, y que darían cabalmente 1.000 litros de vino. “Jesús — dice otro teólogo liberal (5) — se representaba ciertamente el vino nuevo (que se ha de beber en el reino de los cielos) tan material como el que veía entonces (en la última cena) en el cáliz que tenía delante.” Al leer semejantes cosas siéntese uno tentado de preguntar si quienes las han escrito hablan en serio. ¿Cómo Jesús, cuya inteligencia no niegan, hubiera podido aceptar creencias tan groseras? ¿No es evidente que en los pasajes a que se alude y en otros parecidos emplea, como los antiguos profetas, un lenguaje figurado, al estilo oriental, que a nadie se le vendría a las mientes interpretar a la letra, si ya no es a quienes buscan un arma para combatirlo?

No se engañan menos al afirmar que Nuestro Señor “pensó también (como sus compatriotas) en un restablecimiento po-

(4) H. Weinel, *Jesus im XIX. Jahrhundert*, segunda edic., pág. 94.

(5) O. Holtzmann, *War Jesus Ekstatiker?*, pág. 63. Véase también A. Meyer, *Die moderne Forschung über die Geschichte des Urchristentums*, página 74.



lítico” de Israel, y al añadir que esta esperanza, “igual que la desaparición de la enfermedad y de la muerte, era parte necesaria de la idea que se forjaba del porvenir” (6). Contra tal aseveración, ciertamente inexacta, protestan la conducta y las palabras del Salvador. El reino por El fundado y organizado “no era de este mundo”, no tenía nada de terrestre ni de político. Nota distintiva de la doctrina de Jesús en este punto — varios neocríticos lo conceden — es la índole esencialmente religiosa y moral del reino cuyo advenimiento predicaba con tanto celo.

2. Según la teoría de Baldensperger (7), debiérase distinguir tres fases en la idea de Jesús acerca del reino de los cielos. En primer lugar, dice, lo consideró como cosa venidera, que se cernía, por decirlo así, entre el cielo y la tierra, conforme a las concepciones apocalípticas de entonces; luego creyó que estaba ya presente, pero de un modo espiritual, y que existía interiormente en las almas justas; por último, tornó a su opinión primera y atribuyó, según la expresión ya recibida, una naturaleza *trascendente* al reino de los cielos, que de este modo pertenecía realmente al cielo, no a la tierra. Tal habría sido acerca de este punto concreto la evolución del pensamiento de Jesús. Hase dicho también que al principio de su vida pública Nuestro Señor no destinaba el reino de Dios sino a los judíos, con exclusión de todos los demás pueblos, y que sólo cuando adquirió la dolorosa convicción de la enemiga de la mayor parte de sus compatriotas se decidió a ensanchar sus límites y abrirlo igualmente a los paganos. Pero, por mucha atención que se ponga en leer y releer los Evangelios, no se hallará ni una sola línea en qué fundar la hipótesis de semejante evolución. Demás de que “modificaciones tan radicales... en un período proporcionalmente corto, muy a duras penas podrían explicarse en el orden psicológico” (8). Por lo que esta opinión, después de haber prevalecido por algún tiempo entre los teólogos liberales, poco a poco va cayendo en el olvido.

(6) J. Weiss, *op. cit.*, segunda edic., págs. 123-134.

(7) Obra citada en la nota primera de este apéndice.

(8) H. von Soden, *Die wichtigsten Fragen im Leben Jesu*, pág. 76. Igualmente H. Monnier, *La Mission historique de Jésus*, págs. 220-221: “No hubo evolución en la idea del reino de Dios.”

#### XIV. — LA CONCIENCIA MESIÁNICA DE JESÚS.

Según sentir de los neocríticos, esta cuestión constituye uno de los problemas más dificultosos de resolver en la vida del Salvador (1). Cúlpense a sí mismos de esta dificultad, pues que ellos la han creado casi por entero, negando crédito a las noticias evangélicas y lanzándose a conjeturas arbitrarias e ineptas para dar una solución satisfactoria.

1. Muchos de estos falsos críticos, de los más extremos de la escuela liberal, han llegado a afirmar categóricamente que Jesús nunca creyó ser el Mesías, y que fueron sus discípulos, y después los primeros cristianos procedentes del judaísmo, quienes le apropiaron este título cuando comenzaron a dar por supuesta su resurrección. Sostuvo esta tesis el protestante francés Colani en su libro *Jésus et les croyances messianiques de son temps* (2). Otro teólogo protestante, Mauricio Vernes, adoptó la misma conclusión, exagerándola aún más, ya que, según él, “no está comprobado que Jesús creyese en la venida de un Mesías personal” (3). Desde entonces esta osada negación no ha cesado de hallar fautores ardorosos (4). ¡Y es de ver con qué desenvoltura aceptan las consecuencias de su teoría! “En realidad — dice uno de ellos (5) —, no

(1) Wellhausen, *Einleitung in die drei ersten Evangelien*, págs. 89-84.

(2) Segunda edición, en 1864.

(3) *Histoire des idées messianiques, depuis Alexandre le Grand jusqu'à l'empereur Hadrien*, 1874, pág. 174.

(4) Entre otros, Wellhausen, *op. cit.*; J. Martineau, *Seat of authority in Religion*, 1890, pág. 31; Volkmar, *Jesus Nazarenus*, pág. 104, y sobre todo Wrede, *Das Messiasgeheimnis in den Evangelien*, 1901 (véanse en particular las págs. 221-222, 226-227); E. Havet, *Le christianisme et ses origines*, 1881, t. V, págs. 15-16, 75.

(5) R. Steck, en los *Protestant. Monatsschriften*, 1903, pág. 91. Paul Wernle, *Die Anfänge unserer Religion*, segunda edic., pág. 32, añadía en tono irónico: “Gracias a Dios, Jesús fué muy otra cosa, y algo más que el Mesías: un reformador religioso.” El mismo Harnack, que cree en la conciencia mesiánica del Salvador, hace esta observación extraña (*Das Wesen des Christentums*, edic. de 1903, pág. 81): “No siendo judíos, no comprendemos lo que significa esta dignidad (de Mesías) ni



haríamos ningún sacrificio siuviésemos que renunciar a la mesianidad de Jesús.” Otros críticos, no obstante ser de ideas harto avanzadas, han comprendido mejor lo funesto de estas consecuencias: tal A. Schweitzer, que, atinadamente, escribe (6): “Si no se mira a Jesús como Mesías, se da un golpe de muerte a la fe cristiana.” En efecto, sin un “Cristo” al que poder vincular íntimamente una religión que se llama “cristiana”, esta denominación carecería de sentido.

Tan claramente falsa es la hipótesis racionalista que la mayor parte de los teólogos liberales la ha rechazado. No se puede lograr demostrarla — dice uno — “sino aplicando a los textos evangélicos una crítica demasiado subjetiva” (7). Por lo que Alberto Réville (8) cree deber “persistir en la opinión de que Jesús recibió y aceptó el título de Mesías en un momento determinado de la historia evangélica”. No es menester insistir sobre las pruebas que dimos de este hecho indubitable; bástenos citar estas palabras de un teólogo liberal, que las resumen (9): “El bautismo, la historia de la tentación, la confesión de Pedro..., las profecías relativas a la pasión y resurrección, la petición de los hijos del Zebedeo, la entrada mesiánica (en Jerusalén), la parábola de los pérfidos viñadores, el proceso ante el Sanedrín y ante Pilato, el rótulo en que se indicaba el motivo de la muerte (de Jesús): todo esto, con muchos otros pormenores, habría de eliminarse de la vida de Jesús, si se pretende que no tuvo conciencia de ser el Mesías.”

Algunos críticos avanzados han ido aun más lejos. Jesús, a pesar de no considerarse como Mesías, en un momento dado de su vida pública y forzado por las circunstancias, habría dejado obrar a sus partidarios, que creían ver en El al Mesías esperado, para lo cual se habría allanado, “acomodado”, a este papel. Pero la nobilísima y lealísima condición del Salva-

qué extensión e importancia pueda poseer.” Pero Harnack debe conocer el Antiguo Testamento y los Evangelios, donde ese título está explicado y desenvuelto en todas sus formas.

(6) *Von Reimarus zu Wrede*, pág. VI.

(7) A. Sabatier, en la *Encyclopedie des sciences religieuses* de Liechtenberger, t. VII, artículo “Jesus-Christ”.

(8) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 185.

(9) O. Holtzmann, *Das Messiasbewusstsein Jesu und seine neueste Bestreitung*, 1902, págs. 11-12. Cf. A. Schlatter, *Der Zweifel an der Mesianität Jesu*, 1907.

dor, la rectitud y la modestia de su proceder protestan tan claramente contra esta hipótesis odiosísima, que renunciamos a examinarla.

2. Mas aun aquellos neocríticos, los más, ciertamente, que admiten lo que ellos llaman la conciencia mesiánica de Jesús, están lejos de haber evitado todo error en esta grave materia. En primer lugar, conforme a sus falsos principios, no ven significación alguna sobrenatural en el título y función de Mesías, sino, según nos advierte Harnack, un concepto judío muy vago y sin importancia ninguna. No les vamos a seguir en este terreno, ya que la Biblia entera los desmiente; pero sí nos detendremos un momento en las descripciones con que se esfuerzan en explicar cómo Jesús llegó a considerarse como Mesías. Grande es su embarazo, puesto que, rechazando en parte los documentos evangélicos y privados de toda base sólida, vense forzados a acudir en demanda de solución a esos interminables análisis psicológicos a que nos tienen acostumbrados, y que están en abierta contradicción así con la historia como con la razón. Nada tan curioso, si no fuese tan triste, como esa psicología *a priori*, con que tratan de reconstruir el trabajo interior que, a crearlos, se obró en el alma de Jesús en el discurso de los últimos años de su vida oculta, y, según muchos de ellos, aun por espacio de gran parte de su vida pública. Todo lo dramatizan y todo lo exponen tan por menudo como si hubiesen asistido a esas discusiones íntimas, a esas dolorosas dudas, a estas luchas contradictorias, que se habrían sucedido en el alma del Salvador (10).

¡Castillos en el aire! Harnack mismo reconocía francamente que “nunca alcanzaremos a conocer las fases internas por que atravesó Jesús para llegar a la persuasión de que era el Mesías” (11). Burkitt (12), aludiendo a estas cavilaciones psicológicas, con mucha razón las califica de inútiles, pues, añade finalmente, “es cierto que nuestros evangelios distan mucho de ser una novela psicológica, cuyo héroe sea Jesucristo”. Los

(10) Véase en particular Stapfer, *Jésus-Christ avant son ministère*, segunda edic., págs. 93-96, 146-150. Al tratar del crecimiento intelectual y moral de Jesús transcribimos algunas muestras de esa psicología de forma sentimental.

(11) *Wesen des Christentums*, pág. 36 de la traduc. franc.

(12) *The Gospel History and its transmission*, pág. 77.



neocríticos son quienes han compuesto una verdadera novela.

Con todo, algunos se han mostrado tan seguros de su sistema, que se han atrevido a señalar dos grados sucesivos en “el encadenamiento de ideas y de experiencias, por donde Jesús vino a considerarse como Mesías” (13). Primero, dicen, se persuadió de que tenía con Dios relaciones más estrechas que los demás hombres, de que El era su hijo de un modo único, aunque sólo con filiación moral; luego, poco a poco, pasando por la idea intermedia del reino de los cielos, adquirió la certeza de estar llamado, a título de Mesías, a fundar personalmente este reino. Habría habido, pues, una evolución gradual en el pensamiento de Jesús hasta llegar a esa persuasión.

Pero, repitámoslo una vez más, en todo eso no hay más que especulaciones sin fundamento serio, pues “los Evangelios — y es un neocrítico quien lo dice — no contienen realmente prueba alguna de esa evolución que se habría efectuado en la conciencia del Salvador y en su modo de apreciar el oficio que le había asignado la Providencia” (14). Nosotros hemos distinguido dos períodos, claramente caracterizados, respecto de la manifestación externa de la mesianidad de Jesús; pero su convicción personal nunca experimentó variación alguna. ¿Dónde se ve que pasase por tales vacilaciones, ni que su mesianidad fuese “para El mismo un problema”, que “sólo a fuerza de reflexiones consiguió resolver?” (15). Todas esas afirmaciones son juegos de la fantasía.

Los teólogos liberales que creen que el Salvador adquirió conciencia de su mesianidad en las condiciones indicadas se encuentran pronto con otra grave dificultad: ¿en qué época de su vida se persuadió Jesús de que El era el Mesías? Como no podía menos de suceder, ya que todo en su argumentación es personal y arbitrario, hay en este punto grandes divergencias entre los críticos. Según la opinión más común entre ellos, la conciencia mesiánica de Jesús dataría de su bautismo y de la revelación puramente interna y subjetiva, según ellos, que acompañó aquel acto. El bautismo recibido de manos de Juan

(13) A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 186.

(14) Loisy, *Les évangiles synoptiques*, t. I, pág. 212.

(15) O. Frommel, *Die Poesie der Evangelien*, pág. 149.

— dice Teodoro Keim (16) —, “echó sobre los hombros de Jesús la obligación de dedicar al reino de Dios, al servicio de Dios y de la justicia, todas sus fuerzas”; entonces fué cuando brilló la luz completamente en su inteligencia, y se apoderó de El “el pensamiento mesiánico”. El bautismo — dice a su vez J. Holtzmann (17) — “fué para El la respuesta de Dios a las inquietudes de su alma, y contestación cumplida a esta pregunta: ¿Para qué estoy en la tierra?... Había esperado al Mesías, y he aquí que El mismo era el Mesías.”

Pero otros críticos, en menor número, retrasan más o menos la época en que Jesús habría adquirido plena persuasión de poseer la dignidad mesiánica. Unos la relacionan con la confesión de San Pedro; otros, siguiendo a Strauss, la ponen algo antes. Aunque el bautismo, dicen, “determinó en Jesús una crisis interior de la que salió transformado en hombre nuevo, no se creyó aún el Mesías” (18). Singular es la teoría de Juan Weis (19) acerca de este punto: durante su vida pública Jesús habría creído solamente que estaba destinado a ser más adelante el Mesías, cuando su gloria se manifestase en todo su esplendor, pero no creía que ya lo fuese.

— ¿Será preciso refutar punto por punto todas estas suposiciones? Están ya refutadas de antemano, pues los evangelistas, cuyo pensamiento, tan claro y tan preciso, hemos resumido, nos dicen que Jesús fué Mesías desde su concepción, y que como tal se manifestó, directa e indirectamente, en muchas ocasiones. “Según la historia evangélica — dice Keim (20) —, no hay duda que, más o menos, se proclamó Mesías” desde el momento en que inauguró su ministerio. Su bautismo y el

(16) *Geschichte Jesu von Nazara*, t. I, pág. 545.

(17) *Das messianische Bewusstsein Jesu*, pág. 33. Véase también su *Lehrbuch der neutestam. Theologie*, segunda edic., t. I, págs. 338-339; Harnack, *Wesen des Christentums*, pág. 88; Wendt, *Lehre Jesu*, segunda edición, págs. 97-98, 260, 413-414; Bousset, *Jesus*, pág. 85; O. Holtzmann, *War Jesus Ekstatiker?*, págs. 35-36. H. von Soden, *Die wichtigsten Fragen im Leben Jesu*, segunda edic., págs. 73-74, 99-100; Loisy, *Les évangiles synoptiques*, t. I, pág. 468.

(18) Guignebert, *Manuel*, pág. 173. Cf. E. Klostermann, *Matthäus*, página 173; Neumann, *Jesus wer er geschichtlich war*, pág. 78; P. W. Schmidt, *Das Leben Jesu ausgelegt*, págs. 165-166; A. Réville, *Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 188-190, 201; etc.

(19) *Die Predigt Jesu vom Reiche Gottes*, 2.<sup>a</sup> ed., 1900.

(20) *Op. cit.*, t. I, págs. 347-349.



episodio de Cesarea fueron ciertamente puntos culminantes de su vida; pero nada le enseñaron ni nada le confirieron en orden a su dignidad. Notemos, por último, una vez más, las divergencias y contradicciones de nuestros adversarios acerca de cuestión tan capital. Ellas, por sí solas, demuestran la debilidad, o mejor digamos, la falsedad de estas teorías subversivas, que se destruyen mutuamente.

3. Pero el "secreto mesiánico", en torno del cual tanto ruido se ha metido, ¿no favorece las hipótesis racionalistas acerca de la época tardía en que el Salvador se habría considerado definitivamente como el Mesías prometido? Ciertamente que no, pues ese secreto ha sido singularmente exagerado y se han sacado de él conclusiones en todo opuestas a la historia. Wrede, en particular, que, según antes dijimos, se ha formado en este punto una reputación de mala ley, "Wrede está visiblemente hipnotizado por su teoría del secreto mesiánico" (21). El y sus partidarios ven ese secreto por todas partes. Mientras se complacen en invocar el evangelio de San Marcos, donde tiene mayor relieve, rehusan dar fe a las aserciones de San Mateo y de San Lucas, que citan las declaraciones mesiánicas del Salvador mucho antes de la confesión del príncipe de los apóstoles. ¿No merecen nuestra fe estos dos biógrafos de Jesús igual que el autor del segundo Evangelio? (22).

Pero ya quedó suficientemente explicada la razón del secreto mesiánico. La función especial del Salvador era una de esas perlas que no convenía entregar a los indignos, que no hubieran dejado de profanarlas. Si Jesús se hubiera revelado inmediata e indistintamente a todos como el Cristo, según ya vimos, hubiera corrido grave riesgo por causa de las exageradas esperanzas populares. La mayor parte de la nación judía no estaba preparada para conocer útilmente este secreto. Llegado el momento oportuno, no disimuló el Salvador su condición, que, por otro lado, se había manifestado ya harto claramente en su predicación, en sus milagros y en toda su conducta. Los hombres de buena voluntad no se engañaban. Jesús no desaprovechó ocasión alguna de corregir lo que había de

(21) H. Monnier, *La mission historique de Jésus*, págs. 52-53.

(22) Verdad es que de algún tiempo acá los neocríticos reservan todo su afecto para San Marcos, con mengua de los otros dos sinópticos.

erróneo en los conceptos mesiánicos del pueblo y de restablecer el verdadero ideal. Así se explican su reticencia para con unos y su franca confesión para con otros, según las circunstancias. El secreto mesiánico, lealmente interpretado, no tuvo ni otra causa ni otra significación (23).

Por lo demás, esta reserva del Salvador era en todo conforme a su modo de obrar, siempre suave y modesto, como lo hace notar San Mateo (24), al aplicarle un hermoso oráculo del Antiguo Testamento (25): "Fueron muchos en pos de El, y los sanó a todos, y les mandó que no le descubriesen, para que tuviese cumplimiento lo que fué dicho por el profeta Isaías: He aquí mi siervo, que yo he escogido... No contendrá, ni voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas." Nunca quiso ser creído por ningún linaje de violencia, sino suavemente, esforzándose en suscitar una adhesión inteligente y espontánea. ¿No convenía también que el reino de los cielos fuese anunciado en todo el país y tuviese un comienzo de fundación antes que el Mesías, su rey, se presentase en persona, oficialmente, para recibir los homenajes de sus súbditos?

4. A propósito del título "Hijo del hombre", los neocríticos han publicado notables trabajos (26) que han tenido el mérito de llamar la atención sobre este punto, que no había sido suficientemente estudiado; pero, arrastrados por sus prejuicios, también en este particular han llegado, por lo común, a resultados negativos. Indicaremos tres de los principales errores en que han caído.

Refiérese el primero a la significación del susodicho título. Habiendo sido el arameo la lengua que hablaba Nuestro Se-

(23) M. Albert Réville (*Jésus de Nazareth*, t. II, págs. 201-202) reconoce que "había tan grande distancia entre el Mesías, tal como (Jesús) lo era y quería serlo, y el Mesías que esperaban los judíos, que no podía reivindicar de pronto semejante dignidad sin violencia moral y sin peligro de ser mal comprendido y de provocar agitaciones políticas diametralmente opuestas al fin que aspiraba a conseguir".

(24) Matth., XII, 13-21.

(25) Is., LXII, 1-4.

(26) Cf. Lietzmann, *Der Menschensohn, Beiträge zur neutestamentlichen Theologie*, 1896; Wellhausen, *Der Menschensohn*, en los *Skizzen und Vorarbeiten*, págs. 187-215; Fiebig, *Der Menschensohn, Jesu Selbstbezeichnung*, 1901; Edwin A. Abbott, *The Son of Man, Contributions to the Study of the Thought of Jesus*, 1902; H. J. Holtzmann, *Lehrbuch der neutestam. Theologie*, 2.<sup>a</sup> ed., t. I, págs. 313-335; etc.



ñor, natural era buscar en primer término la forma correspondiente a las palabras “hijo del hombre” en este idioma. Los filólogos, casi unánimemente, la hallan en la expresión *bar nascha'* o *bar enascha'* (27). Cuanto al sentido que a este título se daba en días de Jesús, hay dos opiniones contradictorias. Los críticos liberales, como Lietzmann (28) y Wellhausen (29), no ven en él más que la “designación más incompleta e indeterminada de una persona humana”, el equivalente al sustantivo “hombre” o del simple pronombre “yo”. En griego, añaden, el término *bar nascha'*, si por ventura existió, debiera haberse traducido simplemente por “hombre”, y no por “hijo del hombre”, dado que *bar*, “hijo”, sería aquí un pleonismo, por ser *bar nascha'* y *nascha'* términos sinónimos. Pero Dalman, el lingüista contemporáneo más conocedor del idioma arameo, protesta contra esta conclusión, en nombre de la Filología misma (30). ¿Por qué el traductor griego del Evangelio de San Mateo habría vertido casi siempre *bar nascha'* por “hijo del hombre”, si esta expresión no difería de *nascha'* en cuanto al sentido? Otros han protestado por razones de índole más general. “No se puede tomar en serio la ridícula suposición de que Jesús quisiese simplemente llamarse *el hombre*”, ha dicho enérgicamente Alberto Réville (31). Hijo del hombre, según hemos apuntado, es, cierto, una fórmula extraordinaria, que, por eso mismo, hubo de tener especial razón de ser. Corresponde con entera exactitud al *bar enasch'* del oráculo de Daniel, de donde está tomada (32), y cuadraba maravillosamente al fin que Jesús se proponía al emplearla. En muchos textos de los Evangelios donde se usa no nos daría sino un sentido harto vulgar si la tradujésemos simplemente por la palabra “hombre” (33). Y si es verdad que en muchos pasa-

(27) Véase Dalman, *Worte Jesu*, págs. 191-193; Tillmann, *Der Menschensohn*, págs. 60-64.

(28) *Op. cit.*, pág. 38.

(29) *Israelitische und jüdische Geschichte*, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 346, nota. Véase también A. Meyer, *Die Muttersprache Jesu*, págs. 91-101, 140-149.

(30) *Op. cit.*, págs. 191-197. Cf. Tillmann, *loc. cit.*

(31) *Jésus de Nazareth*, t. II, pág. 291.

(32) Dan., VII, 13.

(33) Baste citar, por vía de ejemplo, Marc., II, 10 (y los pasajes paralelos de San Mateo y de San Lucas): “Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados”;

jes equivale al pronombre de primera persona del singular, ¿por qué motivo ha sustituido con tanta frecuencia a este pronombre? El caso siguiente es bien significativo. Leemos en San Marcos (34): “Deciales (Jesús): El sábado fué hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es Señor aun del sábado.” He ahí yuxtapuestas, o mejor aun, contrapuestas, estas dos expresiones, “hombre” e “Hijo del hombre”: luego es evidente que no tenían una misma significación.

Es también un error — y esta cita lo demostraría por sí sola — pretender que Jesús no dió significación mesiánica a la locución “Hijo del hombre” (35). Ampliamente hemos demostrado que la empleó en este preciso sentido, aunque de otro lado sea cierto que la usó como sordina para atenuar momentáneamente sus reivindicaciones mesiánicas. Renán mismo, a pesar de sus prejuicios, hubo de reconocer que “la expresión Hijo del hombre no parece inteligible sino en sentido mesiánico” (36). Después de serio examen de cada uno de los textos evangélicos donde se emplea, Tillmann (37) ha podido concluir, con sobrada razón: “Únicamente la significación mesiánica da su explicación suficiente” de todos estos textos.

Un tercer error, tan grave como el primero, consiste en decir que Jesús nunca usó este término (38). Extraña aseveración, si se recuerda que los evangelistas lo citan hasta ochenta veces. Por lo que otros neocríticos la presentan en forma un tanto atenuada: “El empleo de este título... ha de ponerse a la cuenta las más veces a los redactores evangélicos... No parece probable que Jesús lo usase sino en muy corta medida” (39). Tal vez en alguno que otro caso sustituyeron

Lue., XII, 10: “Y si alguno hablare contra el Hijo del hombre, se le podrá perdonar.”

(34) San Marc., II, 27-28.

(35) Mauricio Vernes, *Histoire des idées messianiques*, pág. 187; J. Martineau, *Seat of Authority*, pág. 339; etc.

(36) *Vie de Jésus*, pág. 197. Igualmente A. Loisy, *Evangelies synoptiques*, t. I, pág. 243.

(37) *Der Menschensohn*, pág. 117.

(38) Volkmar, *Jesus Nazarenus*, págs. 193-194; Brandt, *Die evangelische Geschichte*, págs. 562-568; E. Carpenter, *The first three Gospels*, páginas 372-388; Lietzmann, *op. cit.*, pág. 85; Wellhausen, *Das Evangel. Marci*, págs. 66-69; etc.

(39) Loisy, *Evangelies synoptiques*, t. I, pág. 243. Cf. Bousset, *Jésus*, página 92; *Religion des Judentums*, págs. 248-254; etc.



los evangelistas el pronombre de primera persona por la locución "Hijo del hombre", o recíprocamente; prueba de ello es el siguiente cotejo de las mismas palabras citadas por San Mateo y por San Lucas (40): "Bienaventurados sois, cuando os maldijeren por causa mía", leemos en el primer Evangelio, "por causa del Hijo del hombre", dice el tercero; pero casos como éste son raros, excepcionales, y sólo haciendo violencia al texto podría sacarse de ellos la conclusión que pretenden.

5. Engañanse también y contradicen a los documentos históricos los teólogos liberales al tratar del "programa" (41). del Salvador. Preséntannos a Jesús muy lento en elaborar su plan de acción; indeciso en muchas circunstancias, como sorprendido por los acontecimientos, prósperos o desgraciados; obligado a modificar sus designios y su método por obra de los hechos. Al principio, dicen, sólo previó rápidos triunfos; mas después, al ponerse en contacto con los hombres y las cosas, poco a poco se percató de que iba a un desastre completo, y, en consecuencia, tomó su partido, aunque a veces — como en Getsemaní — esperase todavía poder escapar de la muerte. Sería enojoso trasladar aquí más largamente todas las afirmaciones de los neocríticos acerca de este punto; pero resumidas quedan con toda fidelidad. Nos contentaremos con añadir la siguiente cita, tomada de un teólogo anglicano, de ideas, por lo común, bastante libres: "La concepción dogmática según la que Jesús habría conocido desde el principio cómo terminaría (su carrera) y habría realizado mecánicamente un plan trazado de antemano, no sólo está desmentida solamente por los hechos, sino que destruye todo el valor moral y el sentido de aquella vida divina" (42).

Para hablar de esa manera, sería preciso no ver en Nuestro Señor sino a un hombre ordinario, poco inteligente, lleno de ilusiones, que se lanza a la ventura sin más norte que la contingencia de los acontecimientos, sin prever nada ni organizar nada; sería menester, además, rechazar por entero toda idea sobrenatural. Es justamente admirado el lindo cuadro en que Lebrún representó al Salvador en aspecto de un joven, cuya

(40) Matth., V, 11; Luc., VI, 22. Cf. Matth., XVI, 13; Marc., VIII, 27.

(41) Ellos fueron quienes primero emplearon esta expresión.

(42) E. F. Scott, en Hastings, *Dictionary of Christ*, t. II, pág. 369.

amorosa mirada se dirige al cielo, para buscar allí de continuo la voluntad de Dios, y cuyos labios parece que pronuncian esta sentencia evangélica, escrita en el cuadro: *Quae placita sunt ei facio semper* (43). Admiración mal fundada, según nuestros racionalistas. Obedecer al modo de Jesús, es, a su ver, obrar como una máquina; es una conducta sin valor moral alguno.

Pero volvamos a la objeción principal: Jesús no tuvo programa; debió modificar a menudo su plan; fué víctima inconsciente de los acontecimientos. Ya hemos probado lo contrario con documentos fidedignos. ¿Qué se nos opone? Afirmaciones nada más; y cuando no, análisis psicológicos que nada demuestran, porque son puramente imaginarios. En todo el curso de su vida pública veremos a Jesús sabedor de tener que realizar una obra bien determinada, empleando siempre medios apropiados a su fin. A este fin camina siempre derechamente, conformándose de grado a la voluntad divina, que conocía hasta en sus mínimos pormenores, sin ignorar nada de lo que ha de sucederle, acatando con toda su alma los designios providenciales. En toda su vida, y especialmente en su ministerio activo, hay perfecta unidad, dimanada precisamente de la claridad y de la ejecución ideal de su programa. Porque nunca perdía de vista su plan, dominó siempre todos los acontecimientos; por ninguno de ellos se dejó alterar, no soportó ninguna influencia humana. Ni sus parientes, ni sus apóstoles, ni las multitudes amigas, ni sus mismos adversarios fueron bastante para desviarle de su camino. Prueba de que no le sorprendieron ni su fracaso parcial, ni su muerte, es que, con mucha anticipación, reiteradas veces y con toda claridad los predijo a sus apóstoles.

(43) Joan., VIII, 29: "Hago siempre lo que es de su agrado" (del Padre).



INDICE



## CAPITULO II

RECORRE JESÚS LA GALILEA, PREDICANDO EL EVANGELIO Y OBRANDO MILAGROS

I Ocasión y resumen de esta primera misión.....	273
II Curación de un leproso. Jesús es odiosamente rechazado por sus paisanos de Nazaret.....	275

## CAPITULO III

COMIENZO DEL CONFLICTO DE JESÚS CON LOS FARISEOS

I Curación de un paralítico en Cafarnaún.....	289
II Vocación del publicano Leví.....	294

## APENDICES

I El episodio del Templo en Jerusalén.....	305
II Sobre la ciencia del alma de Cristo.....	309
III El desenvolvimiento intelectual y moral del Niño Jesús.	310
IV La Madre de Jesús y los neocríticos.....	321
V Los hermanos de Jesús.....	325
VI La naturaleza humana de Jesús.....	328
VII San Juan Bautista y los neocríticos.....	331
VIII Bautismo de Nuestro Señor.....	334
IX La tentación de Jesús.....	338
X Los testimonios de Juan Bautista según el cuarto Evangelio. . . . .	344
XI Conversación de Jesús con Nicodemo.....	345
XII Conversación de Jesús con la samaritana.....	347
XIII El reino de los cielos.....	350
XIV La conciencia mesiánica de Jesús.....	353



